

tomo 10 (1911-1920)

Obras del siglo XX: 2ª década - II

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

De Filippis Novoa, F.

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.:
tomo 10 obras del siglo XX. 2da. década / F. De Filippis Novoa ; Julio
Sánchez Gardel ; Camilo Muniagurria ; compilado por Beatriz Seibel ;
ilustrado por Oscar Ortiz ; con prólogo de Beatriz Seibel ; seleccionado por
Beatriz Seibel . - 1a ed. - Buenos Aires : Inteatro, 2013.

420 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-28375-9-4

1. Teatro Argentino. I. Sánchez Gardel, Julio II. Muniagurria , Camilo
III. Seibel, Beatriz, comp. IV. Ortiz , Oscar, ilus. V. Seibel, Beatriz, prolog.
VI. Seibel , Beatriz, selec. VII. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 9/5/2013

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 352/11.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Carlos Leyes
- > Ariel Molina
- > Rodolfo Pacheco
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-28375-9-4

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Mayo de 2013.
Primera edición: 2.000 ejemplares

> prólogo

EL CRECIMIENTO DE LAS COMPAÑÍAS NACIONALES

En la segunda década del siglo XX, las compañías nacionales crecen casi al doble, según las carteleras de los diarios de Buenos Aires. Pasan de 3 elencos en salas y 5 de circo criollo (circo-teatro) bajo carpa, 8 en total en 1910, a 15 en total en 1920. Son 14 elencos en salas y 1 de circo criollo en politeama (instalación de chapas desarmable para su traslado en gira). Otro cambio interesante se evidencia en el espacio escénico: en la ciudad se imponen las salas con escenario a la italiana, modalidad dominante, que ayuda al reconocimiento de las compañías nacionales dentro del sistema teatral hegemónico. En provincias, las carpas siguen de gira llevando el teatro fuera de los centros de poder cultural.

Por otra parte, las compañías nacionales hacen giras difundiendo el repertorio de nuevos autores y sus estilos de actuación. En muchas ocasiones estrenan obras locales de dramaturgos de provincias, que inician importantes carreras autorales. Estas presentaciones coexisten con la actividad de los grupos filodramáticos en las ciudades, donde asimismo se inauguran numerosas salas. Los grupos representan los autores nacionales gracias a las revistas teatrales que se difunden desde 1918 y se inspiran en los modelos de actuación desarrollados por el circo criollo a partir de la acción.

Las compañías europeas en cambio disminuyen en Buenos Aires: pasan de 11 en 1910 a 7 en 1920 (Seibel 2002).

TEATRO EN PROVINCIAS

Dado que este tomo está dedicado a dramas y comedias de provincias, comentaremos especialmente la actividad teatral de la época en distintas regiones del territorio argentino.

CENTRO PROVINCIA DE BUENOS AIRES

BAHÍA BLANCA

En 1911 en Bahía Blanca, en el teatro Colón se presentan conciertos, óperas y operetas, dramas policiales por la compañía española de Ramón Caralt, variedades y conferencias-espectáculo. Se presentan los circos del Tony Lowande, el Circo Romano con cuadros vivos y pantomimas, y el Politeama Variedades de Félix Blanco. En 1913 se inaugura el Teatro Municipal; el 9 de julio se presenta un concierto con artistas locales y el 9 de agosto se abre oficialmente con la ópera *Aída* (Martínez 1913).

Actualmente el Teatro Municipal sigue siendo la sala más importante de la ciudad.

LA PLATA

En 1912 actúa la compañía española de Rogelio Juárez y en 1913 los hermanos Podestá estrenan *El sitio de Buenos Aires* de Dardo Rocha, el fundador de la ciudad, mientras Ermete Zacconi presenta *Espectros* de Ibsen; en 1914 Florencio Parravicini anuncia *El tango en París* de García Velloso. Simultáneamente se desarrollan los grupos filodramáticos, que actúan en clubes o centros de colectividades.

En 1919 actúan las compañías Hermanos Podestá, y la de Pedro Zanetta con los estrenos nacionales de Buenos Aires, y grupos filodramáticos italianos. En 1920 se presentan las compañías de José Podestá, Roberto Casaux y Podestá-Guerrero, además de la Compañía Platense Alberto Vacarezza, la Sociedad Guillermo Battaglia, y la Estudiantina Teatro Universitario (Sánchez Distasio 2005).

MAR DEL PLATA

En 1916, en la temporada de verano de Mar del Plata, se presentan desde el 25 de enero en el teatro Odeón la actriz Orfilia Rico,

Pastora Imperio y la tonadillera Zazá; entre el 10 y el 24 de febrero el dúo Gardel-Razzano comparte ese escenario (Morena 1990). Ese año se organizan los primeros elencos filodramáticos y en noviembre el grupo de aficionados del Club Pueyrredón presenta *Los mirasoles* de Sánchez Gardel, con una excelente crítica (Fabiani et al, 2005).

Estrenada en Buenos Aires en 1911 por Pablo Podestá, *Los mirasoles* se incluye en este tomo.

En 1920 *El Diario* dice el 7 de enero que en Mar del Plata, ciudad veraniega por excelencia, "la temporada nunca fue brillante para el teatro". Opina que el público que concurre al balneario tiene sus diversiones favoritas en el paseo por la rambla, el Ocean Club, el Golf, la vida social, y no necesita de los espectáculos para animarse. Comenta que "artistas estimadas por la buena sociedad como las Sras. Rico y Pagano, no consiguen resultados brillantes. Las artistas de variedades, la Goya, Pastora Imperio y Zazá no han tenido mejor suerte".

CENTRO LITORAL

CÓRDOBA

En 1911 se anuncian la compañía Enrique Arellano-Atilio Supparo con obras de Florencio Sánchez, y la española de Enrique Sanchís; en 1912 las de Carlos Salvany y Enrique Arellano-Ángela Tesada. En 1913 las compañías de gira presentan autores locales; Juan Mangiante-María Esther Buschiazzo *Almas que fueron* de José María Zalazar, y Plana-Llanos *Tierra firme* de Julio Carri Pérez. Además Margarita Xirgu anuncia *Judith* de Villaespesa. En 1914 sucede otro tanto: el autor local Perfecto Guerrero estrena *Azahares azarosos* con la compañía Juan Doménech, Julio Carri Pérez *Fuerzas que chocan* con Pablo Podestá y José María Vélez *Vencidos y vencedores* con la compañía López-Silva. En 1915 Perfecto Guerrero presenta *Noche buena* con la

compañía Salvat-Olona, y Julio Carri Pérez nuevamente *Fuerzas que chocan* ahora con la compañía Adams-Jambrina, y *Salamanca* con Mangiante-Buschiazzo, obra incluida en este tomo, que se comenta más abajo junto con su autor.

En 1916 numerosos dramaturgos locales estrenan en compañías de gira: Julio Brüner Núñez, Raúl V. Martínez, Saúl Taborda, Carlos Suárez Pinto, Raúl W. de Allende, Dardo Rietti y Julio Carri Pérez. En 1917, mientras la compañía Angelina Pagano-Francisco Ducasse presenta *El movimiento continuo* de A. Discépolo, De Rosa y Folco, los autores locales Carlos Suárez Pinto, Julio Carri Pérez, Saúl Taborda y Raúl V. Martínez estrenan con la compañía Salvador Rosich-Alberto Ballerini. En 1918 Julio Carri Pérez estrena dos obras con las compañías Bertrán-Lasa y Podestá-Morganti.

En 1919 actúan las compañías nacionales Podestá-Ballerini y José Gómez, y la española de Consuelo Abad. En 1920 se presentan las compañías Membrives-Isbert, con repertorio español, y La Rioplatense y Rivera-De Rosas con obras nacionales (Frega, Brizuela, Villa, Yukelson 2005).

La etapa de auge de la dramaturgia cordobesa se extiende de 1914 a 1917, con su mayor productividad en 1916. El Círculo de Autores de Teatro se funda en 1914 con un grupo de jóvenes autodenominados “generación rebelde”, que cuatro años después se llaman “generación de la Reforma”. Vinculados al poder por sus familias, por la Universidad y por la prensa, logran gran entusiasmo por parte del público, más allá de sus críticas sociales. Realizan numerosas actividades, tributan un emotivo homenaje al autor anarquista José de Maturana, apoyan el movimiento de la Reforma Universitaria, pero entre 1918 y 1920, su producción se reduce y se van alejando del teatro, insertándose en la vida política, profesional y universitaria (Frega, Villa, Yukelson 2005).

ENTRE RÍOS

En 1912 en Paraná, la compañía de gira Cazón dirigida por el primer actor José Arraigada, estrena dos obras de autores locales: *Las dos justicias* de Juan Ramón Otaño y *Gloria y miserias* de Antonio Medina. Abogado criado en la provincia, Medina (Buenos Aires 1854-Paraná 1924), autor de textos hoy perdidos, expone en esta obra la miseria en que viven los “héroes de guerra” que combatieron contra Rosas en Caseros. Junto a las actuaciones de las compañías profesionales, se desarrollan grupos filodramáticos en varias ciudades. En 1914 la compañía de Pablo Podestá pasa de gira con *Arlequín* de Otto Miguel Cione.

El grupo Jóvenes Amantes del Arte de Paraná estrena en 1920 *Engañándole el tirón* de Isidoro Rossi (1897-1951), importante docente, director y autor local con numerosas piezas estrenadas que permanecen inéditas, de los géneros sainetes y grotesco (Meresman 2005).

SANTA FE

Hacia 1915 en Santa Fe, teatro y cine forman un "espectáculo mixto" que se hace costumbre, proyectando películas mudas junto a la representación de obras como el drama criollo *Juan Cuello*. Algunos grupos filodramáticos de las colectividades cuentan con salas propias como la Sociedad España o el Cine-Teatro Jardín de Italia, donde los autores locales pueden llegar al estreno. En 1918 en la ciudad de Santa Fe, cobran mayor auge los grupos filodramáticos de organizaciones obreras y políticas, recreativas, o de colectividades. En la Biblioteca Popular Emilio Zola se presentan obras combativas a beneficio de sociedades de resistencia nucleadas en la FORA (Federación Obrera Regional Argentina), y en la Sociedad España se anuncia el repertorio español, entre otras.

En la ciudad de Rosario, actúan numerosos grupos de aficionados donde se inician futuros actores profesionales y uno de ellos es el Centro Filodramático Pablo Podestá (López Rosas s/f).

CUYO

LA RIOJA

En 1911 en La Rioja, donde llegan esporádicamente compañías españolas, en noviembre se presenta el Politeama Raffetto con circo criollo; la familia Gani, el padre y sus cinco hijos, se lucen en la obra *La cuartelera* de Enrique García Velloso. En 1912, dos elencos nacionales llegan de gira: la "compañía dramática argentina" dirigida por los Sres. Barrientos y Ducasse, y la "compañía cómico-dramática" dirigida por Héctor Gutiérrez Quiroga, con su esposa, Camila Quiroga; presentan el repertorio de moda en Buenos Aires.

En 1919 y 1920, llegan compañías de gira con obras nacionales, como *Justicia de antaño* de Coronado y *Los muertos* de Sánchez, entre otras (De la Fuente 1997).

MENDOZA

Entre numerosas compañías en gira de visita, se destacan en 1912 las de José Tallaví y Eduardo Borrás, en 1913 la compañía italiana de Clara Della Guardia y la nacional de Arturo Mario, que presenta *Los mirasoles* de Sánchez Gardel.

En 1914 actúa la compañía española María Guerrero-Fernando Díaz de Mendoza, que vuelve en varias ocasiones. En 1916 se presenta la compañía Pablo Podestá que comentamos aparte, para apreciar el recorrido de la gira. En 1917 actúa la compañía francesa Lugué-Poe y en 1918 la nacional Orfilia Rico-Pablo Podestá. En 1919 Arturo Podestá se presenta en Mendoza con una compañía de teatro por secciones, y estrena una revista local sin mención de autor titulada *Los Andes, diario de la mañana*. En diciembre reaparece allí la compañía Blanca Podestá-Alberto Ballerini, en corta temporada sin demasiada repercusión (Navarrete 1993).

Los grupos filodramáticos estimulados por la enorme circulación

del teatro profesional, se desarrollan en cantidad y se nutren con las obras publicadas en las revistas teatrales (Navarrete 2005).

SAN JUAN

En 1916 actúan varios grupos teatrales aficionados de jóvenes de familias encumbradas y cuadros filodramáticos de clases menos favorecidas o inmigrantes; el más importante es la Sociedad Artesanos del Porvenir, que se presenta desde 1914 a 1920. Esta producción se intensifica en 1919 y 1920. Paralelamente se presentan las compañías profesionales de gira y los circos (Castañeda-Castro 2005).

SAN LUIS

En 1920 actúan grupos de aficionados y el Circo de los Hermanos Podestá con clásicos criollos (Lage 2005).

NEA (NORESTE ARGENTINO)

FORMOSA

Las primeras actividades teatrales se registran desde 1915 con la visita de una compañía española, y en 1916 con la actuación de un grupo filodramático (Gorleri de Evans-Budiño 2005).

NOA (NOROESTE ARGENTINO)

JUJUY

En 1912 se presenta en el teatro Mitre la compañía de ópera de Ottonello, y el circo Fassio anuncia bajo su carpa obras como *Santos Vega* de Domingo Spíndola y *Jesús Nazareno* de García Velloso, "ante inmenso gentío que había agotado las localidades" (Fidalgo 1995).

SALTA

En 1911, el Circo Raffetto con dirección del primer actor Ernesto Merlo, presenta *Silva y Aquino* del autor y director local Edelmiro Avellaneda, cuyas piezas aparecerán también en otros circos y compañías de gira. Autor popular, es el primer dramaturgo salteño, pero sus piezas están perdidas.

En 1912 se presentan las compañías de José Tallaví y Manuel Casas. En 1913 actúan en el Victoria compañías españolas, y en el Coliseo Belgrano, Edelmiro Avellaneda estrena tres piezas con dos compañías diferentes.

En 1914 se anuncian dos compañías españolas, Borrás y Doménech. La compañía nacional de Pablo Podestá presenta *Los mirasoles* entre otras obras, y estrena el 7 de agosto la comedia local en un acto *El tapao* de Nicolás López Isasmendi (1873-1919), intelectual satírico y punzante, y Juan Carlos Dávalos (1887-1959), el prestigioso escritor y poeta autor de varias piezas. Este texto se ha perdido.

En 1915 hay compañías españolas, y la de Luis Manzano estrena *QEPD* de López Isasmendi y Dávalos, mientras el Circo Raffetto presenta *La tragedia de Las Pircas* de Edelmiro Avellaneda, autores contrapuestos, ya que Dávalos está en el centro y Avellaneda en la periferia.

En 1916 se anuncia la compañía Abraham-Moyano de Tucumán con dos obras nacionales. En 1917, entre funciones teatrales en el Biógrafo Águila y el Biógrafo Casino, donde se presenta la compañía Abraham-Moyano, en el Victoria hay operetas y ópera italiana, y la compañía Humberto Zurlo, con Ricardo Passano y Ángela Argüelles, estrena el drama en tres actos *Don Juan de Viniegra Herze* de Juan Carlos Dávalos. Se presentan además el Cuadro dramático local Florencio Sánchez y el Circo Sudamericano.

En 1918 se anuncian las compañías españolas María Diez-Nicolás Carreras en *Con las alas rotas* de Berisso y Otelo de Shakespeare,

y la de Valle con *El conventillo de la Paloma* de Vacarezza. En 1919 el cuadro cómico-dramático Guillermo Battaglia anuncia *El anzuelo* de Cayol y *Los íntegros* de J. V. Uría y J. Cuevas. También se registran actuaciones de varios “cuadros”, grupos de aficionados de regular actividad. En 1920 la Compañía Rioplatense presenta varias obras nacionales y el Circo Jockey Club estrena *Los apaches de París* de Edelmiro Avellaneda (Balestrino-Sosa 2005).

SANTIAGO DEL ESTERO

En 1914 se presenta la compañía Pablo Podestá que comentamos aparte para seguir su gira (Schaeffer Gallo 1965).

En 1915 surgen los primeros grupos filodramáticos, cuando el actor español José Osés radicado allí, se reúne con el cónsul español Tomás Sánchez y forman un conjunto que con la dirección de Osés y la eficaz actuación de Sánchez, presenta varias obras en el teatro 25 de Mayo. Ese año actúa además la compañía dramática española Salvat-Olona.

En 1916, Marcos J. Figueroa, abogado, periodista, poeta, reúne a un grupo de jóvenes que continuarán por más de una década con la actividad teatral de aficionados. Ese año incluye en las presentaciones su monólogo *Paso de tragedia* y en 1917 su diálogo *La fuerza que impera*. Otro integrante de la asociación cultural Los Inmortales, Alejandro Gancedo, estrena dos obras ese año y es autor de una serie de piezas escritas en Buenos Aires, que no llegan a escena.

En 1917 se inicia en Colonia Dora el Centro Unión y Progreso con Carlos Flores (1899-1970), que presenta varias obras suyas; más tarde parte del grupo se traslada a Santiago donde continúan trabajando. Flores, además de actor, director y maestro de actuación, es autor de unas 40 obras de distintos géneros de teatro popular, y une el costumbrismo a la demanda de justicia social. Se representan en teatros, festivales, bibliotecas, clubes, escuelas, en la capital y en los más apartados lugares de la provincia.

En 1920 se forma el Centro Filodramático Arte y Fe, dirigido por Gregorio Guzmán Saavedra, que presenta obras suyas. El Círculo de los XX anuncia ese año obras nacionales, y la poeta Isabel Farías Gómez ensaya con un grupo de jóvenes para representar tres obras de su autoría (Tamer 2007).

TUCUMÁN

En 1912 se abren dos salas mientras está en actividad una tercera, el teatro Belgrano, algo poco común en provincias. El Odeón, lujoso y elegante, se inaugura con la compañía de zarzuela española de Emilio Sagi Barba; allí se presentan en la segunda y tercera década importantes elencos y luego se cierra muchos años. El Alberdi, un teatro politeama para ofrecer desde ópera hasta circo, se inaugura con la compañía española de zarzuelas de Manuel Casas y después se presenta la dramática española de José Tallaví; además se representan allí géneros populares y revistas de sátira política local. Por otra parte actúan los grupos filodramáticos y muchas de las organizaciones obreras tienen el suyo; se crean en casi todos los pueblos y ciudades de la provincia. En 1920, en el Alberdi se presenta una compañía nacional con piezas como *La santa madre* de González Castillo y Martínez Cuitiño, y la compañía española de Nicolás Carreras (García Soriano 1981. Lagmanovich 2000. Santos 2000. Tríbulo 2005).

PATAGONIA

LA PAMPA

A partir de 1912 comienzan las visitas de las compañías en gira; en Santa Rosa la compañía Gómez-Grimau-Jacovino presenta *Los muertos* de Florencio Sánchez. Entre los filodramáticos, el Cuadro Empleados de Comercio de General Pico tiene continuidad desde 1912

hasta 1924, y se inicia con una obra española. El dramaturgo porteño Pedro E. Pico reside en Santa Rosa entre 1912-1918 y en su obra se distingue “la etapa pampeana”, inspirada en temas de esa provincia. En General Pico, en 1914 se presenta la compañía española de María Diez dirigida por Nicolás Carreras, y tanto el cuadro filodramático de la ciudad como el Conjunto Artístico Libertario de Realicó anuncian obras españolas. En 1915 en Santa Rosa, actúa la compañía española Pi-Cánovas que estrena una obra local –perdida– de Antonio Bianchini, mientras el Circo Queirolo y el Centro La Amistad ofrecen obras nacionales. En 1916 en General Pico se anuncian la compañía española María Diez, el Circo Raffetto con obras nacionales, y cuadros filodramáticos con obras europeas, salvo los Ferroviarios Unidos, con una obra criolla. En Realicó, la compañía española Emilio Vidal presenta *Espectros* de Ibsen.

En 1917 en Santa Rosa, la colectividad española contrata al circo Los Sebratti, que presenta la obra anarquista *Fin de fiesta* de Palmiro de Lidia y *Calandria* de Leguizamón; en el Centro Socialista se anuncia otra obra anarquista, *Primero de Mayo* de Pietro Gori. En 1918, la compañía Hernando Villar ofrece dentro de su repertorio *Los mirasoles*, que la compañía Ángel Dell’Acqua también presenta en Eduardo Castex, entre varias obras nacionales. En Realicó y en Santa Rosa actúan aficionados, y estrenan *¿Quién es el culpable?* del autor local Humberto N. Gómez.

En Santa Rosa en 1919 actúan la compañía Scuri-Mariño con mayoría de obras nacionales y la compañía Maciel. Los autores locales estrenan varias obras: *¿Tu conciencia no te reprocha nada?* de Antonio Bianchini y *El apóstol* del Dr. Humberto Gómez tratan el tema de las relaciones extramatrimoniales, la segunda con mayor audacia, según los ideales del amor libre defendidos por el anarquismo. En el concurso teatral de la compañía Gómez-Grimau-Giacovino se presentan las piezas locales *El degenerado* de Julio E. Usandivaras, *Los imprudentes* de Elisa Usandivaras, y *El apóstol* de Humberto Gómez.

En 1920 se anuncian las compañías españolas Chico de la Peña y Tirso de Molina, la de Arturo Podestá con obras nacionales, y la Asociación Sarmiento (Battistón-Llahí 2007).

NEUQUÉN

En 1911 se funda el Centro Cultural Iris por los trabajadores del Ferrocarril Sur, dirigido en 1912 por Felipe Santamaría, quien entre 1914 y 1915 realiza una gran actividad con el Conjunto Vocacional Arte y Progreso, con obras españolas. En 1916, la compañía Leopoldo Laina con obras argentinas y españolas, hace gira por el Alto Valle, desde General Roca hasta Zapala. En 1917 la compañía española Mendoza-Serrano actúa en Neuquén y Zapala. En 1918 la compañía Gonzalo Gobelay ofrece obras españolas y alguna argentina, mientras en Chos Malal actúa el Conjunto Vocacional de Manuel Corujo. En 1919 la actividad filodramática está muy difundida y el Conjunto Vocacional Arte y Cultura del Centro Obrero Socialista presenta obras de propaganda política. En 1920 la compañía española Chico de la Peña, que viene de La Pampa, anuncia una obra argentina en su repertorio, y el Conjunto Vocacional Juventud Unida de Zapala presenta piezas nacionales y un Benavente (Calafati 2007).

SANTA CRUZ

En la década 1911-1920, las compañías españolas en gira, algunas residentes en Buenos Aires, recorren los pueblos de la costa atlántica y chilena, o provienen de Chile para finalizar en Buenos Aires. Presentan espectáculos cómicos, zarzuelas y operetas, muy populares, y algunas obras nacionales. En Río Gallegos y en las localidades costeras también surgen los grupos filodramáticos con obras nacionales o textos locales –perdidos-, o el de autor desconocido *La fábrica maldita*, con su protagonista obrero, por la Estudiantina Hispanoamericana (Arpes-Atienza 2005).

PABLO PODESTÁ Y SUS GIRAS

En 1914 Pablo Podestá sale de gira por provincias con su compañía y Camila Quiroga como primera actriz. En Salta actúa en agosto, con obras que comentamos en el apartado de esa provincia. El 7 de septiembre se presenta en el teatro 25 de Mayo de Santiago del Estero con la comedia *La trepadora* de Schaefer Gallo, quien recuerda el suceso en su ciudad natal, aunque no puede concurrir. La sala se llena, pero al promediar el primer acto el gobernador y algunas familias de la sociedad salen ruidosamente por verse satirizados en escena; al final el público brinda una ovación como desagravio.

El 7 de octubre, en el Olimpo de Rosario, estrena la obra en tres actos de Francisco Defilippis Novoa, *La casa de los viejos*. En Paraná, Pablo presenta *Arlequín* de Otto Miguel Cione. Pedro Quartucci, integrante de la compañía junto a sus padres, recuerda las "interminables" giras: "Hacíamos Corrientes. Tomábamos la lancha: hacíamos Resistencia. Luego volvíamos a Concordia y al Salto Oriental. Un día en cada sitio, donde había salas teatrales, en las grandes ciudades, muchos días. En Córdoba, por ejemplo, cuatro semanas. En Paraná, tres" (Pagella 1967. Schaefer Gallo 1965. Foppa 1961. De Diego 1973. Ordaz 1980).

En 1916 Pablo Podestá, de regreso de Chile, llega a Mendoza donde debuta el 26 de enero, inaugurando el Empire Théâtre. Sería la primera visita de los Podestá a Mendoza. El elenco de la "Compañía Cómico-Dramática Nacional Pablo Podestá", incluye a Blanca Podestá, Alberto Ballerini, María Padín, Arturo Mario, Carola y Francisco Bastardi, Lila y Humberto Scotti, Marino Podestá, Juan Farías, Rosa y Desiderio Santillán entre otros, lo que contribuye al interés del público.

El estreno, ante "una sala rebosante de espectadores (muestra) la fama que rodea a Pablo Podestá", según *Los Andes*, es interesante señalar que ese diario reproduce los comentarios teatrales porteños, que repercuten en Mendoza. Pero la accidentada temporada incluye el

incendio de la sala el 9 de febrero, aunque los actores pasan al día siguiente al Teatro Municipal, improvisando decorados. Allí presentan media docena de obras y parten para San Juan, regresando para inaugurar el 26 de febrero el teatro Pablo Podestá, antes el abandonado Teatro de Verano, acondicionado en pocos días. Para las funciones de beneficio de Pablo y Blanca, los homenajeados reciben valiosos obsequios cuya lista se publica en el diario con mención de los donantes, y se comentan las brillantes veladas, "como reunión social y como expresión de arte". Igual que en Buenos Aires, en la sección Sociales el diario publica las listas de asistentes al teatro. La temporada termina el 4 de marzo y Pablo parte en tren para Buenos Aires.

La compañía de Pablo se disuelve: Arturo Mario y María Padín van a actuar a Chile, mientras Blanca Podestá y Alberto Ballerini se quedan en Mendoza y encabezan un elenco con Arturo y Marino Podestá que el 31 de marzo debuta en el teatro Pablo Podestá con la dirección de Jerónimo Podestá, quien para su beneficio presenta *Juan Moreira*. El 13 de abril pasan al Teatro Municipal, donde en Semana Santa ofrecen el drama sacro *La Pasión*; después de un mes van a Chile y vuelven a Mendoza en julio, actuando doce días con éxito, antes de partir (José F. Navarrete 1993).

LAS GIRAS DE JOSÉ PODESTÁ

Según cuenta en sus *Memorias* (Podestá 1930), después del éxito de *La chacra de Don Lorenzo* de Martín Coronado en el Politeama en 1918, José decide salir de gira por provincias, no especifica cuáles, que significa un éxito artístico y financiero. En 1919 sale en gira por el sud de la provincia de Buenos Aires. Y en 1920 y 21 vuelve a salir por el oeste de la provincia, y La Pampa, San Luis, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Chaco.

MUIÑO-ALIPPI DE GIRA

En 1920 la compañía argentina de comedias, sainetes y revistas Muiño-Alippi anuncia en *El Diario* que terminan la temporada en el teatro Buenos Aires los primeros días de octubre, para salir en larga gira por Córdoba, Rosario, Montevideo, Mendoza (Seibel 2002).

ALCIRA OLIVÉ EN ROSARIO

En Rosario, la autora local Alcira Olivé estrena su primera obra el 11 de agosto de 1920 en el teatro Ópera, con la compañía de Consuelo Abad-Ramón Carbonell; es la comedia dramática en tres actos *La única verdad*. Alcira Olivé (1899-1975), funda en Rosario una escuela de arte dramático y estrena con las compañías que pasan de gira. Presenta cerca de 20 piezas, muchas de ellas en Buenos Aires, interpretadas por destacados actores como Luis Arata o Lola Membrives, y obras para niños; obtiene premios y forma parte de la comisión directiva de Argentores, que en 1970, al cumplir 50 años como autora, le entrega una medalla de oro (López Rosas s/f. Seibel 2002).

OBRAS DEL SIGLO XX: 2ª DÉCADA –II

DRAMAS Y COMEDIAS DE PROVINCIAS

En este tomo 10, el segundo volumen dedicado a 1911-1920, se han seleccionado obras de cinco autores de cuatro provincias, de las ciudades de Catamarca, Rosario, Paraná y dos de Córdoba, estrenadas en Buenos Aires, Rosario y Córdoba.

Es una muestra de la producción de dramaturgos de provincias que se hace visible en el teatro argentino.

LOS MIRASOLES

El 1º de agosto de 1911 la compañía de Pablo Podestá debuta en el Moderno (hoy Liceo), con el estreno de *Los mirasoles* de Julio Sánchez Gardel, comedia de costumbres provincianas en tres actos. Pablo interpreta a Don Sofanor, Esther Buschiazzo a Azucena y Elías Alippi, al Dr. Centeno; el director artístico es Joaquín de Vedia, crítico teatral de *La Nación*, que lo acompaña cuatro años. El rol del director artístico es similar al del actual dramaturgista, asesor literario que sigue parte de los ensayos, distinto al director de escena.

La acción de la obra transcurre “en una ciudad del norte de la República, época actual”. Se considera la pieza más significativa del autor y se ha convertido en un clásico del teatro argentino, representado ininidad de veces tanto por compañías profesionales como por grupos aficionados.

Julio Sánchez Gardel (1879-1937), nacido en Catamarca, muere en Temperley, provincia de Buenos Aires. Es periodista, cuentista, debuta en teatro en la Capital Federal en 1904, y estrena unas 20 obras durante un cuarto de siglo. Actúa más de once años como director artístico en compañías como las de Pablo Podestá, Orfilia Rico y Florencio Parravicini. Fue presidente de la Sociedad de Autores en tres períodos.

MÁS ALLÁ DE LA LEY

La compañía de Pablo Podestá en el Nuevo estrena el 8 de abril de 1912 esta obra en cuatro actos de Camilo Muniagurria, inspirada en un hecho real sucedido entre colonos santafecinos, por las felonías de un

médico. La acción sucede “en el Rosario, época actual”. Pablo interpreta al Dr. Bretón y en la compañía están Blanca y Totón Podestá, Orfilia Rico, Juan Mangiante, Alberto Ballerini, Francisco Bastardi, Elías Alippi, entre otros. El tema de la pieza sigue siendo muy actual, más allá de la mala praxis y falta de ética de los médicos, por el debate sobre la eutanasia.

El Dr. Camilo Muniagurria (1876-1937), distinguido médico de Rosario, debuta como autor en 1910 y estrena unas 6 piezas.

EL DÍA SÁBADO

Esta interesante comedia dramática, de las primeras obras de Francisco Defilippis Novoa con referencias a Rosario, se estrena el 4 de enero de 1913 en el Teatro Olimpo de Rosario por la compañía Orfilia Rico-Juan Mangiante.

Francisco Defilippis Novoa (1890-1930), nacido en Paraná, Entre Ríos, ejerce el periodismo en Rosario donde expresa sus ideas libertarias, y presenta allí sus primeras piezas. En 1916 se traslada a Buenos Aires, estrena más de 20 obras de gran prestigio y dirige 5 películas; además actúa como director artístico y escénico. Gloria Ferrandiz, quien comparte 11 años de su vida con Defilippis, hasta su muerte en 1930, encabeza su compañía en 1924 con la dirección de Defilippis y recorren durante cuatro años las provincias, Uruguay, Brasil y Paraguay (De Diego 1973).

SALAMANCA (COSTUMBRES CORDOBESAS)

Esta comedia en 3 actos de Julio Carri Pérez se estrena en el Teatro Novedades de Córdoba el 11 de mayo de 1915 por la compañía Juan Mangiante-María Esther Buschiazzo, con Herminia Manzini,

Amalia Bernabé, Félix Blanco, Pedro Gialdroni, Ángel y Pedrito Quartucci, entre otros.

Según Graciela Frega (2005), el autor Julio Carri Pérez (1894-1938), quien escribió ocho obras entre 1913 y 1921, dos en colaboración, “demuestra una voluntad de búsqueda que lo llevó a explorar variantes genéricas muy diversas, el teatro de tesis social, la comedia costumbrista, el melodrama romántico, la zarzuela y la comedia asainetada, incluyendo la adaptación de cuentos regionales”, entre ellos del cordobés Martín Gil. El público y los críticos prefieren las obras de sabor local, que reflejan la problemática social como *Salamanca*, por ofrecer una imagen crítica.

XENIUS

Esta original obra de cuatro actos en verso de Raúl Victorino Martínez se estrena el 28 de septiembre de 1917 por la compañía nacional Salvador Rosich-Alberto Ballerini en Córdoba. Martínez escribe 5 obras entre 1916-1920, y junto a Carri Pérez pertenece a la autodenominada “generación rebelde” y en 1918 “generación de la Reforma”. Además escribe obras en prosa, y otras de filosofía y derecho.

Nacido en Córdoba en 1897, Martínez es abogado graduado en 1918, periodista, y diputado nacional por el partido Radical entre 1928/1930 y en 1943, mandato interrumpido por el golpe del Gral. Rawson. La escuela municipal de Córdoba capital que lleva su nombre se funda en 1984, cuando su hijo Víctor Martínez es vicepresidente de Raúl Alfonsín, entre 1883-89.

Según Ana Guillermina Yukelson (2005), Xenius, título de la obra y nombre del protagonista, es uno de los seudónimos del filósofo y ensayista catalán Eugenio D’Ors (1882-1954). Martínez caracteriza al personaje

“como un poeta que pretende expresar algunas verdades que contribuyan al espíritu de renovación de una nueva sociedad”, influido por el *novecentismo* de D’Ors. Yukelson también opina que el poeta y dramaturgo anarquista José de Maturana influyó en la “generación rebelde” y especialmente en Martínez por su teatro poético con ideas sociales.

Beatriz Seibel

Agradezco especialmente a las investigadoras de teatro de Córdoba por su aporte de textos para esta Antología.

BIBLIOGRAFÍA

ARPES Marcela-Alicia Atienza, *Santa Cruz (1900-1950)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

BALESTRINO Graciela-Marcela Sosa, *Treinta años de estrenos*, en *Un siglo de teatro en Salta. Memoria y balance de Balestrino*, Sosa y Parra, Universidad Nacional de Salta, 2000.

• *Salta (1900-1930)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

BATTISTÓN Dora-Susana Llahí, *La Pampa (1894-1950)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias II*, Buenos Aires, Galerna, 2007.

CALAFATI Osvaldo, *Neuquén (1884-1985)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias II*, Buenos Aires, Galerna, 2007.

CASTAÑEDA Alicia-María Cristina Castro, *San Juan (1894-1944)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

DE DIEGO Jacobo A., *Diccionario teatral*, Inédito, Patrimonio del Fondo Nacional de las Artes, 1973.

DE LA FUENTE Efraín, *Historia del teatro (Desde sus orígenes hasta 1975)*, La Rioja, Canguro, 1997.

FABIANI Nicolás Luis et al, *Mar del Plata (1887-1955)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

FIDALGO Andrés, *El teatro en Jujuy*, Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1995.

FOPPA Tito Livio, *Diccionario Teatral del Río de la Plata*, Buenos Aires, Argentores, Carro de Tespis, 1961.

FREGA Graciela, *El realismo didáctico de Julio Carri Pérez, y Salamanca: Una comedia de costumbres cordobesas* en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

FREGA Graciela, Mabel Brizuela, María J. Villa, Ana G. Yukelson, *Córdoba (1900-1945) Cronología*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

FREGA Graciela, María J. Villa, Ana G. Yukelson, *Entre el fervor de la rebeldía y la dependencia del mercado (1913-1928)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

GARCÍA SORIANO Manuel, *La actividad en los teatros de Tucumán desde los orígenes hasta la década de 1960 (2ª. Parte)*, Cuadernos Tucumanos de Cultura N° 3, Dirección General de Cultura, 1981.

GORLERI DE EVANS María Ester-Marisa Estela Budiño, *Formosa (1915-1962)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

LAGE Susana, *San Luis (1910-1954)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

LAGMANOVICH David, *Un recorrido teatral*, en *Escenas Interiores*, Halima Tahan Editora, Buenos Aires, Instituto Nacional del Teatro/ Artes del Sur, 2000.

LÓPEZ ROSAS José Rafael, *El teatro en la provincia. Separata de Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe*, Tomo 5, 2ª parte, Sin mención de editor, Sin fecha.

MARTÍNEZ Ovidio, *Historia del teatro en Bahía Blanca*, Imprenta Ducós, 1913.

MERESMAN Guillermo A., *Entre Ríos (1836-1947)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

MORENA Miguel Angel, *Historia artística de Carlos Gardel*, Buenos Aires, Corregidor, 1990.

NAVARRETE José F., *Los Podestá en Mendoza: expectativa social, recepción y periodismo*, ponencia inédita presentada en el II Congreso Internacional de Teatro Iberoamericano y Argentino, Buenos Aires, agosto 1993.

• *Mendoza (1892-1939)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

ORDAZ Luis, *Madurez de nuestra dramática. Francisco Defilippis Novoa*, Fascículo N° 59 de Capítulo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

PAGELLA Angela Blanco Amores de, *Pablo Podestá*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967.

PODESTÁ José, *Medio siglo de farándula, Memorias*, Imprenta Argentina de Córdoba, Río de la Plata, 1930.

SÁNCHEZ DISTASIO Alicia, *La Plata (1886-1956)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

SANTOS Susana, *Brevísima historia de cómo floreció el teatro en el benemérito jardín de la República Argentina*, en *Escenas Interiores*, Halima Tahan Editora, Buenos Aires, Instituto Nacional del Teatro/ Artes del Sur, 2000.

SCHAEFER GALLO Carlos, *El revés de la máscara. Añoranzas y recuerdos teatrales rioplatenses*, Buenos Aires, Huemul, 1965.

SEIBEL Beatriz, *Historia del teatro argentino. Desde los rituales hasta 1930*, Corregidor, 2002.

TAMER Nelly Beatriz, *Santiago del Estero (100-1968)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias II*, Buenos Aires, Galerna, 2007.

TRÍBULO Juan Antonio, *Tucumán (1873-1958)*, en *Historia del teatro argentino en las provincias*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

YUKELSON Ana Guillermina, Raúl V. Martínez. *Idealismo y realismo en una comedia de intriga: Xenius*, en *Historia del teatro argentino en las provincias I*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

los mirasoles

Julio Sánchez Gardel

> los mirasoles

Comedia de costumbres provincianas, en tres actos.

Estrenada el 1º de agosto de 1911, en el teatro Moderno de esta Capital por la Compañía Pablo Podestá.

PERSONAJES

AZUCENA	E. Buschiazzo
DOÑA MÓNICA	O. Rico
LUCILA	S. Parodi
ELIBERTA	A. Argüelles
REGINA	J. Diana
DOCTOR CENTENO	E. Alippi
EL ABUELO	J. Escarsela
DON MAMERTO	J. Mangiante
DON SOFANOR	P. Podestá
DON CÁNDIDO	A. Cuartucci
BALDOMERO	A. García
UN MUCHACHO	N. Lanaro
CARTERO	G. de Cañada

Acción en una ciudad del norte de la república. Época actual.

DECORADO PARA LOS TRES ACTOS

UN ALEGRE PATIO PROVINCIANO. AL FORO, AMPLIO ZAGUÁN. A LA DERECHA, SEGUNDO TÉRMINO, UN AÑEJO "PACARÁ". ENREDADERAS DE MADRESELVAS, GLICINAS Y JAZMINES DEL CIELO ENTOLDAN EL PATIO. EN ESCENA, PLANTAS EN FLOR EN TINAS Y MACETAS, PREDOMINANDO LOS "MIRASOLES". A LA

DERECHA SE SUPONE LA QUINTA. AL FORO Y A LOS LADOS, HABITACIONES. JAULAS Y PAJARERAS ADORNAN EL PATIO. EN LA PARED, A LA DERECHA DEL FORO, UN REVERBERO. UNA MECEDORA Y SILLAS DE VIENA.

PRIMER ACTO

Mañana de verano.

Doña Mónica, Baldomero y Regina.

MÓNICA: *(Limpiando las jaulas y cambiándoles el agua)* ¿Y este qué tendrá? Parece enfermito; desde ayer que no canta.

REGINA: *(Sirviendo mate)* Estará con el grano malo.

MÓNICA: Cuidadito con decirle nada a la Azucena; quiere a los pájaros más que a la gente.

BALDOMERO: *(Con una jarra ayudándole)* ¿Se acuerda que cuando se murió la calandria estuvo todo el día sin comer?

MÓNICA: Y también te encargué que no le dijeras nada y te fuiste derecho a contárselo.

REGINA: ¿Y es cierto que el niño Manuel José le va a mandar de Güenos Aires unos pájaros que no hay aquí?

MÓNICA: El mes pasado se los prometió, y hasta ahora...

BALDOMERO: La niña Azucena los espera todos los días.

Los mismos y el Abuelo.

ABUELO: *(De la calle)* ¿No hay carta de Buenos Aires?

MÓNICA: Todavía no han repartido la correspondencia, abuelo; un rato no más que ha pitiado el tren.

BALDOMERO: Yo lo oí.

MÓNICA: Llevá eso y andá a darles de comer a las gallinas. Ah, mirá, recogé los huevos, menos los de la “cenicienta” que quiero que empolle.

BALDOMERO: La “bataraza” está otra vez clueca; ¡qué animal! todo el año se lo pasa acostada. ¿Quiere que lo cambie al gallo de gallinero?

MÓNICA: No, dejalo ahí no más, entrometido.

BALDOMERO: ¡La pucha qué animal! *(Mutis por la quinta)*.

ABUELO: ¿Nos escribirá Manuel José en este correo?

MÓNICA: No sé, abuelo. Hace un mes que recibí la última carta. Todos los correos a esperar al cartero, y todos los correos la misma pena de que no se acuerde de nosotros.

ABUELO: ¡Quién sabe! Tal vez no sea por olvido. Estará ocupado.

MÓNICA: Ahora está en vacaciones. Es que los hijos son ingratos, abuelo, no hay otra cosa. No se acuerdan de los pobres padres que quedamos aquí, y cuando se acuerdan, es para pedirnos dinero.

ABUELO: No, no, no. Manuel José no es de esos; cuando ha pedido dinero será porque lo ha necesitado.

MÓNICA: Es una pena estos hijos que mandamos a Buenos Aires. Si consiguen recibirse y hacerse gente, encuentran acomodo en otra parte y allá se quedan; y a los que se les ha cansado la mula o han salido con la cabeza torcida, esos vuelven al pueblo y nos traen la tristeza de su derrota, inútiles ya para toda la vida. ¡Ay, abuelo, cuando pienso que Manuel José!...

ABUELO: ¿Pero estás loca? Manuel José no es de esos, ¡qué ha de ser! Ya lo verás cuando se reciba y vuelva al pueblo con su título qué orgullosota te vas a poner!

MÓNICA: ¡Ojalá, abuelo! ¡Dios lo quiera!

ABUELO: Y claro que lo querrá, no tiene otro remedio. Ya te estoy viendo: Manuel José por acá, Manuel José por este otro lado. En la calle, con Manuel José, que todos lo vean, que todos sepan que es tu hijo. Las muchachas preguntándote por Manuel José, loquitas por él; y mimitos aquí y mimitos allá; y a todo esto, vos, sacando una cuarta de lengua y cayéndose la baba.

MÓNICA: ¿Y usted, abuelo? ¡Poquito que lo quiere!

ABUELO: Creo que cuando lo vuelva a ver, no sabré más que lagrimear; que la alegría también tiene sus penas.

Los mismos, Lucila y Eliberta.

LUCILA: *(Desde la puerta de calle).* Buen día, doña Mónica. ¿La Azucena volvió de misa?

MÓNICA: Entren, que ya no ha de tardar.

ELIBERTA: Vamos a dar una vuelta por la calle de la estación, a ver quiénes han llegado hoy. Volveremos dentro de un rato.

LUCILA: Hasta luego. *(Mutis).*

MÓNICA: Hasta luego.

ABUELO: ¿Quiénes son?

MÓNICA: La Lucila y la Eliberta, abuelo. *(A Regina)* Dejé el mate, ya no quiero más, está muy chulla.

Mutis de Regina por la quinta. Un muchacho llama a la puerta de calle.

Doña Mónica, el Abuelo, un Muchacho y Baldomero

MÓNICA: Entrá.

MUCHACHO: Aquí le manda don Mamerto estos zapallos y estos quesillos, y también le manda este melón escrito para la niña Azucena.

MÓNICA: Decile que están muy ricos, que para qué se ha molestado. *(Llamando)* ¡Baldomero! Que le damos las gracias. ¡Baldomero! Que venga a visitarnos. ¡Baldomero!

BALDOMERO: ¿Qué hay?

MÓNICA: Llevá estos zapallos a la cocina.

MUCHACHO: Adiós, señora. *(Mutis)*

MÓNICA: Adiós y muchas gracias, hijito.

Doña Mónica y el Abuelo.

MÓNICA: Me parece que a don Mamerto le ha picado algo en esta casa. Se me figura que la anda pretendiendo a la Azucena, abuelo.

ABUELO: No me he dado cuenta.

MÓNICA: Anteayer, una bolsa de zapallos, y hoy, otra.

ABUELO: Sí, tienes razón, ya son demasiados zapallos.

MÓNICA: A mí no me parece mal, abuelo; ¿qué dice usted?

ABUELO: Que no la va a contentar a la Azucena. Esa mira más alto, ¡y tan alto!

MÓNICA: ¿Qué mejor partido que este? ¡Ya lo quisieran muchas!

ABUELO: La Azucena tiene demasiadas fantasías en la cabeza. Lo mismo que su padre; en eso se parecen.

MÓNICA: Ya se le pasarán, abuelo.

ABUELO: No te hagas ilusiones. Lo mismo pensabas de Cándido a

cada nueva candidatura, y ya lo ves: desde hace veinte años es candidato en todas las elecciones para diputado y senador, y no se ha curado todavía de esa manía. En elecciones ha perdido toda la fortuna. La mitad se la ha comido el pueblo soberano, como él dice, y la otra mitad se la han comido los caudillos electorales. Con esta dificultad de caminar siempre me agarra a mí. Estoy hasta aquí de proyectos y de discursos. Yo, hija, estoy destinado a morir de *lata parlamentaritis*.

Doña Mónica, el Abuelo y Azucena. (Esta con un libro de misa).

AZUCENA: *(Dejándose caer en una silla y quitándose el sombrero)* ¡Uf! ¡Qué cansada vengo! *(Echándose aire)* ¡Qué calor! ¿Llegó carta de Buenos Aires?

MÓNICA: No. ¿Oíste misa?

AZUCENA: Sí. *(Bosteza)*.

MÓNICA: ¿Quiénes estaban?

AZUCENA: Las de siempre y con las mismas caras de todos los días.

MÓNICA: ¡Qué salida la tuya!

AZUCENA: ¿Qué quiere? Aquí no hay otra novedad que cuando alguna se casa o se muere, y ninguna se ha casado ni se ha muerto.

MÓNICA: Pues te equivocas.

AZUCENA: *(Bosteza)*. ¿Quién se ha muerto?

MÓNICA: Nadie. Me refiero a que hay una novedad.

AZUCENA: ¿Cuál?

MÓNICA: Que don Mamerto nos ha vuelto a mandar zapallos.

AZUCENA: ¡Ah! *(Bosteza)*.

ABUELO: Y un melón con dedicatoria para vos.

AZUCENA: Es una gran novedad.

MÓNICA: Decime Azucena, ¿vos no sospechás nada de don Mamerto?

AZUCENA: No sospecho, estoy segura.

MÓNICA: Que don Mamerto...

AZUCENA: Es un completo idiota.

MÓNICA: Para vos todos son idiotas. ¿No la oye, abuelo?

ABUELO: Sí que la oigo, sí.

MÓNICA: ¿Y con quién pensás casarte? ¿Estás esperando que caiga alguno de la luna?

AZUCENA: *(Levantándose)* O de las estrellas. ¿Les dio de comer a los pájaros?

MÓNICA: Sí.

Azucena va mirando todas las jaulas hasta hacer mutis por lateral izquierda.

Los pájaros son los únicos que quiere, abuelo.

ABUELO: Con tal que no se case con algún... pájaro de cuenta.

Doña Mónica, el Abuelo y don Cándido.

CÁNDIDO: *(De la calle)* ¿No han llegado los diarios de las cámaras?

MÓNICA: Todavía no ha venido el cartero.

CÁNDIDO: Estoy, abuelo, con curiosidad de saber en qué ha parado la interpelación al ministro de Obras Públicas.

ABUELO: *(Levantándose)* Pues yo no; a mí me tiene sin cuidado.

CÁNDIDO: Espérese, abuelo, va usted a ver qué interesante.

ABUELO: Disculpá, se me han dormido las piernas. Voy a dar una vuelta por la quinta, ¡Siempre me agarra a mí! *(Vase)*.

CÁNDIDO: ¿Sofanor se ha levantado?

MÓNICA: No,

CÁNDIDO: ¿Sabes, Mónica, lo que me han contado recién?

MÓNICA: Mirá, Cándido, no me vengás a hablar de política. Estoy harta.

CÁNDIDO: No es de política desgraciadamente de lo que voy a hablarte; es de Sofanor.

MÓNICA: ¿Otra calaverada? Ya me lo imaginaba. Entró esta mañana como a las cuatro.

CÁNDIDO: La de todos los días, no puede vivir sin comprometer el decoro de la familia. Anoche ha estado de parranda en la Villa, en compañía de otros perdidos como él. Después de chupar y bailar toda la santa noche, se fueron a darles serenatas a todas las viudas de la Villa, ¡y qué serenatas! El loco Robustiano iba adelante con un acordeón viejo. Detrás le seguían Sofanor, el ñato Gumersindo y diez más, todos borrachos y con tachos de kerosene, armando un escándalo descomunal. Después de darles serenatas a tres o cuatro, llegaron a casa de las Villegas que ya estaban prevenidas. No bien comenzó el bochinche del acordeón y de los tachos, cuando desde la azotea les descargaron una lluvia de membrillos por la cabeza. En un minuto, desparramo general. Al ñato Gumersindo, de un membrillazo le asentaron del todo las ñatas. A Sofanor, le pusieron un ojo de color chocolate. En fin, un escándalo mayúsculo.

MÓNICA: ¡Qué vergüenza, Señor! ¡A su edad!

CÁNDIDO: Lo peor es que políticamente me desacredita y me pone en ridículo ante todo el mundo.

MÓNICA: Ahí sale; no le digas nada vos.

Doña Mónica, don Cándido y Sofanor.

SOFANOR: Buenos días.

MÓNICA: Buenos días. ¿Cómo has amanecido?

SOFANOR: Muy mal con esta acidez.

MÓNICA: Es que tu estómago Sofanor, es ya una pipa en fermentación.

SOFANOR: ¿Qué quieres decir?

MÓNICA: Que abusas de la bebida, Sofanor; que bebes demasiado.

SOFANOR: Mirá, Mónica, tengamos la fiesta en paz. Hoy he amanecido mal del estómago.

MÓNICA: Y del ojo...

SOFANOR: ¿Ya me lo has notado?

MÓNICA: No, no se te conoce. ¿Qué te ha pasado?

SOFANOR: Ya sabes que tengo mal dormir. Desde chico me he caído de la cama, y anoche me caí otra vez y me di con el taco del botín en el ojo.

MÓNICA: ¡Qué cosa, no!

SOFANOR: ¿Ahora vas a dudar de mí? ¿Me crees capaz de mentir?

MÓNICA: Sí, puesto que estás mintiendo. Lo que tienes en el ojo es el membrillazo que te dieron anoche desde la azotea de las Villegas.

SOFANOR: ¡Ah! ya sé quién es el chismoso que te ha traído el cuento.

MÓNICA: No es cuento.

SOFANOR: ¿Es este hipocritón?

CÁNDIDO: ¡Sí, señor, yo he sido, y lo que haces es una vergüenza para mí y para toda la familia!

MÓNICA: ¡Qué inmoralidad, Dios bendito!

SOFANOR: ¡Qué inmoralidad ni qué niño muerto! Cada uno tiene su chifladura. A vos te gusta la política, a mí me gustan las mujeres.

MÓNICA: ¡Pero a tus años, Sofanor!

SOFANOR: ¿Y qué hay con mis años si todavía me siento fuerte para calaverear? ¡Hace diez años que no tengo mujer, caramba!

MÓNICA: Razón tuvo la pobre en morirse.

SOFANOR: Sí, señora, hizo muy bien en morirse, es lo único bueno que tengo que agradecerle. Diez años me duró la cataplasma, y es muy justo que ahora me desquite y recupere el tiempo perdido.

MÓNICA: ¡Buena manera de desquitarte tenés vos, con semejante vida!

SOFANOR: Ese es el error de todos ustedes. No viven más que preparándose a bien morir, ¡y qué diablos! a mí me gusta mucho la alegría, y soy enemigo de los sauces llorones y de los catafalcos ambulantes como este.

CÁNDIDO: ¿A mí me dices eso, viejo ridículo?

SOFANOR: Sí, a vos te digo, ¡político de pacotilla!

MÓNICA: ¡Bueno, basta de discusión! ¡Se acabó!

CÁNDIDO: ¡Sacrifíquese uno por la familia para darle prestigio y nivel social con semejante perdido! (*Mutis por la quinta*).

MÓNICA: Y vos, Sofanor, es necesario que moderes tu conducta; das demasiado que hablar a las gentes.

SOFANOR: Sí, pero ya me han agriado el estómago y me han revuelto toda la bilis. ¡Señor! ¡Señor! ¡que nunca pueda uno tener una farrita a gusto en este pueblo! (*Mutis*).

Azucena, Mónica y don Mamerto. Luego Azucena.

MÓNICA: Adelante, don Mamerto.

MAMERTO: Buenos días, doña Mónica.

MÓNICA: Tengo que darle las gracias por loa zapallos, parecen muy ricos.

MAMERTO: En este año han salido buenos. Lo que coman estos, les voy a mandar otra bolsa.

MÓNICA: ¿Pero para qué se va a molestar?

MAMERTO: No es molestia. Como tengo muchos y no se venden...

MÓNICA: Gracias, don Mamerto.

MAMERTO: ¿La señorita Azucena está buena?

MÓNICA: Buena; debe andar por ahí. (*Pequeña pausa*).

MAMERTO: Doña Mónica, yo quería hablar con usted de un asuntito.

MÓNICA: Hable no más con confianza.

MAMERTO: Yo estoy ya en edad y necesito una mujer. Hace falta en la finca otra persona que cuide de la casa y que atienda los quehaceres menudos; yo con las tareas de labranza tengo bastante.

MÓNICA: Es muy justo, don Mamerto. Una mujer ordenada siempre hace falta en una casa.

MAMERTO: La señorita Azucena es muy simpática y parece que tiene buena salud, ¿eh?

MÓNICA: Muy buena, a Dios gracias.

MAMERTO: Y si la señorita Azucena quiere y ustedes no se oponen, yo estaría dispuesto a casarme con ella cuanto antes, pues la cosecha se viene encima, y antes que otra, prefiero que sea la señorita Azucena.

MÓNICA: Pero, don Mamerto, usted se apura mucho.

MAMERTO: Yo, doña Mónica, no puedo perder el tiempo pelando la pava; ustedes piensén y me contestan.

MÓNICA: Por nosotros creo que no habrá inconveniente, lo conocemos de sobra a usted que es un hombre formal y de posición. Háblela usted, que nosotros ya la aconsejaremos bien.

MAMERTO: No hay inconveniente.

MÓNICA: *(Llamando)* ¡Azucena! ¡Azucena!

AZUCENA: ¿Quién me llama?

MÓNICA: Ven un momento, tenemos visita.

MAMERTO: Le tengo un poco de desconfianza, lo que ella es así tan burlona.

MÓNICA: Háblela no más derechito al corazón y sin miedo. *(Mutis)*.

Don Mamerto y Azucena.

AZUCENA: ¡Ah! ¿Es usted, don Mamerto?

MAMERTO: Sí, señorita Azucena, yo soy.

AZUCENA: Siéntese...

MAMERTO: Gracias, estoy mejor de parao. *(Pausa)*.

AZUCENA: Y ¿qué novedades tiene, don Mamerto?

MAMERTO: Esta mañana tuve el gusto de mandarle... un melón para usted; era el mejor de la huerta.

AZUCENA: ¡Ah! *(Pausa)*. ¿Y qué más?

MAMERTO: Mañana pienso mandarle choclos y sandías para su mamá y otro melón para usted.

AZUCENA: Estos melones son muy significativos, don Mamerto.

MAMERTO: Yo soy así, me gusta mandar regalos útiles.

AZUCENA: Es usted muy práctico, don Mamerto. *(Pausa)*.

MAMERTO: Señorita Azucena, yo quisiera decirle... pero no me animo.

AZUCENA: Anímese, hombre, anímese, ¡no faltaba más!

MAMERTO: Es que yo no sirvo para estas cosas del amor.

AZUCENA: ¡Ah! ¿Está usted enamorado? ¡Qué me cuenta, don Mamerto!

MAMERTO: Sí, señorita.

AZUCENA: Pues no se le conoce nada en la cara.

MAMERTO: Usted se ríe de mí, señorita Azucena.

AZUCENA: No hombre, qué me he de reír. Hable no más con confianza.

MAMERTO: En la finca hace falta una mujer.

AZUCENA: Trabajadora.

MAMERTO: Eso es, que cuide bien los intereses; los sirvientes le roban a uno, el hombre no puede estar en todo ni entiende de muchas cosas.

AZUCENA: Claro. Usted necesita una mujer, que al mismo tiempo que sea su mujer, se ocupe de la comida de los peones.

MAMERTO: Eso es.

AZUCENA: Que vigile la cosecha.

MAMERTO: Eso es.

AZUCENA: Que de vez en cuando dé también una manito.

MAMERTO: Eso.

AZUCENA: Que no gaste mucho.

MAMERTO: Eso, que sea económica.

AZUCENA: Eso es, que no le gusten las diversiones.

MAMERTO: Eso es.

AZUCENA: Que adivine al marido hasta en la menor intención, que lo sirva al pensamiento.

MAMERTO: Eso, justo. ¡Qué bien me entiende usted!

AZUCENA: Y para esto, usted ha tenido la feliz idea de elegirme a mí, ¿no es eso?

MAMERTO: Eso es, señorita Azucena.

AZUCENA: Pues eso es lo que no puede ser, mi estimado don Mamerto. Yo no le convengo a usted porque soy muy dormilona; me gusta tomar el matecito en la cama; soy muy gastadora; me gusta la sociedad, el baile, y no sirvo para eso de adivinar el pensamiento a nadie; en mi vida he acertado ni una charada. Con que, ya ve usted.

MAMERTO: ¡Quién sabe, señorita Azucena!

AZUCENA: ¡Se tiene mucha confianza, don Mamerto!

MAMERTO: Yo siempre digo “quién sabe” para todo.

AZUCENA: Y aparte de esto, hay otro inconveniente que usted no lo va a poder remediar.

MAMERTO: ¡Quién sabe señorita Azucena! Dígalo.

AZUCENA: Pues, que yo no lo quiero a usted ni lo querré nunca. Aspiro a casarme con un hombre que me ame, que me comprenda, que sea superior a mí, que me eleve hacia él, que me dignifique. En una palabra, quiero ser su esposa, su compañera, y como para esto hace falta el amor, cosa inútil para usted y que no entra para nada en sus cálculos, yo, mi estimado don Mamerto, le agradezco pero no acepto el honor de la elección.

MAMERTO: Es que yo, señorita Azucena, estaba enamorado de usted.

AZUCENA: ¿De mí o de mi buena salud para el trabajo?

MAMERTO: La salud nunca está de más.

AZUCENA: Como a usted le parezca, don Mamerto. *(Pausa)*.

MAMERTO: Entonces... adiós, señorita Azucena,

AZUCENA: Adiós, don Mamerto. *(Pausa)*.

MAMERTO: En fin... ¡quién sabe! *(Mutis)*.

Azucena y doña Mónica.

MÓNICA: Muchas gracias por los zapallos, don Mamerto. *(A Azucena)* Azucena, ¿qué le has contestado a don Mamerto?

AZUCENA: Lo que debí contestarle, madre; que no quiero ser una bestia de carga.

MÓNICA: ¿Pero él te ha propuesto semejante cosa?

AZUCENA: Algo parecido.

MÓNICA: No puede ser, hija. Pero decime, Azucena, ¿a qué mejor partido puedes aspirar en este pueblo?

AZUCENA: En este pueblo, no.

MÓNICA: Entonces es necesario que te conformes, hija.

AZUCENA: Pero ¿le ha visto bien la cara? ¿Se ha fijado usted que parece un santo de palo? Tiene la cara igualita al San Roque de la capilla vieja.

MÓNICA: Bueno, deja de meter a los santos en estas cosas. A este le encuentras la cara, y a los otros ¿qué les encontraste?

AZUCENA: ¿A quiénes?

MÓNICA: Vamos a ver ¿por qué lo desairaste a Toribio?

AZUCENA: ¡Por Dios, mamá, un hombre que no hacía otra cosa que meterse los dedos en la nariz y convidar caramelos!

MÓNICA: ¿Y a Robustiano?

AZUCENA: ¿El del ojo del movimiento continuo? Baila que te baila, no descansaba ni para dormir.

MÓNICA: ¿Y a Telésforo?

AZUCENA: Ahí tiene, ¿ve? con ese tal vez me hubiera casado, no era tan zozco; pero tenía también un defecto.

MÓNICA: ¿Qué defecto?

AZUCENA: Tenía mal aliento. Era inútil que lo convidara con pastillas de menta. Se comía las pastillas, pero no olía nunca a menta.

MÓNICA: Yo no sé lo que pretendés. A todos les has de encontrar defectos.

AZUCENA: No pretendo nada.

MÓNICA: Pero ¿con quién te vas a casar?

AZUCENA: ¿Tan de más estoy a su lado, madre?

MÓNICA: No es por mí, hija; es necesario que comprendas que tu padre y yo estamos ya viejos, que si no te casas ahora, después te será más difícil.

AZUCENA: Soy joven todavía, puedo esperar.

MÓNICA: Esperar ¿qué? ¿a quién?

AZUCENA: No sé, madre, no sé a quién ni de qué lado vendrá; pero tengo la esperanza de que al fin llegará. Todos los días me despierto y me acuesto con esta ilusión.

MÓNICA: ¡Pobre hija mía! Dice bien el abuelo, tienes demasiadas fantasías en la cabeza; has nacido en un pueblo que no era el tuyo.

AZUCENA: Sí, madre, puede usted compadecerme, mi pueblo no es este; el mío está muy lejos de aquí.

MÓNICA: ¡Dios quiera darte resignación, hija! (*Mutis*).

AZUCENA: A Dios le pido otra cosa mejor que la resignación, madre.

Azucena, Lucila y Eliberta.

LUCILA: (*Desde la calle*). ¡Azucena!

AZUCENA: Entren, muchachas.

ELIBERTA: Te estoy felicitando, hija.

AZUCENA: ¿A mí?

LUCILA: Vamos, no te hagas la zonza.

ELIBERTA: Ya se sabe lo de los zapallos.

AZUCENA: ¡Ah! Muchachas, ¿quiénes habrán llegado hoy? ¿No saben?

LUCILA: Una buena noticia para vos, hijita, que te gustan los forasteros.

AZUCENA: ¿Quién es?

ELIBERTA: No lo conocemos. Fuimos a la calle de la estación y vimos pasar a un joven muy buen mozo.

AZUCENA: ¿Sí? ¿Quiénes iban con él?

LUCILA: Iba solo en el coche.

AZUCENA: ¿Quién será? ¿Traía mucho equipaje?

LUCILA: Venía lleno el coche.

AZUCENA: (*Para ella*) ¿Quién podrá ser?

ELIBERTA: Ya te ha picado.

LUCILA: Y tiene cara de ser porteño, chey.

ELIBERTA: Ahora ya tienes para estar alegre una temporada.

LUCILA: Puede ser que este venga a quedarse.

ELIBERTA: Entonces no le va a convenir a la Azucena. A ella no le gusta este pueblo. Para ella no hay como Buenos Aires, la vida de Buenos Aires, los teatros, los paseos, en fin, todo eso que leemos los domingos en la vida social.

LUCILA: Siempre ha sido lo mismo.
 AZUCENA: ¿Para qué negarlo? Ese ha sido mi sueño: ¡vivir en Buenos Aires! ¡Volar! ¡Volar! ¡Quién pudiera darme alas!
 ELIBERTA: Yo, todo lo contrario. No quisiera moverme de aquí, cerca de todo lo que me ha visto nacer, cerca de todos los recuerdos, para recordar cada momento.
 LUCILA: Lo que es a mí, todo me es igual. Lo mismo me da una parte que otra. Solo quisiera tener un marido para manejarlo y gobernarlo a mi gusto.

Todos.

CARTERO: *(Dando dos golpes con la aldaba de la puerta de calle)*
 ¡Cartero!
 AZUCENA: ¿Es para mí?
 CARTERO: Señora doña Mónica Torres.
 AZUCENA: ¡Mamá, mamita, carta de Buenos Aires! ¡Papá!
 MÓNICA: ¿Para mí? ¿Será de Manuel José?
 CÁNDIDO: Créame abuelo, en la cámara de diputados...
 ABUELO: ¿Carta de Manuel José?
 CÁNDIDO: *(A Mónica)* Dame la carta.
 MÓNICA: Bueno, leela vos.
 ABUELO: Bien fuerte, que la oiga yo también.
 MÓNICA: ¿Es de Manuel José, verdad?
 ABUELO: Pero fijate de quién es la carta.
 CÁNDIDO: Sí...
 MÓNICA: ¡De mi hijo!
 ABUELO: ¡De Manuel José!

SOFANOR: Pero leela fuerte, hombre.
 CÁNDIDO: ¡Una personalidad!...
 MÓNICA: Pero ¿qué dices?
 ABUELO: Por todos los diablos te digo que la leas fuerte.
 CÁNDIDO: ¡Un verdadero candidato, un hombre público!
 ABUELO: *(Arrebatándole la carta)* Toma, leela vos y bien alto para que pueda enterarme.
Azucena repite el mismo juego.
 MÓNICA: Pero no la leas para vos sola.
 ABUELO Y SOFANOR:
 ¿Qué dice?
 AZUCENA: Es él, el porteño.
 MÓNICA: ¿Qué porteño?
 AZUCENA: El porteño que trae el pájaro.
 MÓNICA: ¿Qué pájaro? Traé la carta.
 ABUELO: ¡Por fin voy a enterarme! Leela con voz fuerte.
 SOFANOR: Pero ¿qué dice la carta?
 MÓNICA: ¡Ay virgen santísima! ¡Pobre hijito mío! *(Lloriqueando)*.
 ABUELO: Esta vez sabré lo que dice.
 SOFANOR: Pero si usted no ve, abuelo, yo se la voy a leer.
 ABUELO: Vos no, estarás hasta mañana deletreando la carta.
 AZUCENA: Yo se la voy a leer, abuelo, en voz alta como a usted le gusta.
 ABUELO: Bueno; sentate aquí.
 CÁNDIDO: ¡Qué alegría, un político de talla!
 MÓNICA: ¡Cállate!
 ABUELO: ¡Silencio!

AZUCENA: “Mi querida viejita”.

MÓNICA: ¡Pobre hijito mío!

CÁNDIDO: Bueno, deja de lamentarte ahora.

AZUCENA: “Le escribo apurado...”

SOFANOR: Va a pedir dinero.

CÁNDIDO: ¡Cállate, Sofanor!

AZUCENA: “... Solo dispongo de diez minutos antes de que cierren el correo”.

SOFANOR: Ahora va a pedir dinero.

CÁNDIDO: ¡Cállate, Sofanor!

AZUCENA: “Acaba de comunicarme mi jefe, el doctor Rafael Centeno que tiene que partir a esa, mandado por el ministro en comisión especial”.

CÁNDIDO: ¡Por el ministro en comisión especial!

SOFANOR: ¡Cállate, Cándido!

AZUCENA: “El doctor Centeno, a quien le debo tantas atenciones y favores, no conoce a nadie allí y teme aburrirse mucho. Les pido, pues, que hagan lo que puedan y usen con él todas las atenciones que les sea posible. En diversas oportunidades hemos conversado de todos ustedes, de papá, de Azucena, del abuelo, de tío Sofanor. De usted, mamá, le he dicho que es muy buena y sencilla y que hace un dulce muy rico de tripa de fraile. De la Azucena, que tiene muchos novios y que juega a la pelota con ellos”. *(Breve pausa)*.

ABUELO Y MÓNICA:
Seguí.

AZUCENA: “... a la pelota con ellos. En fin, mamá, que el doctor Centeno es un hombre muy afable y distinguido. Suena

como candidato posible que sostendrá el gobierno en la próxima lucha electoral”.

CÁNDIDO: ¿Candidato posible? Si lo manda el gobierno ha de ser no más.

ABUELO: ¿Quieres callarte?

AZUCENA: “De mi parte dígame a la Azucena que en ella confío para hacerle agradables los pocos días que va a estar allí, pues es la única mujer inteligente del pueblo”.

MÓNICA: Muchachas, no hagan ustedes caso.

ELIBERTA: ¡Por nosotras!...

LUCILA: ¡Qué esperanza!...

AZUCENA: “Con el doctor Centeno le remito a la Azucena el mirlo prometido. Cuídenlo mucho al abuelo, y usted viejita, reciba un fuerte abrazo de su Manuel José”.

MÓNICA: ¡Pobre hijito mío!

CÁNDIDO: ¡En comisión especial!

AZUCENA: “Posdata”.

SOFANOR: Me olvidaba, aquí es donde pide el dinero.

AZUCENA: “Con el doctor Centeno les ruego que me manden un poco de dinero...”

SOFANOR: ¡No le dije!

ABUELO: ¡Cállate, demonio!

AZUCENA: “...” que ando bastante cortado y tengo muchos agujeros que tapar”.

SOFANOR: ¿Para qué hará entonces tantos agujeros si después tiene que taparlos?

ABUELO: Si pide dinero es porque lo necesita.

MÓNICA: ¡Pobre hijito mío!

CÁNDIDO: Bueno. ¿Y qué hacemos ahora?

AZUCENA: Agasajarlo.

ABUELO: Hay que mandar a saludarlo.

AZUCENA: Inmediatamente.

CÁNDIDO: Saludarlo e invitarlo a almorzar.

MÓNICA: No tenemos servicio bueno.

CÁNDIDO: Se pide prestado.

AZUCENA: Entonces vaya usted, papá.

CÁNDIDO: Es mejor que vaya Sofanor. Yo tengo como él, el mismo volumen político y debo darme cierta importancia.

SOFANOR: Con esta traza yo no voy.

CÁNDIDO: Tomá esta levita; yo me pondré la nueva.

SOFANOR: No me va a quedar bien.

CÁNDIDO: Ya verás.

MÓNICA: ¡Regina! ¡Baldomero!

SOFANOR: ¿No ves que me está chica?

CÁNDIDO: Ahora el sombrero.

SOFANOR: ¿También con esto? ¡Me van a apedrear!

MÓNICA: ¡Regina! ¡Baldomero!

CÁNDIDO: Anda Azucena y trae mis guantes.

SOFANOR: Eso sí que no, con guantes no voy.

CÁNDIDO: Es necesario que te civilices, Sofanor.

SOFANOR: Todo lo que quieran menos esto; con guantes no sé mover las manos.

CÁNDIDO: ¿Cómo quieres ir sin guantes?

SOFANOR: Es inútil, no me los pongo.

CÁNDIDO: ¡Siempre has sido un bárbaro, Sofanor!

SOFANOR: ¡Más bárbaro serás vos, y ahora me saco la levita y no voy nada!

AZUCENA: ¡Pero tío!... vaya aunque sea sin guantes.

SOFANOR: Así, sí.

CÁNDIDO: Habla poco para que no te conozca.

SOFANOR: ¿Y qué le digo? ¡Uf! ¡Qué calor me va a dar esta levita!

AZUCENA: Que va a saludarlo de parte de la familia de Torres y que tendríamos mucho gusto que nos acompañase hoy a almorzar.

SOFANOR: ¡Uf, cómo pesa esta condenada! (*Mutis*).

AZUCENA: ¡Vuelva prontito, tío!

ABUELO: Voy a la quinta a recoger un poco de fruta. Mónica, avísame cuando venga el forastero. (*Mutis*).

CÁNDIDO: Y yo, a cambiarme de ropa. (*Ídem*).

AZUCENA: Con permiso muchachas voy a arreglarme un poco. (*Ídem*).

MÓNICA: ¿Tu mamá tiene platos de loza sin rajaduras?

ELIBERTA: Sí señora.

MÓNICA: Como nunca tenemos invitados, estamos desprovistos de todo. ¿Y copas de un solo color?

ELIBERTA: También.

MÓNICA: Entonces voy a mandarle a pedir.

BALDOMERO: ¿Qué deseaba, señora?

MÓNICA: Mira, te vas a ir aquí, a lo de mi comadre Tránsito, y le vas a pedir que me preste los platos enlozados y las copas que tenga. Decíle que tenemos un invitado a almorzar. Anda ligero.

Mutis de Baldomero.

- REGINA: *(Que ha salido un poco antes)* ¿Me llamaba?
- MÓNICA: Sí, hacé dos platos más para el almuerzo. Esmerate, porque tenemos un convidado. Luego voy a ir a ayudarte.
- REGINA: ¿Qué platos hago?
- MÓNICA: Hacé... una rica tortilla con papas, y hacé también, un rico guiso de arroz con gallina.
- REGINA: ¿Qué gallina mato?
- MÓNICA: Matá la... “lluta”. Mirá, esa no, matá... la “negra”. No, a esa tampoco, pobrecita, tiene todavía los pollitos muy chicos. Mejor, matá... Mirá, lo mejor es que te vayas a comprar una a la calle: a las de casa les tengo mucha lástima. Andate aquí no más, al frente, a lo de mi compadre Zenón. Volvé pronto.
- Mutis de Regina.*
- ¡Cándido! ¡Cándido!
- CÁNDIDO: *(En la puerta, poniéndose la levita)* ¿Qué quieres? ¿No sabes que me estoy vistiendo?
- MÓNICA: Bueno, es necesario que barras el comedor, ayudá en algo, yo tengo que ir preparando la comida.
- CÁNDIDO: ¿Barrer yo?
- MÓNICA: Claro, vos, no hay más remedio, ¡Jesús! No te vas a desdorar. A la Regina y a Baldomero los he mandado a la calle.
- CÁNDIDO: ¡Que un diputado tenga que hacer semejantes cosas! ¿Qué dirían mis colegas si lo supieran?
- MÓNICA: ¿Qué van a decir? ¿Sabés vos si sus mujeres no los mandan a hacer otras cosas peores? Agarrá la escoba y andá barriendo.
- AZUCENA: *(A medio vestir, cubriéndose con una toalla)* Mamá, alcánceme un poco de agua.

- MÓNICA: ¡Qué barbaridad, no voy a tener tiempo de hacer nada! Lucila, hijita, hacé el favor de traerle un poco de agua.
- LUCILA: Con mucho gusto. *(Hace lo indicado).*
- MÓNICA: Y vos, Eliberta, disculpá hija, pero estamos tan apurados.
- ELIBERTA: ¿Qué se le ofrece doña Mónica? No faltaba más.
- MÓNICA: Andá trayendo las sillas de la sala, las del comedor están agujereadas.
- ELIBERTA: ¡Cómo no, doña Mónica! *(Hace lo indicado).*
- CÁNDIDO: Fijate a ver si viene, no me vaya a encontrar barriendo.
- MÓNICA: No te aflijas y seguí barriendo.
- BALDOMERO: Ahí viene don Sofanor a todo lo que da, con la galera en una mano y una jaula en la otra,
- MÓNICA: ¿A ver?
Corren las muchachas a la calle.
- CÁNDIDO: ¡Vaya, por fin! *(A la calle).*
- AZUCENA: ¿Viene con el forastero? *(Desde la puerta de su habitación).*
- MÓNICA: Viene solo.
- AZUCENA: ¿No viene? *(Corre a la calle).*
- CÁNDIDO: *(Gritando)* ¿Qué te ha dicho?
- MÓNICA: ¿Qué dice?
- SOFANOR: *(Dejándose caer en una silla)* ¡Ah, no puedo más!
Todos entran tras él y lo rodean.
- CÁNDIDO: ¿Lo has visto?
- SOFANOR: Es una cosa que se me sube y se me baja. La corrida y el sofocón... ¡Esta condenada levita!

Regina pasa con una gallina.

AZUCENA: ¿Lo ha visto, tío?
 SOFANOR: No.
 CÁNDIDO: ¿No has hablado con él?
 SOFANOR: ¿Cómo voy a hablar con él si no lo he visto?
 MÓNICA: ¿No estaba?
 SOFANOR: Sí.
 CÁNDIDO: ¿Y cómo no lo has visto?
 SOFANOR: En ese momento precisamente estaba... ocupado.
 CÁNDIDO: ¿Ocupado?
 SOFANOR: Hablaba con el gobernador.
 CÁNDIDO: ¡Con el gobernador!
 SOFANOR: Pero le dejé el mensaje al portero quien me entregó esta jaula para la Azucena.
Pausa, Desconcierto general.
 AZUCENA: ¡Nos hemos lucido! *(Pequeña pausa).*
 SOFANOR: *(Riéndose)* ¡Qué plancha para la familia!
 CÁNDIDO: Vendrá esta tarde. ¡No te rías, Sofanor; me ponés nervioso!
 LUCILA: Bueno, Azucena, ya vendremos esta tarde a conocer al forastero.
 AZUCENA: Hasta luego, muchachas. *(Mutis).*
 SOFANOR: ¡Uf, no puedo más con este cuello, me estoy ahorcando!
 MÓNICA: *(A Baldomero que se ha quedado en el foro con los platos y copas)* Y vos ¿qué estás haciendo con esos platos y esas copas? Andá devolvelos, y que muchas gracias, que si los necesito se los mandaré a pedir.

Mutis.

¡Regina! ¡Regina!
 REGINA: ¡Señora!
 MÓNICA: ¡No maté la gallina!
 REGINA: Ya está muerta, señora; la estoy desplumando.
 MÓNICA: Bueno, guardala para la noche. La tortilla no la hagas tampoco.
 REGINA: Ya he quebrado los huevos, señora.
 MÓNICA: Bueno, guardalos también para la noche. ¡Señor, qué gasto tan al cuete!
 CÁNDIDO: ¡Y para esto he barrido yo el comedor!
 SOFANOR: ¿Y yo? En la vida me vuelvo a poner levita y ese sombrero. Todos los perros me han desconocido y me han ladrado en la calle. *(Se saca la levita y el cuello).*
 MÓNICA: ¡A cambiar las sillas otra vez!
 AZUCENA: *(Al pájaro)* Rico, a ver los ojitos. ¿Quién te ha traído? ¿Cómo es él? Oye ¿me traes siquiera una esperanza? ¿Vienes a alegrarme un poco, verdad, pajarito mío?
El doctor Centeno aparece en la puerta de calle en el preciso momento que doña Mónica pasa con cuatro sillas.
 MÓNICA: *(Al verlo, las deja caer en mitad del foro).* ¡El porteño!
Corrida general, dejando en escena las levitas, cuellos, sombreros, corbatas, etc.
 AZUCENA: ¡Adelante! *(Corre a su cuarto).*
El doctor Centeno entra sombrero en mano buscando a quien saludar. Mira a un lado y otro, y, al no encontrar a nadie, hace un gesto de extrañeza y de sorpresa.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Es de tarde.

Doctor Centeno y Sofanor. Luego Azucena.

SOFANOR: *(De la calle)* Pase doctor; siéntese. *(Dejándose caer en una silla y desabrochándose la levita)* ¡Uf!

CENTENO: ¡El patio de los mirasoles!

SOFANOR: ¡Qué calor!

CENTENO: No siento tanto calor; menos aquí, en este patio tan fresco.

SOFANOR: ¡La condenada levita! ¿Sabe, doctor, que desde que ha llegado usted siento más calor que nunca?

CENTENO: No me explico, don Sofanor.

SOFANOR: Yo sí me explico.

CENTENO: ¡Parece que a la señorita Azucena le gustan mucho los pájaros!

SOFANOR: Tiene locura; mire usted, ya casi no caben más en el patio. Por la mañana hay que oírlos a estos condenados, no dejan dormir a nadie.

CENTENO: Vedaderamente es muy hermoso este patio, don Sofanor. Cada vez que vengo no me canso de admirarlo.

SOFANOR: Como este hay muchos en el pueblo; es lo único bueno que tenemos.

CENTENO: ¿Y las mujeres, don Sofanor, dónde las deja?

SOFANOR: ¿Las mujeres? También las hay, pero como si no las hubiera.

CENTENO: ¿Por qué?

SOFANOR: Porque son muy ariscas. A estas no se las caza sino con los lazos del matrimonio.

CENTENO: ¿Entonces se divierten poco aquí?

SOFANOR: ¿Divertirse? En este pueblo nadie se divierte, y al que quiere divertirse, le pegan.

CENTENO: ¿Cómo es eso?

SOFANOR: Así es, doctor. Mire, a mí me gusta mucho la alegría, pero no puedo divertirme a mis anchas.

CENTENO: ¿Por qué?

SOFANOR: Estornuda usted, y no ha acabado de limpiarse las narices, cuando ya saben todos los gatos del pueblo que está usted resfriado. Hace usted una farrita por ahí, y ya tiene usted sermón para una semana. Lo despellejan vivo.

CENTENO: ¡Hombre!

SOFANOR: Tal como suena. Aquí todos son austeros, y a mí la austeridad me revienta. Fíjese, a mí me llaman el inmoral de Sofanor, el parrandista de Sofanor, el chinitero de Sofanor, el cochino de Sofanor y otras cosas peores. Creamé, doctor, aquí no se puede vivir decentemente.

CENTENO: ¡Qué don Sofanor!

SOFANOR: Por allá, por Buenos Aires, sí que habrá hombres alegres.

CENTENO: ¡Bastantes!

SOFANOR: ¿Y mujeres también alegres, eh?

CENTENO: Ya lo creo, muy alegres, don Sofanor.

SOFANOR: ¡Ayl! ¡Quién pudiera vivir allá!

Los mismos y Azucena

AZUCENA: Buenas tardes.

CENTENO: Buenas tardes.

AZUCENA: ¿Como les ha ido de paseo?

CENTENO: Muy bien.

SOFANOR: A mí muy mal, estoy asado por los cuatro costados.

CENTENO: Le hemos traído estos claveles, Azucena.

AZUCENA: Muy lindos. Muchas gracias. *(Se los prende)* ¿Le gustaron las Chacras?

CENTENO: Mucho, es muy pintoresco.

SOFANOR: Es lo único bueno que tenemos aquí.

CENTENO: Hemos correteado toda la siesta. Parecíamos dos duendes. Don Sofanor ya no podía más.

SOFANOR: ¡Ah! Si usted hubiera cargado con esto *(Por la levita)* ¡ya vería!

CENTENO: Hombre ¿y por qué no se saca usted esa levita si le mortifica tanto?

SOFANOR: ¿Me lo permite usted?

CENTENO: Pues claro, don Sofanor.

SOFANOR: Gracias, doctor. Usted no sabe cuánto se lo agradezco. Ya no podía más. Con su permiso; voy a esconder esta funeraria donde no la vea más. *(Mutis)*.

CENTENO: *(Pausa)*. ¿A que no adivina, Azucena, en qué estoy pensando?

AZUCENA: No sirvo para las adivinanzas, doctor. Si no me lo dice clarito...

CENTENO: Estaba pensando en usted.

AZUCENA: ¿En mí?

CENTENO: En usted. *(Breve pausa)*.

AZUCENA: ¿Y qué pensaba de mí!

CENTENO: Que me parece usted una flor fuera de ambiente, como si usted viviese otra vida diferente a esta.

AZUCENA: Sí, tiene razón, no he nacido para vivir en este pueblo; no me conformo, no me resigno a marchitarme en este ambiente frío, sin luz, sin aspiraciones, sin una sola vibración de vida.

CENTENO: Pues vea, Azucena, a mí me seduce este abandono, este silencio, esta tristeza que flota en el ambiente. Una noche clara de luna, una guitarra que suena a lo lejos, un perro que ladra y una ventana que se abre misteriosamente, tienen para mí más atractivos, más encanto, que toda esa civilización que solo habla del materialismo de la vida.

AZUCENA: Que usted piense así, no me extraña, y hasta le encuentro razón. Usted llega a este pueblo, cansado, fatigado de esa vida nerviosa y complicada, y naturalmente, la calma y el silencio de esta vida provinciana tienen para usted cierto encanto, hasta por la novedad misma del paisaje, no exento de esa poesía que usted tan galantemente nos concede.

CENTENO: Exacto.

AZUCENA: ¿Pero está usted seguro, doctor, que ese encanto no se rompe y desaparece a medida que la monotonía y el hastío de la vida se van infiltrando poquito a poco en nuestra alma?

CENTENO: Claro que sí, como todos los encantos, cuando se pierde la novedad y la ilusión de que están revestidos.

AZUCENA: Pues eso: yo he perdido la novedad del encanto.

CENTENO: Entonces aun le queda la ilusión, Azucena.

AZUCENA: ¡La ilusión! ¿Y dónde está? ¿Quién puede dármela?

CENTENO: ¿Quién? ¡El amor!

AZUCENA: ¡El amor!

CENTENO: Él solo es capaz de deslumbrarnos; él pone su encanto en todas las cosas; él matiza y enriquece el paisaje más pobre y desolado; él nos descubre panoramas interiores de una belleza que jamás habríamos sospechado en nuestras almas. *(Pequeña pausa).*

AZUCENA: Y... ¿este experimento lo tenía usted hecho antes de llegar aquí?

CENTENO: No, Azucena; desde que llegué a esta ciudad, desde que conocí el patio de los mirasoles, todo me habla de amor.

AZUCENA: ¿Todo?

CENTENO: Todo. *(Acercándose a ella)* La naturaleza entera parece que me arrulla un sueño de amor. Este aire tibio y perfumado es como una caricia, suave, insinuante... Tardes estivales, noches de evocación en que parece levantarse de la tierra cálida y fecunda, un hálito de vida que entrara en mi pecho, robara todas mis ternuras, todas mis ansias, para ir luego sembrando amores en la naturaleza dormida bajo el beso de la luna. ¿No ha sentido usted, Azucena, ese prodigioso influjo de amor? ¿No lo ha sentido cerca de usted, así tan cerca como lo estoy yo?

AZUCENA: ¡Oh, no sé, no sé! Mi pobre alma ha soñado tanto tiempo con todas esas cosas que usted dice, que ahora tengo miedo que sean verdad.

CENTENO: ¿Tiene miedo que sean, verdad? ¿Por qué?

AZUCENA: Por el temor de que mañana no lo fuesen.

CENTENO: ¿Duda usted?

AZUCENA: No, no dudo, quiero creerlo, necesito creerlo. Sin esta creencia ya no podría vivir. ¡La he esperado tanto tiempo, Dios mío!

Pausa. Centeno mira a todos lados, luego se acerca con la intención de darle un beso.

CENTENO: Azucena.

Centeno, Azucena y Sofanor

SOFANOR: Me parece que he llegado en mal momento.

AZUCENA: Venga, tío.

SOFANOR: ¿Qué calor, doctor, eh? *(Con intención).*

CENTENO: ¿Ahora estará más fresco, don Sofanor?

SOFANOR: No me diga, doctor. La culpa de todo la tiene Cándido. Levita por la mañana, levita por la tarde, levita por la noche, y venga yo a sudar las veinticuatro horas. Estaba condenado a levita perpetua.

Los mismos y doña Mónica. Luego don Cándido.

MÓNICA: Buenas tardes.

CENTENO: Buenas tardes.

MÓNICA: ¿Cómo le ha ido de paseo, doctor?

CENTENO: Muy bien, señora, me ha gustado mucho.

MÓNICA: ¿Le hiciste conocer la quinta de la comadre Purificación?

SOFANOR: No ha quedado nada sin ver.

CENTENO: Don Sofanor había sido muy relacionado en esos lugares.

MÓNICA: Como que ese es el campo de sus fechorías. No hay bicho viviente que no lo conozca por allí; pero no hay que felicitarlo por las relaciones, a cual peor.

SOFANOR: ¿Ha visto, doctor? ¿No le dije? Es inútil, aquí no se puede vivir decentemente.

CÁNDIDO: (*Entrando*) ¿Sabe que había sido guapo, doctor?

CENTENO: ¿Por qué, don Cándido?

CÁNDIDO: Pasearse con semejante sol. Se conoce que es usted porteño.

CENTENO: No tengo costumbre de dormir siesta; y aquí, si uno no duerme siesta, no tiene con quién conversar.

CÁNDIDO: Y nosotros, si no dormimos la siesta, no tenemos de qué conversar. De ahí salen todos los temas y murmuraciones políticas. Usted no se imagina, las maquinaciones políticas que se fraguan en el reposo de la siesta. Yo creo que si el gobernador no durmiese siesta, cumpliría mejor su palabra y la política andaría más derecha.

CENTENO: A lo que parece aquí tampoco es muy limpia la política...

CÁNDIDO: No compare, doctor. El gobierno nacional es más serio en esto de prometer diputaciones. Ya verá como a usted le cumple. En cambio, ¡la política provincial! ¡A mí me han engañado ya diez veces! ¡No te rías, Sofanor! Y lo peor es que mi dinero ha servido para que suban mis propios enemigos. Pero en las próximas elecciones, ya verá usted. Lo tengo agarrado al gobernador con uñas y dientes. Por fin el país conocerá mis proyectos de ley y mis discursos. Entonces me hará justicia. Sobre este asunto, deseo hablar con usted doctor, que es amigo del gobernador.

CENTENO: Estoy a sus órdenes.

CÁNDIDO: Ya le avisaré.

Los mismos y el Abuelo.

ABUELO: Buenas tardes.

CENTENO: Buenas tardes, señor.

SOFANOR: Hemos ido hasta Piedra Blanca, abuelo.

ABUELO: Está bueno.

MÓNICA: ¿Y qué le va pareciendo esto, doctor?

CÁNDIDO: Adivino su respuesta. Mucha tierra y poca agua, ¿verdad? Todos los que llegan dicen lo mismo.

CENTENO: Yo estoy encantado. Hace cinco días que llegué y desde entonces, les aseguro, vivo una vida tan nueva para mí, tan a mi gusto...

CÁNDIDO: Pero, usted no me negará que la edificación de este pueblo es muy pobre y vieja.

CENTENO: La encuentro muy de mi gusto.

CÁNDIDO: ¿Será posible, doctor?

CENTENO: Esas casas vetustas, de techos de tejas musgosas y de paredes desteñidas, tienen para mí un encanto de cosas viejas, que hablan de recuerdos y que evocan no sé qué indefinibles sentimientos de poesía y de ensueño.

AZUCENA: ¿Y la vida de este pueblo, doctor? ¡Esta vida!

CENTENO: Claro está que la vida tiene otras exigencias que la poesía y el ensueño, y esas exigencias no se las debe buscar aquí.

AZUCENA: Conformes, y ese es el mal de todos los que no podemos cambiar de paisaje, ensanchar el estrecho horizonte que nos rodea y nos oprime como un círculo de hierro, condenándonos a la eterna contemplación de esta poesía enervante, negación de todo lo que es vida, juventud y esperanza.

ABUELO: No le haga caso, señor doctor. A la Azucena se le han metido unas cosas en la cabeza que yo no sé de dónde las ha sacado. Nada que sea del pueblo le gusta.

CÁNDIDO: No, abuelo, la Azucena es aspirante y en este pueblo, no hay rumbos para los que piensan con el cerebro y sienten con el corazón. ¿Es eso doctor?

Don Sofanor aplaude ruidosamente.

- CENTENO: Muy bonita frase y mucha profundidad en el concepto.
- ABUELO: Pues yo no opino lo mismo. Creo que nadie debe aspirar a lo imposible, a lo que nunca llegará.
- AZUCENA: ¿Qué es lo imposible para usted, abuelo?
- ABUELO: Pretender lo que está fuera de nuestro alcance, de nuestras fuerzas, condiciones y aptitudes. En buena hora vuela alto quien tenga alas para ello.
- SOFANOR: Por eso, todos los que valen algo, vuelan de este pueblo. Aquí no quedan más que los que no sirven para nada.
- CÁNDIDO: Tus palabras son impertinentes, Sofanor. Yo vivo en este pueblo y no se puede decir eso de mí.
- AZUCENA: Y ¿qué porvenir tenemos las pobres mujeres que aquí nos quedamos, abuelo?
- ABUELO: Mira, Azucena, mira al viejo “pacará” a cuya sombra crecieron tres generaciones. Todavía se ven en su tronco carcomido, las iniciales entrelazadas de los novios que, como un juramento de amor, grabaron en su corteza, confiando en la buena sombra que les darían sus ramas. Aquí formaron sus hogares. Al buen árbol confiaron sus modestas aspiraciones, y él, a todos les dio salud y alegría. Lejos de su buena sombra no encontrarás tu felicidad, Azucena. *(Pequeña pausa)*.

Los mismos, Lucila y Eliberta.

LUCILA Y ELIBERTA:

Buenas tardes.

TODOS: Buenas tardes.

MÓNICA: Siéntense, muchachas. Alcanza unas sillas, Sofanor.

- LUCILA: Muchas gracias. Venimos a invitarlos a dar una vuelta por la plaza.
- CENTENO: Señorita, acabo de llegar de las Chacras y ya comprenderá usted que no puedo ir así a la plaza.
- AZUCENA: Muchachas ¿por qué no vamos a dar una vuelta por la quinta? Otra noche iremos a la plaza,
- MÓNICA: Eso es, muchachas.
- ELIBERTA: Como ustedes gusten.
- AZUCENA: ¿Vamos?
- LUCILA: *(A Eliberta)* Chey, hemos llegado en mal momento.
- ELIBERTA: Claro, ahora tenemos que hacerles gancho. *(Mutis por la quinta)*.

Doña Mónica, don Cándido, Sofanor y el Abuelo.

- MÓNICA: Y ¿qué me dicen de la pareja? ¡Ah! yo estoy encantada. Al fin parece que la Azucena saldrá con su gusto.
- CÁNDIDO: Es claro; porque el doctor Centeno no la atendería tanto si no estuviese enamorado de ella.
- MÓNICA: Ese ha sido el sueño de toda su vida: casarse con un hombre así, tan culto, tan distinguido, con semejante posición que le permitirá hacer todos sus gustos y caprichos.
- SOFANOR: Esta tarde durante todo el paseo no ha hecho más que hablarme de ella.
- CÁNDIDO: ¿Qué te ha dicho?
- SOFANOR: Que estaba admirado de encontrar una muchacha como la Azucena en este pueblo.
- MÓNICA: Ayer le regaló un dije precioso con sus iniciales.

SOFANOR: También me preguntó si no ha tenido otros novios.

CÁNDIDO: ¿Qué le contestaste vos?

SOFANOR: Que ella nunca ha querido más que a los pájaros.

MÓNICA: ¿Qué más te ha dicho?

SOFANOR: Que la Azucena haría un gran papel en Buenos Aires porque es muy linda e inteligente.

MÓNICA: Y a la Azucena ¿no la han visto cómo ha cambiado? Ahora se arregla y se peina todos los días. Antes parecía aburrída de todo. De día, hablando con los pájaros, y de noche, contemplando la luna.

CÁNDIDO: ¿Ella no te ha dicho nada si ya se le ha declarado el doctor Centeno?

MÓNICA: Todavía no me ha dicho nada. Pobrecita, tan ilusionada que está. En todas partes no se habla más que de ella. ¡Dios lo quiera!

CÁNDIDO: Y usted, abuelo, ¿por qué está tan callado? ¿Qué piensa usted?

ABUELO: Pienso que están ustedes llenándole la cabeza a la pobrecita niña con ilusiones que no creo se realicen jamás.

CÁNDIDO: ¿Qué dice, abuelo?

ABUELO: Voy a explicarme. No creo que el doctor Centeno se case con la Azucena.

CÁNDIDO: ¿Por qué, abuelo?

ABUELO: Porque el doctor Centeno tiene aspiraciones políticas y sociales muy grandes que la Azucena no puede realizarlas.

CÁNDIDO: Si él la quiere...

SOFANOR: ¡Claro, el amor! Usted desconoce la fuerza del amor, abuelo.

ABUELO: No, la vida del doctor Centeno tiene otras exigencias mucho más fuertes que el amor.

MÓNICA: ¿Y si usted se engañara, abuelo?

CÁNDIDO: ¡Puede engañarse!

SOFANOR: ¡Claro!

ABUELO: ¡Si yo me engañara! Daría todo, todo, hasta estos pocos días que me restan de vida por verla a la Azucena feliz y contenta. Pero no, no me engaño. ¡Pobrecita! Él se irá, ella lo esperará siempre, con la cara vuelta hacia Buenos Aires, viviendo por él y para él, atormentando el recuerdo y languideciendo de amor. Y cuando poco a poco vaya comprendiendo la verdad, la mentira de todos sus sueños, cuando comprenda que ha anulado toda su vida, sus mejores años en la inútil espera del ausente ¿han pensado ustedes qué será de ella, de la pobrecita niña? ¿Comprenden ustedes ese dolor mudo, reconcentrado, de los que han pasado toda la vida esperando algo que no llega, que no llega nunca ni con la muerte misma? ¡Pobrecita niña! ¡Pobrecita niña! (*Pequeña pausa*).

CÁNDIDO: Abuelo, respeto sus opiniones, pero debo hacerle constar que no estoy de acuerdo con ellas. (*Mutis por segunda izquierda*).

ABUELO: ¡Qué has de estar vos de acuerdo conmigo si no lo has estado nunca con el sentido común! (*Mutis a la quinta. Pausa*).

SOFANOR: ¡Pobre Azucena!

MÓNICA: ¡Dios quiera que se equivoque el abuelo!
Don Mamerto llama a la puerta.

SOFANOR: Ahí está don Mamerto.

MÓNICA: Recibilo vos.

SOFANOR: ¿Qué le contesto?

MÓNICA: Decile cualquier cosa, dale esperanzas por si acaso tenga razón el abuelo (*Mutis rápido por segunda izquierda*).

Sofanor y don Mamerto.

SOFANOR: Adelante.

MAMERTO: Buenas tardes, don Sofanor.

SOFANOR: ¿Qué tal? ¿Cómo le va, don Mamerto?

MAMERTO: Ahí ando medio preocupado con la cosecha. Lo peor es que no puedo arreglar de una vez este asuntito de la señorita Azucena.

SOFANOR: Algo he oído. ¿Usted quería casarse con la Azucena, no?

MAMERTO: Sí, pero ella parece que no me quiere.

SOFANOR: ¿Se lo ha dicho a usted?

MAMERTO: Claramente no, pero me lo ha dado a entender.

SOFANOR: Entonces...

MAMERTO: ¡Quién sabe, Jon Sofanor! ¡Las mujeres son tan caprichosas!

SOFANOR: Sí, en eso tiene razón.

MAMERTO: Mire don Sofanor, siempre que en la vida me he propuesto algo, lo he conseguido. Me acuerdo que una vez estaba muy enferma mi mamá y había que atravesar el río crecido para llevarle remedios. Nadie se animaba, entonces resolví pasarlo yo. ¿Vas a pasar el río? me dijeron. Quién sabe, les respondí y me metí al agua. En mitad del río se me cayó la mula y oí que desde la orilla me gritaban con burla: ¿vas a pasar el río? Quién sabe, les contesté. Por fin, medio augao y molido por las piedras, llegué al otro lado, pero mi mamá tuvo los remedios que necesitaba. Desde entonces todos me llaman 'el quién sabe'; así es que ahora también me digo ¡quién sabe!

Pasa Azucena por foro.

SOFANOR: (*Con intención por Azucena*) Y ¡quién sabe, don Mamerto!, todo puede ser.

MAMERTO: Yo soy un hombre serio y trabajador, y si usted, don Sofanor, quisiera ayudarme con la señorita Azucena, haciéndole ver las cosas...

SOFANOR: Sería un buen partido.

MAMERTO: Don Cándido ha tenido poca suerte en la política.

SOFANOR: ¿Poca suerte? Nos ha fundido a todos. Tiene razón, don Mamerto. Yo le hablaré seriamente a la Azucena y algo he de conseguir; es con la única persona de la familia que tengo influencia, aunque me parece un poco difícil en estos momentos.

MAMERTO: Diga que está equivocada, que yo no me caso con ella para que cuide los chanchos. ¿Trabajar? Claro, siempre hay que trabajar un poco.

SOFANOR: Con mucho gusto, don Mamerto; confíe en mí.

MAMERTO: Cuanto antes sería mejor porque la cosecha se me viene en cima y...

SOFANOR: Ahora mismo; ahí está ella.

MAMERTO: ¡Hombre! ¡Don Sofanor!

SOFANOR: Escóndase tras del árbol, va a oír lo que le digo. ¡Ligero! Va a ver qué influencia tengo yo.

Don Mamerto se esconde tras el "pacará".

Sofanor y Azucena.

SOFANOR: (*Revistiéndose de autoridad*) ¡Azucena! ¡Azucena! ¡Oí, Azucena!

AZUCENA: ¿Qué quiere, tío?
 SOFANOR: Por primera vez tu tío Sofanor va a hablarte muy seriamente.
 AZUCENA: Luego; he venido a llevar la sombrilla, hace una resolana fuerte y me esperan.
 SOFANOR: Atendé un momento.
 AZUCENA: Bueno, hable ligerito.
 SOFANOR: Tú, hija mía, necesitas casarte.
 AZUCENA: Eso ya lo sé hace tiempo, tío.
 SOFANOR: Y buscando, buscando, he encontrado al fin el marido que te conviene.
 AZUCENA: ¿Lo ha encontrado usted? ¿Qué me dice? ¿Y en dónde estaba escondido el muy bribón que yo no he podido dar con él?
 SOFANOR: ¡No lo tomés a la chacota, que te habla tu tío Sofanor!
 AZUCENA: Bueno ¿y quién es?
 SOFANOR: Es un hombre muy digno.
 AZUCENA: ¿Buen mozo?
 SOFANOR: ¡Hum! Regular... regular...
 AZUCENA: ¿Joven?
 SOFANOR: ¡Hum! Regular... regular...
 AZUCENA: Pero ¿será inteligente siquiera?
 SOFANOR: ¿Inteligente? ¡Hum! Regular... regular...
 AZUCENA: ¡Ah!
 SOFANOR: ¿Sabes quién es?
 AZUCENA: Sí, es un hombre regular... regular.
 SOFANOR: No te burles, que te hablo seriamente. ¡Ese hombre es don Mamerto!

AZUCENA: ¿Don Mamerto? Entonces... malo... malo, tío.
 SOFANOR: Malo ¿por qué? Pensá bien en lo que decís.
 AZUCENA: Ya lo he pensado, tío.
 SOFANOR: ¿Por qué no te gusta?
 AZUCENA: ¡Es un hombre que huele demasiado a corral, tío!
 SOFANOR: Habla más bajo. Eso no sé, no me he tomado el trabajo de averiguarlo.
 AZUCENA: Y luego que tiene una cara tan rara. ¿Se ha fijado usted en la cara?
 SOFANOR: Es el corazón lo que vale. ¿Qué importa la cara?
 AZUCENA: Bueno, y... es muy zonzos para hacer el amor... todo lo quiere arreglar a fuerza de zapallos y melones.
 SOFANOR: ¡Bueno, basta! No hables más.
 AZUCENA: Cuando lo vea fijese en la cara, tío; no se olvide. *(Mutis por la quinta)*.
 SOFANOR: Basta, no hables más, basta.

Sofanor y don Mamerto. Luego Azucena, Centeno, Lucila y Eliberta. Después doña Mónica. (Don Mamerto sale y cambian una mirada en silencio).

Ya lo ha visto, don Mamerto, he hecho lo que he podido por usted.

MAMERTO: *(Con sequedad)* Gracias.
 SOFANOR: Es la cara que no le ayuda.
 MAMERTO: ¿Qué quiere? ¡No tengo otra!
 SOFANOR: Hombre, yo no quiero nada; ¿ahora la va a pagar conmigo?
 MAMERTO: ¡Como usted me dijo que tenía tanta influencia! Me ha

hecho hacer un papelón, hombre. ¡Métase tras del árbol, métase tras del árbol! ¡Ahí tiene el resultado!

SOFANOR: Don Mamerto, a usted le falta práctica con las mujeres.

MAMERTO: ¡Quién sabe!

SOFANOR: A las mujeres hay que agarrarlas por el lado sensible, por la poesía. ¿Por qué no le escribe unos versos o le canta una serenata al claro de la luna?

MAMERTO: ¿Yo? No puedo perder tiempo en esas zonceras; lo peor es que cada vez me estoy encaprichando más. Bueno, don Sofanor, yo me voy...

SOFANOR: Espérese, lo voy a acompañar hasta la plaza. *(Sofanor sale en busca del sombrero).*

Entran Azucena y Centeno del brazo; detrás, Lucila y Eliberta. Don Mamerto los saluda. Contestan únicamente Eliberta y Lucila.

SOFANOR: *(A don Mamerto)* ¡Vamos! *(Mutis).*

ELIBERTA: Nosotras nos vamos, Azucena.

AZUCENA: ¡Mamá! Las muchachas se van.

CENTENO: Me disculparán, señoritas, que haya sido tan poco galante con ustedes.

LUCILA: Está usted disculpado; ya nos hacemos cargo.

MÓNICA: ¿Se van muchachas? ¿Por qué tan pronto?

ELIBERTA: Se nos hace tarde; volveremos esta noche.

MÓNICA: Dale recuerdos a mi comadre.

ELIBERTA: Gracias, hasta luego.

LUCILA: *(A Eliberta).* Parece cosa hecha, chey.

ELIBERTA: ¡Con tal que no la deje plantada!

Hacen mutis las dos.

CÁNDIDO: Disculpe, doctor, desearía hablarle un momento sobre ese asunto que le dije hoy; antes de verme con el gobernador, tengo que pedirle un pequeño consejo.

CENTENO: Estoy a sus órdenes.

CÁNDIDO: Pasemos aquí; perdone la interrupción,

CENTENO: Con permiso.

MÓNICA: ¡Por Dios, Cándido, no seas cargoso!

CÁNDIDO: ¡Qué saben las mujeres de política! *(Mutis por foro a la izquierda).*

Azucena y doña Mónica.

AZUCENA: *(Trastornada de alegría)* ¡Ay, mamá, mamita, abraceme! ¡Qué contenta estoy! ¡Al fin!

MÓNICA: Píeio ¿qué te pasa, hija?

AZUCENA: ¡Que estoy contenta, que soy muy feliz! ¿No le parece bastante?

MÓNICA: ¡Ah! ¿El doctor?

AZUCENA: Sí.

MÓNICA: ¿Qué te ha dicho?

AZUCENA: Todo. He pasado cinco días esperando hora tras hora esta anhelada declaración. ¡Si viera qué palabras, qué manera tan suave de insinuarme su amor!

MÓNICA: Y vos, ¿qué le contestaste?

AZUCENA: ¡Yo, qué había de contestarle si ya lo quería antes de conocerlo! ¡Es el mismo, el mismo en quien pensé tantas veces! ¡Ay! mamita, ahora tengo miedo de ser tan feliz. ¿Sabe

que le hice la promesa a la virgen de que él visitaría su camarín si yo salía con mi gusto? Ya ve que la virgen me ha cumplido.

MÓNICA: ¡Pobre Azucena! ¿Y si no fuera cierto todo eso que te ha dicho?

AZUCENA: ¿Qué dice, mamá?

MÓNICA: En fin, no sé hija mía yo también estaría tan contenta. Pero el abuelo...

AZUCENA: ¿El abuelo, qué?

MÓNICA: Háblale al abuelo, convéncelo... él duda... oyéndote hablar cambiará de opinión.

AZUCENA: Pero ¿qué dice el abuelo?

MÓNICA: Cállate... Mira, ahí viene... háblale... a vos te oye,.. Háblale... *(Mutis)*.

Azucena y el Abuelo.

AZUCENA: Abuelito ¿no quiere sentarse aquí, a mi lado?

ABUELO: ¿Qué quieres de mí hoy, que estás tan zalamera? Lo tenías muy olvidado al abuelito en estos días. *(Se sienta)*.

AZUCENA: Ahora yo me siento aquí. *(Se sienta sobre las rodillas del Abuelo)*.

ABUELO: No, no; mira que ya no puedo aguantarte, se me doblan las piernas; híncale aquí, a mi lado, como si te fueras a confesar. Así; ahora confiesa todas tus culpas...

AZUCENA: No, no; yo no tengo culpa alguna; es usted el que tiene que confesarse conmigo, y... ¡ya veremos si puedo perdonarle!

ABUELO: ¿A mí?

AZUCENA: ¡Sí, señor, a usted... a usted!

ABUELO: Bueno, ¿qué culpa tengo yo?

AZUCENA: No, soy yo la que pregunta... Usted conteste.

ABUELO: Pregunta entonces.

Atardece.

AZUCENA: Abuelito ¿me quiere usted tanto como cuando yo era chiquita?

ABUELO: No, no te quiero tanto.

AZUCENA: ¿Por qué, abuelo?

ABUELO: Porque ahora te quiero más. Antes estaba seguro de que eras feliz, y ahora, tengo miedo...

AZUCENA: ¿Y ahora tiene miedo de hacerme desgraciada?

ABUELO: ¿Yo?

AZUCENA: Sí, usted... porque usted debiera querer a todo lo que yo quiero.

ABUELO: Cuando lo que tú quieres puede traerte alegrías y no pesares. Y ¿a quién quieres ahora? Antes no querías más que a los pájaros.

AZUCENA: No me refiero a los pájaros, pobrecitos; bien sabe usted que los tengo también abandonados.

ABUELO: Menos al mirlo.

AZUCENA: Es al único.

ABUELO: ¿A quién quieres entonces?

AZUCENA: A ese que usted sabe.

ABUELO: ¿Al doctor?

AZUCENA: Sí. *(Pausa)*.

ABUELO: ¿Mucho lo quieres?

AZUCENA: Él es toda mi vida, y usted, que es tan buenito, abuelo, tiene también que quererlo.

ABUELO: ¿Se casará contigo?

AZUCENA: Me lo ha prometido.

ABUELO: ¿Y si no cumpliera su palabra?

AZUCENA: ¿Qué dice, abuelo?

ABUELO: ¿Si no volviese?

AZUCENA: Ya se lo he dicho, abuelo, él es toda mi vida. Si no volviese... *(Pausa)*. No, él volverá... estoy segura, él volverá. ¿Verdad, verdad que sí, abuelito?

ABUELO: ¡Mi pobre Azucena! *(Pausa)*.

AZUCENA: ¿Qué piensa, abuelito? Dígame todo eso que piensa, quiero saberlo.

ABUELO: Pienso que eres como esos pobres mirasoles que todas las mañanas amanecen esperando ansiosos la llegada del sol. Luego, le siguen en su carrera, mirándolo con los ojos muy abiertos, como si quisieran beber su luz, llegar hasta él. Y a la tarde, cuando el sol se pierde en el ocaso, comienzan a marchitarse, a morir, faltos de esa luz que es su vida, para resucitar de nuevo a la nueva salida del sol. Nada de la tierra donde ellos viven les interesa; todo les es indiferente a su alrededor, hasta que llega una noche en que cansados de tanto mirar para arriba, sin haber podido llegar hasta él, tras su quimera imposible, se cierran sus ojos para nunca despertar y se doblan sus tallos hacia la tierra amorosa que los recibe en su seno. ¿Me comprendes, Azucena? Él es para ti el sol de los mirasoles: ¡no podrás llegar hasta él!

AZUCENA: Entonces, abuelito, él vendrá hacia mí. Como aquel cuento del encantamiento ¿se acuerda? Era una palomita azul, que Dios la castigó, no me acuerdo por qué...

ABUELO: Yo sí me acuerdo. Dios la castigó convirtiéndola en una ranita, por haber pretendido volar hasta el cielo.

AZUCENA: Pero un día, abuelo, llegó el príncipe Colibrí y la desencantó convirtiéndola de nuevo en paloma. Y entonces se fueron los dos volando, volando, y pasaron muchas ciudades, y muchos mares, y muchas montañas, hasta que llegaron al reino azul, donde vivieron contentos y felices, durante muchos años. Yo, abuelito, creo que soy la paloma azul que vive encantada en este pueblo.

ABUELO: ¿Y crees también que tu príncipe Colibrí ha llegado?

AZUCENA: Ahora no sé, abuelo... no sé... lo que usted me ha dicho me hace dudar de todo, me causa mucha pena, mucha pena, abuelo; pero si ha llegado, se lo prometo, usted será el primero en saberlo.

ABUELO: No te olvides que el viejo “pacará” da buena sombra a los que en él confían, y que lo que sucede en los cuentos de encantamiento, en la vida no sucede. *(Pausa. Va a hacer mutis)*.

AZUCENA: ¡Abuelo! Tengo muchas ganas de llorar, abuelito. *(Se echa a los brazos del Abuelo)*.

ABUELO: ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

TELÓN

ACTO TERCERO

Es de noche.

El Abuelo, doña Mónica, Azucena, Eliberta y Lucila.

ELIBERTA: *(Como siguiendo una conversación empezada antes)* A nosotras, como saben que venimos seguido, nos vuelven locas a preguntas.

LUCILA: Esta tarde, en el taller de las Hijas de María, las Núñez no han hecho otra cosa que hablarme de la Azucena.

MÓNICA: ¿Qué decían?

AZUCENA: Pavadas, mamita. Déjelas que hablen. Que si Centeno se casa o no se casa conmigo. Lo de siempre; rabian de envidia. La más charlatana y la más chismosa es la vieja, y ahora que anda con dentadura postiza, se ha puesto insoportable. No hace otra cosa que abrir la boca con cualquier motivo.

ABUELO: ¿Pero no van a ir a la plaza?

AZUCENA: Es temprano todavía, abuelo.

LUCILA: Ya sabemos lo que estás esperando.

AZUCENA: ¡Vaya, qué gracia!

ELIBERTA: La compadecemos, doña Mónica. Ya nos figuramos las horitas que se pasará usted haciendo la guardia y oyendo cosas que le recordarán sus buenos tiempos.

MÓNICA: Así es, hija; a las madres no nos queda otro papel. Desde que ha llegado el doctor he cosido y remendado toda la ropa que tenía para el invierno, y eso, después de tejer una pañoleta. Si esto dura, voy a tener que pedir trabajo a la vecindad.

AZUCENA: Vamos, mamita, que no será para tanto.

MÓNICA: Si lo hago con gusto, hijita. ¿Qué madre no sería capaz de

tejer, no digo una pañoleta, sino dos docenas con tal de ver a su hija tan contenta y tan feliz?

ELIBERTA: Seguramente que los pájaros no pensarán lo mismo; poca gracia les han de hacer estos amores, tan mal acostumbrados los tenía la Azucena.

MÓNICA: Si yo no les doy de comer, se mueren de hambre. Lo que es para la Azucena se acabaron los pájaros.

AZUCENA: Menos el mirlo, mamita.

MÓNICA: Sí, ese es ahora el favorito. Figúrense, muchachas, que se lo ha llevado a su cuarto y ¡hasta duerme con ella!

AZUCENA: Es que está enfermito. Esta tarde no ha cantado.

MÓNICA: Puro pretexto. Hoy me tiró un picotazo que casi me corta un dedo.

AZUCENA: Es claro, porque usted no sabe hacerle caricias, ni le espulga la cabecita.

MÓNICA: No me faltaba más que eso.

ABUELO: ¿Pero a qué hora van a ir a la plaza? ¡Se hace tarde ya!

AZUCENA: ¡Jesús! ¿Qué apuro tiene, abuelito? Ya vuelvo, muchachas, voy a ponerme el sombrero. *(Mutis)*.

ELIBERTA: ¡Cómo ha cambiado la Azucena!

LUCILA: ¡Está desconocida; es otra!

MÓNICA: Yo misma la desconozco. Son los milagros del amor, hijita; todas somos iguales.

ELIBERTA: Digamé, doña Mónica ¿qué le parece, por dónde me dará a mí el milagro del amor?

MÓNICA: ¡Quién sabe, hija! ¡Vaya una a saberlo!

AZUCENA: Vamos, muchachas.

ELIBERTA y LUCILA:

Hasta luego.

MÓNICA: Que se diviertan.

AZUCENA: Les aseguro que nos vamos a reír en grande. Ya les contaré cuando vuelva. Hasta luego, abueíto. (*Medio mutis*). Vea, mamita, si viene Centeno, dígale que estamos en la plaza, que vaya allí. No se olvide, ¿ha oído?

MÓNICA: Sí, ya he oído, no soy sorda.

AZUCENA: Hasta luego... (*Desde el zaguán, con intención*). Si viene... ya sabe...

El Abuelo, doña Mónica y don Cándido.

MÓNICA: ¡Pobre Azucena! Ella misma no sabe qué le pasa de contenta..

CÁNDIDO: (*Con sombrero, por la izquierda*) ¿Todavía no ha vuelto Sofanor?

MÓNICA: No, desde anoche que salió a visitar a un amigo enfermo, según dijo. ¿Qué le habrá pasado?

CÁNDIDO: De seguro que ha hecho alguna de las tuyas. Voy al club a averiguarlo.

ABUELO: Espera un momento.

CÁNDIDO: ¿Tiene que hablarme, abuelo?

ABUELO: Sí.

Don Cándido se sienta.

He recibido a la oración una tarjeta del doctor Centeno.

CÁNDIDO: ¿Del doctor Centeno?

ABUELO: No he querido que la Azucena sospechase nada; por eso he

esperado que se fuera a la plaza para hablar con ustedes.

CÁNDIDO: Pero ¿qué dice esa tarjeta, abuelo?

ABUELO: Que desea tener una entrevista conmigo.

CÁNDIDO: ¿Con qué objeto? (*Con extrañeza*).

ABUELO: No me lo dice; pero es indudable que se trata de la Azucena.

MÓNICA: ¿Usted qué le ha contestado?

ABUELO: Que lo esperaría después de cenar. (*Pequeña pansa*).

CÁNDIDO: Ya caigo, abuelo; es claro, querrá formalizar su compromiso.

MÓNICA: Esto es, abuelo, no cabe duda, y como sabe que usted desconfiaba un poco de sus atenciones, querrá primero hablar con usted.

ABUELO: Puede ser, aunque hubiera sido más lógico que se entendiera con ustedes, los padres.

MÓNICA: No, abuelo, él sabe que usted aquí es el verdadero padre de todos.

ABUELO: Así será, entonces.

MÓNICA: ¡Ay, qué felicidad, abuelo, qué felicidad!

CÁNDIDO: Para todos sería una bendición este casamiento porque, claro está, todos nosotros nos iríamos a vivir a Buenos Aires.

MÓNICA: ¡Al lado de nuestro hijo!

CÁNDIDO: Figúrate la posición social y política del doctor Centeno. Diputado nacional, porque ya se puede decir que es diputado, con su talento y prestigio, ¡quién sabe hasta dónde puede llegar! ¡Senador, ministro y después presidente! Y yo mismo, al lado de un hombre así, que seguiría mis indicaciones, porque mi larga experiencia política me da derecho para aconsejarlo al doctor Centeno. De esta vez, abuelo, renuncio para siempre a la política provincial. Al

primero que le haré llegar la noticia será al gobernador para que rabie y se muerda las uñas.

MÓNICA: ¿Y nuestro hijo? Formarse al lado de un personaje tan influyente. ¡Lo que llegará a ser Manuel Josecito!

CÁNDIDO: ¡Y usted, abuelo, que no creía en este casamiento! Lo que es esta vez le ha fallado su experiencia, se ha engañado de medio a medio, abuelo.

ABUELO: Me alegraría tanto por ella que así fuese, aunque mi deseo hubiera sido que se casara aquí, para verla siempre; no podré acostumbrarme a su ausencia.

CÁNDIDO: Es que usted también se vendrá con nosotros, y ¡ya verá qué vida, qué vida la de Buenos Aires!

ABUELO: No, yo no iré. Quiero morir aquí, en esta casa, al lado de este viejo compañero. *(Por el árbol)*.

MÓNICA: Ya veremos, abuelo, si no le falta el coraje cuando tenga que separarse de la Azucena.

ABUELO: No, no iré.

CÁNDIDO: Vea, abuelo, este proyecto es mi última esperanza, la última atropellada de mi ambición política. ¡He pensado tanto en esto desde la llegada del doctor Centeno! Si no se realizara este proyecto ¡pobre de mí! habré terminado para todo, ya no serviré para nada. *(Pequeña pausa)*. ¡Pero no abuelo, no será, no será! Esta vez es la mía, subiré muy alto, muy alto. Buenos Aires es otra cosa, es otra vida. La vida de Buenos Aires, tan propicia a toda iniciativa, tan rica en fuerza y en acción, será mi propia vida. Ya lo verá, abuelo, ya lo verá.

ABUELO: ¡Buenos Aires! ¡Cómo enceguece y trastorna tu resplandor a estas pobres provincias que aun no saben vivir solas!

MÓNICA: Pero Cándido ¿te has olvidado de Sofanor? ¿No vas a buscarlo?

CÁNDIDO: ¡Sofanor! ¡Este es el punto negro, mi pesadilla! No debemos llevarlo a Buenos Aires, me va a dar muchos dolores de cabeza... Sofanor no tiene don de gentes. En fin, ya veremos. Voy al club. Con tal que no nos comprometa con alguna de sus calaveradas escandalosas y llegue a oídos del doctor Centeno... Hasta luego. Ya verá abuelo, ya verá qué vida la de Buenos Aires. *(Mutis)*.

ABUELO: ¿Y con qué dinero piensan irse a Buenos Aires? Vendida la finca de Santa Teresa y pagada la hipoteca, apenas si alcanzará para la ropa de la Azucena. A no ser que quieran también vender esta casa y echarme a la calle.

MÓNICA: No, abuelo, ¡qué ideas tiene usted! Casada la Azucena ¿para qué necesitaremos dinero? ¿No es justo que los hijos ayuden a sus padres?... Luego, yo no creo que le seamos tan gravosos al doctor Centeno, teniendo la posición que tiene. Dios lo arreglará todo, abuelo; no se aflija.

Don Mamerto llama, a la puerta.

El Abuelo, doña Mónica y don Mamerto.

MÓNICA: Adelante.

MAMERTO: Buenas noches, doña Mónica. ¿Cómo va el abuelo?

MÓNICA: Siéntese.

MAMERTO: ¿La señorita Azucena?

MÓNICA: Bien, gracias.

MAMERTO: Me alegro que esté el abuelo, pues vengo a hablar por última vez del asuntito que ustedes saben.

MÓNICA: ¿Se refiere a la Azucena?

MAMERTO: A ella me refiero. Ya he esperado demasiado. He recibido

proposiciones muy ventajosas de las comadres Tránsito, Candelaria, Jovita, Raquel y Febronia, que, lo que han sabido que tenía ganas de casarme, me han mandado a ofrecer las manos de sus hijas. No les he contestado a ninguna hasta no saber lo que ustedes resuelven.

MÓNICA: Le agradecemos su preferencia, don Mamerto, pero la Azucena parece que ha encontrado otro novio.

MAMERTO: Ya me dieron la noticia; pero no creo que esas relaciones arriben a nada serio.

MÓNICA: ¿Por qué, don Mamerto?

MAMERTO: Estos porteños son muy amigos de pelar la pava, y después, si te he visto no me acuerdo.

MÓNICA: Usted es dueño de creer lo que quiera.

MAMERTO: Nunca me ha pasado esto. Es la primera vez que me sale mal un negocio. Lo peor es que estoy atravesado con este asunto. Ahora trabajo menos, como menos, duermo menos. No sé qué me ha entrado, hasta me dan ganas de llorar algunas veces.

MÓNICA: Lo sentimos, don Mamerto, pero por ahora no podemos contestarle otra cosa.

MAMERTO: ¿Por ahora? ¿Entonces me da una esperanza, doña Mónica? Porque si es así...

ABUELO: No, don Mamerto, la Azucena no le conviene; no es la mujer que usted necesita.

MAMERTO: ¡Quién sabe, abuelo, quién sabe! A mí me parece que sí. ¡Vaya si me parece!

ABUELO: Pero, don Mamerto ¿por qué no busca otra mujer que sea buena y hacendosa, de sus mismos gustos y costumbres? ¡Hay tantas aquí! ¿Por qué se empeña en casarse con la

Azucena, tan diferente a usted en todo? ¿No comprende que un matrimonio equivocado es una desgracia para toda la vida?

MAMERTO: Vea, abuelo, he pensado mucho en todo esto que usted me dice, y hasta le encuentro razón; pero ahora, es ya tarde para mí. Siempre me había parecido que el amor era una zoncera, cosas de la juventud, nunca había querido a nadie fuera de mi mamá, y ahí tiene, ahora no sé qué hacer. Antes, con mi finca y mis animales estaba contento, nada más deseaba. Ahora parece que me falta algo, que hasta la quinta y los animales no son los mismos. En fin, abuelo, necesito casarme con la señorita Azucena, de no, estoy perdido. No me importa ya de la plata, que ella gaste y haga lo que quiera. Si le gusta tomar el mate en la cama, que lo tome; si quiere bailar y divertirse, que baile, yo mismo la acompañaré; pero que se venga a mi lado, que venga a la finca, abuelo, que con ella estaremos todos alegres. *(Conmovido)*.

ABUELO: ¡Señor! ¿Por qué siempre nos empeñaremos en torcer nuestro camino?

Los mismos y don Cándido.

CÁNDIDO: *(Entra agitado y nervioso)*. ¿Como le va, don Mamerto?

MAMERTO: Buenas noches, don Cándido; estaba por irme, pero ya que ha venido usted...

CÁNDIDO: ¿Qué se le ofrece?

MAMERTO: Siempre por lo mismo, por la señorita Azucena.

CÁNDIDO: ¿Todavía insiste? Creía que ya se le hubiera pasado la chifladura.

MAMERTO: No es chifladura... Vea, don Cándido...

CÁNDIDO: Sé todo lo que va a decirme y todo es inútil; hay poderosas razones que lo impiden.

MAMERTO: Pero ¿qué razones, don Cándido? Yo tengo una fortuna regular, y usted, está casi arruinado.

CÁNDIDO: ¡Eso no le importa a usted! Hay razones de otro orden, razones de orden social y de alta política. Bueno, estas son cosas que usted no las puede entender, don Mamerto.

MAMERTO: No sé qué razones serán esas; pero está bien, está bien; no volveré a molestarlos más. Alguna vez tenía que sucederme esto, no siempre iba a salir con mi gusto. Adiós, abuelo; buenas noches, doña Mónica; disculpe, don Cándido. ¡Qué se le va a hacer! (*Mutis*).

CÁNDIDO: ¡Qué te dije, Mónica, qué te dije?

MÓNICA: ¿De quién me hablas?

CÁNDIDO: De quién había de ser sino del trompeta de Sofanor. Esta ya no la aguanto.

ABUELO: Pero ¿qué le ha sucedido? ¿Sabes algo? ¿Dónde ha estado?

CÁNDIDO: ¿Dónde? ¡Preso en el Cabildo!

ABUELO Y MÓNICA:

¿Preso?

CÁNDIDO: Preso.

MÓNICA: ¿Y qué ha hecho, Dios mío?

CÁNDIDO: No bien llego al club-casino, me encuentro con el jefe de policía quien me da toda clase de explicaciones y me refiere con todos los detalles, el escándalo bochornoso de anoche. ¡Cómo habrá sido la borrachera de Sofanor, que hasta ha peleado con la policía! Figúrate que después de haber pasado la noche de farra corrida con las chinitas de la Alameda, le pusieron una cola de papel y lo treparon a un burro. Y así,

con la cara vuelta para atrás agarrado de la cola, lo llevaron en procesión hasta el Pueblo Nuevo. Allí, una patrulla los quiso disolver, pero ellos, en lugar de retirarse, la emprendieron a pedradas con los vigilantes. El más encarnizado de todos era Sofanor. Después de una hora de pelea pudo al fin prenderlos la policía, y atados, codo con codo, los trajeron esta mañana al Cabildo. A Sofanor le han dejado la cabeza como espumadera. No sé cómo no se me ha caído la cara de vergüenza cuando lo he sabido. El jefe de policía, atendiendo a que era hermano mío, mandó ponerlo en libertad inmediatamente. A estas horas todo el mundo debe ya saberlo. ¿Qué pensará el doctor Centeno de semejante familia?

MÓNICA: ¡Es inútil, no escarmienta!

CÁNDIDO: Pero lo que es ahora te aseguro que se las voy a cantar bien claro.

ABUELO: No le digas nada, yo hablaré con él.

CÁNDIDO: No, abuelo, es necesario que una vez por todas le haga sentir mi autoridad. ¡Esto es ya demasiado!

Los mismos y Sofanor.

SOFANOR: Buenas noches.

Silencio.

¿Están de velorio?

CÁNDIDO: Sofanor, con los escándalos diarios de tu vida estás dando pasto a la maledicencia pública y comprometes mi prestigio político. Por todas partes no se habla más que de vos y del burro de anoche, y esto es denigrante para la familia, sobre todo para mí.

SOFANOR: ¿Y por qué te das vos por aludido cuando hablan del burro de anoche? Con dejarlo correr al burro y no decir nada, se acabó.

CÁNDIDO: ¡Aquí no hay más burro que vos!

SOFANOR: Mirá Cándido, haceme el favor, dejemos las comparaciones. Estoy muy nervioso, esta mañana he dormido sobre un banco y en todo el día no me han dado de comer. Es necesario que le digas estas cosas al jefe de policía. ¡Es una vergüenza que a uno lo traten tan mal! ¿Te parece lindo esto?

CÁNDIDO: Lo que me parece es que eres un grandísimo sinvergüenza. ¿Todavía vienes a burlarte de mí?

SOFANOR: Hace cincuenta y cinco años que dejé de usar babero y de mi conducta no tengo que dar cuenta a nadie, entendolo bien, ¡a nadie! Todo el mundo me manda aquí, todos me dan consejos y nadie me da plata. Ya no falta más que me castiguen como a los chicos. ¡Está lindo esto! ¡Yo soy dueño de mis acciones!

CÁNDIDO: ¿Te olvidas que eres el hermano de un hombre que toda su vida la ha consagrado a defender los intereses de la provincia; que he sido diez veces candidato al parlamento; que he ilustrado el nombre de la familia y que toda la opinión pública vive pendiente de una frase de mis labios? Cuando se habla de vos, se dice: ese Sofanor, el hermano de don Cándido. Lo que quiere decir, que no has descifrado tu personalidad, que eres uno del montón, un don nadie, y que tienes la obligación de saber llevar como se debe, un apellido de tanto peso, de tanta responsabilidad como el mío, gracias a mi empuje, a mi talento y a mi patriotismo. ¡Es necesario, Sofanor, que sepas de una vez por todas, ser el hermano de don Cándido Torres!

SOFANOR: Pues bien, ya has hablado vos, ahora voy a hablar yo, el don nadie, el infeliz de Sofanor. Señor don Cándido Torres: ¡es usted un grandísimo botarate y un chiflado de la política!

CÁNDIDO: ¡Sofanor!

SOFANOR: ¡Tengo la palabra! Que toda su vida ha consagrado a poner en ridículo a su familia, malgastando toda su fortuna, a fin de que otros logren la diputación que usted apetecía; que la provincia no le debe ni un comino; que está usted destinado a ser candidato hasta que se muera, porque usted padece de candidatura crónica; que usted ha ilustrado a la familia apareciendo en un diario con unas orejas de burro y comiéndose sus propios discursos; que toda la opinión pública vive de una frase suya, para reírse y mofarse de usted; que cuando se habla de usted se dice: “ese loco de Cándido que está arruinando a la pobre familia”. Lo que quiere decir, que usted ha descifrado muy bien su personalidad de candidato al manicomio por el delirio de la grandeza política; y por último, que la familia está en el deber de encerrarlo, a pesar de todo su empuje, de su talento y de su patriotismo. ¡Esto es lo que le dice al ilustre don Cándido Torres, uno del montón, un don nadie, ese infeliz de Sofanor!

CÁNDIDO: Te he dejado hablar; quería saber hasta dónde llegaba tu cinismo y tu falta de consideración. ¿Lo ha oído usted, abuelo? ¿Lo has oído, Mónica? ¡Decirme esto a mí, que he sacrificado toda mi vida por la familia!

SOFANOR: ¡Te he dicho la verdad!

CÁNDIDO: ¡Insolente! ¡Cómo has de comprenderme vos, vos, que no has tenido más ideal en la vida que tocar la guitarra y andar detrás de las chinitas!

MÓNICA: ¡Basta, caramba!

ABUELO: Siempre están como perros y gatos.

CÁNDIDO: Pero no irás a Buenos Aires, no te llevaremos; allá nos pondrías en ridículo; ya demasiado me has reventado aquí con tus escándalos.

SOFANOR: Pues yo no me quedo en este pueblo; aunque sea en el furgón de cola me voy.

CÁNDIDO: Yo me opondré.

ABUELO: Basta, basta, que todavía la Azucena no se ha casado y ya están ustedes viajando. El doctor Centeno llama a la puerta.

MÓNICA: ¡Silencio! ¡El doctor Centeno!

CÁNDIDO: Avísenos en seguida, abuelo. Nosotros esperaremos aquí.

Mutis de Mónica y Cándido por primera izquierda y Sofanor por la quinta.

El Abuelo y Centeno.

ABUELO: Adelante, doctor.

CENTENO: Buenas noches, señor.

ABUELO: Buenas noches, doctor Centeno.

CENTENO: Deseaba hablar con usted, señor. Nadie mejor que usted comprenderá mi situación verdaderamente difícil y equívoca. No acudo a usted solo como al abuelo de Azucena, sino también como al hombre de experiencia, sensato y sereno. En fin, casi diría que al hablar con usted, lo hago con mi propio padre, con toda hidalguía y con toda franqueza. Lamento la pena que ello va a producirle; también la siento yo y muy grande.

ABUELO: Doctor, hable pronto. ¿Se trata de ella, de la Azucena, verdad?

CENTENO: Sí, señor.

ABUELO: ¡Oh, no me engañaba! ¡Pobrecita!

CENTENO: Óigame, señor. Llegué a este pueblo, donde a nadie conocía. Ustedes me ofrecieron esta casa con los brazos abiertos y me brindaron la hospitalidad más afectuosa; pero ustedes estaban engañados acerca de mi persona.

ABUELO: ¿Engañados? ¿Qué quiere decir, doctor?

CENTENO: Que no soy lo que ustedes creen, ni tengo el prestigio ni la posición que ustedes me atribuyen gracias a una carta de Manuel José. Su afecto para conmigo le hizo exagerar mis propias bondades y darme una personalidad que aun no la tengo.

ABUELO: No lo entiendo bien, doctor; explíquese.

CENTENO: Recibido de abogado desde hace tres años apenas, gracias a los esfuerzos y sacrificios de mi pobre madre, y comprendiendo que solo la política haría el milagro de darme una posición rápida, a ella me entregué confiado en mi título y en mi buena estrella. Con el nuevo ministro del interior llegué a la secretaría privada, vale decir, un empleo como cualquier otro, tal vez de menos estabilidad, porque su duración depende a veces de una mala digestión del ministro. En una palabra, no he hecho profesión de mi carrera, no he hecho aún mi porvenir. Mi ambición era muy grande y muy impaciente para haberla realizado con un trabajo metódico y constante. Mi posición actual es una posición falsa, ficticia y que apenas alcanza para sostener mi modesto hogar y mis obligaciones sociales. Esta es la verdad, señor, esta es mi excusa: nada puedo ofrecerle a Azucena.

ABUELO: Pero ¿y qué le exige la pobrecita más que su nombre y un poco de amor?

CENTENO: ¡Ah, señor! Usted la conoce a Azucena mejor que yo, y sabe que siempre ha estado atormentada por una ansia muy grande de vida; y tan grande como la de ella, es la mía. Hemos conversado muchas veces los dos de esto mismo; ¡hemos soñado tanto y tanto nos hemos engañado tras esa vida luminosa y dorada!

ABUELO: Pero la Azucena se conformará cuando sepa que usted no puede ofrecerle esa vida que ella ha soñado.

CENTENO: ¡Conformarse! No podríamos ni ella ni yo. Ella mirando a su lado esa vida esplendorosa de Buenos Aires como un continuo acicate, como un continuo recordar de ansias jamás satisfechas, y yo a su lado, sabiéndolo todo, comprendiéndolo todo, y sin poder realizar, esa, su justa aspiración de vida. ¿Sería ella feliz? ¿Lo sería yo? Vale más sepultar nuestro amor, y que cada uno conquiste la vida como pueda.

ABUELO: Su egoísmo es más fuerte que su amor. Por eso razona así. Pero esto doctor, debió pensarlo antes, antes de aceptar una hospitalidad que tan mal retribuye. ¿No pensó usted en el engaño que traían sus palabras, sus atenciones para una pobre niña que confió en su hidalguía, que creyó cuanto usted le dijo? ¿Nada de esto pensó usted, señor doctor?

CENTENO: No señor, no lo he pensado, ni he traído el engaño que usted supone. Nada he dicho que no fuera sincero, y esta propia confesión, lo justifica. No he tenido ningún propósito deliberado. Todo me acercaba a ella, a Azucena, tan buena, tan hermosa, tan digna de todo respeto y de todo merecimiento. Esta primavera cálida, estas horas largas en que la ternura acecha al corazón, la propia complacencia de ustedes, y también mis treinta años, mi propio corazón, mi propia vida que nunca había sentido la suavidad de este rayo

de luna. Todo y todos han contribuido y han sido cómplices involuntarios de esta situación dolorosa.

ABUELO: ¿Y recién lo comprende usted? ¿Recién ahora pesa su responsabilidad?

CENTENO: No, señor. Ayer estuve a punto de hacerle esta confesión a Azucena; pero me habló tan tristemente, sus recelos eran tan dolorosos al compararse con estas pobres flores que miran el sol, que no tuve coraje y callé. Una carta de mi madre que recibí esta mañana, me hizo reflexionar profundamente sobre mi vida. Ella me despertó a la realidad dándome el valor que me faltaba para afrontar esta explicación. *(Pausa)*.

ABUELO: Y bien ¿qué piensa usted hacer ahora?

CENTENO: Lo que usted crea más conveniente, señor.

ABUELO: Entonces, óigame doctor. El daño que usted ha causado en este hogar es muy grande, muy cruel, el golpe será demasiado rudo para esa vida en flor, pero confío en que el abuelo sabrá enjugar sus lágrimas y encontrará esas palabras no engañosas que solo tienen los corazones simples como el mío. Ahora bien, doctor, le suplico a usted que no cause otro daño más grande, más cruel, más irreparable. Al irse, no le deje ni una ilusión, ni una esperanza.

CENTENO: ¿Que yo le diga a Azucena?

ABUELO: ¡Usted! ¡Nadie más que usted! La pobrecita es ahora demasiado feliz para que a mí me crea.

CENTENO: Yo, señor, decirle que...

ABUELO: ¿No es esta la hidalguía, la franqueza de que hablaba usted hace un momento?

CENTENO: ¿Y qué le digo? ¿Cómo le digo? No podría señor... no podría.

El Abuelo se levanta.

¿Se va, abuelito?

ABUELO: Vuelvo dentro de un momento, hijita. Con su permiso, doctor. (*Mutis primera izquierda*).

CENTENO: Usted lo tiene, señor.

AZUCENA: ¡Jesús! ¡Qué les pasa a ustedes que están con semejantes caras?

CENTENO: Nada, Azucena... (*Pequeña pausa*).

Azucena y Centeno. Después el Abuelo.

AZUCENA: ¿Cumplió la promesa que me hizo los otros días?

CENTENO: ¿Cuál?

AZUCENA: ¿No me prometió que iría al camarín, a visitar a la virgen?

CENTENO: Es verdad.

AZUCENA: ¿Fue?

CENTENO: Sí.

AZUCENA: ¿Le pidió eso... que le dije?

CENTENO: Sí.

AZUCENA: ¡Ah! ya estoy más tranquila. (*Pequeña pausa*). ¿Pero, qué le pasa a usted?

CENTENO: Nada, Azucena.

AZUCENA: ¡Está triste usted! Vamos a ver si consigo alegrarlo un poco. Ayer era usted que trataba de hacerme reír. Voy a hablarle del mirlo. ¿Se acuerda de aquel pajarito que trajo usted de Buenos Aires? ¡Las cosas que le he preguntado! ¡Y si viera qué amigos nos hemos hecho! No come si no le doy la comida en la boca. Cuando me ve, se vuelve loco de contento,

ABUELO: ¿La carta de su señora madre que ha recibido esta mañana, no le da también coraje para esto?

CENTENO: Sí, señor, tiene usted razón; es demasiada violencia para mí, pero es justo.

ABUELO: ¿Cuándo piensa partir?

CENTENO: ¡Mañana! (*Pequeña pausa*). ¿Y ahora qué será de mí? ¿Cuál será mi porvenir? Después de todo, ¿no seré yo también un pobre soñador; un lírico de la vida, un mirasol, de esos de que hablaba Azucena?

ABUELO: ¡De esos mirasoles como ella, no! ¡Esos tienen demasiado corazón! ¡Pobre Azucena! ¡Pobrecita mía! (*Pausa*).

Los mismos. Azucena, Eliberta, Lucila.

Risas y murmullo en la puerta de calle.

AZUCENA: Cuidadito con decirle nada.

ELIBERTA: Bueno, hasta mañana.

AZUCENA: No falten.

ELIBERTA Y LUCILA:

Buenas noches. (*Mutis de Lucila y Eliberta*).

El Abuelo, Centeno y Azucena.

AZUCENA: (*Muy alegre*) ¡Muy bien! ¡Podíamos esperarlo toda la noche a usted! Pero ¿no le dijo nada mamá?

CENTENO: Nada me dijo.

AZUCENA: No sabe lo que ha perdido. La plaza ha estado lindísima. Nunca me ha parecido más alegre que esta noche. ¿Será porque yo misma siento tanta alegría?

revolotea en la jaula como si quisiera volar hasta mí, y luego, no sabiendo qué hacer, parado muy tiesito y con los ojos fijos, comienza a cantarme todo su repertorio. En cambio, todos estos que también me saludaban antes con tanta alegría, como mis cariños y cuidados son ahora para el mirlo, cuando paso por delante de sus jaulas parece que hasta se escondiesen de mí. ¿Será que también los pájaros saben cuándo se les ha dejado de querer y sienten la tristeza del abandono? Bueno, he tratado de alegrarlo a usted y he concluido por ponerme triste yo también. *(Pausa. Lo mira a Centeno que baja los ojos. Con súbito temor)*. Pero doctor ¿qué tiene usted? ¿Qué tienen todos los de esta casa? ¿Qué sucede Dios mío? ¿Quién ha entrado aquí? ¿Qué angustia, Señor! Doctor, doctor, contésteme usted, ¿no comprende mi angustia?

CENTENO: Señorita, el abuelo le explicará a usted...

AZUCENA: ¿El abuelo? ¿Explicarme!... ¿Qué?

CENTENO: La razón de mi conducta... de esta separación...

AZUCENA: ¿Es verdad que usted se va para no volver?... ¿Es eso? *(Comprendiéndolo todo)*. ¡Ah! *(Pausa)*. ¡Nos ha mentido! ¡Nos ha engañado a todos! *(Llora)*. ¿Por qué?... ¿por qué?

CENTENO: El abuelo le dirá...

AZUCENA: ¿Qué va a decir el abuelo? Me dirá la verdad que me ha dicho siempre, la mentira de mis ilusiones y esperanzas; la mentira de todo eso que he soñado y que usted acaba de confirmar con su conducta egoísta y cruel. ¡Bien lo comprendo ahora, pobre de mí! ¿Qué hubiera hecho usted aquí sin este entretenimiento sentimental? ¿Cómo pasar estas horas largas y aburridas sin tener la distracción agradable de ir poco a poco conquistando el corazón de una pobre mujer que a

usted se confiaba y en quien tanto creía? ¿Qué le importaba lo demás? ¡Una vida que se derrumba, las penas y tristezas que deja usted en este hogar! ¿Qué le importaba todo si así se entretenía un poco!

CENTENO: ¡Azucena!

AZUCENA: Nada tiene que decirme. ¡Vayase usted! Que ese árbol al cual me condena con su engaño, le persiga con su mala sombra en todas las horas de su vida. *(Llorando)*. Váyase usted ¡váyase usted!...

CENTENO: *(Hace ademán de ir tras ella, luego, como atado a su ambición de vida, deja caer sus brazos con desaliento y tristeza)*. ¿Y mi vida? *(Toma su sombrero. Momento de indecisión)*.

AZUCENA: *(Repitiendo maquinalmente las palabras del Abuelo)*. “Y llega una noche en que cansados de tanto mirar para arriba, se cierran sus ojos para nunca despertar y se doblan sus tallos hacia la tierra amorosa que los recibe en su seno”. *(Sollozando)*. Tenía razón el abuelo, se fue la vida que él me trajo... ¡Como los mirasoles!... *(Se abraza llorando al árbol)*. ¡La noche de los mirasoles!...

CENTENO: ¡No, no puedo irme así! Óigame, Azucena, le debo a usted una explicación. No quiero dejar tras de mí un recuerdo tan doloroso y amargo. Perdone usted la parte de culpa que tengo en este engaño; créame que estos instantes de nuestra separación son los más penosos de mi vida, y que ahora mi amor por usted se agranda, se agiganta tanto, que nunca me parece haberla querido más.

AZUCENA: Entonces, si es verdad que tanto me quiere, ¿por qué se va, por qué me abandona?

CENTENO: Porque usted, Azucena, más que a mí mismo ama la vida,

esa vida esplendorosa que usted esperaba de mí, y que yo no puedo realizar. Nada tengo, nada soy más que un esperanzado de la vida.

AZUCENA: ¿Y qué me importa ya de esa vida, puesto que usted me quiere? ¿Qué me importa ya de nada si está usted a mi lado? Mi ansia de vida no era más que una ansia de amar.

CENTENO: Nuestras ansias de vida nos acercaron, el amor nos ha unido. Mirasoles de la vida, ¡vamos hacia la vida! No nos contentaremos con mirar el sol como estas pobres flores. La fuerza del amor agitará nuestras alas y llegaremos hasta él. ¿Quiere usted que juntos realicemos el porvenir de nuestros ensueños?

AZUCENA: Mi único ensueño está en su amor. Me basta con él para amar la vida.

CENTENO: ¡Oh, Azucena, vida mía!

AZUCENA: ¡Dios mío! ¿Es ahora verdad? ¿No me engaña usted?

CENTENO: No, Azucena, no la engaño. Este buen árbol, será también depositario de nuestro amor. ¡Por él se lo juro! Desde hoy su tronco ostentará dos nuevas iniciales: la de usted y la mía. Las voy a grabar tan estrechamente entrelazadas, tan estrechamente unidas, que las dos no van a parecer más que una sola. ¡Mire usted!

AZUCENA: ¡Gracias, Dios mío, por esta felicidad tan grande!

CENTENO: Empiezo por la A, su nombre, Azucena. *(Graba con un cortaplumas en la corteza del árbol).*

AZUCENA: *(Breve pausa. De pronto, recordando al Abuelo, va hacia la habitación y quedamente lo llama).* ¡Abuelo!... ¡Abuelito!... ¡Chit!... ¡Chit!...

ABUELO: ¿Qué?

AZUCENA: *(Haciéndole señas de callar lo lleva de la mano señalándole a Centeno).*

Sorpresa del Abuelo.

Como en aquel cuento de encantamiento... ¿se acuerda? ¡El príncipe Colibrí ha llegado, abuelo!

Sofanor, con la guitarra bajo el brazo, sale sigilosamente por el foro.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

más allá de la ley

Camilo Muniagurria

> más allá de la ley

Pieza en cuatro actos. Estrenada por la Compañía Pablo Podestá.

PERSONAJES

CLARISA GOYENS	Sra. B. Podestá
LA SEÑORA GOYENS	O. Rico
HUGO BRETÓN (médico)	Sr. P. Podestá
DIÓGENES GIRARD (cirujano)	J. Mangiante
DONATO PATERNÓSTER (médico)	J. Escarsela
MÉDICO 1º	A. Ballerini
MÉDICO 2º	F. Bastardi
CLOROFORMADOR	A. Cuartucci
JOSÉ (asistente enfermero)	Betoldi
ARÍSTIDES GOYENS	T. Podestá
ERNESTO GOYENS	E. Alippi

La acción en el Rosario. Época actual.

ACTO PRIMERO

LA ESCENA REPRESENTA LA SALA DE OPERACIONES QUIRÚRGICAS DE UN SANATORIO. EL FORO, LA IZQUIERDA Y LA DERECHA, ESTÁN CERRADOS POR VIDRIERAS DE CRISTALES

OPACOS Y TRAMA DE HIERRO PINTADA EN BLANCO. UNA SOLA ABERTURA, LA DEL FORO, QUE COMUNICA CON EL EXTERIOR POR INTERMEDIO DE UN VESTÍBULO EN EL CUAL SE VEN ALGUNAS MACETAS CON PLANTAS.

EN EL CENTRO DE LA ESCENA, UNA MESA DE OPERACIONES –CUYA CABECERA ESTÁ A LA DERECHA–. EN ELLA, EL ENFERMO A OPERAR (GOYENS, FIGURANTE) CUBIERTO DE LA CABEZA A LOS PIES CON COMPRESAS BLANCAS Y SEMIOCULTADO POR LOS DEMÁS PERSONAJES. ALREDEDOR DE ESTA MESA, OTRAS MÁS PEQUEÑAS, TAMBIÉN PINTADAS EN BLANCO Y QUE SIRVEN PARA SOSTENER CAJAS DE NIKEL, ABIERTAS, DE LAS QUE USAN LOS CIRUJANOS PARA COLOCAR INSTRUMENTOS ESTERILIZADOS; BANDEJAS CHATAS, PALANGANAS ENLOZADAS, EN UNA DE LAS CUALES ARDE ALCOHOL. UN IRRIGADOR DE PIE.

A DERECHA, UNA RINCONADA O BIOMBO, OCULTA EL LAVATORIO DE LOS CIRUJANOS.

A IZQUIERDA, UNA PERCHA DE PIE PINTADA EN BLANCO, DE LA QUE PENDEN SACOS Y SOMBREROS.

Girard, Médico 1°, Médico 2°, Cloroformador, José Goyens.

Al levantarse el telón, se hacen los preparativos para operar. El Cloroformador vierte cloroformo gota a gota sobre la careta que cubre la cara de Goyens. El Médico 1° coloca compresas sobre el cuerpo del operado. El Médico 2° se enjabona los brazos hasta el codo. José vierte agua y líquidos coloreados en azul y rosa en las palanganas, arregla las mesas, obedece las órdenes, etc. Girard se lava también, entrando y saliendo alternativamente de atrás del biombo. Todos visten grandes delantales blancos y gorros de cirujanos; tienen las mangas subidas hasta los codos y evitan cuidadosamente de tocar los objetos no esterilizados, para lo cual, en los momentos en que tienen que aproximarse a dichos objetos o entre ellos mismos, defienden sus manos y brazos ya lavados manteniéndolos en alto por la flexión del antebrazo sobre el brazo. Reina al principio un silencio solemne.

CLOROFORMADOR:

(Dejando caer gota a gota el cloroformo sobre la careta del operado). Cuento... ¿Uno?... *(Como el operado no lo hace)* diga: uno... dos...

GOYENS: *(Lentamente)* Uno... dos...

CLOROFORMADOR:

¿Tres?...

GOYENS: Tres...

CLOROFORMADOR:

Cuatro... ¡siga!

GOYENS: Cuatro... cinco... seis...

CLOROFORMADOR:

Cuento...

GOYENS: Cinco... cinco... cinco... *(Se agita).*

CLOROFORMADOR:

Seis...

GOYENS: Seis... ¡me ahogo!... *(Hace algunos movimientos como para sacarse la careta, movimientos que contiene José).*

CLOROFORMADOR:

Respire tranquilo... cuento... ¿siete?...

GOYENS: Siete... e... e... e... ¡Clarisa!...

GIRARD: *(De atrás del biombo)* ¡Cuidado con el cloroformo, amigo!... ¡Ya sabe que ese corazón no anda del todo bien!...

CLOROFORMADOR:

No hay cuidado... *(Al operado, golpeándole fuertemente la cara con la palma de la mano).* ¡Respire!...

Goyens hace algunos movimientos. Pausa de algunos segundos durante la cual el cloroformador sigue vertiendo gota a gota el cloroformo.

GIRARD: *(Al Médico 1° que se ha concluido de lavar)* ¡Jabonó bien?

MÉDICO 1º: Está limpio...

GIRARD: Hágame entonces la pasada con solución Bergmann.

MÉDICO 1º: Muy bien... (*A José*) Deme Bergmann, José...

José deja de sujetar al operado que ya no se mueve y tomando un frasco de solución, se aproxima a la mesa de operaciones, dando el frente al público y al Médico 1º que a su vez da la espalda; finge derramar el contenido del frasco sobre el vientre del operado mientras el Médico 1º refriega con una compresa.

MÉDICO 2º: ¿Ha tenido muchos ataques?

GIRARD: Está enfermo desde hace unos tres meses y con dolores continuos... como sucede siempre al principio de la calculosis... Recién después de algún tiempo es cuando los cálculos, se hacen sentir... Entonces el diagnóstico no es difícil y lo puede hacer un estudiante de primer año... ¡Al principio es otra cosa!...

MÉDICO 2º: Este caso es seguro...

GIRARD: ¿Seguro?... ¡Para mí que tengo tanta experiencia es claro!.. Pero... ya ve el trapiés que dio el mocito ese... ¿cómo se llama?

MÉDICO 1º: Hugo Bretón. . .

GIRARD: Eso es... Había pensado en un cáncer del hígado... Pero no hay sino analizar un poco... Dolores... ligera ictericia... artritismo bien manifiesto... No puede haber duda... pero ustedes saben, cuando recién se sale de la Facultad, se tiene la cabeza llena de teorías y apenas hay que resolver una dificultad práctica... ¡ni para atrás ni para adelante!

MÉDICO 1º: ¿Entonces Hugo Bretón ya se ha recibido?

GIRARD: Le faltan los exámenes generales... Es por eso que cuando la familia me propuso una consulta con él, yo respondí que

no aceptaba consultas sino con médicos... Así me evitaba, por otra parte, discusiones inútiles... pues creo que él había manifestado a Ernesto Goyens, el hijo de este, su opinión de que se tratase de un cáncer del hígado y no simplemente de cálculos... Deme alcohol, José...

José obedece: alcanza un frasco de alcohol y ambos penetran detrás del biombo.

MÉDICO 1º: ¿La intervención se imponía, pues?

GIRARD: (*De atrás del biombo*). Claro... y además... en último caso... nada se pierde con una laparotomía exploratriz... Con las manos bien lavadas, uno puede meterse hasta donde quiera... Si no hay cálculos, habrá otra cosa... siempre es el enfermo el que sale ganando...

MÉDICO 2º: Para cálculos, ninguno como los del gringo Gasparini... ¡Amigo, si parecían nueces!

GIRARD: (*Saliendo de atrás del biombo. Hace un gesto hacia su ropa colgada en la percha*). ¡También le cuestan veinte mil latines!... Caramba, y a propósito... tengo que entregarles lo que les corresponde a cada uno de ustedes. Ya sabe... (*Designando con un movimiento de cabeza al Médico 1º*) A usted le tocan doscientos... (*Lo mismo al Médico 2º*) A usted cincuenta... (*Lo mismo al Cloroformador*) A usted cien... ¿No te dio propina? José. (*Mientras tanto ha ido arreglando algunos instrumentos, colocándolos en una bandeja que está a la izquierda del operado, etc.*).

JOSÉ: (*Gallego*) ¡Dos pesos... ¡Parece increíble, con todo ese palacio!...

GIRARD: ¿Qué más quieres? Ya te podrías volver a Pontevedra... Ha sido un buen caso... con dos o tres como ese... ¡descansaba un mes!

MÉDICO 2º: Este no es de los peores.

GIRARD: ¡Gran cosa... cinco mil pesos!... *(Al Cloroformador con temor cómico)* Che, ¿está dormido? . .

CLOROFORMADOR:
(Tocando con el índice derecho, el interior del ojo derecho de Goyens). Tiene todavía reflejo del párpado... ¡pero ya no reacciona a los honorarios...
Risas.

GIRARD: Solo porque no parecen muy ricos...

MÉDICO 1º: ¿Quiénes son?

GIRARD: Don Arístides Goyens, pues... ¿no lo conoce?... el profesor de Filosofía del Colegio Nacional...

MÉDICO 1º: ¡Ah!... pero entonces... medio problemáticos... los cinco mil... ¡Si no tiene más que el sueldo!...

GIRARD: Sí... ¡miren!... ¡por tan zozco que soy yo para esas cosas!... Es Ernesto Goyens, quien paga, el hijo... Está empleado en un banco con muy buen sueldo... ¿Estamos listos?

CLOROFORMADOR:
(Haciendo la maniobra del párpado, que del resto debe repetir en el curso de la operación para vigilar el sueño del operado). Está bien dormido. . .

GIRARD: Bueno... hagamos una repasadita a la familia... José, haz entrar al hijo...
Sale José por el foro. Girard adopta una actitud imponente.

Dichos, Ernesto.

Ernesto entra siguiendo a José. Tiene un aspecto turbado, y mira con recelo y emoción la mesa de operaciones en que está tendido Goyens.

GIRARD: *(Con énfasis)* Amigo Goyens: ya sabe que no se trata de un

caso simple, y yo creo cumplir con un deber previniendo a usted –que ahora es el verdadero jefe de la familia– que numerosas contingencias pueden influir independientemente de nuestra habilidad, en el éxito de la operación.

ERNESTO: *(Trémulo)* Pero, en fin, doctor... hay seguridades... de que todo andrà bien... que no habrá contratiempos...

GIRARD: ¿Qué seguridades puede haber cuando las manos del cirujano deben penetrar en cavidades tan delicadas como el vientre?

ERNESTO: *(Con un poco de aplomo)* Pero doctor... en casa estábamos tranquilos... con las seguridades que usted nos había dado... Creíamos que no habría ningún peligro...

GIRARD: *(Displicente)* Pero... ¿qué se le ocurre a usted? ¡Una laparotomía, es siempre una operación peligrosa!

ERNESTO: *(Firme)* ¡No es eso lo que usted me dijo hace solo unas cuantas horas!

GIRARD: ¿Ahora salimos con esa?... ¡Todavía estamos a tiempo! ¡Todavía puede suspenderse la operación, si usted quiere!... ¡Qué pretensiones! ¡Que se les dé seguridad absoluta!... ¡Y uno tiene que aguantar estas impertinencias... para ganar unos pesos miserables!

ERNESTO: *(Confuso)* No, doctor... no se trata de dinero, aún cuando el dinero no es lo que más abunda en mi casa... Me interesa solo la vida de mi padre...

GIRARD: Ya sabe, pues, a qué atenerse... ¡Vamos a comenzar la operación! *(Vase Ernesto).*
Dichos, menos Ernesto.

Va a comenzar la operación y todos ocupan su puesto alrededor de la mesa; Girard da la espalda al foro y el frente al público; el Cloroformador en su puesto, a la

cabecera; el Médico 1º da la espalda al público semicaultando al operado; el Médico 2º se sitúa a la derecha del cirujano, entre este y el Cloroformador; José, a la derecha, y un poco separado de este último. Debe tenerse en cuenta, en esta escena, que el tiempo está más ocupado por la acción que por las palabras, de tal manera que estas no hacen sino completar aquellas; hay además intervalos de silencio, durante los cuales se presume que Girard opera. Sus indicaciones a los ayudantes serán obedecidas, sin que para ello se haga una mención especial.

GIRARD: *(Al Cloroformador)* ¿Está bien dormido?

CLOROFORMADOR:

(Mirando el ojo del operado) Bien dormido. El Médico 2º alcanza un bisturí a Girard; comienza la operación. *(Pausa)*.

GIRARD: *(Al Médico 1º)* Seque... Tome la arteriola... Seque... *(Al Médico 2º)* Los separadores... Poca grasa... está muy desnutrido... Estamos sobre la aponeurosis... *(Al Médico 1º, con impaciencia)* ¡Separa bien, pues!... *(Al Médico 1º)* Una pinza de Péan... Otra... Otra... Peritoneo... Es bueno siempre abrirlo sobre los dedos, con tijeras, por si hay adherencias... así nunca se puede herir el intestino... *(Al Médico 2º, con impaciencia)* ¿Pero no le he pedido unas tijeras?... ¿En qué está pensando? *(Al Médico 1º)* Seque... Seque...

MÉDICO 1º: *(Mirando por el aire, como si siguiera el vuelo de un insecto)* ¡Una mosca, una mosca!... ¡A ver, José!... José ahuyenta el insecto con la mano.

GIRARD: Nunca faltan moscas en estos sanatorios... Después, si sobreviene una peritonitis, lo achacan a que uno no se lava bien las manos... *(Al Cloroformador)* Está despierto... está haciendo fuerzas... ¡dele, pues!

En efecto, Goyens se agita un poco, trata de librar los brazos, movimientos que trata de contener José. El Cloroformador sacude el frasco como para aumentar la dosis. Pausa.

¡Caramba!... ¡esto está todo adherido!... *(Al Médico 2º)*
Deme una tijera curva...

MÉDICO 2º: *(Después de buscar inútilmente el instrumento pedido en la bandeja que tiene a su derecha)*. No hay tijera curva...

GIRARD: *(Con verdadero enojo)* ¿Y por qué no la ha puesto?... ¡Es un inútil... tiene que hacerlo todo uno mismo! *(Pausa. Tirando contra el suelo el instrumento con que opera)* ¡Esto no corta ni agua!

JOSÉ: *(Recogiendo el instrumento)* Es el que usted mismo trajo de lo del afilador...

GIRARD: ¡Cara de afilador!... Estamos bien sobre el hígado... *(Al Médico 1º)* Ponga aquí el separador... ¡Pero aquí, hombre! ¿Qué está haciendo con la boca abierta?... ¿todavía anda una mosca? *(A José)*. Séqueme la cara...

José toma una toalla y le enjuga la cara.

¡La frente, la frente!... Qué difícil está esto... José, una palangana con bicianuro. *(Y como el asistente no oye la orden)* ¿Pero no oyes gallego del diablo? ¡Una palangana con dicianuro!

José corre, toma una palangana, que llena con la solución pedida, corre de nuevo para alcanzarla a Girard, pero da un resbalón y cae al suelo, soltando la vasija, que rueda con estrépito.

(Riendo con los otros) ¡Qué gallego más bruto!

JOSÉ: ¡He pisado un algodón mojado! *(Mientras continúa la operación prepara otra palangana, en la cual Girard se enjuaga las manos)*.

GIRARD: Está difícil...

MÉDICO 1º: Hay muchas adherencias...

GIRARD: A ver si puedo llegar ahora al borde... Gran epiplón... Epiplón gastrohepático. ¡Caramba qué corto es!... es una verdadera anomalía que dificulta singularmente la operación...

El Médico 1º, el Médico 2º, el Cloroformador y hasta el asistente se aproximan a la mesa, como para seguir la explicación de Girard, mirando desde lo más cerca posible el campo operatorio semioculto por el Médico 1, que da la espalda al público. El Cloroformador, sobre todo, abandona en parte la cabecera de la mesa, acercándose al Médico 1º, y de tal manera que el espectador pueda ver casi la cabeza del operado, por detrás de su espalda. Mirando el campo operatorio, y sin prestar la más mínima atención al enfermo, vierte a chorros el cloroformo sobre la careta.

Lo he visto ya en otros casos... pero a la verdad que es raro... Hay que tirarlo para arriba... Así... de manera de levantar lo más posible... Seque... El borde del hígado... ¡Qué engrosado!...

El Cloroformador se sobresalta, prestando atención, al operado, lo sacude, le palmea enérgicamente la cara como para tratar de despertarlo. Girard suspende la operación con inquietud... Expectativa general...

¿No respira?...

CLOROFORMADOR:

Sin embargo, le he dado con toda precaución... poca cantidad... *(Sacudiendo al enfermo)* ¡Respire!...

GIRARD: *(Con impaciencia)* Sí... ¡ya lo va a oír!... ¡Haga respiración artificial!... ¡Yo no sé lo que ha aprendido usted, después de haber dado miles de cloroformos!... ¡Es una falta completa de inteligencia!

Mientras tanto el Cloroformador, que ha retirado

completamente la careta, comienza a hacer respiración artificial. He aquí en qué consiste la maniobra: José sostiene los pies del enfermo; Girard protege el campo operatorio, colocando sobre él sus dos manos abiertas; otro tanto hace el Médico 1º; el Médico 2º mira; el Cloroformador toma con cada una de sus manos una de las muñecas del operado; en un primer tiempo, se separa un poco de la cabecera de la mesa y tira hacia sí los dos brazos del enfermo, de manera de dilatarle el pecho; en un segundo tiempo lleva las dos muñecas del enfermo, tomadas siempre por sus propias manos sobre el pecho de aquel y ejerce sobre este una presión brusca como para hacer salir el aire que contiene. Repite esta operación con movimientos rítmicos, lentos, como son los de la respiración normal, esto es, en número de unas veinte por minuto; se detiene, observa, vuelve a seguir.

CLOROFORMADOR:

No respira...

GIRARD: Siga...

MÉDICO 2º: ¿Tomaré la lengua con una pinza?

GIRARD: Eso es...

En tanto que el Cloroformador sigue su maniobra, el Médico 2º se sitúa a su derecha dando la espalda al público, y con una pinza, que ha tomado de las bandejas situadas a derecha de Girard, toma la lengua del operado, produciendo el pequeño crujido característico de las pinzas que se cierran.

José, hacele una inyección de éter...

El asistente obedece la orden: toma de entre los instrumentos una jeringa de inyecciones, la carga y hace la inyección en el flanco izquierdo del enfermo, situándose para ello a la derecha de Girard. La maniobra de respiración artificial continúa todavía por algunos instantes después de los cuales el Cloroformador observa de nuevo al operado.

CLOROFORMADOR:

(Con alegría) ¡Ahora respira!...

GIRARD: *(Observando la respiración del operado)* Ya pasó... es un síncope por exceso... ¡Es necesario amigo que tenga más cuidado!...

CLOROFORMADOR:

(Un sí es, no es irónico) Fue por mirar la anomalía. . .

GIRARD: Sigamos adelante...

Todo el mundo ocupa su puesto y la operación continúa.

MÉDICO 2º: *(Enseñando ambas manos a Girard)* Yo estoy ya sucio... ¿quiere que me lave de nuevo?

GIRARD: Es inútil... voy a concluir...

El Médico 2º desaparece por un instante, por detrás del biombo que oculta el lavatorio y reaparece enseguida secándose las manos con una toalla.

Estos percances son los que empañan el brillo de las estadísticas de los grandes cirujanos... Pero qué hígado más duro... Parece que estuviera todo enfermo... A ver la vesícula... *(Después de un instante en que explora)* Pero... aquí... ¡aquí no hay cálculos!... ¿Cómo es esto?... ¡No me explico!...

MÉDICO 1º: Parece que está tomado todo el hígado...

GIRARD: Parece un tumor...

MÉDICO 2º: ¿Un tumor del hígado?

GIRARD: Tumor del hígado... un cáncer, tal vez...

MÉDICO 1º: ¿Un cáncer?

GIRARD: Por lo menos... aquí no hay cálculos... la vesícula está vacía... *(Con toda seguridad)* De tal manera que nuestra previsión...

MÉDICO 1º: ¡Era perfectamente fundada!

GIRARD: ¡Aun cuando el caso no era bien claro!...

MÉDICO 2º: ¡En realidad solo una gran práctica ha podido hacer formular con precisión un diagnóstico de tanta dificultad...

GIRARD: Yo había tenido en cuenta sobre todo el enflaquecimiento del enfermo... los dolores... el color amarillento de la piel... ¡Naturalmente no podría tratarse sino de un cáncer!. . .

MÉDICO 1º: *(Solemnemente)* ¡Como siempre, gran diagnóstico, maestro!

MÉDICO 2º: Naturalmente, después de haber constatado por medio de una laparotomía exploratriz, que se trata de un cáncer del hígado, de un cáncer inoperable, no hay más remedio que dejar las cosas como estaban...

GIRARD: Es como se debe proceder en estos casos... *(Al Médico 1º)* Prepare las suturas...

MÉDICO 2º: Ya están listas... ahí a su derecha...

GIRARD: No le dé más cloroformo... vamos a terminar...

CLOROFORMADOR:

(Retirando la careta) Ha tomado más de cien gramos...

GIRARD: De los cuales se hubieran podido economizar cincuenta...

CLOROFORMADOR:

(Con ironía) Como los canales biliares están tan inflamados y dolorosos en caso de cálculos...

GIRARD: Es tan doloroso el cáncer como la calculosis... Pongamos aquí unos puntitos de seda para reforzar la pared. *(Al Médico 1º)* Pase el hilo... Tire... Deme una gasa... Así quedan cicatrices perfectamente lineales... ¡José, deme gaza. Algodón. Vendas. Alfileres! Ya está...

MÉDICO 2º: ¿Habrá que advertir a la familia?

GIRARD: *(Concluyendo el vendaje)* No va a ser bien recibido lo de cáncer. Como están con la absurda idea de que se trata de

cálculos al hígado... con lo cual se debió hacer el diagnóstico diferencial...

MÉDICO 1º: Sabían perfectamente bien que podía tratarse de cualquiera de estas dos cosas...

GIRARD: ¡Es claro!... pero los profanos nunca se dan cuenta de los hechos, y si hay duda entre dos enfermedades, de las cuales la una es grave, incurable, como por ejemplo un cáncer, y la otra no lo es, como por ejemplo, cálculos al hígado, si resulta la primera, se lo inculpa al médico, ¡como si este fuera responsable de la enfermedad!

MÉDICO 2º: Hay que defenderse contra esos prejuicios...

GIRARD: Es mejor que les digamos no más que se han encontrado cálculos, como ellos lo desean. Aunque no sea sino en el interés de ellos mismos. Quedarán contentos...

MÉDICO 1º: ¿Y si quieren verlos?

GIRARD: *(Con resolución risueña)* ¿Les mostraremos los de Gasparini? Ahí los tiene el gallego. Dámelos, José.

José obedece y toma los cálculos del lugar indicado.

(Al Médico 2º) ¡Póngalos en un frasco de alcohol para que tengan más parada!... ¡Haga el guindado!

MÉDICO 2º: *(Obedeciendo la indicación de Girard, enseñando el frasco con los cálculos)* ¡Parecen recién sacados!

GIRARD: Bueno... a ver si los despachamos pronto... Ya debe estar esperando el otro enfermo... *(Mientras hablaba se ha ido lavando las manos, para lo cual entra y sale alternativamente de atrás del biombo)*. José, avisa a la familia...

José vase por el foro.

Dichos, la señora de Goyens, Ernesto, Clarisa.

Los tres últimos entran por el foro siguiendo a José; están conturbados, reprimiendo muy mal la emoción que experimentan, oprimiéndose el uno contra los otros, mirando con curiosidad temerosa, la mesa de operaciones.

GIRARD: Hemos concluido.

SRA. DE GOYENS: ¿Está dormido?

CLARISA: ¿Nos podemos acercar?...

GIRARD: Sí, cómo no... Tardará un buen rato en despertarse...

La señora de Goyens y Clarisa se acercan, vacilando a la cabecera de la mesa y acarician con emoción la cara y las manos del enfermo.

CLARISA: ¡Papá!... ¡Está completamente dormido!...

SRA. DE GOYENS: ¡Qué palidez Dios mío!...

ERNESTO: *(A Girard)* ¿Todo ha salido bien, doctor?

GIRARD: El diagnóstico estaba perfectamente hecho... y en cuanto a la operación... puede ser tomada como un modelo.

MÉDICO 1º: ¡Soberbia, soberbia!

MÉDICO 2º: ¿Qué otra cosa puede esperarse de la habilidad del doctor Girard?

ERNESTO: ¿Había muchos cálculos?

GIRARD: ¡Muchos y grandes... como nueces!... *(Al Médico 2º)*. Muéstreselos, che...

MÉDICO 2º: *(Enseñando a la señora de Goyens, Ernesto y Clarisa el frasco de cálculos)*. Miren...

LA SRA. DE GOYENS, ERNESTO, CLARISA:

(A la vez, contemplando el frasco) ¡Ah!... ¡qué horror!... ¡Pobre papá!... etc., etc.

La habitación sirve a la familia como comedor y pequeño despacho a la vez. Al centro, una mesa con carpeta; entre la salida del foro y la de la izquierda, un armario o aparador; entre la del foro y la de la derecha, un escritorio con libros que semiocultan una máquina de escribir. Adelante y un poco a la izquierda, una canasta de costuras femeninas cargada con ropa de hombre a medio hacer. De tarde.

La señora de Goyens, Ernesto.

Al levantarse el telón, Ernesto escribe a la máquina. Después de un instante la señora de Goyens entra por izquierda llevando en la mano una taza vacía.

ERNESTO: En fin, ya ha pasado el peligro...

CLARISA: *(A Girard)*. Ya no volverá a enfermarse, ¿verdad doctor?

GIRARD: Señorita... los cálculos al hígado... pueden reproducirse... pero...

SRA. DE GOYENS: ¡Reproducirse!

GIRARD: ¡Ya lo creo!... Así como se han formado estos, pueden formarse otros. Nosotros no hemos hecho sino sacar los que ya estaban...

ERNESTO: ¡Ah!... ¿sí?... Pero... en fin...

GIRARD: Por otra parte... yo no digo que deba ser así precisamente... Supongo que no...

ERNESTO: De todas maneras, doctor... le quedamos a usted profundamente reconocidos. Solo su seguridad, la confianza en su ciencia puede haber resuelto el difícil problema... precisamente en el momento en que la opinión contraria de un amigo nuestro... pudo hacer vacilar su resolución... Le repetimos nuestro agradecimiento...

GIRARD: *(Con pedantería)* ¡Sct!... ¡he salvado tantas vidas!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa, de los Goyens. Salidas al foro, izquierda y derecha: la primera con el interior de la casa, la segunda con la habitación de Aristides Goyens, la tercera con el exterior.

SRA. DE GOYENS: ¿Por qué no descansas antes de ponerte a escribir? ¡Sales del empleo, y a la máquina otra vez!

ERNESTO: Debo entregar estas copias antes de las cinco... Me falta muy poco...

SRA. DE GOYENS: ¿No quieres tu té?...

ERNESTO: ¿Si me lo trajeras aquí?... no perdería tiempo...

SRA. DE GOYENS: Bueno... *(Vase por el foro, mientras Ernesto continúa escribiendo)*.

Ernesto solo interrumpe por un instante su trabajo y va a escuchar a la puerta de la izquierda. Vuelve luego a sentarse y a trabajar.

(Entrando de nuevo por el foro con una tacita de té en una mano y un plato de tostadas en la otra). Toma primero el té... (Lo coloca sobre la mesa de Ernesto).

ERNESTO: *(Interrumpiendo su tarea para tomar el té)* Lo he sentido quejarse de nuevo...

SRA. DE GOYENS: Estaba ya dormido... ¿a ver? *(Se acerca como Ernesto a la puerta, escucha y vuelve)*. No. ..

ERNESTO: Ha pasado un día pésimo, ¿no?...

SRA. DE GOYENS: Sin descansar un momento... Se queja continuamente de ese dolor al costado.

ERNESTO: ¡Cuándo terminará esto!... ¡Cada vez peor, más pálido, más dolorido! ¡Es necesario tomar alguna resolución!...

SRA. DE GOYENS: ¿Y qué?... Según parece los cálculos vuelven a reproducirse...

ERNESTO: *(Con impaciencia)* ¡A reproducirse!... ¡parece increíble!... ¿Qué es lo que se ha hecho entonces?... ¿Qué han hecho los médicos? ¡Y para llegar aquí, tanto sacrificio!... En fin, no hablemos de eso...

SRA. DE GOYENS: ¿Y por qué no hemos de hablar? ¡Si se tratara de millonarios, de los que pueden gastar su dinero hasta en caprichos, está bueno! Pero nosotros, ¿cómo no hemos de tener en cuenta lo que nos cobran?... sobre todo tú, mi hijo, que para pagarles, has tenido que sacrificar tu propia felicidad!

ERNESTO: ¡Es la verdad!... papá está muriéndose... y yo... y yo... ¡En fin! eso no sería todavía nada, ha sido mi deber... ¡pero Clarisa!... ¡Clarisa Goyens, trabajando para una casa de confecciones!... ¡es el colmo!... ¡Y todo para pagar las visitas de estos inútiles!

SRA. DE GOYENS: ¡Visitas de a diez pesos!... ¡Yo no sé a dónde iremos a parar si esto sigue así!

ERNESTO: Ahora la consulta... ¿cobrará también la consulta?

SRA. DE GOYENS: Si él la ha pedido, no debía ser así...

ERNESTO: ¿Qué te dijo?

SRA. DE GOYENS: Como yo insistiera en que Arístides no se mejoraba y que era necesario resolver algo, me dio a entender que probablemente los cálculos habían empezado a

reproducirse, pero que no estando seguro creía conveniente reunirse de nuevo con los médicos que lo habían ayudado en la operación, para resolver el punto.

ERNESTO: ¿Qué le contestaste?

SRA. DE GOYENS: ¡Y!... qué iba a hacer... dije que si era absolutamente necesario... que vinieran... Estarán aquí a las seis...

ERNESTO: Pero, ¿por qué con los mismos? ¿No hubiera sido mejor tener una nueva opinión, independiente? Los ayudantes esos, son unos verdaderos títeres... basta que Girard les tire de la cuerquita, para que digan inmediatamente: sí, no, sí, no...

SRA. DE GOYENS: ¿Y si llamáramos a otro?

ERNESTO: ¿Quién por ejemplo?

SRA. DE GOYENS: ¿Qué te parece el doctor Paternóster? Es un médico serio y correcto... Además es amigo y comprofesor de Arístides, ha venido a informarse varias veces... se tomará interés...

ERNESTO: Al menos entonces, no nos cobrará...

SRA. DE GOYENS: Es necesario avisarle cuanto antes, para que tenga tiempo de asistir... ¿Te parece indispensable avisar al doctor Girard?

ERNESTO: ¿Para qué?... Le diremos que el mismo papá lo ha pedido... No puede tomarlo a mal...

SRA. DE GOYENS: Entonces escríbele una tarjetita... se la mandaré con Eulogia... Él no sale del consultorio antes de las seis...

ERNESTO: Bueno... *(Toma una pluma y escribe, luego lee en voz alta la tarjeta)* “Ernesto Goyens saluda muy atentamente al distinguido médico doctor Donato Paternóster y le ruega quiera concurrir a una consulta con el doctor Diógenes Girard, esta tarde a las seis en punto en esta su casa, calle 1º de Mayo

1435, a objeto de examinar a su señor padre”. ¿Está bien?

SRA. DE GOYENS: Me parece bien... ¡Si estuviera aquí Hugo!

ERNESTO: ¡Ahora creo que no tardará en venir!... Precisamente hoy me he ocupado en buscarle la casa que me encargó para el consultorio.

SRA. DE GOYENS: ¿La encontraste?

ERNESTO: Por el precio que ofrece, es un poco difícil en el centro... Pero con paciencia... como todavía tardará unos días...

SRA. DE GOYENS: Voy a mandar la tarjeta con Eulogia... *(Toma la tarjeta que acata de escribir Ernesto y vase por el foro).*
Ernesto sigue escribiendo en silencio en su máquina.

Ernesto, Clarisa, luego la señora de Goyens.

Clarisa entra por derecha; viste traje de calle, humilde pero no desprovisto de elegancia; lleva un paquete de ropa de confección bajo el brazo. Al entrar deposita su paquete sobre el canasto de costura y sin decir una palabra se seca furtivamente una lágrima.

ERNESTO: *(Levantando la cabeza)* ¡Clarisa!... ¿qué tienes?

CLARISA: Nada.

ERNESTO: *(Aproximándosele)* ¿Por qué lloras?

CLARISA: Nada, nada... no es nada... no vale la pena...

ERNESTO: Pero estás llorando. ..

SRA. DE GOYENS: *(Que entra de nuevo por el foro y oye las últimas palabras de Ernesto, aproximándose)* ¿Qué hay?

CLARISA: Es que... me ha pasado en la calle algo desagradable...

SRA. DE GOYENS: ¿Te han faltado al respeto?

CLARISA: Lo peor es que las cosas vienen de donde menos se espera,

ERNESTO: Cuenta...

CLARISA: Como es ya casi de noche venía caminando muy ligero por la vereda de aquel lado de la calle 3 de Febrero, cuando al llegar a Laprida, uno que esperaba el tranvía me dijo no sé qué insolencia... No contesté y apresuré el paso, pero me siguió, diciéndome pavadas, hasta la esquina de Buenos Aires. *(A Ernesto)* Figúrate que intentó tomarme del brazo, pero en ese momento habíamos llegado bajo la luz y al volverme violentamente, reconocí... ¿sabes a quién?... ¡a Esteban Belloc!

ERNESTO y LA SRA. DE GOYENS:

(A la vez) ¿Belloc?. ..

CLARISA: No encontró palabras con qué disculparse... no me veía desde los recibos de lo de Ruiz... Pero lo que a mí me molesta, no es tanto el hecho, por desagradable que sea, de que un atrevido me falte el respeto en la calle,.. sino de que haya sido él precisamente él!...

SRA. DE GOYENS: En definitiva no eres tú la que pierdes...

CLARISA: ¡Sí, pero soy yo la que sufre!

SRA. DE GOYENS: No se debe tener vergüenza de ser pobre.

CLARISA: Yo no me avergüenzo de la pobreza, máxime cuando ella es causada por la enfermedad del que nos la evitara, en épocas mejores... pero se comprende que me entristezca la comparación que hago, casi sin querer, entre los días en que Esteban Belloc me tributaba homenaje en los salones y estos en los que me falta el respeto en una esquina de los suburbios, ¡tomándome por una cualquier cosa!

ERNESTO: Tienes razón, pobre Clarisa...

SRA. DE GOYENS: Otra vez entregaré yo las costuras...

ERNESTO: ¡No faltaba más!... No coserás más, eso es todo... Mañana mismo darás aviso a la tienda de que no recibas ya encargos... Yo me ingeniaré para correr con todo...

SRA. DE GOYENS: ¿Piensas pasar todavía más horas en vela?

ERNESTO: *(Con desaliento e impaciencia)* ¡Qué hacer, qué hacer! Esto no puede continuar así... Mi sueldo no alcanza para tanto gasto... Debo pagar todavía dos cuotas de la máquina de escribir, la cuenta del sanatorio, la nueva cuenta del médico, la farmacia, la propina del asistente... ¡qué sé yo!

CLARISA: Por eso debo ayudar yo también. Me he quejado sin razón... bastará con que no vuelva a salir tarde para entregar mi costura... Sí, yo también para algo sirvo... no te afijas... ¿acaso es tan poco lo que puedo ganar?... ¡no creas! Hoy nos han pagado la semana... y ya no he tenido vergüenza al recibir el pago... ¡Señorita Goyens, veinte pesos! Y yo como si tal cosa... me acerqué al escritorio como las demás costureras, ¡y recibí mis veinte pesos! voy a guardarlos... *(Guarda el dinero en un cajón del escritorio)*.

SRA. DE GOYENS: ¡Es un ángel!...

CLARISA: ¿Y papá?...

ERNESTO: Se ha quedado por fin dormido...

CLARISA: ¿Qué se resolvió? ¿Hay consulta?

ERNESTO: A las seis... Le hemos escrito a Paternóster pidiéndole que asista también... ¿qué te parece?

CLARISA: ¿Paternóster?... Y para qué... ¿otro gasto?

ERNESTO: No... ¡como es tan amigo de papá!... A ver si se resuelve algo... esto no puede continuar así...

CLARISA: Sí, sí... ¿a qué horas dices?

ERNESTO: A las seis... Yo concluyo y entrego estas copias antes de las cinco... *(Se sienta, de nuevo a la máquina)*.

CLARISA: Tengo tiempo de hacer otro chaleco... *(Se sienta al canasto de labores y comienza a coser. Pausa)*.

Ernesto, Clarisa, Bretón

Bretón aparece por derecha con su aire desenvuelto y alegre de estudiante; viste traje de viaje y lleva en las manos una valija y una manta.

BRETÓN: *(Asomando la cabeza por la puerta entreabierta, alegremente)* ¡Nella porta del castello!...

ERNESTO y CLARISA:

(A la vez) ¡Hugo!

BRETÓN: *(Abrazando a Ernesto)*. ¡Cómo están! *(Saludando a Clarisa)* ¡Clarisa!...

CLARISA: ¡No te esperábamos todavía!

BRETÓN: Yo mismo no pensaba...

ERNESTO: *(A Clarisa)*. Avísale a mamá...

CLARISA: ¡En seguida! *(Vase por el foro)*.

ERNESTO: ¡Qué alegría va a tener al verte!

BRETÓN: ¿Y don Arístides?

ERNESTO: Papá no sigue nada bien... ¿No recibiste mi carta?

BRETÓN: ¡Sí, sí!...

SRA. DE GOYENS: *(Entrando por el foro con Clarisa)* ¡Mi hijo!, ¿cómo estás?

BRETÓN: ¡Cuánto placer de verla! No me esperaba, ¿verdad? *(La abraza)*.

SRA. DE GOYENS: No... ¡pero qué a tiempo vienes, Hugo!... ¡como si hubieras adivinado mis deseos!

CLARISA: ¡Qué alegría para el pobre papá! No hace sino preguntar por ti... Ayer mismo proyectaba escribirte para que vinieras.

BRETÓN: No me faltaban ganas, pero...

ERNESTO: ¿Por fin has concluido?

SRA. DE GOYENS: ¿Ya vienes a establecerte?

BRETÓN: ¡Claro que sí!

CLARISA: ¿Avisaremos a papá?

SRA. DE GOYENS: No, déjalo que aproveche este sueñito... recién ha conseguido dormirse...

BRETÓN: No lo molesten... ¿cómo sigue?... Tu última carta, Ernesto...

ERNESTO: Sigue mal... mal... cada vez peor... en fin, ya te contaremos... Ahora, Clarisa., mamá... A ver cómo alojamos a Hugo... ¿En mi pieza?...

SRA. DE GOYENS: Como siempre, pues... ¡ya nos conoce!... Clarisa dile a Eulogia, cuando vuelva, que ponga la camita jaula en la pieza de Ernesto... Dame la valija, Hugo... ¿querrás lavarte?

BRETÓN: ¡No molestarse!... Ya saben que esa es la condición indispensable para tenerme contento.

SRA. DE GOYENS: Sí, sí... ¿Ya has tomado tu té?

BRETÓN: Sí en el tren...

CLARISA: *(Con cierta timidez)* ¿Y el diploma?

BRETÓN: *(Con cierto misterio)* ¡Ah!... ¿te acordabas?

CLARISA: *(Confusa)* ¿Te hubieras resentido en caso contrario?

BRETÓN: Me hubieras demostrado que no apreciabas la promesa hecha...

SRA. DE GOYENS: ¿Qué es?

CLARISA: *(Precipitadamente)* ¡Nada, mamá, nada!...

ERNESTO: ¡Gato encerrado!...

BRETÓN: No... Yo había prometido a Clarisa... que me complacería... fuera ella, quien recibiera mi diploma... ¡Ya saben que ustedes son mi única familia!...

SRA. DE GOYENS: ¿Lo has traído?...

BRETÓN: ¡Ya lo creo!... No me separo de él ni un solo momento... Aquí está en mi valija... a ver... Primero me olvido de mi mismo. *(Saca un diploma de su valija)*. Aquí está, Clarisa... como te lo he prometido...

CLARISA: *(Con emoción)* ¡Gracias!... Ahora irá a adornar tu consultorio...

BRETÓN: Sí, pero antes, quiero clavarlo en las paredes de esta casa... ¡para ustedes primero! A ver unas chinchas... ¡Hugo Bretón, ex vendedor de diarios, doctor en medicina y cirugía!

ERNESTO: ¡Si papá pudiera verte!

SRA. DE GOYENS: Vamos entretanto a preparar la pieza, Clarisa...

CLARISA: *(Saliendo por el foro tras de la señora de Goyens)* Sí, sí...

Ernesto, Bretón.

ERNESTO: ¡En qué tristes momentos, llegas Hugo!

BRETÓN: Signe cada vez peor ¿no?... Era de esperar.

ERNESTO: ¿Era de esperar?

BRETÓN: ¡Con la enfermedad que tiene!...

ERNESTO: ¡Ah! ¡es verdad que tú tenías otra idea sobre el caso...!

BRETÓN: ¿Otra idea?

ERNESTO: Es necesario que te explique lo que ha pasado, que te ponga al corriente... Solo después de oírme, verás que nuestra conducta no es del todo condenable, como a primera vista parecería...

BRETÓN: No te comprendo...

ERNESTO: En fin, el hecho es este: papá ha sido operado por el doctor Diógenes Girard hace tres meses.

BRETÓN: ¡Operado!... ¿Y de qué?

ERNESTO: De cálculos al hígado.

BRETÓN: ¡De cálculos al hígado!

ERNESTO: No ha sido una deslealtad para contigo, Hugo... Cuando lo examinaste, tu diagnóstico me dejó anonadado... ¡Un cáncer del hígado, una enfermedad mortal por consecuencia!... Yo guardé el secreto como me recomendaste, aún ante mamá... pero no era posible permanecer así en la inacción... Nos aconsejaron que consultásemos a Girard y así lo hice,.. Fue cuando tu viaje a Villa Casilda. Vino Girard, lo puse en antecedentes de lo que pasaba, examinó a papá, y formuló un diagnóstico completamente diferente del tuyo: cálculos al hígado, y era necesaria una operación... Indeciso, le ofrecí una consulta contigo, pero tú sabes como es Girard... nos dijo que se bastaba a sí solo, que era una cosa sencilla y que, por otra parte, él no aceptaba consultas sino con médicos... A ti te faltaban los exámenes generales... En fin, como en último caso no hacía sino intentar un recurso supremo... Girard demostraba tanta seguridad...

BRETÓN: ¿Cuándo se hizo la operación?

ERNESTO: Ocho o diez días después de tu partida...

BRETÓN: Naturalmente, el resultado...

ERNESTO: Confirmó plenamente el diagnóstico de Girard...

BRETÓN: ¡Cálculos al hígado!

ERNESTO: Cálculos al hígado.

BRETÓN: Entonces... ¿estaba en un error!... ¡Más vale así!... ¿Sería una enfermedad reciente? ¿cálculos pequeños?

ERNESTO: No... al contrario... ¡enormes! ¡Solo después de haberlos visto se comprenden los sufrimientos de papá!

BRETÓN: Pero... ¿tú has visto los cálculos?

ERNESTO: ¡Claro que sí... y mamá... y Clarisa!... ¡Si los tenemos aquí en un frasco de alcohol!

BRETÓN: ¿A verlos?

ERNESTO: *(Se levanta, abre un cajón del armario y tomando el frasco de cálculos se los enseña a Bretón).* Estos son...

BRETÓN: *(Examinándolos)* ¡Qué enormidad!... ¡Parece imposible!

ERNESTO: Solo la evidencia ha podido convencerme de tu error...

BRETÓN: No soy yo el que menos se extraña... Naturalmente ¿los dolores cesaron como por encanto? Hubo una mejoría...

ERNESTO: Al contrario, y eso es lo que nos confunde... Papá está cada día peor... ¡Si tú lo vieras!... ¡Da horror!...

BRETÓN: ¡Ah! ¿sí? ¿tiene como ataques?

ERNESTO: No se pueden llamar propiamente ataques... sufre continuamente... lleva, te lo aseguro, una vida de martirio. No duerme, durante toda la noche oímos sus quejidos... ¡Y eso, a pesar de ser como tú lo conoces!... lleno de valor y de resignación...

BRETÓN: ¿Y qué ha resuelto Girard en vista de eso? ¿Cómo explica la falta de mejoría?

ERNESTO: Hoy ha hablado con mamá y según parece teme que los cálculos hayan llegado a reproducirse, en cuyo caso, dice, estaría indicado intentar una nueva operación.

BRETÓN: ¡Una nueva operación!

ERNESTO: ¡Figurate!... por eso te esperábamos con tantas ansias. Tú eres nuestro amigo estás ligado a nuestra familia por el afecto...

BRETÓN: ¡Oh, sí, yo he debido estar aquí mucho antes! Yo estoy vinculado a tu padre, a ustedes, por el afecto y el agradecimiento! ¿Cómo podría pagar lo que ustedes han hecho por mí?

ERNESTO: No hay por qué recordarlo.

BRETÓN: ¿Por qué no? Yo me complazco en hacerlo, como se complace uno en cumplir con un deber... Yo era un niño huérfano, casi abandonado, sin otra riqueza que mi ambición de subir... Estudié los grados siendo vendedor de diarios... No tenía siquiera una noción exacta de lo que significaba la palabra porvenir... ¡pero leía con amor los cuentitos de mi cartilla que hablaban de constancia, de empeño y de premios!... Una mañana, me interrogó sobre mí vida, qué hacía, de qué comía... Desde entonces fue mi protector, comí el pan de su mesa, dormí bajo su techo, escuché sus consejos, formé poco a poco mi carácter, en el ejemplo del suyo... ¿Te acuerdas de aquella tarde en que yo escuchaba con tristeza tus proyectos de niño ambicioso, cuando llegó él con dos matrículas para el primer año del Colegio Nacional?

ERNESTO: ¡Te le echaste encima llorando!

BRETÓN: Ha sido para mí no solo el protector sino también el maestro, el modelo que se mira como un ideal de perfeccionamiento. ¡Esa su clarividencia casi profética de las

cosas, su manera de influir en las circunstancias, su independencia de los prejuicios, su amor a la verdad y su heroísmo para hacerla prevalecer hasta por encima de sus ¡propias conveniencias!

ERNESTO: Figúrate cómo estará ahora. Ahora, que a sus dolores físicos se unen las graves preocupaciones de su espíritu.

BRETÓN: ¿Por qué?

ERNESTO: Es claro, desde que cayó enfermo, sus sueldos de las cátedras y de sus lecciones particulares se suspendieron. Ya sabes que nunca hemos sido ricos, que vivíamos al día... Ahora no se cuenta más que con mis 500 cincuenta pesos del Banco y hay que pagar gastos extraordinarios, la operación, las visitas. ¡Es una cosa enorme!... los remedios, el sanatorio ¡qué sé yo! Duplico mis esfuerzos, saco copias a máquina, pero no basta... ¡Figúrate que hemos tenido que resignarnos a que Clarisa cosa para una casa de confecciones!

BRETÓN: ¿Y Girard cobra todas sus visitas?

ERNESTO: A diez pesos cada una.

BRETÓN: ¿Y la operación?

ERNESTO: Nos ha costado cinco mil.

BRETÓN: ¡Cinco mil pesos! ¡Caramba! ¿Cómo has hecho para pagar?

ERNESTO: En fin... no hay por qué hacer alarde de una falsa modestia... Tú sabes que estaba por casarme con Elena Durand. La boda debió realizarse en Junio. Pero como sobrevino la enfermedad... No hubo más remedio...

BRETÓN: ¡Tú pagaste la operación!...

ERNESTO: Con el dinero que había economizado para instalar mi casa.

Entra Clarisa por el foro.

Dichos, Clarisa.

CLARISA: Ya está lista tu pieza.

ERNESTO: *(Tomando los papeles en que escribía).* Mientras llegan los médicos, yo voy a entregar estas copias que he prometido antes de las cinco. ¿Papá sigue durmiendo?

CLARISA: No lo he sentido quejarse.

ERNESTO: *(Saliendo por derecha)* Hasta luego, entonces.

BRETÓN: Hasta luego...

Vase Ernesto.

Bretón, Clarisa, luego la Señora de Goyens.

CLARISA: De manera que te quedas definitivamente. ¿Ya no vuelves a Buenos Aires?

BRETÓN: Ya no. Aquello fue el medio. Esto es el fin...

CLARISA: ¿El fin? No te falta ya nada por conquistar... Serás ambicioso, tienes derecho.

BRETÓN: Soy ambicioso, Clarisa, verdaderamente ambicioso. Pero, –tú lo has dicho– tengo derecho para serlo. He luchado con valor y con paciencia. He luchado contra todo, hasta con la miseria, contra mis propios desalientos, salvado a cada instante por el anhelo de llegar. ¡Sí, de llegar hasta ti, Clarisa! Tú sabes lo que has sido para mi vida, para toda mi vida. Un vago sueño anheloso, que ha dirigido mi destino, que ha ritmado en cada instante los latidos de mi corazón. Primero niño abandonado, encontrando en ti, la hermana que hasta entonces había faltado. Después, las ansias de mi adolescencia. La floración de mi juventud, para la que tu amor fue como una savia de primavera. ¡Y, en fin, el amor definido, completo, reflexivo, absorbente, exclusivo! Alguna vez, tú condensaste la promesa que yo había

más allá de la ley

adivinado ya, entre las impalpables caricias de tu mirada. “Cuando seas hombre... cuando hayas triunfado. Tráeme tu diploma”. Y bien, lo he conquistado y he venido a ponerlo en tus manos, buscando que lo que fue estímulo en la lucha, sea premio en la victoria. *(Indicando hacia el diploma).* Ahí está y ahora, por primera vez, deja que te pida la palabra definitiva. Di ¿me quieres?

Sale, Eulogia.

CLARISA: ¡Eulogia! Ponga la camita jaula en el cuarto del niño Ernesto.

EULOGIA: Sí, señorita. *(Vase).*

CLARISA: *(Después de un instante de reflexión).* Espera aún... Mi respuesta, no puede ser una vana palabra, para disimular la vacilación del momento. Debe significar una determinación definitiva, debe trazar el camino de nuestro porvenir. No es que yo vacile... no es que yo no desee pronunciarla, Hugo... ¿acaso no la adivinas ya? Pero espera aun... espera a que un poco de luz entre en esta casa que hoy oscurece la desgracia... y entonces...

Dichos, la Señora de Goyens

SRA. DE GOYENS: *(Entrando con una lámpara de kerosene, que coloca sobre la mesa del centro)* Ya casi no se ve aquí. Arístides sigue durmiendo tranquilamente.

BRETÓN: Mejor, así no habrá necesidad de anunciarle mi llegada. Entraré a verlo al mismo tiempo que los otros médicos y así le evitaremos en parte la emoción.

SRA. DE GOYENS: ¡Cuando sepa que has llegado y que vas a intervenir en la consulta! Porque, intervendrás. ¿Verdad?

BRETÓN: ¡Sí, señora; intervendré!

SRA. DE GOYENS: En este momento caba de entrar Eulogia trayendo la respuesta del doctor Paternóster. ¿Te ha dicho Ernesto que lo hemos llamado?

BRETÓN: No, pero... ¿qué contesta?

SRA. DE GOYENS: Que va a venir... ¿lo conoces?

BRETÓN: ¡Sí, como no! y tengo con él, también, una deuda de gratitud.

CLARISA: ¿Con Paternóster?

BRETÓN: Sí, una atención que tuvo conmigo, siendo aun estudiante... estudiante de tercer año...

SRA. DE GOYENS: Está bueno... ¿Quieres venir a ver tu pieza?

BRETÓN: Vamos a verla...

Los tres se disponen, a salir por el foro, pero en ese instante suena hacia la derecha una campanilla de zaguán.

SRA. DE GOYENS: Lllaman... ¿quieres ver, Clarisa?

CLARISA: Sí, mamá...

La Señora de Goyens y Bretón se van por el foro, Clarisa por derecha.

Clarisa y José.

CLARISA: *(Entrando de nuevo por derecha)* Adelante...

JOSÉ: *(Entrando detrás de Clarisa)* Señorita, usted perdone...

CLARISA: ¿Qué desea usted?

JOSÉ: Es que... como hoy es sábado...

CLARISA: ¿Y bien?...

JOSÉ: Y ya va a hacer dos meses que operaron a su papá con un éxito maravilloso...

CLARISA: Sí, hace dos meses...

JOSÉ: Pues... el señorito Ernesto, me ha dicho que vuelva hoy... tenía que hablar con él...

CLARISA: Mi hermano ha salido...

JOSÉ: ¿Ha salido? ¡Qué poca suertel!... Entonces... tendré que volver... si usted no me despacha...

CLARISA: ¿Con qué objeto lo buscaba usted?

JOSÉ: *(Refunfuñando)* Como ya he vuelto tantas veces... y que hoy... y que mañana... y que el sábado sin falta...

CLARISA: ¿Se le debe a usted algo?

JOSÉ: No se me debe... pero habíamos convenido en el sanatorio con el señorito Ernesto... Eran veinte pesos lo que me prometió, pero pueden darme lo que quieran...

CLARISA: Entonces... no se le ha pagado todavía...

JOSÉ: No me han dado ni un solo centavo... ¡y esto va ya demasiado largo!...

CLARISA: Ahora no está mi hermano...

JOSÉ: ¿Por qué no confiesan que no eran más que paradas?... ¡La propina hay que darla a los asistentes!... Si no fuera eso ¿cómo íbamos a vivir?

CLARISA: ¿Podría volver en otro momento'?

JOSÉ: ¡No vuelvo más! He venido como diez veces... Le diré al doctor Girard que no me han dado un solo centavo!

CLARISA: *(Enérgica)* ¡No alce tanto la voz!

JOSÉ: ¡Hay que pagar lo que se debe!

CLARISA: Bueno... le daré yo los veinte pesos... con tal de que no vuelva por aquí... *(Toma del cajón de la mesa de Ernesto los*

veinte pesos que guardó hace solo un instante y se los entrega). ¡Ahí tiene usted!... ¡trabajar para esto!

JOSÉ: (*Embolsando el dinero*) Muchas gracias... También he venido por otra cosa...

CLARISA: ¿Todavía algo más?

JOSÉ: El doctor Girard, sabiendo que iba a venir, me ha encargado que le llevase el frasco con los cálculos...

Dichos, Bretón.

BRETÓN: (*Entrando por el foro*) Pero... que ¿no es José, este?

JOSÉ: ¡Señor Bretón! Usted, por aquí... ¡qué sorpresa!

CLARISA: ¿Lo conoces?

BRETÓN: ¡Pero si es José, el antiguo sirviente del comedor de practicantes! ¿Conque estás en el Rosario?

JOSÉ: ¡Ya hace más de un año!

BRETÓN: ¿Qué haces por acá?... ¿Por qué has dejado Buenos Aires?

JOSÉ: Estoy con el doctor Girard. Allá el sueldo era muy poco... y luego que ya me tenían cansado las bromitas esas que gastan los practicantes.

BRETÓN: A ti te querían... te trataban muy bien...

JOSÉ: Usted sí, señor Bretón, pero era el único serio... los otros no me dejaban vivir con sus algazaras... ¿recuerda aquella vez que tuve que cortarme el pelo?

BRETÓN: No...

JOSÉ: El señor Parodi no quería que usara melena porque decía que era antihigiénico... y a mí me gustaba usarla... porque era en invierno... Conque así, una noche me quedé

dormido con la cabeza sobre la mesa y cuando me desperté ¡tenía toda la melena pegada al hule con goma arábica!... El barbero del hospital tuvo que cortármela a máquina para poderme desprender...

Risas.

BRETÓN: ¿Qué haces en casa del doctor Girard? ¿Mucamo?...

JOSÉ: No señor... ¡qué esperanza!... Yo soy el asistente en las operaciones que hace en los sanatorios y en las casas particulares...

BRETÓN: ¿Entonces ganarás un bueno sueldo?

JOSÉ: El sueldo, no es gran cosa... veinticinco pesos... pero yo saco más con la propina de los operados... Hay meses que completo los doscientos.

BRETÓN: Muy bien, muy bien... Ya veo que trabajas poco y ganas mucho.

JOSÉ: No crea que sea tan poco el trabajo... Tengo que vender las tarjetas del consultorio en las estaciones de los trenes, lavar y esterilizar los instrumentos, preparar las operaciones a domicilio... y después nunca faltan otros mandaditos... Que José, anda a cobrar esta cuenta... que José, anda a hacer esta inyección, que José, anda a traer los cálculos que dejamos en esta casa...

BRETÓN: Entonces, Girard ¿hace colección?

JOSÉ: (*Sotto voce*) ¡Si son siempre los mismos!

CLARISA: (*Que aguza el oído*) ¡¡Los mismos!!

BRETÓN: ¿Cómo?... (*Dominándose y haciendo una seña disimulada a Clarisa*) Es claro... muchas veces es necesario hacer creer al enfermo, para tranquilizarlo, que el mal ha sido curado... que se le han sacado cálculos y entonces se le muestra los

que se han sacado a otro enfermo. (*A Clarisa, con intención*) Tu papá sigue creyendo que se le sacaron esos cálculos ¿no?

CLARISA: (*Dominándose*) Sí, está lo más creído...

BRETÓN: Girard le ha dicho a Ernesto que esos cálculos fueron sacados a un señor... ¿cómo era?...

JOSÉ: El señor Gasparini... ¿Si tuviera una generosidad tan grande como las piedras esas que el doctor Girard le sacó del hígado ¡qué propina! Pero no me dio más que dos pesos...

BRETÓN: (*Con negligencia*) Está bueno, José... (*Dándole dinero*) Toma esto en recuerdo del Hospital... Que te vaya bien...

JOSÉ: ¿Y las piedras, señorita me las entrega?

CLARISA: (*Dominando apenas su indignación*) Venía a pedir las a nombre del doctor Girard.

BRETÓN: No, no... déjalas hasta mañana... yo se las mandaré al doctor...

JOSÉ: Como usted quiera señor Bretón... entonces, buenas tardes...

BRETÓN: Que te vaya bien José...
Vase José.

Bretón y Clarisa.

CLARISA: ¿Qué significa esto?... ¿luego todo no ha sido sino una mentira, una mistificación?

BRETÓN: Preferiría que no hubieras estado aquí...

CLARISA: ¿Pero tú, comprendes?... Explícame... Si esos cálculos no fueron extraídos en la operación... es que papá... estaba enfermo de otra cosa.

BRETÓN: ¿Para qué necesitas averiguar más?

CLARISA: ¡Quiero saber!

BRETÓN: Oye, oye Clarisa... Ya lo ves, Girard y los médicos que lo acompañaron en la operación, han cometido una estafa... sí, más que una indelicadeza, una verdadera estafa, para salvar probablemente un error... o lo que sería peor, para disimular un verdadero crimen, premeditado y alevoso... Pero, oye: por el momento es necesario callarse...

CLARISA: ¡Pero si es un crimen, es necesario castigarlo!

BRETÓN: Castigarlo ejemplarmente... pero déjalo a mi cuidado... Clarisa... estos son crímenes a los cuales nunca llega la sociedad con sus leyes. No hay más que un medio de castigar a esta clase de criminales y es desenmascararlos. ¡Yo me encargo de eso... déjalo por mi cuenta!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma escena del acto anterior

Clarisa, Bretón y Paternóster.

CLARISA: (*Haciendo pasar a Paternóster por la derecha*) Adelante, doctor. Todavía, no han venido los otros médicos.

PATERNÓSTER: Sí, sí yo me he adelantado un poco, pues antes de visitarlos como médico, quería hacerlo como amigo, aunque no fuera sino por unos minutos...

CLARISA: Se encuentra con un antiguo conocido... creo...

BRETÓN: *(Adelantándose con la mano extendida)* ¿Ya no me recuerda, usted, doctor?

PATERNÓSTER: *(Tomándosela con afecto y mirándolo a través de sus lentes de miope)* Francamente... ¡Ah!... ¡pero si es usted! Qué diablos ¡si estos muchachos se transforman en un día! ¿Y ya está por aquí?... ¿ya hemos concluido?

BRETÓN: Si, he venido a establecerme.

PATERNÓSTER: ¡Caramba!... tanto gusto... Ya sabe que por aquí, como zorro viejo, conozco bien el gallinero... Si puedo darle una manito...

BRETÓN: No será la primera... Hace un momento le recordaba a Clarisa el buen servicio que me prestó una vez y lo agradecido que le había quedado

PATERNÓSTER: ¡Ah! no vale la pena... ¿De manera que también asistirá usted a la consulta? ¡Cuánto me alegro!... debe traer cosas frescas de la facultad... A ver si puede hacer algo por este buen Goyens... Yo me he adelantado un poco a la hora, pero esta tarde, como de costumbre, no tenía gran cosa que hacer...

CLARISA: ¿Voy a prevenir a mamá?

PATERNÓSTER: No la moleste usted... Mientras llegan los colegas, echaremos un párrafo con el doctor Bretón...

CLARISA: Los dejo entonces solos... *(Vase por el foro)*.

Bretón y Paternóster

PATERNÓSTER: Pues acabo de recibir una tarjetita de Ernesto, citándome para una consulta con el doctor Girard a las seis... Es claro... no he vacilado en venir, aunque comprendo que mi

intervención no vale la pena en este caso y no obstante la tristeza que me produce el estado de este pobre Goyens... Yo lo estimo mucho.

BRETÓN: ¿Lo conoce usted?

PATERNÓSTER: Sí. Somos colegas en el Colegio Nacional... él enseña Filosofía y yo Historia Natural. Es un compañero, pues, y me apena verdaderamente esta su desgracia.

BRETÓN: Sufre mucho ¿verdad?

PATERNÓSTER: ¡Oh! ya sabe que los ataques de cálculos son muy dolorosos... Pero eso no sería nada... su enfermedad moral es todavía peor...

BRETÓN: Dígame usted, doctor, asistió a la operación.

PATERNÓSTER: No; entre broma y broma, Girard me ha hecho comprender, que para asistir a las operaciones, hay que tener una idea acabada de la antisepsia... y eso es demasiado nuevo para un viejo médico como soy yo.

BRETÓN: ¡Ah! ¡No ha asistido!... así se explica... *(Como decidiéndose rápidamente)* Vea doctor *(Consultando su reloj)* la consulta es a las seis. No faltan sino algunos minutos... de manera que deseando ponerlo... en algunos antecedentes, antes de que estemos todos reunidos... no me queda más remedio que expresarme con abierta franqueza...

PATERNÓSTER: ¿De qué se trata?

BRETÓN: El señor Goyens, no está enfermo de cálculos al hígado.

PATERNÓSTER: No comprendo... si ha sido operado hace unos tres meses se le han extraído ocho o nueve gruesas piedras... Así me han informado...

BRETÓN: Es, sin embargo, como le digo... Eso de los cálculos extraídos en la operación, no es más que un engaño... una

estafa hecha por el doctor Girard y los médicos que lo ayudaron... El señor Goyens tiene, si no me engaño, un cáncer del hígado...

PATERNÓSTER: ¡Cómo puede ser!

BRETÓN: Ese es el hecho real... acabo de conocerlo por una indiscreción del asistente de Girard... Al hacer la operación, se han encontrado probablemente con que el diagnóstico de cálculos era errado, y entonces han resuelto presentar a la familia, como extraídos al señor Goyens, los cálculos de otro enfermo... Un señor Gasparini...

PATERNÓSTER: *(Sin la menor extrañeza)* ¡Ah!... los de Gasparini... Entonces, se explica que Goyens vaya cada vez peor...

BRETÓN: ¿No se asombra usted?

PATERNÓSTER: *(Tranquilamente)* ¿De qué?

BRETÓN: ¡Pero... de esa infamia... de esa estafa... de ese crimen!

PATERNÓSTER: Sí, ciertamente, es un crimen... pero... como no es un crimen excepcional, no me asombra.

BRETÓN: Supongo, sin embargo, que eso no pasará todos los días...

PATERNÓSTER: *(Risueño)* ¡Cómo se conoce que es usted un bisoño!... Ya lo verá, ¡Ya lo verá!...

BRETÓN: ¡No, no estoy con usted! no esa la opinión que tengo... Este no puede ser sino un caso particular. De allí a asegurar que todos son así...

PATERNÓSTER: Todos... no, seguramente... pero tampoco hay que creer que son la excepción... La experiencia ha de enseñarle amigo, lo que a mí me ha demostrado desde hace ya tanto tiempo... es necesario que desde el principio se despoje del cristal azulado con que se prepara a mirar la moralidad de sus colegas...

BRETÓN: Se cometerán indelicadezas, no lo dudo...

PATERNÓSTER: ¡Hay para todos los gustos!... desde los que salvan los límites de lo apenas permitido, hasta los que se convierten en verdaderos criminales, que solo se libran del presidio, porque la ley no llega a alcanzarlos... Criminales en cualquier sentido que se los busque: desde el ratero que se hace pagar veinte pesos por un examen de rayos X, asegurando que así podrá diagnosticar una bronquitis; desde el ladrón que se hace pagar la cura de una enfermedad que él mismo sabe que no existe... hasta el asesino vulgar que suprime gérmenes de vida, al simple deseo de una madre culpable... ¿cómo he de admirarme, pues, de una estafa?

BRETÓN: ¿Es así?

PATERNÓSTER: Ya lo verá usted, ya lo verá usted... Y lo peor del caso es que lejos de ser los menos considerados... ¡al contrario ellos son a menudo los preferidos del éxito, de la fortuna, del aplauso!... el público les paga el tributo de su necedad... y triunfan... y no solo triunfan, sino que miran con altanería, con lástima a los profesionales honestos, a los que hacen un apostolado de su profesión, ¡a los que prefieren la oscuridad y la pobreza a la fortuna obtenida por el empleo de medios infames! ¡Son como los mercaderes del templo!... ¡Falta alguien que empuñe el látigo y los arroje fuera! El hecho tiene por otra parte una explicación relativamente fácil y completa: el hábito del oficio –digamos así– obtusa, la sensibilidad y hace valorar en menos el precio de la vida.

BRETÓN: Solo que ello, en lugar de encaminar la conducta en el sentido de un egoísmo monstruoso, podría por el contrario encausarla hacia un supremo altruismo...

PATERNÓSTER: ¿Cómo así?

BRETÓN: En bien de los que sufren sin esperanza...

PATERNÓSTER: ¡La supresión de los enfermos incurables!

BRETÓN: ¿No sería una verdadera manifestación de altruismo?

PATERNÓSTER: Ciertamente, pero... en el médico, sería contraproducente.

BRETÓN: ¿Por qué?

PATERNÓSTER: Porque así se lo ungiría juez supremo, ¡y acaba de ver usted de qué calaña resultarían esos jueces!

BRETÓN: ¿Y acaso el hecho entrañaría mayor peligro que la impunidad actual? Al contrario, habría la conciencia de la responsabilidad y la limitación de las facultades por la acción directa de la ley.

PATERNÓSTER: Pero la sociedad no está todavía preparada para ello... Se tendría que luchar contra prejuicios arraigados, contra preceptos religiosos, contra la dificultad de legislar el sistema...

BRETÓN: Las grandes verdades son las que más difícilmente se imponen...

PATERNÓSTER: Usted, que comienza, no llegará si ya antes de partir, coloca obstáculos en su camino. La verdad, tiene sus pudores...

BRETÓN: ¡La verdad, como todas las vírgenes, tiene sus pudores, pero mientras existan artistas y apóstoles, serán hermosos los desnudos!

PATERNÓSTER: ¡Oh! le deseo muchos éxitos... pero le pronostico muchos disgustos... Ya verá usted, encontrará sus acusadores en la misma familia que reciba el beneficio indirecto, entre los mismos que hayan deseado lo que usted realice... Sí, porque cuando en una familia, por honesta que sea, ocurre que uno cualquiera de sus miembros se enferma de un mal incurable, largo... cuando el cansancio sucede al valor de los primeros momentos para luchar contra el mal... cuando la

caricia se inmoviliza ante el temor del contagio... no hay cariño que resista... llámese ese cariño el de hermano, el de hijo, el de esposo, el de madre... ¡No!... ¡el de madre es el único que he visto siempre decidido, heroico, triunfante ante el dolor y la desgracia!

BRETÓN: Y bien, aquellos justificarán mi conducta.

PATERNÓSTER: No, son los que lo entregarán al verdugo...
Se oye la campanilla de la calle.

Dichos, Clarisa, luego Girard, Médico 1º, Médico 2º, luego la Señora de Goyens.

CLARISA: *(Cruzando desde la salida del foro a la de la derecha)* Lllaman... Deben ser los otros médicos... ya son las seis...

BRETÓN: *(A Paternóster, rápidamente, antes de que vuelva a entrar Clarisa, precediendo a los médicos)* De todas maneras doctor, ni una palabra sobre la cuestión de los cálculos... se lo ruego...

PATERNÓSTER: Convenido...

CLARISA: *(Conduciendo a los médicos)* Adelante...

GIRARD: *(Entrando precedido por Clarisa y precediendo a Médico 1º y Médico 2º)* Señorita... *(Divisando a Paternóster a quien extiende ambas manos)* ¡Oh! mi querido maestro... tanto gusto de verlo por aquí... Cómo está...

PATERNÓSTER: *(Extendiendo simplemente su mano)* Un verdadero placer *(Saluda también a los ayudantes de Girard).*

CLARISA: *(Indicando a Bretón)* ¿Ustedes no se conocen, verdad?... El doctor Hugo Bretón... un íntimo amigo... casi un miembro de nuestra familia... El doctor Diógenes Girard... y sus ayudantes...

GIRARD: *(Mientras saluda a Bretón)* ¡Ah!... ¿es usted aquel estudiante con quien se me propuso una consulta para resolver la operación del señor Goyens?

BRETÓN: Consulta que usted no quiso realizar, teniendo en cuenta que aun cuando ya había cursado mis siete años de facultad, no había rendido todavía los exámenes generales...

MÉDICO 1º: Y luego que se trataba de un diagnóstico claro y fácil para un criterio clínico como el del doctor Girard.

MÉDICO 2º: Donde no era posible el error...

BRETÓN: *(A Girard)* Hallo perfectamente justificada su actitud, doctor, tanto que para no ponerlo en la necesidad de asumirla nuevamente en estas circunstancias, les ruego... *(Dirige la atención de los recién llegados hacia el diploma que permanece extendido en el muro).*

CLARISA: *(Saliendo por el foro)* Voy a prevenir a mamá...

GIRARD: *(Acercándose con sus ayudantes al diploma)* ¿Qué es?

BRETÓN: Mi diploma de médico... Faltándome, cuando usted iba a operar al señor Goyens de cálculos al hígado, no obstante tener conocimiento de que mi diagnóstico era diametralmente opuesto al suyo, se justificaba sin embargo su actitud —como yo mismo acabo de reconocerlo—. Ahora lo tengo, y me da derecho a asistir a esta nueva consulta y a hacer respetar mis opiniones.

GIRARD: Entonces... usted ha venido especialmente...

BRETÓN: No especialmente...

SRA. DE GOYENS: *(Entrando con Clarisa por el foro)* Buenas tardes...
Saludos, etc.

PATERNÓSTER: *(A la Señora de Goyens)* ¿Cómo sigue?...

SRA. DE GOYENS: Acaba de despertarse en este momento, después de haber dormido casi una hora... *(A Girard)* ¡Ah! Doctor... no lo dejan sus dolores... Le he dado las veinte gotas del calmante... pero, no sé si es porque ya está habituado, no le producen ningún alivio. *(Señora de Goyens hace mutis por primera izquierda).*

GIRARD: Es un enfermo que se queja continuamente

CLARISA: Se queja, solo cuando ya no puede más...

GIRARD: Es por eso que me ha parecido conveniente una nueva consulta con los distinguidos colegas que asistieron a la operación... *(A Bretón)* Entonces, doctor, se extrajeron unos gruesos cálculos...

MÉDICO 1º: ¡Enormes!... de los más grandes que yo haya visto.

MÉDICO 2º: Están aquí... el doctor Bretón puede examinarlos...

BRETÓN: Acabo de examinarlos con toda detención ¿son esos, verdad?

GIRARD: Pensé que ya los hubieran llevado... Como puede suponerse, existiendo cálculos de ese tamaño, era imposible todo error de diagnóstico...

BRETÓN: *(Irónico)* Sí... era posible... ¿no me equivoqué yo?

GIRARD: Todavía es posible que los dos hubiésemos estado en la verdad. *Señora de Goyens. Sale por izquierda.*

El caso es que contrariamente a lo que podía suponerse, dado el resultado positivo de la intervención, el señor Goyens no se ha mejorado,

SRA. DE GOYENS: No ha experimentado la más mínima mejoría... cada día está peor... más pálido, más demacrado, más triste... Ustedes comprenderán, doctores, que nos intranquilemos y hasta que seamos indiscretos... pero...

GIRARD: Por todos estos motivos me complazco en que nos reunamos... y, sobre todo que se agreguen a la nuestra opiniones independientes y autorizadas...

SRA. DE GOYENS: Nosotros hemos pedido al doctor Paternóster que asista a la consulta... Los vínculos de amistad que lo ligan a Aristides le explicarán esta determinación, doctor... y en cuanto a Hugo...

GIRARD: Me felicito yo mismo de que intervenga... y aun cuando su opinión respecto a la enfermedad de que sufre su esposo haya sido desde el primer momento diferente de la mía...

CLARISA: ¿Diferente?...

GIRARD: Tal vez después de un nuevo examen, podremos uniformar opiniones en beneficio del enfermo.

PATERNÓSTER: Pasemos, pues a examinarlo...

SRA. DE GOYENS: Por acá...

Todos los médicos siguen a la Sra, de Goyens que los conduce por la puerta de la izquierda.

Clarisa sola.

CLARISA: La opinión de Hugo... ¿diferente?...

Clarisa, la Señora de Goyens.

SRA. DE GOYENS: *(Entrando de nuevo por la izquierda)* ¡Vieran cómo se puso cuando le anuncié que iban a examinarlo! Solo cuando supo que estaba Hugo, permitió que entraran...

Dichas, Ernesto.

CLARISA: Ya están los médicos...

ERNESTO: ¡Ah!...

CLARISA: Ernesto... ¿qué opinión te manifestó Hugo, antes de volver a Buenos Aires sobre la enfermedad de papá?

ERNESTO: ¿Qué importa lo que haya pensado Hugo? ¿No has visto que se trataba de cálculos hepáticos?

CLARISA: *(Con impaciencia)* ¡De cálculos hepáticos!... *(Conteniéndose)* Sí... eso resultó... pero yo quisiera saber... lo que pensó Hugo... en el primer momento... ¿En qué pensó?

ERNESTO: En fin... no hay por qué ocultárselo... ahora ya se sabe que estuvo en un error... ¡Hugo pensó que papá tenía un cáncer del hígado!

CLARISA Y SRA. DE GOYENS: *(A la vez)* ¡Un cáncer del hígado!

CLARISA: ¡Eso es lo que tiene papá!... ¡Está perdido! *(Llora)*.

ERNESTO: Como ¿tiene?...

SRA. DE GOYENS: ¡Es lo que el mismo Aristides sospecha!

ERNESTO: Pero están en un error... ya sabes que se extrajeron de la operación unas grandes piedras...

CLARISA: *(Siempre llorando)* Sí... sí... Y papá lo ha adivinado... lo ha previsto... él no se equivoca nunca...

ERNESTO: *(Con seguridad a Clarisa)*. Di, Hugo te ha dicho algo al respecto... cuenta...

CLARISA: Sí... me ha asegurado. . .

SRA. DE GOYENS: ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Entonces, ¡cuánto sufrimiento inútil!... ¡Si es así, no queda ninguna esperanza de curación!...! Que Dios se lo lleve y lo deje descansar!

ERNESTO: ¡No sé por qué pasan estas cosas! No debían existir sufrimientos semejantes... Cuando la vida es una maldición para uno mismo... y una carga para los demás...

CLARISA: ¿Qué dices?

ERNESTO: ¡Sí!... ¡y yo no soy un canalla!... he cumplido en todo momento con mi deber de hijo... He expuesto mi felicidad para intentar un recurso de curación... he duplicado mis esfuerzos para salvar la familia de la miseria... y lo haría todo de nuevo si supiera que restan esperanzas de curación... Pero, francamente, tratar de que se prolongue inútilmente una vida que se arrastra entre el dolor y las lágrimas... ¿para qué? ¿Me agradecería acaso él mismo ese deseo?... ¿y no se opondría si supiera que para prolongar sus días de sufrimiento y de angustia debo renunciar definitivamente a mi dicha?

CLARISA: ¿Qué dices, qué dices!...

SRA. DE GOYENS: ¿Definitivamente a tu dicha?...

ERNESTO: Acabo de salir de la casa de los Durand... yo necesitaba tener una explicación definitiva... y planteé la cuestión encarándola con toda franqueza... Yo no podía fijar una fecha determinada. No hay más remedio que esperar para realizar nuestro casamiento, a que las cosas cambien... La señora de Durand, con quien hablaba a solas en ese momento... no anduvo con evasivas... Me dijo francamente... que no era la primera postergación que yo hacía al plazo fijado y que no quería exponerse a otras más, y en resumen... que sí para dentro de un mes... yo no estaba en condiciones de casarme... realizaría su viaje a Europa... y conceptuaría a Elena, desvinculada de todo compromiso conmigo... Ya ven, pues... lo que puede afectarme el estado de papá...

CLARISA: ¡Ernesto... Ernesto!... ¡Ten paciencia, no te aflijas!

Dichos, Bretón, Paternóster, Girard, Médico 1° y Médico 2°.

ERNESTO: *(Adelantándose a saludar a los médicos)* ¿Cómo está doctor? Tanto gusto...

Saludos y apretones de manos.

Aquí pueden conversar en entera libertad... vamos a dejarlos... Tomen asiento... *(Alcanza, sillas)* Mamá... Clarisa... *(Sale por el foro seguido de la Señora de Goyens y de Clarisa).*

Dichos, menos Ernesto, Clarisa y la Señora de Goyens.

GIRARD: *(Mientras se sientan).* ¡Vaya una consulta original!

PATERNÓSTER: ¡En la que el enfermo discute el diagnóstico con los médicos!

MÉDICO 1°: Lo que es en realidad...

MÉDICO 2°: ¡Una absurda pretensión!

BRETÓN: No tal, desde el momento que el señor Goyens ha expuesto sus razones con una claridad, que obligan a aceptarlas.

GIRARD: Luego usted cree... persiste en su diagnóstico anterior...

BRETÓN: Si antes podían caberme algunas dudas... hoy lo afirmo con toda convicción...

MÉDICO 1°: ¡Sin tener para nada en cuenta la opinión del doctor Girard!

MÉDICO 2°: ¡Que es como usted bien lo sabe, un maestro en todas estas cuestiones quirúrgicas!

Bretón hace un gesto que expresa: "Y a mí qué".

GIRARD: ¡Más que todo sin tener en cuenta la evidencia de los hechos!... Los cálculos están ahí...

BRETÓN: ¡Los cálculos!... ¿Cómo piensa usted si los cálculos constituyeran un argumento incontrovertible, no hubieran convencido desde el primer momento al mismo señor Goyens, cuya seguridad de criterio se acaba de evidenciar ante todos nosotros?

GIRARD: *(Con poca seguridad)*. ¿Cómo no tenerlos en cuenta?

BRETÓN: Mejor es no tenerlos... y así nos ahorraríamos contradicciones difíciles... ¡y más que todo, molestas de explicar!

GIRARD: ¡La familia está plenamente satisfecha de nuestras explicaciones!...

BRETÓN: ¿Cómo no lo va a estar?... Es más fácil inculcar a los profanos, un error, que hacerles comprender una verdad...

GIRARD: Pero esos cálculos... *(Busca con la mirada una ayuda en sus partidarios)*.

MÉDICO 1º: ¡Son cálculos!

MÉDICO 2º: ¡Indiscutiblemente cálculos!...

BRETÓN: Esos cálculos... son un cáncer... nada más que un cáncer...

PATERNÓSTER: *(Interviniendo amigablemente)* Tal vez un cálculo... pequeño... de esos más pequeños... ha podido introducirse... vamos, de contrabando, en uno de los canales biliares... ¿No es así?... ¿Por qué no conceder el hecho como posible?...

GIRARD: *(Tomando esa tabla de salvación)* Ciertamente, se podría conciliar... Síntomas claros de un cáncer por un lado... la evidencia de los cálculos, por otra... se podría conciliar...

MÉDICO 1º: Los cálculos...

MÉDICO 2º: ¡Con el cáncer!...

GIRARD: *(Iluminándose)* ¡Si hay un cáncer, ha sido producido por la acción irritante de los cálculos!

MÉDICO 1º: ¡Es claro!... la irritación...

MÉDICO 2º: ¡Es claro... la congestión!...

BRETÓN: *(Con un amplio ademán)* Sea... luego no queda otra cosa por hacer...

GIRARD: ¡Oh!... al médico siempre le queda algo por hacer en la cabecera de un enfermo.

BRETÓN: ¡Sí... dejarlo morir tranquilamente!

GIRARD, MÉDICO 1º Y MÉDICO 2º:
(A la vez, en confusión) ¡Oh!... dejar morir al enfermo... sería un crimen, etc.

BRETÓN: Lo más pronto posible...

GIRARD: No es esa la misión del médico...

BRETÓN: *(Impasible)* Empezando por prevenir a la familia que no hay esperanzas de curación...

GIRARD: En todo caso bastaría con darles a entender...

BRETÓN: Hay que hablar sin rodeos... Es lo menos que podemos hacer para cumplir con nuestro deber... *(Llamando por el foro)* Señora... Ernesto... Clarisa... pueden venir.

Dichos, la Señora de Goyens, Ernesto, Clarisa.

BRETÓN: A usted, doctor Girard...

GIRARD: *(Después de un poco de vacilación)* Y bien señora... amigo Goyens... Nos hemos detenido a considerar el caso con la atención que merece su complejidad, pues la madeja de los fenómenos mórbidos, necesita ser seguida desde uno a otro extremo, conforme a deducciones lógicas y con la sola ayuda de nuestro criterio clínico. Nuestra tarea ha sido aumentada por la obstinación del enfermo, quien, movido por ideas que no es del caso examinar, se ha resistido a nuestras investigaciones. De tal suerte, hemos tenido que concretarnos a analizar la marcha de la enfermedad, ¡para construir con esos materiales nuestro diagnóstico definitivo!...

MÉDICO 1º: *(A media voz a Médico 2º)* ¡Admirable!

MÉDICO 2º: *(Lo mismo a Médico 1º)* ¡Elocuentísimo!

GIRARD: Así, pues, no obstante esas dificultades...

MÉDICO 1º: Todas las dudas han desaparecido...

MÉDICO 2º: Se ha establecido el verdadero diagnóstico...

SRA. DE GOYENS: ¿El diagnóstico?... pero...

CLARISA: ¿No lo ha operado usted, de cálculos al hígado?

GIRARD: *(Resuelto)* ¿Cálculos al hígado?... nada puede ir contra esa evidencia dada por la operación,.. Pero el cuadro de la enfermedad se ha modificado mucho en estos últimos tiempos... Desgraciadamente, nuestras investigaciones, felices en lo que se refiere a la causa, no lo son en lo que se refiere al porvenir del enfermo...

CLARISA: *(Impaciente)* Papá está enfermo de un cáncer ¿verdad?

GIRARD: *(Un poco sorprendido)* Ya lo sabía... Sí... un cáncer...

CLARISA: Y bien, doctor Girard, le digo a usted que no comprendo cómo lo que ayer eran cálculos, hoy es un cáncer... ¡Aseguro a usted que no comprendo!

BRETÓN: *(Con una seña de aquiescencia a Clarisa)* Y sin embargo, es fácil comprender los hechos y dar una explicación satisfactoria de todo: en un principio, había cálculos, los cuales, con su presencia en el hígado, como cuerpos extraños, irritaron al órgano, produciendo un cáncer en una palabra.

GIRARD: Es lo que yo mismo hubiera explicado a la señorita si. ..

CLARISA: *(Con un gesto de indignación y mientras se va por el foro).* ¡Esa explicación hubiera sido más oportuna, cuando el doctor Bretón opinó que papá debía ser operado!

SRA. DE GOYENS: De modo que... todo está perdido... no hay esperanzas. ..

GIRARD: ¡Esperanzas!... ciertamente que el caso es de pronóstico bien sombrío... Pero no crea usted que la ciencia es completamente impotente... El papel del médico es todavía fértil en beneficios para el enfermo... Desde luego, se impone la necesidad de aliviarlo de sus dolores... Hay además métodos modernos de tratamiento... habría que saber si el cáncer no está localizado, por ejemplo, en la vesícula biliar...

SRA. DE GOYENS: ¿Entonces no está completamente perdido?...

BRETÓN: ¡Oh!... no entienda así las palabras consoladoras con que el doctor Girard oculta su absoluto pesimismo... Nada se puede ya esperar... y nosotros... los que queremos al enfermo... y sentimos los suplicios de su pobre carne atormentada, debemos desearle, como único bien... lo que repara todos los dolores... el bien supremo de los supremos remordimientos...

Dichos, Clarisa.

CLARISA: *(Entrando despavorida por izquierda)* ¡Pronto!... ¡Vengan!...

TODOS: *(En confusión)* Qué hay... Qué pasa... etc.

CLARISA: Se ha envenenado... se ha tomado todo el frasco del calmante. ..

GIRARD: ¡Veinte centigramos de morfina! Hay que lavar el estómago, pronto... aquí... agua tibia... *(A Ernesto)* Corra a la farmacia... *(Sale Ernesto).*

MÉDICO 1º: Yo tengo éter en el coche. *(Vase por derecha).*

BRETÓN: *(Dominando la confusión general)* ¡Y bien! ¡Déjenlo morir en paz!

GIRARD: ¡Ante todo, hay que cumplir con el sagrado deber de la profesión! *(Saliendo por la izquierda, en pos de Señora de Goyens y Clarisa y seguido de Paternóster y Médico 2°).*

BRETÓN: ¡Su deber!

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior.

Bretón solo.

Al levantarse el telón, la pequeña sala que sirve de despacho y comedor a la familia Goyens, está vacía. Es en las últimas horas de la noche y sobre la mesa del centro, agoniza una lámpara de kerosene. Silencio completo. Bretón entra por la izquierda. Está agitado por una intensa emoción que se traduce en sus ademanes, en el juego de su fisonomía, etc. Mantiene todavía en la mano la jeringa de inyecciones hipodérmicas que ha usado para matar a Arístides Goyens, Se detiene, vacila, avanza, se vuelve, trata de percibir anhelosamente la respiración del moribundo a través de la puerta que ha quedado entreabierta, espera, Intensifica su expresión al constatar el silencio... Deja la jeringa sobre el borde de un mueble... se precipita de nuevo a la habitación... vuelve a entrar después de un instante. Se sienta en fin, apoyando la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa. Medita.

BRETÓN: ¡Se acabó!... *(Pausa)*. Sí no es un crimen ¿por qué la angustia hace vacilar el ritmo de mi corazón? ¿Me acusa la conciencia?...

¿Me castiga el remordimiento? ¿Lo he muerto!... ¡lo he muerto!... ¡yo lo he muerto! *(Pausa)*. Lo he meditado... lo he resuelto... no ha sido un impulso más o menos generoso... No debía alterarse la serenidad de mi espíritu... entonces... *(Como si resolviera algo)* Dominar hasta el último vestigio de emoción. *(Como si poco a poco lo fuera consiguiendo)*. Así... *(Aplicando sus dedos sobre la arteria radial en actitud de tomarse el pulso)* Ni un latido más... *(Y mientras su voluntad va triunfando sobre sus emociones)*... tranquilo... tranquilo... ¡así!... Ni mucho, ni poco: ¡nada!, ¡nada!... ¡como la íntima, la serena satisfacción del deber cumplido!... Así... *(Se aproxima a la puerta de la habitación de Goyens que ha quedado entreabierta, la cierra con precaución, vuelve, se pasea con las manos a la espalda reflexionando)*. Nada... Si algo queda, es lo irreductible, lo animal, lo instintivo... *(Se pasea un instante todavía, se detiene, medita otro instante sentado en la mecedora en que se balancea dulcemente... bosteza... duerme... Duerme en un sofá. Lámpara que agoniza. Mientras tanto se ha ido haciendo el día... Por entre las hendijas de las puertas del foro, se ve entrar la luz del sol; se oyen los ruidos propios de las mañanas de las ciudades; el cantar de algunos pájaros, el rodar de los carros sobre el adoquinado, la voz de un vendedor, etc. La Señora de Goyens y Ernesto entran por la puerta del foro, a través de la cual entra entonces la plena luz del día. Bretón sigue durmiendo tranquilamente)*.

Dichos, la Señora de Goyens y Ernesto.

SRA. DE GOYENS: *(Haciendo señas a Ernesto y mientras apaga la lámpara que ha quedado encendida sobre la mesa)* Se ha dormido...

ERNESTO: Despertémoslo... Que vaya a la cama...

SRA. DE GOYENS: ¡Pobre! Toda la noche en vela después del viaje en

tren... *(Se acerca a Bretón y lo sacude dulcemente)*.
Hugo... Hugo... ¡Cómo duerme! ¡Hugo!

BRETÓN: *(Incorporándose)* ¡Ah!... me he dormido... He velado toda la noche... ¿qué horas son?

ERNESTO: Las siete.

BRETÓN: ¡Ya!

SRA. DE GOYENS: ¿Qué tal la noche? *(Hace indicación hacia la pieza de Goyens)*.

BRETÓN: *(Como recordando súbitamente)* ¡Ah!... ¡Sí!... ¡El señor Goyens! *(Se pone de pie)*.

SRA. DE GOYENS: ¿Se ha quejado mucho?

BRETÓN: No... no se ha quejado... Después que se retiraron los médicos y ustedes, estuvimos a su cabecera con Clarisa hasta eso de las tres... Cuando lo creíamos dormido, se incorporó en la cama... y nos exigió que quedara yo solo a cuidarlo... Hemos conversado largamente... de la vida... de toda nuestra vida... Un momento antes de amanecer... *(Con un dejo de emoción que no ha podido dominar)* ¡Lo dejé dormido!...

ERNESTO: Pues has tenido suerte en tu turno... ¡Por lo general, ni duerme él ni deja dormir a los demás!

SRA. DE GOYENS: *(A Ernesto, con un tono si es no es de reproche)* ¡Hay que tener paciencia hasta que Dios quiera llevárselo!

ERNESTO: No queda otro remedio...

SRA. DE GOYENS: *(En actitud de salir por la izquierda)* Veamos si sigue durmiendo...

BRETÓN: *(Deteniéndola con un ademán súbito)* No, déjelo... recién acabo de entrar... le aseguro a usted que duerme... ¡que no sufre absolutamente nada!

SRA. DE GOYENS: Entonces... ¿Por qué no vas a dormir al cuarto de

Ernesto? Tienes un buen rato todavía antes de que lleguen los médicos.

BRETÓN: ¿A qué hora se dieron cita?

ERNESTO: A las ocho.

BRETÓN: Iré a aprovechar esta horita... Pero como el señor Goyens ha quedado tan nervioso después de la intervención de anoche... me parece conveniente que no entren a la pieza mientras yo duerma... hay que dejarle aprovechar bien su sueño.

SRA. DE GOYENS: Sí, sí...

Sale Bretón por el foro.

La Señora de Goyens y Ernesto.

SRA. DE GOYENS: *(Escuchando a la puerta de Goyens)* Casi no se le oye respirar... *(Se aleja)*.

ERNESTO: *(Desperzándose)* He dormido un buen rato...

SRA. DE GOYENS: Buena falta te hacía. Yo en cambio, no he podido pegar los ojos... Es una cosa curiosa: durante el día, estoy que me caigo de sueño y apenas pongo la cabeza sobre la almohada, se me evapora como por encanto.

ERNESTO: Yo estaba tan cansado, que no me acordé más del envenenamiento y me dormí al meterme en la cama.

SRA. DE GOYENS: ¡Qué cosa terrible!...

ERNESTO: ¿Cómo habrá hecho para alcanzar el frasco?

SRA. DE GOYENS: Ha debido levantarse, pues estaba sobre la cómoda... Cuando Clarisa entró, se había acostado de nuevo y bebía las últimas gotas.

ERNESTO: Según dice Hugo, la dosis era necesariamente mortal, pues aún cuando en el frasco no quedaba ya gran cosa, su estado

de debilidad hubiera ayudado a la acción de la morfina y...

SRA. DE GOYENS: Si la intervención de los médicos no hubiera sido tan oportuna...

ERNESTO: ¿Oportuna?... ¡Pregúntaselo a Hugo!

SRA. DE GOYENS: Sí, él pensaba que era una violencia injustificada... que se torcía su voluntad... pero... nuestro deber está en tratar de conservarlo para nuestro afecto y para nuestros cuidados, hasta que Dios diga: ¡basta!

ERNESTO: ¿Aún a costa de sus sufrimientos?...

SRA. DE GOYENS: ¿Piensas acaso como Hugo?

ERNESTO: Si así fuera ¿te parecería un monstruo?

SRA. DE GOYENS: No me atrevo a juzgarte, pues tu sinceridad no llega a mostrarme la intimidad de tu pensamiento.

ERNESTO: ¡Ah!... no es cuestión de sinceridad... Es cierto, hay tantas ideas que pasan por nuestra cabeza.

SRA. DE GOYENS: ¿Qué ideas?

ERNESTO: Ideas.... de tal naturaleza, que no solo no nos atrevemos a confiarlas a los demás, sino que hasta tenemos cierto temor de fijar en ellas nuestra atención.

SRA. DE GOYENS: ¿Por qué?

ERNESTO: Porque... por ejemplo, cuando son antipáticas... o cuando son inmorales. ..

SRA. DE GOYENS: Cuando se es honrado, no se tiene ideas inmorales.

ERNESTO: No, si vienen a pesar nuestro y para resistirlas, para impedir que influyan en nuestra moralidad, tenemos que entablar contra ellas una verdadera lucha... ¡Tal por ejemplo, cuando sin querer, pensamos furtivamente en las pequeñas ventajas que nos acarrearía la muerte de un ser querido!... ¡en la realización agradable de una innoble acción!... Ideas

completamente inmorales, pero de las cuales no somos responsables.

SRA. DE GOYENS: ¿En eso está la diferencia... En las personas honradas, pasan sin dejar rastros; en las que no lo son, se transforman en un deseo.

ERNESTO: ¿Y cuando las personas no tienen otro defecto que el de ser egoístas?

SRA. DE GOYENS: ¡El egoísmo es siempre una grave falla moral, Ernesto!

ERNESTO: No siempre... cuando no se puede desear el bien de los demás, tenemos derecho de desear el propio... y eso sin tener en cuenta los prejuicios, las sanciones, a veces injustas, de los que nos rodean... Y es porque tememos sus fallos que somos también reservados.

SRA. DE GOYENS: Ciertamente... Pero, ¿por qué razones así?... ¿Cuáles son esas ideas que hoy pesan en tu conciencia?

ERNESTO: ¿Acaso no debo temer también tu propio juicio?

SRA. DE GOYENS: Quién más que yo puede comprenderte y, si es necesario, perdonarte. ¡Soy tu madre!...

ERNESTO: ¿Querrías que te abriera la intimidad más recóndita de mi alma... que hiciera contigo lo que nadie hace en la vida: dejarse mirar completamente por dentro? Y bien, voy a hacerlo, pero con una condición...

SRA. DE GOYENS: ¿Cuál?...

ERNESTO: Que si lo que hay en mi conciencia coincide con lo que hay en la tuya, serás tan franca y sincera como yo... ¿aceptas?

SRA. DE GOYENS: *(No muy segura de sí misma)* Bueno...

ERNESTO: *(Casi en secreto, mirando a su alrededor como si temiera ser oído)*. Di... ¿deseas como yo... que papá... se muera cuanto antes?

SRA. DE GOYENS: *(Sobresaltada)* ¿Yo?...

ERNESTO: Debes ser tan sincera como yo... y ya lo ves... mi pregunta encierra una afirmación: yo deseo que papá se muera cuanto antes... esa es mi confesión, eso es lo que encuentro en el fondo de mi conciencia cuando lo miro sin temor de que nadie pueda reprochármelo... pues es claro que me doy cuenta del juicio que haría de mí cualquier extraño a quien hiciese esa confidencia... ¡cualquiera que no fueras tú!

SRA. DE GOYENS: Hijo... no sé qué responderte...

ERNESTO: Francamente... sinceramente...

SRA. DE GOYENS: ¿Por qué no me dices primero, los motivos que te inducen a desear semejante cosa?

ERNESTO: ¿No lo ves?... Tienes la misma idea, el mismo anhelo que yo, pero como a primera vista parece una cosa tan monstruosa desear la muerte de un padre o de un esposo... no te atreves a confesarlo. .. Y sin embargo, nada más justo... Entre ambos deseamos que papá se muera...

SRA. DE GOYENS: *(Nerviosa)* ¿Por qué repites tantas veces esas palabras?... ¡Ya sabemos a qué te refieres!...

ERNESTO: ¡Los pudores de la verdad!... Bueno... te decía que entre ambos tenemos ese deseo... por amor a él mismo... y también por un egoísmo justísimo... Mira si no tengo razón: él desea morir... ¿acaso anoche no lo ha evidenciado plenamente?... desea morir porque los dolores irremediables no pueden encontrar otro lenitivo que la muerte... Y fuera de sus sufrimientos físicos... la conciencia de que es una carga inútil y molesta para los que lo quieren... Tú ves... nuestra casa está casi en la miseria a causa de los gastos que demanda su cuidado... Tú tienes que velar de noche y trabajar de día... Clarisa debe coser para una casa de confecciones... Yo... yo mismo, comprometo inútilmente mi felicidad: sin papá... organizaríamos de nuevo nuestra casa... yo

podría casarme enseguida, pues no necesitaría amueblar otra... mi sueldo sería suficiente, pues formaríamos una sola familia...

SRA. DE GOYENS: ¡Basta... basta! ¡No hagas proyectos, sobre la muerte de aquel a quien debes la vida!

ERNESTO: Reprochas mi franqueza... ¡y bien!... ¡habla entonces tú, con la misma sinceridad!

SRA. DE GOYENS: ¡No lo sé!... ¡no lo sé!... tal vez tengas razón... Pero si esas ideas pasan por mí, yo las rechazo, porque van —entiéndelo bien— contra mis creencias religiosas... con los principios que me ordenan reconocer a Dios como arbitro único de la vida nuestra y de los demás...

ERNESTO: No eres sincera... tienes miedo de ti misma... eso es todo... Ese deseo, esa necesidad... está en nosotros... en nuestro ambiente... en mí, en ti, en Clarisa... en Hugo... ¡Ya viste cómo se opuso anoche a que los médicos trataran de salvarlo!

SRA. DE GOYENS: Él no cumplía así con su deber.

Suena la campanilla del zaguán.

Llaman...

ERNESTO: Tienes razón... aun contra los deseos y conveniencias, la vida debe ser respetada... han de ser los médicos... *(Consultando el reloj. Sale por derecha).*

Dichos, Girard

ERNESTO: *(Precediendo a Girard, por derecha)* Adelante, doctor...

SRA. DE GOYENS: ¡Ah! ... es el doctor Girard...

GIRARD: Buen día señora... ¿el enfermo? ¿Cómo ha pasado la noche?

ERNESTO: Bastante bien, doctor.

SRA. DE GOYENS: Nosotros... se puede decir que es la primera vez que podemos

acostarnos desde hace ya mucho tiempo... Se quedó a cuidarlo Hugo... el doctor Bretón... a quien recién reemplazamos con Ernesto... Como Clarisa tampoco había dormido...

GIRARD: ¿Ya nos habrá perdonado lo de anoche?

ERNESTO: Después que ustedes salieron, no dijo una sola palabra más... pero se empeñó en que lo dejáramos solo y que fuera el doctor Bretón, quien lo cuidara.

GIRARD: Lo que es para mí... ¡No le ha de quedar mucha simpatía!... ¡Pero qué le vamos a hacer! Si no lo hubiera amenazado con la fuerza para que se dejase lavar el estómago, a estas horas no viviría... *(Consulta su reloj)*. Ya son las ocho... Ahora nomás llegarán Paternóster y los otros colegas... ¿Qué le parece que fuéramos echándole un vistazo?

SRA. DE GOYENS: Cómo no doctor... Voy a prevenirle...

GIRARD: No, no... es mejor que entremos directamente... Puede negarse a recibirnos y tendríamos una escena...

SRA. DE GOYENS: Como usted guste... *(Sale por la izquierda precediendo a Girard)*.

Ernesto, Médico 1º, Médico 2º y Paternóster.

Se siente la campanilla del zaguán. Entran casi inmediatamente los médicos.

PATERNÓSTER: *(Saludando a Ernesto)* ¿Cómo está?... ¿Ya ha llegado Girard?... se ha adelantado un poco, recién son las ocho...

MÉDICO 1º: ¡Siempre madrugador el maestro!

MÉDICO 2º: ¡Por eso llega siempre el primero!

Se oyen en confuso clamor, hacia la pieza de Goyens, las voces de Girard y de la señora de Goyens.

ERNESTO: ¿Qué es?

PATERNÓSTER: ¿Qué ha pasado?

Todos se precipitan hacia la puerta de la izquierda en el mismo instante en que Girard entra muy agitado.

Dichos, Girard.

GIRARD: ¡Ha muerto!

ERNESTO: ¿Cómo?...

GIRARD: Amigo... No hay más...

Ernesto se precipita por izquierda. Médico 2º lo sigue.

Dichos, menos Ernesto.

GIRARD: Yo había resuelto verlo para ganar tiempo... entramos con la señora... la pieza estaba completamente a oscuras... Me acerco a la cama... parecía dormir profundamente... lo llamo, no me responde, lo toco, estaba frío... ¡había, muerto!

PATERNÓSTER: ¿Pero cómo no se han dado cuenta?

GIRARD: La muerte debe haberse producido hace ya tiempo, pues empieza la rigidez cadavérica.

MÉDICO 1º: ¿Quién quedó a cuidarlo durante la noche?

GIRARD: El doctor Bretón, según me han dicho... Es extraño que no se haya dado cuenta de la situación... Él podrá darnos algunos datos.

Dichos, Clarisa.

CLARISA: *(Entrando por el foro)* Buenos días... *(Y al apercibirse de la confusión)* ¿Qué pasa?

PATERNÓSTER: Señorita...

CLARISA: ¿Qué pasa?

GIRARD: Es necesario que tenga valor. El señor Goyens...

CLARISA: ¡Papá!... ¿Qué?... *(Se precipita llorando por la izquierda)*.

PATERNÓSTER: ¡Hija!...

Dichos, Ernesto, menos Clarisa.

MÉDICO 2º: *(Apercibiéndose de la jeringa de inyecciones que Bretón ha dejado sobre el borde de un mueble)*. ¿Y esta jeringa?... ¿Pero entonces Bretón ha tratado de sostener el pulso?...

PATERNÓSTER: ¿Bretón?... No, porque en ese caso no se hubiera separado de la cama... por otra parte, ya conocemos su manera de pensar... no hubiese tratado de estorbar la solución que él mismo aceptaba y hasta deseaba...

GIRARD: Es curioso...
Entra Ernesto.

ERNESTO: ¿Cómo ha podido pasar?... Hace solo un momento, Hugo nos aseguró que dormía tranquilamente...

GIRARD: ¿Qué tiempo hará de ello?

ERNESTO: Una media hora a lo sumo...

GIRARD: ¿Nada más?... ¿Y se ha ido a dormir?

ERNESTO: Sí.

GIRARD: ¿Sin prevenirles que el señor Goyens se había empeorado?

ERNESTO: Absolutamente...

MÉDICO 2º: *(Enseñando la jeringa)* Pero si ha tenido que hacerle una inyección...
Entra la señora de Goyens.

ERNESTO: No comprendo... voy a despertarlo... *(Sale por el foro)*.
Dichos, menos Ernesto, la Señora de Goyens.

SRA. DE GOYENS: ¡Tanto sufrimiento inútil!

GIRARD: Señora, supongo que no es un reproche que usted hace a nuestra actuación... Nuestros esfuerzos han sido estériles, es verdad, pero no los hemos escatimado para salvarlo...

SRA. DE GOYENS: No, si no protesto... me resigno a la voluntad de Dios... ¡Bendito sea él que ha querido poner un término a sus sufrimientos!

La Señora de Goyens, Ernesto, Bretón, Girard, Paternóster, Médico 1º, Médico 2º luego Clarisa.

BRETÓN: *(Con un gesto amplio y sencillo)* ¡Yo he sido quien le ha muerto!
Todo el mundo se vuelve, estupefacto al oír las palabras que Bretón pronuncia desde la puerta del foro por donde acaba de entrar siguiendo a Ernesto.

ERNESTO: ¿Estás loco?

PATERNÓSTER: *(Aparte)* ¡Mal modo de hacer carrera!

SRA. DE GOYENS: Explícate... ¿qué quieres decir?

BRETÓN: ¡He sido yo quien le ha muerto!... ¿No me comprenden ustedes?... Hace un momento... cuando venía amaneciendo... le hice una inyección de morfina cargando la jeringa con una dosis necesariamente mortal... Diez minutos después, ¡dejaba de sufrir para siempre!

ERNESTO: ¡Y lo dices!... ¡y lo confiesas!... ¡Si la locura no explica tu acción... es que eres sencillamente un criminal!

SRA. DE GOYENS: ¡Tu protector!...

GIRARD: Nadie tiene el derecho de suprimir una vida... ¡y menos siendo el médico a quien se ha buscado para prolongarla!

ERNESTO: ¡Explícate!

BRETÓN: ¿Es necesario?... ¿Mi acción no se justifica por sí misma?

ERNESTO: ¡Sí, es necesario, habla!... Al menos para que no nos parezca

una falsedad lo que nos dice... ¡Aquí, delante de una esposa, delante de un hijo, acabas de confesar llanamente que has sido tú quien ha muerto al esposo y al padre!

MÉDICO 1º: ¡Cualquiera que sean sus atenuantes, ante la ley, representa un verdadero crimen!

MÉDICO 2º: ¡Ya lo creo: un verdadero crimen!

BRETÓN: Entonces... si mi acción no se justifica por ella misma, trataré de justificarla por el razonamiento... ante ustedes (*La señora de Goyens y Ernesto*) que me la reprochan en nombre del afecto... y luego ante ustedes... (*Los médicos*) que me la reprochan en nombre de las leyes y de la moral corriente... Ya lo saben ustedes: acabo de matar a un hombre... El hecho es grave... y más grave todavía por ser él quien fue... para todos, y especialmente para mí. ¡Para mí!... Hace veinte años —ocho menos de los que yo tengo— un hombre de gran corazón recogió un muchacho abandonado... El niño no tenía un techo, y él le dio el de su hogar; alcanzaba apenas un pedazo de pan para no morir de hambre, y él le brindó la abundancia de su mesa patriarcal... no tenía una familia y él le dio el amor de la suya. Ese hombre de corazón y de inteligencia, se llamaba Aristides Goyens... ese niño, ¡soy yo!... La vida separó por mucho tiempo al discípulo del maestro... Después de muchos años, encuentro a mi protector enfermo, sufriendo, miserable él mismo... En medio del desastre de su vida, lo único que resiste incólume, es su moral de filósofo. Comprende ampliamente la situación... no la tolera... prefiere resolverla, tomando el único camino que puede seguir... y hacia el que se siente también impulsado... por los que lo quieren.

ERNESTO: ¿Cómo intentas?...

BRETÓN: Déjame concluir... Él sabe que tiene derecho sobre su vida... no cree en un divino determinismo... y no vacila... Pero he ahí que el error detiene su mano, tuerce su voluntad.

GIRARD: El médico...

BRETÓN: Un momento aun... Entonces recurre al discípulo, al protegido... y en una larga noche de insomnio y de lágrimas, le pide, le suplica, le exige la realización del anhelo... Le habla en nombre de la gratitud... le demuestra la cobardía inaudita de claudicar en el momento supremo, pone a prueba la sinceridad de toda su vida... suplica y conmueve...

Entra Clarisa y se de tiene sobre el umbral de la puerta de tal manera que Hugo no se apercibe de ella.

...argumenta y convence, exige y decide... ¡Yo le maté!... ¡yo maté a mi protector!... era la extrema prueba pedida a mi gratitud, y se la he dado... sus labios se desplegaron por última vez para decirme “gracias”... ¡Ahora ya lo saben cómo y por qué Hugo Bretón ha muerto a Aristides Goyens!... Ustedes dirán... ¡Yo espero el fallo! (*Falso mutis*).

CLARISA: Hugo... oye aun...

BRETÓN: (*Volviéndose a ella*) ¿Tú?

CLARISA: Sí... yo... que te comprendo... y que quiero demostrártelo... Ayer, cuando llegaste me pediste la respuesta a un anhelo de toda tu vida...

BRETÓN: (*Anheloso*) ¿Y bien?...

CLARISA: (*Extendiéndole la mano*) ¡He aquí mi respuesta!

BRETÓN: (*Tomándola efusivamente*) ¡Es todo!... ¡Ya he triunfado!...

GIRARD: ¿Y ante la ley?

BRETÓN: ¡Más allá de la ley... está mi conciencia!

TELÓN

el día sábado

F. Defilippis Novoa

> el día sábado

Comedia en un acto

Estrenada el 4 de enero de 1913 en el teatro Olimpo de Rosario, por la Compañía Orfilia Rico-Juan Mangiante.

PERSONAJES

MARÍA
FELISA
DON JUAN
CHICHO
FORTUNATO
LUISA
LOLA
MOLINA
CARDOZO
DOÑA ELVIRA

ACTO ÚNICO

HABITACIÓN POBRE; CAMA, UNA MESA DE COMEDOR, UN ARMARIO APARADOR, UNA MÁQUINA DE COSER, ETC. PUERTAS AL FORO E IZQUIERDA. CUADROS EN LAS PAREDES. APARECEN SENTADOS DOÑA ELVIRA Y FORTUNATO; ESTE CON ROPA NUEVA DE CONFECCIÓN. HA ENTRADO LA NOCHE.

Doña Elvira y Fortunato.

- DA. ELVIRA: ¡Qué m'iba a figurar que era usted! Juan me dijo, hará cosa de seis meses, que le había visto, pero yo... ¡ni soñaba!
- FORTUNATO: ¡Así son las cosas doña Elvira! Cuando uno menos piensa en las vizcachas se entierra en un vizcachal. Yo no vine la vez pasada porque créiba que el viejo andaba enojao desde la pelea con tata.
- DA. ELVIRA: ¡No! ¡Qué'va estar enojao! El viejo es pura espuma...
- FORTUNATO: Ya lo sé; me lo dijo también él y como me habló de María...
- DA. ELVIRA: ¿De María?
- FORTUNATO: Sí, yo le dije que andaba aburrido, que me venían desesperaciones al llegar la tardecita y que el campo me ahogaba; entonces me dijo: casate. ¿Y con quién? le pregunté, y él no más me nombró a María.
- DA. ELVIRA: ¡Ajá! ¿Él solo no más?
- FORTUNATO: Él solo, y como la cosecha e'máiz resultó tan güena y como tata está conforme... *(Se frota las manos nerviosamente)*.
- DA. ELVIRA: ¡Caramba!
- FORTUNATO: ¿Por qué caramba?
- DA. ELVIRA: Porque ese Juan me considera a mí un cero a la izquierda... Ha de creer que no soy la madre e la muchacha.
- FORTUNATO: Es cierto doña Elvira; ¡pero a mí!...
- DA. ELVIRA: A usted no le importará, pero a mí sí. En fin, vamos a ver; si la muchacha quiere yo creo que es un buen partido... Usted...
- FORTUNATO: Yo voy a dejar la quinta chica pa sembrar en la quinta grande.
- DA. ELVIRA: Yo no me refería a las quintas... Ahora que... Bueno, mire

Fortunato, con usted y su tata nos conocemos desde Cañada e'Gómez, hace diez años, ¿no es cierto?

- FORTUNATO: Justo.
- DA. ELVIRA: ¡Pa qué mentirte entonces! Estamos viviendo al hilo. Juan trabaja, pero de lo que trabaja poco trae: son muchos los boliches que hay entre el taller y esta casa; Carlín trabaja, pero el pobrecito es mozo ¡y claro! tiene que divertirse, da poco y con disgusto; María y Felisa, con el trabajo en la fábrica son quienes en realidad paran la olla.
- FORTUNATO: Está bien... son razones... pero usted no puede esclavizar a sus hijas... Que pare la olla el viejo ¡qué embromar!
- DA. ELVIRA: ¡No están tan atrasaos los de Cañada e'Gómez!
- FORTUNATO: Son cosas que, se saben...
- DA. ELVIRA: No se trata de libértá ni de esclavitú, sino de darle a conocer nuestro estado para que no vaya a creerse que hay dote. La muchacha, sépalo, apenas tiene camisa, pero es trabajadora y buena. Usted se saca la lotería.
- FORTUNATO: No juego nunca doña Elvira.
- DA. ELVIRA: Se saca la lotería casándose con ella.
- FORTUNATO: ¡Ah! ¿sí?
- DA. ELVIRA: ¡Una sola cosa me aflige! ¡Si yo pudiera ayudar la casa como antes!
- FORTUNATO: Demasiao trabajó.
- DA. ELVIRA: ¿Y de qué me ha servido? Mi trabajo dio alas al viejo y empezó sin asco a emborracharse. Y después las desgracias de familia, todo ha concluido con mi voluntá.
- FORTUNATO: *(Con cara de tristeza)* Así también mi mama y antes que comprásemos la quinta grande se murió.

DA. ELVIRA: ¡Pobre misia Carmen!
Se quedan pensativos.

Dichos y Chicho.

CHICHO: *(Entra pausadamente sin quitarse el sombrero y se para a contemplarlos).* ¿Se murió alguien?

DA. ELVIRA: *(Mirándole)* Milagro.

CHICHO: Si le disgusta me voy. *(Se sienta).*

DA. ELVIRA: Si fuera cierto.

CHICHO: Le digo no más. *(Por lo bajo a doña Elvira)* ¿Y ese calavera?

DA. ELVIRA: ¿Y no le conoces? Fortunato de Cañada e' Gómez.

CHICHO: Pero pelandrún ¿cómo te va?

DA. ELVIRA: *(A Fortunato).* Es Chicho mi sobrino.

FORTUNATO: ¡Chicho! Apretá. ¿Cómo te trata la suerte?

CHICHO: *(Fingiendo tristeza)* Regular, sin trabajo, sin plata, sin voluntá, sin saber dónde ir... sin plata, tres veces sin plata.

FORTUNATO: No hay que afligirse por tan poco. *(Saca el reloj para mirar la hora).*

CHICHO: *(Creyendo que le va a dar dinero)* Cualquier cosa, no te sacrifiques por mí. *(Dándose cuenta del error)* ¡Qué suerte la mía!

DA. ELVIRA: Ese es tu estribillo pero no es la verdad.

CHICHO: No es oportuno delante de un forastero. *(A Fortunato, con énfasis)* ¿Y qué vientos te han traído por estos pagos?

FORTUNATO: *(Sonriendo con vergüenza)* Doña Elvira sabe.

DA. ELVIRA: El compromiso con María. ¿Estás conforme?

CHICHO: *(Contrariado)* Con... María.

DA. ELVIRA: ¿Te disgusta?

CHICHO: No; está bien. *(Queda pensativo).*

DA. ELVIRA: Voy a encender la otra lámpara porque esta parece a propósito para velorio e pobre. *(Mutis por la izquierda).*

Chicho y Fortunato.

CHICHO: ¿Y cuándo pensás casarte?

FORTUNATO: Si se va hacer que se haga pronto.

CHICHO: Dejá el sombrero allí, lo vas a romper. *(Se lo saca de las manos y lo tira sobre la cama).* Decime, ¿has hablado con María, te ha dicho que sí, te entendías antes con ella?

FORTUNATO: Nos conocemos dende chiquititos; cuando estaban ellos en Cañada. Yo trabajaba como un burro al sol, al viento, a la lluvia y ella iba al colegio. Siempre la agarraba yo a cascotazos. *(Riendo).* Después la he visto grandecita y don Juan me arregla el casamiento.

CHICHO: ¿Y vos la querés?

FORTUNATO: Claro, de antes. Pero se quiere más cuando se está junto.

CHICHO: ¿Y? *(Indicándole dinero)* ¿Qué tal andás de mangangases?

FORTUNATO: El viejo me da la quinta grande que es mía ya por mi trabajo. Tengo aparte unos pesos y... no me falta más que la mujer. *(Ríe).*

CHICHO: *(Después de pensar un rato)* Te conviene casarte. María es una buena muchacha, honrada, que no ha querido a nadie; económica...

FORTUNATO: *(Mirándole extrañado).* Parece que te interesara más que a mí el casamiento.

CHICHO: *(Sorprendido)* Consejo de amigo.
Fortunato lo mira interrogativamente.

Dichos y doña Elvira.

DA. ELVIRA: *(Apareciendo con la luz)* ¡Esto parece otra cosa! Ahora no más viene Juan.

FORTUNATO: No se aflija, lo espero.

CHICHO: Lo podés esperar sentao porque ¡día sábado y por la noche!

DA. ELVIRA: ¿De qué hablaban?

CHICHO: De cómo puede el hombre enamorarse.

FORTUNATO: Eso es, de cosas del amor. *(Ríe).*

Dichos y don Juan.

DON JUAN: *(Que llega cantando y con el saco al hombro)* Vamos, vamos atorrantes, a comer que llega su padre. *(Viendo a Fortunato)* ¿Cómo te va Fortunato? Venga un abrazo. *(A doña Elvira)* No me mires mal vieja porque no he tomao ni una copa. *(Habla con cierta dificultad, aspecto de alcoholista).*

CHICHO: Se conoce, tío.

DON JUAN: Usted se calla, atorrante.

FORTUNATO: Como había prometido y como la promesa es deuda la pago.

DON JUAN: Muy bien. Sentate. Y mi compadre? *(Deja el saco sobre la cama).*

FORTUNATO: Así, así, algo delicado por el cansancio y los disgustos... Le dije que me venía y me dijo que me viniese... porque está conforme con aquello ¿sabe?... está conforme... Ahora doña Elvira...

DON JUAN: Bueno, pues. *(Le pega en las piernas).* Ve, che Chicho, pelandrún, este es un hombre de provecho.

FORTUNATO: Eso sí, modestia aparte...

CHICHO: Sí, si yo siempre he hablado bien de vos. ¡Calavera! *(Lo zamarrea con rabia).*

DON JUAN: Retírese de acá, haragán.

CHICHO: Se la ha tomao conmigo usted esta sera... Y no sale de haragán y atorrante. .Estoy en casa ¡haragán! Voy por la calle ¡haragán! Vengo acá ¡haragán! Ni que hubiera compra el título... Y todo por uno, dos, tres, cuatro o cinco meses que uno anda sin trabajar. También en cuantito el nuevo gobierno me dé el empleo que me ha prometido no via hablar a nadie.

DON JUAN: Antes que te emplies vos me viá recibir yo de maistro escuela.

CHICHO: De maistro e' curda hace tiempo que sacó diploma.

DON JUAN: Te viá sacar de un alón de mi casa *(Le mira despreciativamente).* Bueno amigo Fortunato, disculpará estas escenas de familia. Tu asunto, perfectamente arreglao; la muchacha, conforme; su madre conforme...

CHICHO: Por usted tía.

DA. ELVIRA: ¡Aja! Esperá un momento, que me toca hablar a mí. *(Airadamente)* ¿Me preguntaste el parecer sobre la promesa que sin decir nada le hiciste a Fortunato? No, ¿verdad? Tampoco le has preguntao a la muchacha. Dejá entonces que se entiendan ellos.

DON JUAN: Qué va andar uno con tanta historia. La muchacha se tiene que casar, bueno, muy bien pues, se casa con Fortunato. Que no quiere, leña; que se la va querer dar de romántica, leña. No hay tutía.

DA. ELVIRA: Yo estoy conforme con Fortunato, pero si ella no le quiere, no viá obligar a mis hijos a que hagan cosas contra su voluntad.

DON JUAN: *(Enfureciéndose)* Aquí no hay política que valga. María se casa con Fortunato que es buen hombre y tiene platita; y se casa porque así debe ser y yo comando aquí. ¡Oh!

DA. ELVIRA: Pero escuchá.

FORTUNATO: Don Juan, pero... si ella propiamente no quiere... Vamo a ver su voluntad.

DON JUAN: *(Transición)*. Ah, si es gusto tuyo. Yo soy tu amigo pa todo.

FORTUNATO: Es mejor.

DON JUAN: *(Con alegría)* Y bueno, vamos a prender el aperital.

FORTUNATO: Vamos.

Da. ELVIRA: Eso es, así yo preparo la mesa y concluyo la cocina. Fortunato se queda a cenar. ¡Sí, hombre no faltaba más! *(Doña Elvira conduce aparte a don Juan y le saca plata que este da con desgano y rabia.)*

DON JUAN: Yo no sé qué hacés con la plata. El otro mes te di diez pesos y ya no tenés ni medio.
Mutis con Fortunato que habla alegremente.

FORTUNATO: Hasta luego.

Dona Elvira y Chicho.

CHICHO: Hasta el morfi tía.

DA. ELVIRA: ¡Che! *(Deteniéndolo)* Tenes que ir a comprarme unos fiambres.

CHICHO: No puedo; voy a tomar el aperital. ¿No oyó la invitación?

DA. ELVIRA: Después vas.

CHICHO: Pero tía, usted está empeñada en hacerme perder una ocasión magnífica.

DA. ELVIRA: *(Sin hacer caso y dándole un peso)* Jamón y queso gruyere. Y tené cuidado con el de la fiambrería que roba en el peso.

CHICHO: ¡Y un gruyo solo y a la fiambrería!

DA. ELVIRA: No, ¿querés que te dé diez?

CHICHO: No viá poder pedir la yapa. *(Hace por irse pero regresa, cepilla la ropa, se limpia los botines y el sombrero).*
Doña Elvira empieza el arreglo de la mesa.

DA. ELVIRA: Movete, pues.

CHICHO: Espérese. Espérese. Estoy haciendo tiempo para que los del aperitivo chupen el primero, se pongan alegres y me inviten cuando pase.

DA. ELVIRA: ¡Qué cosa bárbara!

Chicho hace mutis por el foro y saluda a Felisa, Lola y Luisa que entran riendo, seguidas de María, disgustada y rabiosa. Luisa trae un paquete.

Luisa, Lola, Felisa, María y doña Elvira.

LUISA Y LOLA: Buenas noches doña Elvira.

FELISA: ¡Ay! qué cansada vengo. *(Se sienta y sigue riendo con Luisa y Lola).*

DA. ELVIRA: ¡Pero muchachas!

LOLA: *(Acercándose a María que se habrá sentado junto a la mesa).*
No te enojés sonsa. Total no te dijo nada...

MARÍA: Lo que es yo no voy ni vengo más del trabajo con ustedes. Demasiada desgracia tiene uno con ir a la fábrica para soportar todavía las impertinencias de los niños que se paran en las esquinas para conquistarnos.

LOLA: ¡Y lo tomás en serio! Si fuéramos a enojarnos por lo que nos dicen tendríamos que andar con revólver. Lo mejor es seguir la broma.

MARÍA: Muy lindo; para que se consientan y armen cola.

FELISA: ¡Dejala, no ves que es princesa! ¡Quién le puede decir nada!

MARÍA: Porque no soy como vos ni ando recibiendo cartitas de ninguno, ¿sabés?

LUISA: ¡Pero Jesús!

FELISA: No me hagás hablar porque...

DA. ELVIRA: ¡Parece mentira! ¡Pero vean la manera de venir del trabajo!

LUISA: Si ha sido una pavada.

LOLA: *(Para cortar la discusión)* Te sale el tul del paquete.

LUISA: Yo creo que no va servir. ¡Qué fastidio!

LOLA: Doña Elvira, hemos venido a pedirle deje ir a las muchachas al baile que da Cardozo en casa.

DA. ELVIRA: He visto que estaban arreglando el patio. ¿Va a ser allí mismo? Vi de la puerta. Yo, ya saben... por mí... ahora el padre...

FELISA: Qué padre ni padre. Diga que sí o que no.

MARÍA: No tiene que decir nada. ¿Quién da el baile, Lola?

LOLA: Cardozo y... Molina.

MARÍA: Que inviten ellos entonces, porque bien nos conocen.

LOLA y LUISA: Pero si es lo mismo. Ellos han dicho, además...

MARÍA: No, no han dicho; yo sé que no han dicho; después son capaces de poner mala cara.

LOLA: Bueno, le vamos a decir que vengan; deben estar en casa.

LUISA: Eso es.

FELISA: ¿Y qué vestido me pongo?

LOLA: Y el blanco no más. María el rosa.

MARÍA: Yo no sé si iré.

FELISA: ¡Eh! *(Mira a María despectivamente)*.

LOLA y LUISA: Bueno muchachas. *(Se despiden y mutis)*.

Doña Elvira, Felisa y María.

MARÍA: Tome mama.

DA. ELVIRA: Creía que no les iban a pagar por lo que les dijeron ayer. *(Recibe el dinero que le dan)*.

FELISA: Tome mama; pero tengo que comprar botines; no se le vaya a olvidar como siempre porque estos están muy feos.

DA. ELVIRA: Bueno a poner la mesa que tenemos invitado.

MARÍA y FELISA: ¿Quién?

DA. ELVIRA: Fortunato, el de Cañada de Gómez.

FELISA: Ja, ja... Era ese que estaba con papá en el almacén, entonces:

MARÍA: *(Disponiéndose a poner la mesa)* Cuide la comida mama.

DA. ELVIRA: Tenés razón. *(Mutis por la izquierda)*.

FELISA: *(Sacando platos y cubiertos)* Para lo que es el invitado. ¡Fortunato! Era novio tuyo cuando chico. *(Ríe irónicamente)*. ¡Fortunato!

MARÍA: Cuando una es chica no sabe lo que hace.

FELISA: *(Riendo siempre)*. Es que algunas parece que los eligieran.

MARÍA: Callate; no empecés. Ayúdame en buena forma si querés ayudarme.

FELISA: ¿Y cómo vas a hacer ahora con Chicho? ¡Pobre!

MARÍA: Seguí, seguí, que está muy lindo, tan lindo como el paseo que diste el domingo en coche.

FELISA: ¿Quién dió paseo? ¿No estuve en lo de Julia?

MARÍA: Tenés razón; en lo de Julia estuviste.

FELISA: ¡Hipócrita! Te la querés dar de mama y no te cuidás vos
¡Hipócrita!
Llaman a la puerta.

MARÍA: Los del baile.

FELISA: ¡Ay! (*Arreglándose el pelo*) La suerte que ya está puesta la mesa. ¡Adelante! (*Sale a recibir*).

Dichos, Cardozo y Molina, luego doña Elvira.

CARDOZO y MOLINA:

(Compadritos con pujos de decentes). Aunque la hora es inoportuna. (*Dan la mano*).

CARDOZO: Pero los motivos...

MOLINA: Nos obligan a tomarnos esta libertad...

CARDOZO: Que a ustedes parecerá impertinencia.

Se miran los dos extrañados de su elocuencia.

FELISA: Siéntense.

CARDOZO: Gracias, aunque ustedes están por comer. (*Se sienta*).

MOLINA: Mil gracias aunque ustedes están por cenar. (*Recalcando la frase y mirando a Cardozo se sienta*).

MARÍA: ¡Mamá! (*Desde la puerta izquierda*).

FELISA: ¿Para qué llamás?

MARÍA: Para que venga. (*Vuelve a llamar*). ¡Mamá!

DA. ELVIRA: (*Desde dentro*). ¿Qué querés?

MARÍA: Hay visitas.

DA. ELVIRA: (*Desde dentro siempre*). A buenas horas.

CARDOZO: (*Incomodado*) ¿Parece que no le ha gustado a la señora?

MOLINA: (*Por lo bajo*) Ya metiste la pata. ¡Callate!

FELISA: No debe haber entendido. (*Tratando de disimular*) Hay días que está completamente sorda.

MOLINA: Está disculpada.

DA. ELVIRA: (*Entra limpiándose las manos en el delantal*). Buenas noches. Disculpen que no les dé la mano porque las tengo con olor a cebollas.

CARDOZO: Está disculpada.

MOLINA: Aunque la hora es inoportuna...

CARDOZO: ... los motivos que nos traen...

MOLINA: ... nos obligan a tomarnos esta libertad que...

CARDOZO: ... que a ustedes...

MOLINA: ¿Vas a hablar vos?

CARDOZO: No; hablá vos. ¡Parece mentira! (*Disgustado*).

MOLINA: (*Carraspeando*) En lo de doña Rosa, al lado, aprovechando la gentileza con que nos han cedido el patio del conventillo, celebraremos un bailongo esta noche, en honor de dos muchachos compinches y camaradas a quienes toca la conscripción. Quedan ustedes invitadas y mucho placer tendríamos si nos viésemos honrados con la presencia de ustedes. (*Se queda satisfecho*).

DA. ELVIRA: Por mí... ya dije a Luisa... las muchachas pueden ir... pero...

FELISA: Papá ya nos dijo que sí.

DA. ELVIRA: ¿Qué, volvió tu padre?

FELISA: No; sabía ya...

MOLINA: Quiere decir entonces...

FELISA: Que iremos. (*Evita las miradas de María*). Lo malo es que van a estar esas negras del fondo.

CARDOZO: Precisamente, no les hemos dado bolilla.

MARÍA: Yo no tengo queja de esa gente.

FELISA: (*Sin hacerle caso*). Y los de "La Estrella Polar".

CARDOZO: Tampoco les hemos dado bolilla.

MOLINA: Aunque hay en esa sociedad muchachos bien; peones de almacén, los ordenanzas que se salieron del "Juventud", pero como... dicen... en fin... como no son simpáticos a la muchachada y a uno de los obsequiados no le dejaron entrar al último baile que dieron en la Garibaldi...

CARDOZO: No les dimos bolilla...

MOLINA: Eso es.
Se quedan todos mirándose a hurtadillas sin saber qué decir.

DA. ELVIRA: (*A María*) Andá hija a la cocina y sacá la olla del guiso.
Mutis María.

CARDOZO: Este...

MOLINA: Sí, sí...

FELISA: ¿Qué?

MOLINA: Nada.
Otro momento de silencio.

FELISA: (*Animándose*) Va a ser una fiesta muy buena, según parece.

MOLINA: (*Apresurándose a contestar*) Muy linda. Ustedes van a ver; mejor que cualquiera de las sociedades. ¡Uff! Pero hemos gastado y sacrificado tiempo...

DA. ELVIRA: Sobre todo tiempo.

CARDOZO: Yo le dije a Molina; de araca nada; si la cosa se hace que se haga bien, si no no le damos bo.. . (*Se tapa la boca*).

FELISA: ¿Cómo decía?

CARDOZO: Que debute, bien, pero fuleraje minga.

FELISA: ¡Ah, sí!...
Vuelven a quedarse callados.

DA. ELVIRA: (*A María que ha regresado de la cocina*) ¿Te fijaste en el guiso?

MARÍA: Sí, mamá.

CARDOZO: Este. ¿Vamos, Molina?

MOLINA: Vamos, Cardozo.
Empiezan a despedirse cuando entra Chicho.

Dichos y Chicho.

CHICHO: Lo justo dijo Galván. ¿Qué milagro, muchachos? (*Entrega el paquete a doña Elvira y palmetea a las visitas*).

CARDOZO: ¡Nos vamos ya. Vinimos pa convidarlas pa el baile.

CHICHO: ¿Con buffete o sin buffete? Si es con buffete, aceptado; si no, no les doy bolilla. ¿No te parece, Cardozo? (*Se ríen*).
¿Ustedes siempre con la frasesita?

CARDOZO y MOLINA:
Nuevamente.

Saludan otra vez y reverenciosos, mutis por el foro.

CHICHO: Chau, calaveras. *(Se ríe a carcajadas)*.

FELISA: *(A Chicho)* Siempre infeliz. ¿Qué tenés que meterte con las visitas?

CHICHO: ¡Qué hacés, visitas! No te doy bolilla.

FELISA: ¡Papanata!

CHICHO: La que los defiende.

MARÍA: Callate; van a concluir peleándose.

FELISA: ¡Imbécil! *(Se va por la izquierda encolerizada)*.

MARÍA: ¿Has visto?

CHICHO: No te doy bolilla.

María, Chicho y doña Elvira.

CHICHO: *(A doña Elvira, que se va por la izquierda)* Oiga, tía.

DA. ELVIRA: ¿Qué se te ocurre?

CHICHO: Le encontré a Carlos. No va a venir a cenar, porque anda de escabio.

MARÍA: Claro, cobró. Lo de todos los sábados. Y una matándose para trabajar por la casa.

CHICHO: Dice, textual, que le estufan los retos de las mujeres. Por eso no viene.

DA. ELVIRA: Lo que te repito siempre. No hay que decirle nada. Claro... el pobre hijo, también...

MARÍA: ¡Yo he de tener la culpa!

DA. ELVIRA: Vos, tu hermana y yo. Después decimos que el muchacho es bruto.

MARÍA: Bueno, mamá, tiene razón.

DA. ELVIRA: *(Alzando la voz, amenazadora)* Sí, la tengo, y mucho cuidado...

MARÍA: Pégueme, es lo que faltaba. Estoy harta de esta vida y de esta casa.

DA. ELVIRA: ¡Muy bonito! Y yo no estaré de ustedes. Vea qué lindo.
Mutis por la izquierda.

MARÍA: Sí, hastiada de la casa y de todos. *(Cae en un estado de postración nerviosa)*.

María y Chicho

CHICHO: *(Se acerca a ella, le arregla el cabello y se sienta a su lado)*.
Tenes que reprimir tu genio.

MARÍA: Hacé el favor, dejame.

CHICHO: ¿Por qué? Quiero consolarte.

MARÍA: ¡Consolarme! El causante da todos mis disgustos, de todas mis penas, ¿sabés quién es?

CHICHO: *(Turbado)* La verdad... no...

MARÍA: Vos; vos que has alentado en mí ilusiones que nunca se podrán cumplir; que has hecho te mire a fuerza de ponerte a mi lado, de asediarme, de seguirme, de estar en mi mesa, en mis pocas alegrías y en las muchas penas de esta casa. Vos sos el culpable.

CHICHO: No he querido engañarte, ni te he mentado. Me presenté a vos tal cual era.

MARÍA: Eso es, entonces. Ni engañada ni culpable. Yo soy aquí la perversa. Me engañé a mí misma.

CHICHO: ¿Y qué querés que haga con vos?

MARÍA: ¡Ah! Ahora reflexionás, ahora te da miedo la vida conmigo,

las obligaciones con una mujer pobre, cansada del trabajo y de la mala suerte. ¡Lindo papel! ¿Por qué no lo pensaste antes de consentirme?

CHICHO: Vos sabías quién era. Toda mi familia te lo dijo, y aquí, a cada momento, la misma acusación: vago, atorrante, etc.

MARÍA: ¿Por qué me perseguiste?

CHICHO: Te vi linda y... ¿por qué te dejaste perseguir vos?

MARÍA: ¿Por qué? No lo sé. Si supieras lo que es ser mujer y no tener más esperanzas que el trabajo, ni más diversión que el descanso, no me lo preguntarías. Me entregué a vos hastiada, aburrida y porque te creí otro hombre. ¿Si vos te reformaras?

CHICHO: Odiás el trabajo y querés que yo trabaje.

MARÍA: Odio el trabajo sin aliciente, sin amor; el trabajo de mis padres, el mío mismo; pero no el trabajo con alegría, que es vida. ¡Si te reformaras y pudiésemos trabajar los dos!

CHICHO: Es lo mismo que pedir al hierro se ablande sin fuego. Desde chiquito siento un algo que me obliga a no hacer nada; un algo que no es mío, pero que me roba la voluntad. Muchas veces he pensao en vos, en lo que pudiera haber llegado a quererte, y me he arrepentido. ¿Para qué iba a llevarte conmigo? ¿Qué iba a ser de vos! Solo, vivo como quiero, pero vivo. ¿Pa qué iba a hacerte desgraciada?

MARÍA: Estás mintiendo.

CHICHO: No, nena. ¡Pa qué hacerse mala sangre! Todas las cosas tienen su arreglo y tu asunto más que ninguno. Decime: ¿por qué no te casás?

MARÍA: ¿Qué decís?

CHICHO: Sí, con Fortunato; ha venido para eso; está loco por vos;

tiene plata, y, si es cierto que me querés, si es cierto que seguís teniéndome cariño... continuaremos como hasta aquí.

MARÍA: Cínico. ¡Ahora sí que te conozco! ¡Vago! *(Se levanta para irse)*

Chicho se acerca para abrazarla, pero se detiene al oír las voces y los pasos de los que llegan.

Dichos, don Juan y Fortunato.

DON JUAN: *(Ebrio, entra hablando algo incoherente con Fortunato).* Yo quisiera saber, che, cómo hacen el cinematógrafo; yo quisiera saber, porque ¡para hacer caminar a los hombres en una tela ¿Te das perfecta cuenta de la responsabilidad?... Ahí tenés a la María.

FORTUNATO: Buenos días, María. ¿Cómo le va? ¿No se acuerda de mí?

CHICHO: Sí; te conoce, mascarita.

MARÍA: Bien. *(Secamente le da la mano).*

CHICHO: ¿Qué le pasa, don Juan? *(A don Juan, que hace náuseas).* ¿Le ha hecho mal el aperital?

DON JUAN: El hielo, muchacho; yo no puedo tomar agua ni aunque sea congelada. Es lo más pernicioso, y ese bárbaro de almacenero me da todo helao... pero ya pasó.

FORTUNATO: ¿Parece que estuviera enojada?

DON JUAN: Cosas de muchacha, no hay que hacer caso. La muchacha es así, pero es buena.

MARÍA: Con permiso. *(Intenta irse).*

DON JUAN: ¿Dónde va usted? ¿No ve que está Fortunato, que viene a visitarnos? *(La sienta).*

MARÍA: Iba a avisarle a mamá.

DON JUAN: No hace falta. *(Gritando)* Aquí estamos, vieja, ya hemos llegado.

DA. ELVIRA: *(Desde dentro)* Va, en seguida.

DON JUAN: ¿Tiene hambre, Fortunato?

FORTUNATO: Regularcito no más. No se apure por mí, porque yo como a cualquier hora.
Un momento de silencio. Don Juan se habrá quitado el saco y empezará a cortar el pan de la mesa.

DON JUAN: Hablen, hablen, que yo no escucho.

FORTUNATO: Está más gorda, María.

MARÍA: Y más mala. ¿No me ve?

FORTUNATO: *(Riendo cargosamente)*. Y más buena moza. *(Al notar la incomodidad de María)* ¿No le gusta el campo, María?

MARÍA: Lo aborrezco.

DON JUAN: ¡Pero qué va a saber esta de campo!

FORTUNATO: Es muy lindo.

MARÍA: Para usted; yo lo aborrezco.

FORTUNATO: No diga eso, María. Es muy lindo. Yo le juego a que no se ha fijao en él de mañanita, cuando el sol empieza a asomar por entre las sombras; o de noche, una noche de luna clara. Si usted volviere al campo, le gustaría.

MARÍA: ¿Y para qué quiere que vaya?

FORTUNATO: *(Mirándola suplicante)* Por si quisiera ir conmigo, ya he hablao con sus padres.

MARÍA: *(Resolviéndose)* Escúcheme, Fortunato: a usted le han engañado sin que yo supiera. No me puedo casar con usted. No me voy a casar.

DON JUAN: ¿Qué está diciendo usted? ¿No respeta a su padre ya? ¡Silencio! ¡No faltaba más! Via agarrar el palo e la escoba...

FORTUNATO: Creo que no he faltao.

DON JUAN: ¡Silencio, he dicho! *(Hace sentar a María, que intentó, irse)*
Entra doña Elvira con fuentes y platos.

Dichos y dona Elvira.

DA. ELVIRA: ¿Qué es eso, hombre? ¡A comer! ¡Qué gente! La comida no es muy buena, pero Fortunato nos disculpará. Mañana le voy a preparar una tallarinada especial.

DON JUAN: Bueno, muy bien. Sentate y preñele sin miedo.
Todos se sientan a la mesa, a excepción de Chicho.

DA. ELVIRA: ¿Y vos, Chicho?

CHICHO: No como, gracias.

DA. ELVIRA: ¡Qué milagro! Ha de estar por llover oro.

CHICHO: No me encuentro bien. *(Enciende un cigarro)*.

DON JUAN: Vení, no seas pelandrún; todo lo que te decimos es jugando. ¿No sos acaso de la familia?

DA. ELVIRA: Aquí te sirvo.

CHICHO: Me encuentro mal, hasta luego. *(Mutis por el foro sin escuchar los llamados de don Juan)*.

DON JUAN: Y bueno. ¡Que se vaya! Mejor que se vaya. ¡Pá lo que sirve!... ¡Que se vaya y que no venga más!...

Dichos y Felisa.

FELISA: *(Que entra por la izquierda, arreglada)* Hola, Fortunato. ¿No me conoce ya?

FORTUNATO: ¡Oh, Felisa! Si la veo en la calle, no la conozco.

FELISA: *(A todos)* ¿Estoy bien?

FORTUNATO: Muy bien. ¿Está de fiesta?

DA. ELVIRA: ¿Y cómo vas a comer así, encorsetada?

FELISA: Sí, de baile; voy a comer ligerito, porque ahora no más vienen las chicas a buscarme. Un poquito de fiambre no más.

DA. ELVIRA: Después se pasan de debilidad. Comé bien y no seas sonsa. ¿Quién va a venir a buscarte?

DON JUAN: Echá vino y chupá, que el vino es salú. (*A Fortunato*).

FORTUNATO: Salú. (*Bebe*).

DON JUAN: Sino fuer' el vino ya me hubiera tirao bajo un tren. ¡Vida más perra! (*Bebe*).

FORTUNATO: Todos los pobres nos quejamos, don Juan.

DON JUAN: Nos quejamos, pero con razón, che. ¡La gran siete! Mirá: yo he trabajado dende chiquito, en el campo, en la ciudad, acá, allá y ¿qué he sacao? Vejez y rabia. ¡Si no fuera el vino!

DA. ELVIRA: (*A don Juan*) Pero che, vas a voltear la lámpara; fijate en lo que hacés.

DON JUAN: Una equivocación la puede tener cualquiera. (*Dejando la lámpara*). Cuando hablo de mi pasao, me vienen ganas de llorar; Fortunato... metele al vino nomás.

FELISA: Bueno, basta. ¿Se piensa que vía comer a reventar?

DA. ELVIRA: Tomá, y no chillés.

DON JUAN: ¡Qué familia! Me entran ganas de llorar... servite vino no más.

FELISA: ¿Y esta? (*Por María*) Pero vean qué cara... ¿Qué te pasa?

FORTUNATO: Está enojada conmigo.

DA. ELVIRA: Parece que hubiera hecho una muerte.

MARÍA: Todos contra mí. ¡Jesús!

FELISA: Hasta pucheros hace. (*Ríe*).
María suelta el llanto, se levanta y mutis por la izquierda.

DON JUAN: ¡Pero qué familia! No se puede comer tranquilo. (*Enojándose*). Algún día me vi'a cabriar y vi'a acabar con todos a punta e palos.

DA. ELVIRA: La culpa la tiene esta.

FELISA: La culpa la tiene uno que no está aquí.

FORTUNATO: Ya he comprendido, ya, Felisa.

DA. ELVIRA: ¡Callate!

DON JUAN: ¡Bueno, basta! Ta lindo. (*Sirve vino*). Si no fuera por el vino...

Dichos y Luisa.

LUISA: (*Golpeando las manos desde fuera*) ¿Se puede?

DA. ELVIRA: Adelante.

LUISA: Buen provecho. Venía a buscar a las muchachas.

FELISA: (*Parándose*) Ya estoy.

DON JUAN: Si gusta prenderle al diente, con toda confianza.

LUISA: Gracias, don Juan.

DON JUAN: Préndale sin miedo, o si no al vino. ¿Un vasito?

LUISA: Muchas gracias. ¿Y María?

FELISA: Está alunada, che; no va.

LUISA: ¡Qué lástima! ¿Qué te parece el traje?

FELISA: Muy lindo; lo arreglaste sin decir nada, ¡bandida!

LUISA: Así le gusta mucho a Cardozo. Vamos.
Se despiden.

DON JUAN: Pero es temprano.

LUISA: Sí, pero ya están los músicos y hay mucha gente, porque mamá quiere que el baile empiece temprano y termine a la una.

DON JUAN: Pero van a bailar con los bifés en la boca, pues. Espérense a que los invitaos hagan la digestión. Yo iría, pero tengo miedo a la mala noche.

FELISA: No le conviene ir. *(Riendo)*.

TODOS: Que se diviertan.

LUISA: Doña Elvira, si usted no va, mire aunque sea por el tapial.

DA. ELVIRA: No faltaba más. En eso me vi'a ocupar.
Mutis Luisa y Felisa riendo.

Doña Elvira, Fortunato y don Juan.

DA. ELVIRA: ¿Van a tomar café?

DON JUAN: *(Dudando)* ¿Qué decís, Fortunato; lo tomamos en el café?

FORTUNATO: *(Triste)* Donde usted quiera.

DON JUAN: Mejor nos vamos, pero... chapá el vino.

DA. ELVIRA: Entonces, si salen voy a lavar la cocina *(Llamando)*. ¡María! ¡María! A levantar la mesa.

DON JUAN: Pitá, pitá sin miedo; son del Paraguay. *(Le da un cigarro)*. Hay que echar las penas a la espalda.
Fortunato fuma silencioso, mientras doña Elvira recoge los platos.

DA. ELVIRA: ¡María!

Dichos y María.

María llega cohibida y levanta la mesa, colocando las cosas en el aparador.

DON JUAN: *(Después de un rato de silencio)*. Y vamos no más...

FORTUNATO: Vamos. *(Mirando interrogativamente a María, se para)*.

DON JUAN: Te vi'a llevar al café del bulevar. Vas a ver qué vistas de cinematógrafo. Ahí te vía pedir que me expliques cómo hacen para que los hombres bailen y anden en el lienzo como si anduviesen en la calle. Ahí te vas a dar cuenta de la responsabilidad que hay en todo eso... Vos no podés darte cuenta de la gran responsabilidad que hay en todo eso. La otra noche daban una cinta iluminada de un rey a quien le robaban la hija. Date cuenta de la responsabilidad que hay en robarle una hija a un rey... Y el sábado antepasao presentaban la guerra é Trípoli y los Balcanes; meta tiros y cargas y contracargas, y soldaos con plumas de pato, y meta muertos, y meta heridos. ¡Date cuenta de la responsabilidad de todo eso! ¡Yo quiero que me expliques lo del cinematógrafo y de la gente que camina por el lienzo. Vení, vamos a ver...

FORTUNATO: Bueno, doña Elvira hasta otra vuelta.

DA. ELVIRA: ¿Lo esperamos mañana para almorzar?

FORTUNATO: No puedo; me voy a ir temprano... ¡y quién sabe cuándo vuelva!

DA. ELVIRA: ¿Y por qué esa decisión tan rápida?...

FORTUNATO: Adiós doña Elvira. *(A María)* Adiós María, he comprendido su pena, no vi'a agravarla. Soy un infeliz muy pobre sonso pa usted, pero no me aprovecho de la desgracia ajena pa hacer mis gustos.
María le da la mano emocionada.

Adiós todos...

DA. ELVIRA: Adiós, Fortunato, y que no sea la última vez que nos visite; ya sabe, no ha sido por culpa nuestra.
Le acompañan hasta la puerta. Don Juan cargosamente continúa hablándole del cinematógrafo.

DON JUAN: Te das cuenta de la responsabilidad, etc.

María y Chicho.

Dona Elvira, sin hablar palabra, recoge los platos y se va a la cocina por la izquierda. María se queda pensativa junto a la mesa.

CHICHO: *(Apareciendo por el foro)*. He estao aguardando que se fueran. Los he visto salir; va medio triste tu futuro marido, ¿No vas al baile?

MARÍA: ¿Vos aquí otra vez, bandido? Ni por broma me hablés más.

CHICHO: Che, che, avisá si me has tomao por blanco de tus insultos. He pensao en nuestras cosas como piensa un hombre y no puedo renunciar a tu cariño.

MARÍA: *Ahora. (Riendo con despecho)*. ¡Qué ingenuo! Ahora no puede ser, ahora te conozco. ¡Claro! ¡Qué otra cosa se podía esperar de vos! Has pensado, y has pensado bien; yo estaba entregada a vos en cuerpo y alma y te lo revelé recién. No lo sabías y hubieses podido hacer de mí tu esclava y perderme a tu antojo, vivir a mis expensas; pero es tarde, te conozco de sobra. Te has dado a conocer completamente.

CHICHO: Oíme.

MARÍA: Es inútil. No pierdas tiempo. En el baile hay cuanto te hace falta para pasar el disgusto; andate.

CHICHO: *(Riendo rabiosamente)*. Tá bueno; yo no soy el que pierde la partida, tá bueno... *(Mutis por el foro mirando fijamente a María, que habrá ido a sentarse junto a la mesa ocultando la cara entre las manos)*.

Se oye la música del baile, un vals lento.

María y doña Elvira

DA. ELVIRA: *(Entra con la vajilla para colocarla en el aparador)*. Ya está

el baile. ¡Como andaré bolilla! *(Al ver llorando a María)*. ¡Hijita, hijita! ¿Qué le pasa? *(Acariciándola)*. Usted tiene algo; a usted le ocurre algo.

MARÍA: *(La abraza llorando)*. ¡Nada... nada!...

DA. ELVIRA: Sí, dígale a su mamita, aunque sea muy triste, aunque sea muy triste... ¿Le han hecho mal? ¿La engañaron? ¿Por qué rechazó a Fortunato? Diga quién fue. ¿Chicho, acaso?

MARÍA: Todos, todos...

DA. ELVIRA: Explíquese, hija...

MARÍA: Todos, sí, hasta ustedes, que no me enseñaron más que a sufrir y a trabajar, hasta esta vida de miseria que no me da más que esperanzas inútiles.

DA. ELVIRA: ¡Pobre hijita! Las ilusiones de muchachas; las mismas más cuando muchacha.

MARÍA: Quisiera llorar mucho...

DA. ELVIRA: *(Abrazándola)* Venga conmigo, después, tranquila, me cuenta su pena. Ahora se pone su vestidito rosa, y vamos al baile; tal vez allí se divierta, quizá se alegre. *(La lleva hacia la izquierda, tratando de convencerla con caricias, pero no puede contener las lágrimas)*.

Continúa la música del baile.

TELÓN LENTO

Salamanca

Julio Carri Pérez

> Salamanca

(Costumbres cordobesas). Comedia en tres actos.

Estrenada con extraordinario éxito por la compañía Mangiante-Buschiazzo, en el teatro Novedades de Córdoba, el día 11 de mayo de 1915.

A Martín Gil

PERSONAJES

LUISA	Esther Buschiazzo
JUANITA	María Elena Ramírez
MISIA ROSAURA	Herminia Mancini
LOLA	Amalia Bernabé
MARÍA	Jacinta Diana
LA RANCHERA	Ángela Sanguinetti
DON JUAN RAMÓN	Félix Blanco
HORACIO	Agustín Ramírez
MISENO	Juan Mangiante
RAÚL	Nicolás Fregues
MARCO AURELIO	Pedro Gialdroni
GIOVANIN	Gabiel de Mena
DR. LUNA	Ángel Cuartucci
ISMAEL MARUL	“ “
ANTOLÍN SOL	Diego Martínez
JULIO FARNER	Arturo G. Calderilla
ANTONIO	Esteban Gil Quesada
UN MENSAJERO	Pedrito Cuartucci

En Córdoba. Acción contemporánea.

ACTO PRIMERO

AMPLIO PATIO SOLARIEGO. AL FONDO PARED Y ZAGUÁN A UN COSTADO, CON GALERÍA EN PRIMER TÉRMINO. DERECHA E IZQUIERDA, EN PRIMER TÉRMINO, GALE RÍA; EN SEGUNDO, DOS PUERTAS A CADA LADO QUE COMUNICAN A OTRAS TANTAS HABITACIONES. PROFUSION DE PLANTAS Y FLORES; UNA HAMACA Y VARIAS SILLAS. ES UNA DELICIOSA MAÑANA DE PRIMAVERA.

ESCENA PRIMERA

Don Juan Ramón, Miseno, Antonio.

El primero en la hamaca; el segundo paseándose. Antonio va y viene con el mate.

MISENO: Esas son tus eternas macanas.

JUAN RAMÓN: Así hacés todo vos, y por eso que te respetan tanto... ¡Yo no sé también!

MISENO: ¡Claro, hombre, claro! Porque si a Horacio se le antoja ser liberal y ser democrático, dejalo al muchacho, dejalo...

JUAN RAMÓN: *(Indignado)* ¡Vos, defendiéndolo, vos, mi hermano! Un hombre de cuarenta años...

MISENO: Más o menos, che, más o menos y últimamente: yo soy así. A mí me dicen el loco Miseno y soy... de esos locos que vuelven locos a los demás.

JUAN RAMÓN: ¡Qué lindo para un hombre serio!

MISENO: Sí señor... Porque mientras vos y cuatro como vos son pura solemnidad; pura parada; mucho tono; grande de acá *(Tose)* y de acá... a mí se me importa un comino de lo que digan.

Me río, hablo a mi manera, canto las verdades, estoy con los del gobierno y con los de la oposición...

JUAN RAMÓN: *(Interrumpiéndole)* Vas al baile del club de saco...

MISENO: ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¿Te acordás?

JUAN RAMÓN: Basta, basta y basta.

MISENO: Bueno... *(A Antonio)* ¿Y el niño Horacio? *(Con ironía y mirando intencionadamente a don Juan Ramón)*

Este... ¿Y el doctor?

ANTONIO: Ta durmiendo.

MISENO: Si no hay como ser doctor para dormir hasta las doce... Eso da tono. Si se levanta a las ocho ofende la gravedad del título.

JUAN RAMÓN: ¡Pero Miseno, por favor! Dejate de barbarear así...

MISENO: Bueno... *(Breve pausa)*. Che: ahora vamos a hablar en serio.

JUAN RAMÓN: Sí, hombre, sí. ¡Hasta cuándo con la farsa!

MISENO: Vamos a ver. ¿Por qué tenés esa contrariedad con el muchacho? ¿No tiene talento? ¿No es decente? ¿No ha alcanzado ya su título de doctor? ¿Qué más querés?

JUAN RAMÓN: Así me gusta hablar, en serio, como corresponde a dos hombres que tienen apariencias que guardar.

MISENO: Bueno...

JUAN RAMÓN: Mirá: yo sé que a Horacio le sobra inteligencia, le sobra eso que llaman carácter, pero no tiene aspiraciones... ¿Qué carrera querés que haga, aunque sea doctor, si se pone contra el gobierno, dice que es hombre do convicciones y una punta de palabras sin fondo por el estilo? Después él no busca rozarse con la gente de su condición y para colmo, quiere casarse con esa gringa de la Juanita, que en mala hora recibí en mi casa... Todo como si nosotros *(Con gravedad)*

que bien sabes de qué rama descendemos, fuéramos iguales a cualquiera... a los Gracián, por ejemplo.

MISENO: Bueno...

ESCENA II

Dichos, Lolita por el fondo.

LOLITA: Muy buenos días. ¿Cómo les va ?

MISENO: Lolita, qué milagro tan temprano...

JUAN RAMÓN: ¿Qué dice la niña?

LOLITA: ¿Y Luisa?

MISENO: En misa.

LOLITA: ¿Y misia Rosaura?

MISENO: En misa.

LOLITA: ¿Y Juanita?

MISENO: En misa.

LOLITA: ¿Y María?

MISENO: En misa.

LOLITA: ¿Y Horacio?

MISENO: Está durmiendo... Por nosotros no pregunte, que ya ve que estamos acá...

LOLITA: ¡Qué don Miseno, este!

JUAN RAMÓN: Y siéntese, pues. Tome mate con nosotros y hable de sus preparativos para la colación...

LOLITA: Gracias, don Juan Ramón. Me voy a la iglesia a verlas...

MISENO: ¿A verlas o a verlo?...

LOLITA: *(Ruborizada)* A verlas... Verlo no podría porque usted me ha dicho que está durmiendo...

MISENO: *(Rascándose la cabeza)* Me ha comprendido mal... ¡Caramba! Yo le decía por el niño de Praga... Como hoy es la fiesta de la “Milicia Angélica”...

LOLITA: *(Corrida y con timidez)* ¡Oh! Qué cosa... con que... hasta luego, ¿no?... Hasta luego. . .

JUAN RAMÓN: Hasta luego hijita...

MISENO: Y otra vez no me interprete mal.

Mutis Lolita.

ESCENA III

Juan Ramón, Miseno y Antonio.

JUAN RAMÓN: Ahí tenés la muchacha que le conviene a Horacio.

MISENO: No me parece che.

JUAN RAMÓN: Es hija del Ministro de Hacienda...

MISENO: ¡Qué macana!... Yo también soy hijo de mi madre.

JUAN RAMÓN: No he de tener tampoco este gusto, sin embargo... Parece castigo del cielo que la tradición de los Bravo se ha de quebrar en mi hijo. Mirá si no. Ha llegado hace cinco días de Buenos Aires y ni siquiera lo ha ido a saludar al Gobernador que quiere conocerlo...

MISENO: *(Riéndose a carcajadas)* ¡Pero qué notable!... ¡Qué notable!...

JUAN RAMÓN: *(Fastidiado)* ¡Con vos no se puede! ¡Qué barbaridad, hombre!

MISENO: Hablás de que el muchacho haga carrera saludando al Gobernador!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Para que después le haga como a vos, que siendo su amigo de confianza, cuando estuviste 20 años en la Cámara, al volver de Europa, en vez de ascenderte te ha hecho del Concejo Deliberante... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Sí, che: vos sacás mucho con el gobernador. Mirá si no que antes dictabas la ley de las leyes y ahora dictás las ordenanzas sobre patente de perros...

JUAN RAMÓN: ¡Pero Miseno! Ya no se te puede soportar.

MISENO: Bueno...

JUAN RAMÓN: *(Paseándose)* Yo no sé también...
No tienen delicadeza, no tienen aspiraciones ni tienen nada... Soy yo solo el que soporta el honor de la familia, el que lo sostiene contra ustedes que nada hacen... no digo ya por ilustrarlo, ¡por mantenerlo! Mirá: vos sabés que Horacio tiene talla para hacer carrera. ¡Pero, qué ha de hacerla!... Si desde chico se mostró mal encaminado. De la Universidad lo suspendieron porque se puso a discutir el dogma en clase de filosofía. Y ahí tenés: se fue a Buenos Aires y ha vuelto peor. Ahora no solo discute el dogma sino hasta la existencia de Nuestro Señor... ¡Doctores de Buenos Aires!... ¡De Buenos Aires!... Solo sirven para alzar la cresta como gallitos catalanes y no son más que bataraces...

MISENO: Bueno...

JUAN RAMÓN: ¡La familia de los Bravo con semejante hereje y trasperdido!

ANTONIO: *(Dándole un diario a don Juan Ramón)* Aquí está el diario.

JUAN RAMÓN: ¡Ah! ¡Ah! Veamos la manifestación de anoche... *(Buscando)* ¿Dónde está?... ¡Aquí! *(Después de leer algunos segundos)* ¡No, pero están fundidos!... ¡También a quién se le ocurre estar contra

el gobierno! El gobierno, para eso es gobierno; si no fuera gobierno, iríamos a parar a la anarquía... ¡Y la anarquía!...

ANTONIO: Yo los hi oído señor, yo los hi oído...

JUAN RAMÓN: ¿Qué?

ANTONIO: Yo los hi oído cuando pasaban por la plaza gritando que viva don Pegro...

JUAN RAMÓN: Y vos ¿qué hiciste?

ANTONIO: Yo m'hice el sordo nomás.

JUAN RAMÓN: Cuidado, ¿eh? Cuidado, que tu amigo Antenor el cochero de Emilio también se ha metido con ellos.

ANTONIO: Yo nomás l'hi dicho que de sonso nomás si ha mitío. *(Recibe el mate y hace mutis)*.

JUAN RAMÓN: *(Leyendo)* "Al llegar a la calle ancha, la columna se engrosó con un fuerte contingente que estaba detenido frente a la casa del popular caudillo, cuya presencia en los balcones era continuamente saludada con las aclamaciones de la multitud"... *(Riéndose despreciativamente)* ¡Claro! ¡Qué otra cosa va a decir! *La Democracia*. Si es diario de ellos, rabiosamente de ellos... Sigamos: "Reunidos ambos grupos se requirió la palabra del Dr. Horacio... *(Pausa)* del doctor Horacio Bravo" *(Indignado)* ¡Pero esto es una barbaridad! ¡Una barbaridad!

ANTONIO: Tome, señor.

MISENO: Tomá tu torta.

JUAN RAMÓN: ¡Pero qué van a decir Julio y José Vicente!... ¡Y yo que ayer tarde le dije a Ponciano que todo marchaba bien!

MISENO: *(Riéndose a carcajadas)* ¡Pero qué gracioso! ¡Qué gracioso!

JUAN RAMÓN: *(Indignado se pasea por la escena)*.

ESCENA IV

Don Juan Ramón, Miseno, Misia, Rosaura, Luisa, María, Juanita

Las señoras entran por el fondo, volviendo de misa.

JUAN RAMÓN: Acá, todos acá!

ROSAURA: ¡Jesús! ¿Qué hay, Juan Ramón?

JUAN RAMÓN: ¿Y que va a haber? Que Horacio ha dado con todo a la porra, metiéndose con los mulatos.

Murmullo general.

ROSAURA: *(Con aspavientos)* ¡Jesús, María y José! ¿Y qué ha hecho?

JUAN RAMÓN: *(Enseñando el diario)* ¡Aquí está! Ha pronunciado un discurso en los balcones de Pedro, casi al lado del Club, a dos pasos del Cabildo. ¡Adiós diputación y adiós todo! Ahora hasta yo me fundo... ¡Y Ponciano que lo primero que me encareció fue la renuncia de Horacio del partido!

ROSAURA: ¡Por Dios! ¡Señor, este muchacho!...

JUAN RAMÓN: ¡Ahí está tu niño bonito!

ROSAURA: ¡Ay Señor! Esto agregándose a lo otro... ¡Qué hacemos, Señor, qué hacemos!...

JUANITA: ¡Virgen de mi alma!

JUAN RAMÓN: *(A Juanita. Furioso)* ¿Y Vd. quién es, últimamente, para meterse? ¡Vd. tiene la culpa de todo! Ya... ya le he escrito a su padre para que venga y se la lleve.

Juanita se aparta avergonzada

Y en cuanto al caballerito ajustarle las clavijas... Doctor, mayor de edad y todo, nos debe respeto!...

ROSAURA: ¡Voy a llamarlo! *(Golpea, la primera puerta de la derecha)*
¡Horacio! ¡Horacio!

JUAN RAMÓN: Sí. Golpeá que te va a contestar! ¡Ni a cañonazos, después de una noche de discursos!... ¡Si habré visto oradores yo!

ROSAURA: ¡Horacio!

HORACIO: *(Desde adentro)* ¿Qué?

ROSAURA: Arriba que te precisa tu padre. ¡Vamos!

HORACIO: ¡Oh!...

JUAN RAMÓN: Dejalo, ya se levantará.

ROSAURA: ¡Ay por Dios! Y tan bien que iban las cosas... ¡Ay, ay, ay!... ¿Y qué dirá, ese otro doctor, hijo de un diputado nacional, a todo esto? ¡Jesús, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza tan grande!

MISENO: ¿Qué va a decir?... Vení enseñale vos a los porteños, que antes de apuntar ya dan en el blanco... ¡Qué macana!

JUAN RAMÓN: Hay que cubrir por lo menos las apariencias mientras él esté aquí.

MARÍA: Los mozos de este tiempo son otros... ¡Oh, los de antes! ¡Señor, los de antes!

LUISA: *(A Juanita. Aparte)* Vamos che, vamos. Aquí no hablan más que de política...

Mutis ambas por izquierda.

ESCENA V

Dichos, Menos Luisa y Juanita.

JUAN RAMÓN: Ahora me voy yo por ahí a ver el efecto que ha producido el

traspíes y trataré de retardar todas las resoluciones... Les diré que es una muchachada...

ROSAURA: Sí, por Dios. andá...

JUAN RAMÓN: Dame el sombrero.

ROSAURA: *(Después de buscar el sombrero)* Tomá... que Dios te acompañe.

MISENO: Si querés te acompaño yo también.

Renegando se aleja don Juan Ramón por el fondo.

ESCENA VI

Dichos, menos Juan Ramón.

MARÍA: Che: ¿viste que las Ramírez como lo han hecho diputado a don Próspero se colocaron delante y se levantaban antes del toque para que todos las vieran?

ROSAURA: ¡Cierto!

MISENO: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿A que ni el cura queda sin ser desollado? ¿Qué jugamos?

MARÍA: ¡Hablador! ¡Mala lengua! Me voy porque no puedo oírlo.

MISENO: No se vaya María, que no lo digo con mala intención.

ROSAURA: Es que también te has vuelto insoportable, Miseno...

MISENO: ¡Pero Rosaura!

MARÍA: Yo no estoy para burlas. *(Mutis por izquierda).*

ESCENA VII

Dichos, menos María, a poco Antonio.

ROSAURA: *(Dando voces)* ¡Antonio!... ¡Antonio!... Pero vení muchacho...

ANTONIO: *(Entrando)* ¡Señora!

ROSAURA: Andate a lo de la Gorgonia y decile que si la Lolita no se ha desvestido todavía que me la mande.

ANTONIO: Güeno. *(Intenta salir).*

ROSAURA: Oí, vení para acá. Decile también que es de urgencia.

ANTONIO: Güeno. *(Nuevamente intenta salir).*

ROSAURA: Pero oí, tipo, oí. Decile que no es de tanta urgencia porque Horacio no se ha levantado todavía...

Mutis Antonio.

MISENO: Te felicito, Rosaura.

ROSAURA: ¿Y qué? ¿Se te hace que yo me voy a dormir a la sombra y voy a dejar que Horacio haga la locura? ¡No faltaba más! Para algo soy madre y ¿no te parece que debo cumplir con mi deber?

MISENO: ¡Asigún y conforme el chivato es hombre!

ROSAURA: ¡Farsante! ¡Escandaloso!

MISENO: ¡Pero hija! Yo no hago más que darte una opinión.

Las campanas llaman a misa durante dos o tres minutos.

ROSAURA: *(Animándose)* ¿Cómo querés que consienta en que Horacio se case con la Juanita, si la Juanita aunque sea muy buena no es más que la hija de un gringo, de un colono nuestro para yapa?

MISENO: Bueno...

ROSAURA: Che: el doctor Giménez se ha de quedar a almorzar ¿no?

MISENO: Claro que si lo invitás no te va a despreciar.

ROSAURA: Me voy a ver la comida. (*Mutis izquierda*).

MISENO: ¡Qué gran familia la mía! ¡Para algo tenemos tres obispos, dos priores, un superior, una superiora, nueve entre frailes y monjas, y catorce abogados en la parentela! (*Mutis breve por segunda puerta derecha, vuelve con el sombrero y sale por el fondo. Breve pausa*).

ESCENA VIII

Miseno y Raúl; entran por el fondo.

MISENO: (*Como continuando una conversación*) ¿Las campanas? Es cuestión de acostumbrarse, amigo. Siéntese.

RAÚL: Gracias.

MISENO: Preste el sombrero. (*Lo pone sobre una maceta de plantas*).

RAÚL: Pero Córdoba, por sus iglesias, más que una Salamanca, parece un duplicado de Roma...

MISENO: Tenemos de las dos metrópolis: de la del pensamiento y de la de la fe... Pero tiramos más a Salamanca... La Universidad, Vd. comprende... Después de la de Lima, es la más vieja de Sud América...

RAÚL: Me encantan las campanas. Forman una orquestación maravillosa. Hoy, con un poco de atención y de paciencia he contado treinta y tres sonos distintos.

MISENO: (*Rápidamente*) No... no las ha contado a todas. Entre iglesias y capillas son como ochenta y seis... Vea: (*Acompañando la*

enumeración con los dedos) la Catedral, la Compañía, Santo Domingo... (*Orgullosamente*) Ahí está la virgen del Milagro, ¿eh?... la Merced, Santa Catalina, Santa Teresa, San Roque, el Pilar, las Esclavas, las Huérfanas, San Francisco, el Carmen, Santo Tomás, el Amparo, las Concepcionistas, el Huerto, las Adoratrices, La Virgen de Nieva...

RAÚL: (*Interrumpiendo*) Sí, sí... conozco todos los nombres por la guía.

MISENO: ¿Ya ha visitado todo?

RAÚL: En parte. He ido a la Universidad y a la Plaza Vélez Sársfield. Me falta conocer el Abrojal, que me dicen es muy pintoresco... Me faltan también los hospitales. Tengo interés en visitarlos, pues como soy médico... ¿Cuántos hay?

MISENO: (*Rascándose la cabeza*) Este... el San Roque nomás.

RAÚL: ¿Cómo? ¿Nada más?

MISENO: Este... tenemos el de Clínicas, que le falta concluirse y se empezó hace 25 años... Va a ser el mejor de la República... ¿eh?

RAÚL: Será...

MISENO: ¡Ah! Y también en el alto de la Tablada está sin terminarse un manicomio que se empezó a construir en tiempos de don Marcos Juárez...

RAÚL: ¡Está bueno!

MISENO: (*Rápido y haciéndole un tiro*) Eso es cordobés, che, eso es cordobés... El ¡está bueno! ya se le ha pegado...

RAÚL: Se le hace...

MISENO: (*Riendo a carcajadas*) ¿No le digo? El “se le hace” también es nuestro, amigo, también es nuestro... Y conviene que se vaya acostumbrando (*Con intención*) ya que se piensa quedar para siempre...

RAÚL: *(Con extrañeza)* ¿Quién le ha dicho que me pienso quedar para siempre? He venido para acompañarlo a Horacio durante los meses del verano. Nada más.

MISENO: *(Guiñándole un ojo)* Si ninguno de la familia se opone; al contrario.

RAÚL: Pero señor, ¿a qué se puede oponer la familia?

MISENO: ¡Pucha con los enamorados!... No se haga el zonzo... Todos miramos con simpatía las predilecciones que Vd. muestra por Luisa...

RAÚL: ¡Pero señor!

ESCENA IX

Miseno y Raúl; Juan Ramón de improviso por el fondo.

JUAN RAMÓN: Nada. El barro ya está hecho, ya está hecho... *(Cambio brusco al notar la presencia de Raúl)* Señor doctor... Cómo está... tanto gusto de verlo.

RAÚL: El gusto es mío, señor Bravo.

JUAN RAMÓN: Siéntese, siéntese nomás.

RAÚL: Gracias.

JUAN RAMÓN: *(A Miseno)* ¿Ya se ha levantado Horacio?

MISENO: Si recién son las diez y media... ¡Qué se va a levantar!

JUAN RAMÓN: Y el doctor aquí esperando... ¡no es posible! *(Se dispone a despertarlo)*.

RAÚL: Si me permite la confianza, yo mismo lo llamaré.

MISENO: Sí, che, vaya.

RAÚL: Con permiso... *(Mutis por primera puerta derecha)*.

ESCENA X

Miseno, Juan Ramón.

JUAN RAMÓN: ¡Todo al bombo! No he podido verme con el gobernador que ahora está en misa, pero estuve con Parrada y con Ponciano. Los dos me dijeron que no había más que hablar. Que hecho el barro, la candidatura de Horacio se empantana y que para peor, el lodo nos salpica a todos. Francamente, yo no sé qué hacer...

MISENO: Vos seguís donde estás; Horacio que haga lo que le dé la gana.

JUAN RAMÓN: ¿Cómo que haga lo que le dé la gana? ¿Y la vergüenza? ... ¿Te parece poca la que cae sobre toda la familia?

ESCENA XI

Dichos, Misia Rosaura.

ROSAURA: ¿Y qué, arreglaste algo?

JUAN RAMÓN: Nada, mujer, nada. ¡Este muchacho ha hecho la más grande barbaridad de su vida!

ROSAURA: ¡Señor!

MISENO: Vean, vayan a compungirse ahí adentro... que si los oye el doctor Giménez... no me parece propio.

JUAN RAMÓN: ¡Ah! Pero es que esto que pasa no tiene nombre...

ROSAURA: Vení, Juan Ramón, vení... Vamos para ahí adentro. (*Mutis*).
Una vez más las campanas llaman a misa.

MISENO: ¡La misa de once!... ¡Y la pierdo!... Entre pamplinas y atenciones, se me ha ido la mañana... Ese doctor Giménez ahí... y dejarlo... no dejarlo... ¡Me quedo debiendo una misa, pecado venial, nada más!...

ESCENA XII

Miseno; Luisa y Juanita por la izquierda.

LUISA: ¡Tío! A Vd. lo quería ver...

MISENO: Ya me estás viendo.

JUANITA: Es que Vd., don Miseno, tiene que hacerle un favor a Luisita.

MISENO: Que pida nomás. Ya sabe que aunque solterón (*Aparte*)
¡Gracias os doy Señor! me gusta servir a las buenas mozas.

LUISA: Quiero que me busque el coche más lindo de la plaza para el corso de flores de esta tarde.

MISENO: ¿Nada más?

LUISA: Pero que sea lindo, porque irá él...

MISENO: ¿Sí?... ¿Va a ir él? ¿El doctor Giménez?...

JUANITA: Claro, señor.

MISENO: Enseguidita entonces... ya sabés que estoy para servir a la familia.
(*Hace que se va*) Oí... pero tu padre lo pagará... porque yo...

LUISA: Mamá y yo somos de la Comisión Patrocinadora... ¡Cómo cree que no vamos a pagarle! Habrá entradas de sobra y eso

se carga a gastos de comisión...

MISENO: ¡Ah!... Bueno, entonces. Me voy a comprometer algún negro con más parada que el cochero de su señoría ilustrísima.
(*Mutis Miseno por el fondo*).

ESCENA XIII

Luisa, Juanita.

LUISA: Yo siento, m'hija que no podás ir con nosotras esta tarde.

JUANITA: ¡Pero si ya sabés que yo me voy a lo de misia Jeromita y desde el balcón veo el corso!

LUISA: Vos sabés que nosotros te queremos mucho... pero la gente tiene tan mala lengua y es tan orgullosa que vaya a adivinar una lo que dirá después. . .

JUANITA: Pero nena, si yo comprendo bien. ¿Cómo les voy a poner en el ridículo de que vayan al lado de una gringa? No soy de esas que se quieren dar sitios que no les corresponden...

ESCENA XIV

Luisa, Juanita; Raúl y Horacio por la derecha.

HORACIO: Chicas, buenos días.

Raúl saluda ceremoniosamente.

LUISA: (*A Horacio*) ¡Dormilón! Para vos recién amanece...

HORACIO: No, nena, es que estuve bastante enfermo.

LUISA: *(A Raúl)* De pereza... ¿verdad doctor?

RAÚL: Creo en la exactitud de su diagnóstico.

HORACIO: Yo creo que Juanita está hoy más mona que nunca.

JUANITA: ¿Lo dices por adularme? Voy a buscarte el chocolate.

HORACIO: Sos una delicia, Juanita...

JUANITA: Estás amable, Horacio. *(A Raúl)* Para Vd. también le traeré, doctor.

RAÚL: Muchas gracias, señorita. He tomado ya, muchas gracias...

JUANITA: ¡Es verdad que son ya las once! *(Mutis Juanita)*.

ESCENA XV

Luisa, Horacio, Raúl.

LUISA: Pero siéntese, doctor.

RAÚL: Gracias.

Toman asiento.

HORACIO: El viejo debe estar hecho una furia conmigo, ¿no es cierto?

LUISA: *(Avergonzándose)* No le he oído nada... *(Cambiando de tono, a Raúl)* ¿Se divierte mucho en Córdoba, doctor?

HORACIO: No seas provinciana, hermanita. A Vds. les parece que anoche he cometido un crimen y que este otro tendrá el mal gusto de horrorizarse... ¿Si no he hecho nada imperdonable, hija!

LUISA: ¡Qué Horacio, este, tan bromista!

HORACIO: Bueno, si te empeñas en doctorarte en ocultismo, no te digo nada. Habla nomás.

RAÚL: Vd. está de corso de flores esta tarde, ¿verdad?

LUISA: Sí, y promete estar muy lucido... ¿Vd. también irá?...

RAÚL: Desde luego... máxime...

Golpean las manos.

LUISA: Con permiso... ¿Quién es?

ESCENA XVI

Dichos, una Ranchera.

Esta trae una gran bandeja con empanadas y dulces, cubierta con una servilleta.

RANCHERA: ¡Ave María Purísima!... Güenos días tengan sus mercedes.

LUISA: Buenos.

RANCHERA: Manda decir la madre Soledad que tenga muy güenos días su mercé don Juan Ramón y que acá le mand' esto pa que lo tome con la distinguida familia en su nombre y en el de toda la comunidad. Que el budín no está muy güeno pero que otra vez estará mejor.

LUISA: Bueno, prestá.

RANCHERA: Tome su mercé.

LUISA: Con permiso. *(Mutis izquierda)*.

RAÚL: ¡Pero todo esto es muy original, che!

HORACIO: Efectivamente. Son las beatas de Santa Catalina, de las que es síndico mi padre. Siempre nos endulzan la boca con estas cosas... *(Aludiendo a la Ranchera)*. Y es un lindo ejemplar de china... ¿Cómo te va?

RANCHERA: Bien, niño.
 HORACIO: Mirá qué brazos... *(Le toca los brazos)*.
 RANCHERA: Estese quieto niño, pó.
 LUISA: *(Por la izquierda)* Tomá y que muchas gracias. Que está muy rico todo.
 RANCHERA: Me voy, entonces. Adiós niños.
 TODOS: ¡Adiós!
Mutis Ranchera.

ESCENA XVII

Luisa, Horacio, Raúl, Juanita; María por la izquierda.

JUANITA: *(A Horacio)* Aquí tenés tu chocolate.
 HORACIO: ¡Qué buena sos, Juanita!
 MARÍA: *(A Raúl)* ¿Cómo le va, caballero?
 RAÚL: Bien, señora, ¿y a Vd.?
 MARÍA: Así nomás, como Dios quiere.
Horacio se retira a un costado a tomar su chocolate; Juanita, junto a él; Raúl y Luisa, a su vez, se apartan intencionadamente. María por algunos momentos se detiene planta por planta, como recogiendo flores.
 JUANITA: No me hablés más de eso, Horacio. Eso no será posible...
 HORACIO: Pero... ¿por qué, Juanita, por qué?
 JUANITA: Yo no soy más que una gringa y vos sos un doctor, hijo de familia decente... Tu papá ya me lo ha dicho y le ha escrito a mi padre... ¡Vendrá y me llevará!

HORACIO: Que no, te digo. Aunque el viejo se oponga, aunque seas una gringa, te juro que hemos de ser el uno del otro... y no pienses más en ridiculeces... *(Notando que María al advertir el coloquio viene pausadamente hacia ellos)*.
 Ya viene mi tía... ¡qué embromar con esta vieja!
 JUANITA: Tiene la consigna de no dejarnos hablar a solas...
 HORACIO: ¡Le han acertado en la profesión!
Al llegar María al lugar en que están Juanita y Horacio las campanas se desatan tocando alarma.
 MARÍA: ¿Qué?
 LUISA: ¡Jesús! ¡Qué pasará!
Gran extrañeza en todos que puestos de pie, forman un solo grupo.

ESCENA XVIII

Dichos, Rosaura, Juan Ramón, a poco Miseno.

JUAN RAMÓN: *(Entrando precipitadamente con Rosaura)* ¿Qué pasa? ¡Es alarma!
 ROSAURA: ¡Y en las Catalinas! Andá, Horacio, andá.
 HORACIO: Pero qué raro este somatén. Voy a ver. *(Hace que se va)*.
 MISENO: *(Agitado, por el fondo)* ¿Saben lo que pasa?
 TODOS: ¿Qué? ¿Qué?
 MISENO: *(Cortando las palabras por la agitación)* Al dar... vuelta... por la callejuela... viniendo de la plaza... vi... un... tumulto... de gente... frente a Santa Catalina... En eso empezaron las campanas...

JUAN RAMÓN: Pero... ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

MISENO: Que el loco Ustariz, desnudo, se ha metido en el torno y haciéndolo girar ha saltado adentro del Monasterio...

Don Juan Ramón sale desesperado por el fondo.

MARÍA: ¡Señor Dios de los ejércitos!

Forman un cuadro plástico. Misa Rosaura alzando los brazos al cielo repite: "¡Señor!" "¡Señor!". María, de rodillas, reza fervorosamente; a la izquierda, Luisa y Juanita se miran sin salir de su asombro; a la derecha, Raúl da vuelta la cara, tapándose la boca con la mano, esquivando una carcajada; Horacio, cruzado de brazos, mira a todos y cada uno, moviendo la cabeza decepcionado; Miseno, al fondo, se encoge de hombros, como diciendo: "Hay que conformarse".

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado que en el anterior. Es de noche. Un reverbero ilumina el patio.

ESCENA I

Juanita, Lola, Luisa, María, Horacio, Miseno y Raúl.

Todos entran por la izquierda.

JUANITA: ¡Que espléndida noche! ¡Si nos dieran permiso para ir hasta el Paseo...

MARÍA: Siempre Vd. ha de tener ocurrencias.

HORACIO: Tía: diga que no tiene ganas de caminar y basta.

RAÚL: Bien podríamos, en tal caso, pasearnos por la cuadra y ver algo de las fiestas en honor del Presidente. ¿No les parece?

LOLITA: Ya lo creo, si gustan...

MISENO: A mí me gusta Vd., pero no pasearme por la cuadra como las cocineras.

LUISA: Vd. tío, es el mismo bromista de siempre.

MISENO: La broma es que tengo que acostarme temprano. Debo salir al alba con algunos amigos a cazar perdices.

MARÍA: ¡Quédese entonces! Nadie lo llama...

MISENO: Se le hace... ¿Y las muchachas?... Que digan ellas.

LUISA: Nosotras lo que decimos es que vamos si vamos a ir.

MARÍA: Iremos, pues.

Raúl da el brazo a Luisa.

LOLITA: ¿Vamos Horacio?

Juanita tira del saco a Horacio.

HORACIO: No, me quedo, porque espero una visita...

MISENO: ¡Qué tanto embromar! Deme el brazo Lolita... ¿Vamos María?

MARÍA: Yo también me quedo.

MISENO: Bien hecho.

Mutis Luisa, Raúl, Lolita y Miseno por el fondo.

ESCENA II

Juanita, Horacio, María.

Las campanas de una iglesia dan el toque de ánimas. María al escucharlas, mira al cielo, ora en silencio y golpéase el pecho. Horacio al concluir María su oración, le sonrío irónicamente.

HORACIO: Hace bien, tía, en rogar a Dios tan fervorosamente para que la ilumine.

MARÍA: ¡Insolente! ¡Pervertido!

HORACIO: No se exalte, señora. Lo digo porque establezco la escasa concordancia que existe entre sus afanes diarios y el gesto de mansedumbre con que eleva sus preces al cielo...

MARÍA: ¡Este es un atrevimiento! ¡Grosero! ¡Hereje!

HORACIO: Será un atrevimiento, pero es que también me tiene Vd. sofocado con sus chismes, sus fiscalizaciones y sus habladerías. Creo que es más grosero esto, que decirle a Vd. la verdad aunque sea mi tía y peine canas.

MARÍA: ¡Todo por esa... gringa! ¡Ya se nos irá, gracias a Dios!

HORACIO: No. No es por esta gringa... Es porque yo transijo poco con la cobardía y con la mentira... ¡Es una madeja de intrigas y de prejuicios lo que han tejido Vds. a mi alrededor!

MARÍA: ¡Desagradecido! Todo lo hicimos por el bien tuyo... Pero te digo que no me saludés más... Porque quien arrastra el honor de la familia como lo estás haciendo vos, no merece ser considerado gente...

HORACIO: Le he dicho ya, tía, todo lo que tenía que decirle. ¡Estamos arreglados! Ahora prosiga Vd. golpeándose el pecho, confesándose tres veces al mes, haciendo caridad a los pobres y... dañando al prójimo con chismes...

MARÍA: ¡Jesús, María y José! Esto es ya lo último... *(En medio de grandes protestas se aleja por la izquierda).*

ESCENA III

Juanita, Horacio.

JUANITA: Todo por mi culpa, Horacio. ¡Para qué nos quisimos!

HORACIO: No, Juanita. Todo por el modo de ser de mi gente. Nuestro amor... ¡Si es la única luz que me ilumina desde que llegué!

JUANITA: ¡Cómo me trata tu familia!... ¡Y cuánto mal te he hecho! En la iglesia hoy no se hablaba de otra cosa sino de lo que llaman tu extravío... Y mañana en la Universidad, si vas como te propones, te harán toda clase de desprecios...

HORACIO: Me regocijarán esos desprecios... A la vez me regocijaré con nuestros salamanquinos doctores.

JUANITA: De un momento a otro debe llegar mi padre...

HORACIO: No le temas, ya sabes que tengo el plan...

JUANITA: Ese plan no me convence...

HORACIO: Yo conozco a mi familia. Una escapada nuestra de la casa, salvaría la situación. Mis padres por la repercusión social del suceso, para evitar un escándalo y por sus convicciones religiosas tan arraigadas, irán a suplicar que nos casemos...

JUANITA: ¿Y la vergüenza que caerá sobre mí?

HORACIO: No caerá ninguna vergüenza. Yo no soy ningún infame... Te llevaré a casa de tus tíos, los que viven en San Vicente y que ya están de acuerdo conmigo. Solo nosotros y ellos conoceremos el secreto. La estrategia, si no en la forma, en

el fondo será honestísima y el resultado espléndido. . .

JUANITA: No... no me atrevo...

HORACIO: ¡Cállate que vienen!

ESCENA IV

Juanita, Horacio, Rosaura, Juan Ramón y María por izquierda.

JUAN RAMÓN: *(A Horacio)* Caballerito, ¡esto es ya insoportable!

HORACIO: Como le parezca, papá.

MARÍA: Me ha insultado escandalosamente, haciendo farsa de la iglesia...

HORACIO: Se equivoca, tía. No he hecho farsa de la iglesia. He aludido únicamente, a sus prácticas nada cristianas...

JUAN RAMÓN: ¡Esto debe acabar ya! No estamos dispuestos a soportar el bochorno de tu conducta.

ROSAURA: *(Alzando los brazos al cielo en actitud de rogar)* ¡Jesús de mí vida! ¿Qué mal te hemos hecho, señor, qué mal para tanto castigo?

JUAN RAMÓN: *(A Juanita)* Y Vd., señorita, ¿qué hace aquí?

HORACIO: Papá, no sea así. Cargue todo lo que quiera sobre mí, pero no sobre ella.

JUANITA: *(Abatida y alejándose por la izquierda)* Respetá a tu padre, Horacio... *(Para sí misma)* Arreglaré mis cosas de una vez.

HORACIO: Bueno, vamos a ver. ¿Qué se opone a mi casamiento con la Juanita?

ROSAURA: ¿Qué qué se opone?

JUAN RAMÓN: Nada... tenés razón. Basta.

HORACIO: ¡Para que se acaben todas estas historias, me voy a Buenos Aires, y tan amigos como siempre! Así Uds. continuarán orgullosos de la tradición de la familia, muy de confianza con el gobernador, sin que nadie se dé cuenta de que tienen un hijo mancillado por el horrendo crimen de estimar en mucho la independencia de carácter y la verdad; que huye de vulgares ostentaciones de pergaminos. Si valgo, valgo por mí mismo, no valgo por lo que fueron mis mayores, ¡qué diablo!

MARÍA: ¡Cuánto pecado, señor, cuánto pecado! *(Mutis fondo)*.

ESCENA V

Horacio, Juan Ramón, Rosaura, Marco Aurelio por el fondo.

MARCO AURELIO (M. AURELIO):

Zeñora tía; zeñor tío, la bendición.

ROSAURA: Dios te dé su gracia, hijo.

M. AURELIO: ¿Cómo te va, Horazio?

HORACIO: Bien, ¿y a vos?

ROSAURA: *(Notando que Marco Aurelio está en traje de etiqueta)* ¡Cómo te queda el tubo!

M. AURELIO: Como a toda la familia... Viera qué tareaz tengo con loz preparativoz de la colación.

HORACIO: Cierito que sos el canciller.

ROSAURA: Pero sentate, Marco Aurelio.

M. AURELIO: *(Sentándose)* Y también atareado con loz festejoz en honor del prezidente.

ESCENA VI

Dichos, Antolín Sol.

ANTOLÍN: *(Golpea las manos en la puerta de calle; sale Rosaura a recibirlo).* ¿Cómo está, señora? ¿El doctor Bravo?

ROSAURA: ¡Ah! Es a vos Horacio... Adelante.

Horacio sale a recibirlo. Juan Ramón y Marco Aurelio se ponen de pie.

HORACIO: Don Antolín, tanto honor...

ANTOLÍN: *(A Juan Ramón)* Señor Bravo: mucho gusto *(a Marco Aurelio)* ¿Cómo le va, doctor?

HORACIO: Siéntese, hombre, siéntese.

ANTOLÍN: *(Sentándose)* Le debía esta visita. Desde que supe su llegada quise venir a saludarlo, pero cada día me lo impedían nuevas tareas.

HORACIO: ¡Y cómo le agradezco! Esto es un verdadero honor para mí... ¿Querrá creerme que es la primera visita de un intelectual que recibo desde que llegué?

ANTOLÍN: *(Con ironía)* ¡Oh, no! Pero si aquí está el doctor...

HORACIO: Es de la familia este...

ANTOLÍN: ¡Ah! lo comprenden las generales de la ley.

M. AURELIO: *Azí ez zeñor.*

HORACIO: Pero la suya vale por todas. Lo he seguido desde Buenos Aires, afianzándome en la convicción de que Vd. a la cabeza de la generación que despunta, es de los muy pocos que con verdad honran intelectualmente a mi pueblo...

M. AURELIO: *(Sintiéndose aludido)* Con permiso de uztedez, voy a retirarme. *(Saludos. Alejándose con Rosaura y Juan Ramón).* Volveré dentro de un rato, cuando no ezté ezte...

(Mutis).

JUAN RAMÓN: Con permiso señor Sol.

ROSAURA: Con permiso señor Sol.

Mutis ambos.

ANTOLÍN: Es de Vd., señora.

ESCENA VII

Horacio, Antolín.

ANTOLÍN: ¿Ha visto cómo me quieren? Parece que estuviera de visita el diablo

HORACIO: Mi ilustre primo lo hace de envidia.

ANTOLÍN: No diga eso, hombre. ¿No ve que es uno de nuestros intelectuales representativos? Salamanquino puro.

HORACIO: Ese es un chiste, don Antolín.

ANTOLÍN: ¡Oh! ¿Y por qué?... Este Marco Aurelio ha publicado en el pasquín de ellos, una crítica a mi último libro. Por cierto que le contesté revolcándolo y diciéndole cuatro verdades. A mí que no me piquen... Yo no me meto con ellos y que ellos no se metan conmigo... Si me buscan, me han de hallar.

HORACIO: Y Vd. sigue impertérrito. En Buenos Aires es mi comprovinciano más conocido. Sus escritos de vulgarización científica, interesantes como sabrosos, gozan de enorme popularidad; y sus libros son juzgados con todo elogio.

ANTOLÍN: Sin embargo, algunos perros de aquí me ladran... Se les ocurre que si no soy el diablo en persona, soy su entenado, por lo menos.

HORACIO: ¡Esta es la "Salamanca" que voceamos tanto!

ANTOLÍN: No, como Salamanca, tenemos una punta de edificios viejos...

HORACIO: Pero... ¿Y lo otro? Hoy estamos peor que antes, don Antolín. Vd. ve: la Universidad... la muchachada que sale... los prejuicios de todo orden que presiden la vida de la ciudad... las miserias políticas...

ANTOLÍN: *(Riéndose)* ¡Ya sabía que iba a salir con lo de las miserias políticas! Son inconfundibles Vds. los constitucionales. En cualquier conversación ya le largan una paliza al gobierno y cantan un himno a la pureza cívica.

HORACIO: Ya sé que Vd. es mi adversario.

ANTOLÍN: No, hombre, en política, yo soy adversario de todos, porque creo que todos en el gobierno son iguales. Escuche mi consejo: déjese de política y estudie, que eso le va a dar más.

HORACIO: ¡Qué quiere, don Antolín! Yo creo que la política necesita de la juventud y que en la lucha se retemplan las energías y se forman los caracteres.

ANTOLÍN: Sí, pero hasta por ahí nomás... *(Cambiando de tono)* He oído que lo harán diputado por la Capital...

HORACIO: ¡Quién sabe!

ANTOLÍN: Aquí tienen asegurado el triunfo.

ESCENA VIII

Dichos, María y Luisa por foro.

MARÍA: *(Al ver a don Antolín. Rápidamente)* ¡Cruz diablo!

LUISA: ¡Ay! ¡Antolín Sol.
Las dos pasan de largo, diciendo secamente: "Buenas noches".

ANTOLÍN: Muy buenas.

HORACIO: Che, nena, ¿y Raúl?

LUISA: Mientras nosotras nos fuimos a acompañarla a Lolita hasta su casa, se quedó con tío Miseno en la esquina, conversando con el doctor Pérez... Ve precisamente, ahí vienen. *(Mutis).*

ESCENA IX

Horacio, Antolín, Raúl y Miseno por foro riendo a carcajadas.

MISENO: ¡Oh! ¡Mi querido amigo Sol! ¿Cómo le va?

ANTOLÍN: ¿Qué dice, Bravo?

HORACIO: Voy a presentarle un íntimo amigo, el doctor Raúl Giménez.

RAÚL: Es un verdadero honor conocer a. Vd.

ANTOLÍN: Gracias, doctor.

RAÚL: Todos estos días le instaba a Horacio me presentara a Vd. Yo creo que venir a esta ciudad y no visitar a Antolín Sol, es como ir a Roma y no ver al Papa, o ir a Pisa y no visitar la torre...

ANTOLÍN: Le repito mis gracias.

HORACIO: ¿Y de qué se reían tanto al entrar?

MISENO: ¡Algo estupendo! ¡Cómo se va a reír mi querido amigo Sol! Se lo voy a contar para que haga un artículo lindo, de esos suyos.

ANTOLÍN: Vamos a ver.

MISENO: Bueno. Estábamos con el doctor en la esquina, cuando llega don Justiniano Pérez, que volvió hace tres o cuatro días de Europa. Nos pusimos a hablar de su viaje, y él nos largaba macana sobre macana. El doctor no podía con la risa, mientras yo le daba sogá a don Justiniano para que largase nomás, que largase... Bueno... Seguro después de oír lo de que don Justiniano se fue en un saco y ha vuelto en una bolsa, se me ocurre preguntarle: “Dígame, don Justiniano, y entre tantas cosas que ha visto, no ha visto la espada de Damocles?”. “Cómo no, hombre –me contesta–. Allí estaba en el Museo del Louvre, en una caja colorada con vidrio encima”...

Todos ríen estrepitosamente.

HORACIO: ¡Qué pedazo de bárbaro!

ANTOLÍN: ¡Oh! Sí, don Justiniano es así. En una carta que le escribió a su mujer le dijo que había ido a Venecia a conocer las palomas de San Marcos y ver si podía traer un par para sacar cría... Pero que se decepcionó al comprobar que lo de San Marcos era una macana y que las palomas eran de esas de Castilla... palomitas nomás...

RAÚL: Ha, de ser cuento todo eso.

MISENO: Histórico, doy fe... Pero todavía falta lo mejor. Después de dejarlo a don Justiniano nos veníamos riendo cuando antes de llegar acá lo encontramos a don Antenor Luna.

ANTOLÍN: Otro rico tipo.

MISENO: Que también ha estado en Europa. Bueno. Nos preguntó de qué nos reíamos y le conté las barbaridades del doctor Pérez, pidiéndole, las rectificara. “¡Es un animal este Justiniano! –me dijo– ¿Qué sabe él de reliquias históricas? La espada de

Damocles está en el Escorial de Madrid, toda herrumbrada, entre las armas del tiempo de Felipe II”.

Nuevas carcajadas.

ANTOLÍN: ¡La enmienda peor que el soneto!

HORACIO: ¡Esto es increíble! ¡Hágame usted el favor con la cultura de nuestras clases superiores!

ANTOLÍN: Si acá todo es una mistificación. Porque vea...

ESCENA X

Dichos, el Dr. Luna.

DR. LUNA: *(Descompuesto, precipitadamente por el fondo)* ¡Socorro!
¡Socorro!

Todos se ponen de pie, alarmados.

¡El desnudo! ¡El desnudo!...

MISENO: ¡Adiós mi plata!

HORACIO: ¿Pero qué dice este hombre?

MISENO: Doctor, doctor... ¿qué le pasa?

DR. LUNA: Ahí... a la vuelta... el desnudo.

MISENO: Cállese, doctor. Horacio, andá trae un poquito de cognac que está casi desvanecido.

HORACIO: Al instante *(Mutis izquierda)*.

MISENO: Anímese, doctor, ya pasó todo.

DR. LUNA: ¿Y lo han perseguido?

MISENO: Sí, hombre, sí.

ESCENA XI

Dichos, a poco Juan Ramón, Luisa, Rosaura, María, por izquierda.

- HORACIO: *(Por izquierda)* Aquí está el cognac...
- MISENO: Prestá... *(Al doctor Luna)* Tome doctor.
- ROSAURA: ¿Pero, qué ha pasado?
- JUAN RAMÓN: ¿Y cómo ha sido, doctor?
- DR. LUNA: Al dar... vuelta... la esquina... viniendo del club... se... me... apareció... el des... nudo... y, dan... do... un... ala... rido qui... so... agarrarme... *(Temblando de pavor)* ¡Uy!
- HORACIO: Reanímese, doctor, ya ha pasado todo.
- RAÚL: Pero, ¿qué es el desnudo? Yo no entiendo una palabra...
- ANTOLÍN: El desnudo es un hombre que aparece después de las 9 de la noche. Va cubierto de una capa de goma y al que encuentra, echándose para atrás la capa, lo saquea, y si se resiste... *(Haciendo un ademán en el cuello)* ¡Crak!
- RAÚL: Se explica el terror, entonces...
- ANTOLÍN: *(Al doctor Luna)* ¿Quiere que lo acompañe hasta su casa, doctor?
- DR. LUNA: Sí... me hará.... el favor.
- HORACIO: Me voy con Vds. Tengo que dejar listo cierto asunto...
- JUAN RAMÓN: ¿Qué asunto es ese?
- HORACIO: Un encargo de Buenos Aires.
- MISENO: *(A Raúl)* ¿Quiere doctor que demos una vuelta? Tengo que comprar balas para mañana...
- ANTOLÍN: ¿Alguna revolución?

MISENO: De tripas... se hacen las cuerdas.

Saludos generales. Mutis por el fondo, Antolín Sol, el doctor Luna, Horacio, Raúl y Miseno.

ESCENA XII

Rosaura, Juan Ramón, Luisa, María.

- ROSAURA: ¡Pobre doctor Luna! ¡Que terrible alteración tiene!
- MARÍA: *(Mientras mete la mano al bolsillo y saca papel y tabaco para fumar)* Yo andaba con mucho miedo ahora cuando fuimos a acompañarla a la Lolita hasta su casa... ¡Ah! Y la Lolita está muerta de envidia... *(Enciende el cigarrillo)* lo que ve que esta otra se va a casar con el doctor Giménez...
- ROSAURA: Como todas, che. Son una punta de tiñosas... ¿Y de Horacio no te habló?
- MARÍA: Así nomás, haciéndose la resentida, pero yo le hice comprender que de cualquier modo Horacio no se casará con la Juanita...
- ROSAURA: ¿Y la Juanita, dónde está?
- LUISA: Se acostó a dormir.
- ROSAURA: ¡Mirá! La Princesa de Borbón...
- JUAN RAMÓN: ¡Este Giovanin que no viene! Ya no podemos tener ni un día más a esa muchacha en nuestra casa... Consentimos en cuidarla para que acompañara a Luisa hasta el Conservatorio, pero aceptarla en la familia... ese es canto de otro gallo.
- LUISA: ¡Y se está haciendo insoportable! Los favores de Horacio la han dado alas...

ROSAURA: Ya se las cortaremos. Ahora debe volver Marco Aurelio para que lo afrontemos seriamente a Horacio. Él lo convencerá...

JUAN RAMÓN: ¡Porque ve que hemos tenido dolores de cabeza con esta descarrilada del muchacho! Toda mi situación política por el suelo... Vds. desairadas por el gringo de la Escuela... El porvenir de Horacio hecho humo...

MARÍA: Para mí que el doctor Giménez arreglará el barro. Hay que concertar el casamiento...

LUISA: *(Con desconsuelo)* ¡Y en serio todavía no me ha dicho nada!

ROSAURA: ¿Y de ahí? Pero es como si ya estuviera hecho todo.

JUAN RAMÓN: Entrando el doctor Giménez a la familia, ya lo podrá llamar al orden a Horacio; su padre es un diputado nacional y con su influencia quedará bien parado ante el gobernador; lo haremos padrino del casamiento y le deslumbraremos la vista a los que ahora quieren mirarnos por sobre el hombro...

MARÍA: ¡Ahí está la cosa!

ROSAURA: Pero con todo, nos quedaremos con el desprecio que nos han hecho las "Damas del Divino Nombre"...

LUISA: ¡Cierto, mamá! Nuestra asociación queda por el suelo.

JUAN RAMÓN: ¿Y no lo mandaron al rubiecito ese de intermediario?

ROSAURA: ¡Es una monada el muchacho! ¡Farner defenderá nuestros intereses!

LOLITA: ¡Tan amable y tan inteligente que es!

JUAN RAMÓN: ¿Y es periodista del diario *La Opinión*, no?

ROSAURA: ¡Claro! Y por eso nos sirve mucho.

JUAN RAMÓN: ¿Y a qué hora vamos a tomar el mate?

ROSAURA: Estaba esperando que venga Marco Aurelio, pero es lo mismo. *(Llamando)* ¡Antonio! ¡Antonio!

ANTONIO: *(Por izquierda)* ¿Qué hay?

ROSAURA: Cebá mate, pues.

ANTONIO: Güeno.
Se siente un prolongado son de clarín.

JUAN RAMÓN: ¿Oyen? ¿Qué era eso?

MARÍA: Ha de ser algún incendio y pasan los bomberos.

LOLITA: No, tía, es que ha de pasar el Presidente.

ROSAURA: ¿El Presidente, che? Vamos a ver.
Todos se asoman a la puerta de calle.

LUISA: Vean, ahí pasa.

JUAN RAMÓN: Sí, che, tapame que no me vea en esta traza.

LUISA: ¿Qué buen mozo, no?

ROSAURA: Mirá, el ministro de Gobierno.

JUAN RAMÓN: Tapame, te digo; tapame que no me vea.

ROSAURA: ¡Qué te voy a tapar si pasan por la esquina!

LUISA: ¡Cuántos coches! Ese de uniforme con muchos galones y medallas debe ser el Ministro de la Guerra...

MARÍA: Ahí va el señor Obispo. Saludá. Rosaura, saludá.

ROSAURA: *(Haciendo una reverencia)* Él también me saludó a mí.

LUISA: Ahí va el doctor Armando. ¡Qué bien que le queda el frac!

MISENO: Y nos ha saludado, también.

JUAN RAMÓN: ¡Y yo sin poder ir con ellos!

ROSAURA: Ya es toda chamuchina.

LUISA: ¡Cuánta gente viene a piel!

JUAN RAMÓN: Entremos para no vernos en algún compromiso.

ROSAURA: Sí pues...

Todos vuelven al patio.

¡Y ese tipo que no trae el mate! (*Llamando*) ¡Antonio!
¡Antonio!... Ni contesta. ¡Antonio!... Pero caramba, voy a
ver qué le pasa. (*Mutis*).

ESCENA XIII

Dichos, Julio Farner.

JULIO: Muy buenas noches. Abusando de la confianza de ustedes
entro de largo.

LUISA: ¡Qué esperanza! Vd. es como de la casa.

JUAN RAMÓN: ¿Cómo está joven? Siéntese.

JULIO: ¡Uff! Vengo sofocadísimo. He tenido un trabajo enorme,
pero creo que vamos a triunfar.

LUISA: ¡Qué suerte!

JULIO: Sí. Estuve con todas esas señoras y haré que mañana *La
Opinión*, les pegue un palo fuerte.

MARÍA: Bien hecho.

ROSAURA: (*Por la izquierda*) Se me ha ido a la calle este bandido... (*A
Farner*) ¿Cómo le va Farner? ¿Cómo han andado las cosas?

JULIO: Bien, señora, nuestro triunfo es indiscutible.

ROSAURA: ¿Le parece?

JULIO: ¡Oh! Señora, nosotros disponemos de medios que ellas no
disponen.

JUAN RAMÓN: Eso es cierto... ¿Y cómo vamos a hacer?

JULIO: Muy sencillo. Las del "Divino Nombre" son enemigas del

teatro. Nosotros hacemos una velada y representamos una
comedia entre muchachas y muchachos.

ROSAURA: ¡Eso es! Para que rabien.

JULIO: Y elegimos una comedia en la que salgan esas damas que
organizan beneficios para comprarse trajes de invierno, de
verano, de primavera, y de otoño, según sea la estación...

JUAN RAMÓN: ¡Muy lindo!

ROSAURA: ¡Esa es la cosa! Y al fin y al cabo les diremos la verdad con lo
de los trajes...

JULIO: Bueno. Yo me voy al diario a dar la noticia y a iniciar los
trabajos.

Todos acompañan a Julio hasta la puerta.

MARÍA: Vamos Luisita a cumplir tu promesa; tenemos que rezar el
Rosario.

LUISA: Sí, tía, vamos.

Mutis ambas, por izquierda.

ESCENA XIV

Rosaura, Juan Ramón, Marco Aurelio.

M. AURELIO: ¡Ya estoy aquí, uff! Vengo fatigadísimo.

JUAN RAMÓN: ¿Marchan bien las fiestas?

M. AURELIO: El señor Prezidente está muy satisfecho...

ROSAURA: Y en ninguna parte lo van a recibir como lo recibimos aquí.
¿Ya se fue a dormir?

M. AURELIO: Zí; tiene que dezcanzar de zuz fatigas y además mañana
ez la miza en la Compañía.

JUAN RAMÓN: Pero che Rosaura, ¿y el mate? Esto está peor que el mate de las Morales.

ROSAURA: Sí, se me ha ido a la calle ese bandido y la sirvienta ya está durmiendo.

M. AURELIO: ¿Qué han rezuelto del casamiento de Luiza?

ROSAURA: Que se realizará, nomás. ¿Y qué te parece si para decidirlo al doctor Giménez hacemos salir la noticia en el diario?

M. AURELIO: Me parece que sería prematuro. Más bien una zilueta...

ROSAURA: *(Interrumpiéndole)* ¡Callate ahí vienen Horacio y Miseno!

ESCENA XV

Dichos, Miseno, Horacio.

MISENO: *(Que trae un paquete en la mano)* ¿Cómo te va Marco Aurelio? Estás hecho un modelo de elegancia.

HORACIO: Toda la ciudad es una feria...

MISENO: En la plaza han colgado bombitas de luz eléctrica...

HORACIO: De buena gana me quedaba sin dormir esta noche.

JUAN RAMÓN: Tal vez te quedes sin dormir con las verdades que te vamos a cantar.

MISENO: ¡Ah! Yo me voy a dormir en seguida. Y desocupen temprano el patio. Voy a traer mi catrecito a la crimea acá, pues tengo que levantarme a las cuatro. Como los amigos vendrán a buscarme, así oíré cuando llamen. Ya saben, ¿eh?

JUAN RAMÓN: ¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

MISENO: Bueno, yo les aviso. Voy a arreglar mis cosas. *(Mutis derecha)*.

ESCENA XVI

Dichos menos Miseno.

JUAN RAMÓN: *(A Horacio)* Ahora, vamos a hablar con Vd., seriamente.

HORACIO: Papá, hágame el favor de no promover discusiones.

M. AURELIO: De la dizcuzión naze la luz, dijo el profeta... Ella ez necesaria en la zoziedad, en la familia y en el individuo. Por ella llegaremos a la verdad, ha dicho Veuillot, el gran Luiz Veuillot.

JUAN RAMÓN: Y aunque no lo haya dicho nadie, aquí es preciso hablar claro, de una vez. No podemos continuar en este "modus vivendi" –porque este es un "modus vivendi"– ¿verdad, Marco Aurelio?

Marco Aurelio asiente con la cabeza.

perjudicial para nuestros intereses políticos y sociales...

M. AURELIO: Muy juzto, zeñor tío.

JUAN RAMÓN: ¿Cuándo iba a figurarme yo, que debía soportar el desprecio enorme de no ser invitado a ninguna de las fiestas en honor del Presidente de la República? ¿Qué cara tengo yo para salir a la calle ahora?

HORACIO: La de siempre, papá.

JUAN RAMÓN: ¿No sabés que mis grandes amigos de la situación apenas si me saludan? ¿Y que mis acciones en el ánimo del gobernador ahora están en la baja? ¿Y todo por qué? Por tus extravíos, por tu oposición, por tu liberalismo...

HORACIO: ¿Y qué quiere que haga?

M. AURELIO: Ya veremos ezo. Hable Vd. tía, como habíamos convenido...

ROSAURA: ¡Ay, hijo! Mi vida no es vida, apenada y avergonzada como estoy por tus desatinos. Hoy he recibido el golpe más fuerte: el desprecio de un gringo como el director de la Escuela, que ha cedido el parque para la kermesse a la sociedad del “Divino Nombre”, cuando le correspondía a la de las “Damas Caritativas” que yo presido... Y la gente inferior se cree con derecho a mirarme en menos, desde que vos te has puesto a propalar que te casarás con la Juanita... ¡Con la Juanita!... ¿Qué voy a decir, pues?

M. AURELIO: Y qué dices tú ahora?

HORACIO: ¿Yo? Nada más que esto: que me caso mañana mismo, me caso y mañana mismo me voy a Buenos Aires para siempre. Quedamos todos en paz.

JUAN RAMÓN: ¡Bonita solución!

ROSAURA: Pero... ¿y el doctor Giménez?

HORACIO: ¡Tanto preocuparse con el doctor Giménez! No sé qué se proponen...

JUAN RAMÓN: Salvarte en su concepto.

HORACIO: Pero si el doctor Giménez es mi amigo íntimo, sabe lo que soy yo, sabe lo que son Vds., sabe lo que es mi pueblo, sabe todo. ¿Qué quieren aparentar?

JUAN RAMÓN: ¿Y creés que siendo hijo de una gran familia, con su padre diputado nacional, querrá entrar en la nuestra, expuesta a todo por tus desvaríos?

HORACIO: ¿Qué?... ¿Entrar en la familia?... ¿Qué lío es este?

JUAN RAMÓN: Ya se ve que sos muy amigo cuando no sabés ni te ha dicho nada de la cosa...

HORACIO: No entiendo una palabra, pero de todos modos vamos a concluir. Yo vine creyendo encontrar el hogar tibio y

cariñoso de siempre, en el que se haría abstracción de toda diferencia política, o de ideas; y me encuentro con que se quiere aprisionarme en un formidable círculo de hierro... Aquí, antes que la dignidad del hijo, están las conveniencias políticas del padre; aquí, antes que la felicidad del hijo están los prejuicios sociales de la madre... Y para que el gobernador y la familia tal no piensen esto y lo otro, ya está anarquizada la casa y separado el hijo de los padres... ¡En qué pueblos vivimos, señor! ¡Qué concepto de la vida es este!

M. AURELIO: Ahora hablaré yo. *(Se suena las narices. Al guardar el pañuelo, saca unas tarjetas del bolsillo)*. Aquí tiene, tía, laz tarjetaz para la colazión.

ROSAURA: ¿Para la colación, che? Las estábamos extrañando... ¿Cuántas has traído ?

M. AURELIO: Una de familia y otra personal para el doctor Giménez.

ROSAURA: Eso es.

M. AURELIO: Ahora hablaré, puez. *(Con tono solemne)*. Mi querido Horazio: por el mucho cariño que te tengo y respondiendo al inzistente llamado de tuz padrez, he dejado miz atenzionez protocolarez de eztoz momentoz, para acudir a ezta ezpezie de conzejo de familia.

HORACIO: Se agradece... y llámenlo al consejo al tío Miseno y a tía María entonces...

M. AURELIO: Ezo podría zer una pulla pero lo tolero como una indizcrezión, ya que ha dicho Lacordaire, que debemoz siempre compadecer al indizcreto... Ez prezizo que reazionez: tú tienez talento, muchaz buenaz cualidadez, una brillante tradizión de familia, un título universitario; un porvenir, zi te encarrilaz, lizonjero y envidiable...

HORACIO: ¡Gracias por todo!

M. AURELIO: Ha dicho Quintiliano que la vida ez bella para loz que zaben vivirla...

HORACIO: (*Interrumpiéndole*) No, no fue Quintiliano, fue Pero Grullo...

M. AURELIO: Y tú te encuentraz en condizionez de zaberla vivir con ézito... Pero te ofuzcaz con ziertoz modernizmoz incandezentes y detonantez, y te atraez, la odiozidad de todoz y el dezprezio de tu familia...

JUAN RAMÓN: ¡Cómo habla este sobrino!

M. AURELIO: Trez lineaz retaz tienez para cubrirte de fortuna y añadir nuevoz laurelez a la gloria de tu eztirpe: primero, cazarte con Lolita Roldán, hija del Miniztro de Hazienda; zegundo, renunziar del partido Coztituzional, haziéndote del Legal y terzero, ingrezar a la Congregación de loz Luizez... Ez precizo que recuerdez que te devez a tu pueblo. ¿No me vez a mí? Y no te vendría mal gestionar una zuplenzia de cualquier cátedra, en la Universidad... La de Público Ecclziástico creo que ezta vacante.

HORACIO: Has perdido el tiempo inútilmente y renuncio a contestarte como debiera... ¡y acabemos la fiesta en paz!

ROSAURA: ¡Este muchacho es de piedra!

HORACIO: Si he de ser algo, les repito, lo seré por mí mismo, no por mis mayores. Ellos cumplieron su deber como lo entendían; ahora he de cumplirlo yo.

M. AURELIO: ¡Echando inominia zobre zuz memoriaz venerablez; no haziendo honor al pueblo que te ha vizto nazer...

HORACIO: Salamanca... ¿verdad? Eso en otro tiempo, Marco Aurelio, cuando sus hombres, descollantes todos en la vida nacional, eran otros... Ahora dormimos sobre los laureles...

M. AURELIO: ¡Ezto ez un reto sangriento!

HORACIO: No; es una verdad de a puño.

M. AURELIO: ¿Ez ezta toda tu zapienzia difuza de abogado metropolitano?

HORACIO: (*Con sorna*) Desde luego muy inferior a la tuya, Marco Aurelio.

M. AURELIO: Sí, porque la mía ezta zometida a rígidaz diziplinas. Porque ha dicho Tertuliano...

HORACIO: Mirá, Marco Aurelio: vos sos uno de tantos doctores de mi pueblo, acaso el prototipo...

M. AURELIO: Ez un honor.

HORACIO: Inflado en suficiencia y en pedantería, vacío de saber, sometido a principios filosóficos absorbentes y unilaterales; ergotista y campanudo; que por llamarte como te llamas y por ser “doctor”, sos bueno tanto pura un barrido como para un fregado; árbitro en esta ciudad en asuntos teológicos y jurídicos; en música, en pintura, en letras, en teatro; sociólogo, periodista, escritor y polemista, y... ¿sabés al último lo que sos? Un buen muchacho perdido por el medio, un doctor, nada más, de esos doctores que produce ahora nuestra decantada Salamanca...

M. AURELIO: (*Poniéndose de pie, con enojo*) ¡Inzolente! ¡Renegado!

JUAN RAMÓN: Aquí ya no queda otro remedio que los extremos.

M. AURELIO: Quédate con tuz impertinenzias y tuz eztravío. Yo no he estudiado para convezner a laz piedraz, zinó a loz hombrez, como conteztó Veuillot a un inzolente...

HORACIO: Con tus razones es más fácil que conveznas a las piedras que a los hombres...

ESCENA XVII

Dichos, Miseno.

MISENO: *(Entrando por la derecha)* ¡En! ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué bochinche es este? ¡Aquí no se puede estar tranquilo! ¡Es una cosa bárbara!

JUAN RAMÓN: ¡Andá vos para adentro! Qué te tenés que meter.

MISENO: Mirá Marco Aurelio: a Horacio no lo vas a doblar vos, ni este, ni esta, ni yo, ni nadie. Así es que antes de irse a las manos como amenazan, andate vos... a tu casa, que nosotros nos vamos a dormir.

ROSAURA: ¡Pero salí vos para adentro! ¡Hablador!

M. AURELIO: De todaz maneraz me voy. La bendición mi tía, la bendición mi tío.

ROSAURA: ¡Dios te bendiga!

JUAN RAMÓN: ¡Dios te bendiga!

M. AURELIO: Buenaz nochez. Mañana vendrán laz chicaz de caza para ir con uztedez a la colación.

ROSAURA: Bueno, las esperamos. Hasta mañana.

ESCENA XVIII

Dichos, menos Marco Aurelio, Antonio, que entra escondiéndose tras de las plantas.

MISENO: Pero aquí parece que anda un perro... ¡A ver! ¡Ah!... ¡pero si había sido Antonio!

ROSAURA: Y perro nomás es. ¿Dónde está ese trompeta?

MISENO: Acá, ve, acá.

ANTONIO: *(Incorporándose)* No me pegue, pó.

ROSAURA: *(Golpeándole)* ¡Ya te voy a dar fiestas y escapadas a la calle... ¡Pícaro! ¡Sinvergüenza!...

ANTONIO: ¡No me pegue pó...!

Mutis Antonio y Rosaura por izquierda. Juan Ramón se aproxima a la silla en que se encuentra pensativo Horacio; lo mira de arriba a abajo, hace un gesto de desprecio y vase.

ESCENA XIX

Miseno, Horacio, Antonio.

MISENO: Che, la cosa está que arde...

HORACIO: ¡Oh! Qué me viene a embromar. Hasta mañana. *(Mutis derecha)*.

MISENO: Bueno... enojate también conmigo. *(Breve pausa)*. ¡Antonio! ¡Antonio!

ANTONIO: *(Por izquierda)* ¿Qué quiere?

MISENO: Traeme el catrecito a la crimea, que voy a dormir en el patio.

ANTONIO: Güeno. *(Mutis)*.

ESCENA XX

Juan Ramón, Miseno, Rosaura, Antonio.

JUAN RAMÓN: *(Por izquierda con Rosaura)* ¿Entonces te vas mañana a cazar perdices?

MISENO: Sí. Y para oír cuando golpeen la puerta me acuesto acá.

ROSAURA: Que Dios te acompañe, entonces. Y que volvés sano.

MISENO: ¡Vas a ver cuántas perdices te traigo!

Antonio arma la cama. Miseno aproxima al catre una escopeta, una canasta y un tirador. Juan Ramón y Rosaura hacen mutis.

ANTONIO: Ahi'stá.

MISENO: Andate a dormir, nomás; pero cerrá la puerta primero.

Antonio cierra la puerta de calle colocándole un travesaño de madera y hace mutis.

... Bueno, me acostaré vestido nomás para no hacer esperar mañana a los amigos. *(Apaga el reverbero, se persigna y se acuesta. Larga pausa).*

ESCENA XXI

Miseno, Horacio, Juanita.

Horacio sale en puntillas de pie de su cuarto, dirigiéndose a la primera puerta izquierda. Miseno que se incorpora sobresaltado en el primer momento, finge dormir al reconocerlo.

HORACIO: *(En voz baja, abriendo apenas la puerta)* Juanita... Juanita... ¿ya estás?... Hay que apurarse... *(Pausa)*. Traé todo.

JUANITA: *(Desde adentro)* ¡Ay Horacio!... No me animo...

HORACIO: Es el medio más práctico... no te asustes... ahí en la esquina están tus tíos con la jardinera...

JUANITA: *(Sale con un pequeño atado)*. ¡Por vos, solo por vos, lo hago!
Se dirigen ambos a la puerta de calle; la abren y escapan.

ESCENA XXII

Miseno

Escena muda. Miseno, incorporándose, mira a todos lados. Al comprobar la fuga, baja de la cama, y en puntillas de pie llega a la puerta, la cierra y coloca el travesaño. Hecho esto, vuelve cautelosamente, acostándose de nuevo, mientras cae el

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado que en los anteriores. Son las seis de la tarde.

ESCENA I

Rosaura, Lolita.

ROSAURA: *(Gimoteando)* Sí; hijita, esta casa está abandonada de la mano de Dios.... Nos estamos achicharrando de vergüenza con esa locura infame del muchacho...

LOLITA: ¡Oh! Y en toda la ciudad no se habla de otra cosa que del escándalo de los Bravo. . .

ROSAURA: Figurate, hijita, ¿y quiénes son los que hablan?

LOLITA: Todos. Todos. Fíjese que en la colación, donde estuvo

reunido todo Córdoba, ni caso que se hizo a la ceremonia... todo era hablar del escándalo...

ROSAURA: *(Rompiendo a llorar)* ¡Qué desgraciada soy! ¡Pero qué desgraciada!

LOLITA: Cierto, misia Rosaura, Vd. es muy desgraciada por culpa de Vd. misma...

ROSAURA: A ver, explícate, explícate. . .

LOLITA: Si, porque Vd.... Vd. no ha cumplido su palabra...

ROSAURA: ¿Cuál palabra? No te entiendo...

LOLITA: Mejor es que no hablemos de estas cosas, misia Rosaura. Dice el padre Zenón que al que quiere entender le bastan pocas palabras... Ahora si Vd. se hace la olvidada...

ROSAURA: ¿Pero qué, mi vida, qué voy a entender?

LOLITA: ¿No se acuerda que Horacio era novio mío, y que Vd. y papá y mamá habían ya arreglado todo? ¡Ah! No se acuerda...

ROSAURA: *(Rompiendo a llorar otra vez)* Sí, hijita, eso hemos querido todos, pero ya ves, ya ves, la fatalidad se ha opuesto...

LOLITA: No me diga misia Rosaura; eso de la fatalidad es un pretexto... y no crea que hablo por despecho, porque tengo muy muchos pretendientes... Lo que hay es que como dice papá, don Juan Ramón y todos Vds. se han hecho constitucionales... Más bien que hayamos visto la cosa a tiempo...

ROSAURA: ¡Jesús, qué infamia! ¡Si nuestra pesadilla negra ha sido el descaminamiento de Horacio!... ¡Qué injusticia!... ¡Todavía eso!... ¡Por Dios que no lo sepa Juan Ramón!... ¡Se moriría, se moriría!...

LOLITA: Así es que, misia Rosaura, me voy... He venido a decirle que nosotros no le guardamos rencor...

ROSAURA: Sí, pero has venido a clavarme un puñal en el corazón... ya estoy como la Dolorosa... ¡Eso no se hace!

LOLITA: *(Poniéndose de pie)* Bueno, adiós misia Rosaura... ¡que se mejore don Juan Ramón!... *(Todo con ironía)*.

ROSAURA: Adiós...

Al salir Lolita tropieza con Giovanin que entra. Giovanin le hace un gran saludo, Lolita desata una carcajada.

LOLITA: Su consuegro, señora... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! *(Mutis)*.

ROSAURA: ¡Víbora! ¡Víbora!

ESCENA II

Rosaura, Giovanin.

ROSAURA: *(Imperativamente)* ¿Y Vd. qué quiere? ¿No hemos hablado ya lo suficiente?

GIOVANIN: Me avevanno detto quil padrone s'ista moribondo.. .

ROSAURA: No hace falta Vd. ¡y además no está tan grave!

GIOVANIN: Ma oiga donna Rosaura... ¿Perché questa rivoluzione in la famiglia? Doviamo essere tutti in armonía...

ROSAURA: ¿Vd. de mi familia? ¿Qué se ha creído su gringo insolente, inmigrante, cara sucia?

GIOVANIN: Ma, oiga donna Rosaura...

ROSAURA: Yo no oigo nada. Váyase de acá atrevido, sinvergüenza...

GIOVANIN: Ma se io voglio que aviamo tutti tranquillità...

ROSAURA: Ya va a ver... Espérese que le largo los perros. *(Mutis)*.

GIOVANIN: Il suo figlio, il dottore, s'amarittato cun la mía figlia e dicceno ch' io no sonno de la famiglia...

Se siente que ladran los perros.

¡Cristo! ¡Le canne! Sortiamo vía presto. (*Mutis calle*).

ROSAURA: (*Volviendo*) ¡Ah! Ya no está... Adentro Jazmín, adentro... (*Mutis*).

ESCENA III

Miseno, Raúl, ambos por derecha.

MISENO: Bueno, doctor. Tenemos el mismo pensar. ¿Vd. se va al comité a presenciar la proclamación?

RAÚL: Sí, y en cuanto se produzca vengo aquí a darles la noticia. Eso ha de consolarlos mucho.

MISENO: ¡Va a ser una panacea y se van a acabar todas las historias en cuanto Horacio sea diputado!... (*Empujándolo suavemente*). Bueno, que le vaya bien.

RAÚL: Hasta luego. (*Mutis fondo*).

ESCENA IV

Miseno, Rosaura.

MISENO: (*Asomándose a la primera izquierda*) Chist... chist... vení Rosaura.

ROSAURA: (*Ansiosamente*) ¿Qué, qué dice?

MISENO: Ni se le ha movido un pelo. Está muy conforme con todo lo que ha hecho Horacio.

ROSAURA: ¡Pero qué suerte! Gracias a Dios. ¿Entonces no se ha disgustado?

MISENO: ¡Qué se va a disgustar! Se ríe como un bendito... De modo que él no tiene vergüenza de nada.

ROSAURA: ¿Pero vos le hablaste de su casamiento con Luisita?

MISENO: ¡No, mujer, no, cómo te creés! La dificultad que hay es una: la vuelta de Horacio. Por más que yo lo quise traer esta mañana, se opuso como una cuña; y ustedes que tampoco quieren que venga... Yo voy a hacer un nuevo esfuerzo y ver si lo traigo nomás. Hecho el escándalo, pasado pisado: con enojarse no van a sacar nada.

ROSAURA: Sí yo quiero, yo quiero que venga. Es Juan Ramón el que no quiere...

MISENO: Eso decía cuando tenía fiebre.... ¿no está casi sano ya?

ROSAURA: El médico dice que se podrá levantar mañana...

MISENO: Está en todas las conveniencias y va a ser diputado. . .

ESCENA V

Dichos, Marco Aurelio.

ROSAURA: (*Viéndolo venir*) ¡El Señor nos asiste! ¡Ahí viene Marco Aurelio!

M. AURELIO: Zeñora tía; zeñor tío; la bendición.

ROSAURA: Dios le dé su gracia.

- MISENO: Dios le dé su gracia. Llegás por telepatía, hijito. Te estábamos esperando.
- M. AURELIO: Perfectamente. Ya lo maliziaba yo.
- ROSAURA: *(Con júbilo)* ¡Él está muy conforme!
- M. AURELIO: ¡Hum!... No ha de zer de tan buena familia. Ya hablaremos ¿Y cómo zigue mi tío?
- ROSAURA: Mejorado; muy mejorado, gracias a Dios.
- M. AURELIO: ¡Vieran uztedez todo lo que ze dize! ¡La ziudad ez una hornalla en la que se caldea la honra de nueztra familia!...
- ROSAURA: ¿Y qué es lo que dicen?
- M. AURELIO: Vaya uzted a acordarze, tía. Unoz dizen que Horazio ze ha cazado por la plata de Giovanin...
- ROSAURA: ¡Ay mi Dios! Creer que vende la tradición de la familia...
- M. AURELIO: Otroz creen que entre Horazio y la Juanita, hay una porquería anterior...
- ROSAURA: ¡Jesús de mi vida!
- M. AURELIO: No faltan quienez digan que Horacio eztá loco y ezo para mí eztán en lo zierto. En fin, todos coinciden en que la coza ez una vergüenza...
- MISENO: ¿Y con indignarte te vas a quitar la vergüenza de encima? Vean: no hay que ser zonzos. Por el momento está en las conveniencias adularlo a Horacio; va a ser diputado y adernás nos conviene para el casamiento de Luisa...
- Marco Aurelio, con la cabeza entre las manos, queda pensativo.*
- ROSAURA: Yo quiero que vuelva Horacio. Es Juan Ramón el que se opone.
- MISENO: Se opone porque tiene fiebre y no puede discernir... De yapa ha estado hace pocos días viéndolo a Cordero en el Progreso

y le ha dado por el gesto trágico. *(Con énfasis)* ¡La honra!... ¡La familia!... ¡Muerto antes que mancillado!... ¡Oh!... ¡Ah!... ¡Uh!... Todo tiene su arreglo, qué embromar.

- ROSAURA: ¿En qué pensás, Marco Aurelio?
- M. AURELIO: En laz profundaz palabraz que acaba de pronunziar tío Mizeno...
- MISENO: ¡Me gusta lo de profundo!
- M. AURELIO: Zí, pues; yo creo que debemos hazer un poco la vista gorda a lo del cazamiento morganático. La proclamación ze realizará hoy mizmo, el triunfo eztá azegurado; Horazio entrará a la cámara; será el leader de la opozición; para adularlo el gobierno hará buenaz migaz con tío Juan Ramón y zer diputado ez contribuir al luztre de la familia. Váyaze lo uno por lo otro.
- MISENO: ¡Es claro! Yo voy a ver si lo reduzco a Horacio, aunque va a ser dura la cosa. ¡Está emperrado en campear por sus respetos!...
- ROSAURA: Andá y hacé lo posible. Vos Marco Aurelio tratá de convencerlo a Juan Ramón.
- M. AURELIO: Uzted tío, zuele tener mucha diplomazia...
- MISENO: La que te sobra a vos, nada más. *(Mutis foro)*.
- M. AURELIO: Trataré de convencer a tío Juan Ramón. *(Mutis izquierda)*.

ESCENA VI

Rosaura, María.

María al entrar tropieza con Miseno que sale y quiere detenerlo.

MISENO: Entre y hable con su hermana; yo voy muy apurado.

MARÍA: *(Entrando)* ¿Qué es lo que dice este hombre?

ROSAURA: Que ya está todo arreglado y las disposiciones de la mayoría son mandatos, como dice Marco Aurelio que dijo un tal Mercier.

MARÍA: Yo tengo que ver eso... Vds. no siempre hacen las cosas como Dios manda.

ROSAURA: Mirá María: bendecí el arreglo y no hagamos nuevas cuestiones.

MARÍA: Es que...

Las campanas tocan el Ángelus.

¡La oración!

Las dos se arrodillan por breves momentos. Al sentarse de nuevo:

Fijate que las Gómez han estado en lo de Baltasar y han hablado pestes de nosotros... ¡Víboras... Chismosas! . . .

ROSAURA: ¡Qué mujeres!... ¡Esas no son mujeres!

MARÍA: ¡Y los escuerzos de las López que me encontraron en la calle y no me saludaron! Todo por esa gringa infame de la Juanita.

ESCENA VII

Dichos, Marco Aurelio, Luisa.

M. AURELIO: *(Con Luisa por la izquierda)* Ez inútil. No quiere saber nada. Dize que ahora quiere dezcanzar, que lo dejemos...

ROSAURA: ¡Ay, Señor, qué pena!

M. AURELIO: Debemos hablar del casamiento de Luiza...

ROSAURA: Eso marchará sobre rieles...

MARÍA: ¡Claro! El doctor Giménez es una persona decente y con él se pueden tratar todos los asuntos en serio...

LUISA: Pero no me ha dicho nada todavía, fíjense. Yo malicio solo...

MARÍA: ¿Y para qué hace falta que te diga? Es un caballero bien que se declara con acciones y amabilidades. No se le va a declarar a una niña como a las cocineras, diciéndole: ¡Venga que vamos a formar un nido juntos! ¡No faltaba más!

M. AURELIO: Tiene razón, señora.

ROSAURA: ¿Qué les parece, entonces, que para decidirlo hagamos poner mañana en el diario la noticia del enlace?

MARÍA: No estaría de más.

ROSAURA: Claro que no...

ESCENA VIII

Dichos, Miseno, Giovanin.

MISENO: *(Entrando por el fondo con Giovanin)* ¡Inútil! ¡Que no y que no! Que él no se presta a farsas.

ROSAURA: ¡Mi Dios!

M. AURELIO: ¡Caramba! Es ya una contrariedad...

MISENO: *(A Giovanin que cohibido a nada atina)* Pase adelante Giovanin... *(A los otros)* Lo encontré por la calle al pobre Giovanin y lo he traído... él nos quiere a todos.

MARÍA: *(Entre dientes)* Para la falta que hace...

GIOVANIN: Cherto. El mi dico e yo cume quiero tutta la famiglia... Veia donna Rosaura... io non posso dire niente de lei.

ROSAURA: (*Dándole la espalda*) ¡Claro! ¡Qué va a decir de la ley si es la que tiene la culpa!

GIOVANIN: (*A Marco Aurelio*) Signor dottore. Vd. m'intenderá meglio.

M. AURELIO: Zeñor, yo no entiendo el italiano...

GIOVANIN: ¿Cume e esto? Tutti en contra mía...

MARÍA: ¡Gringo sucio!

MISENO: Vea, Giovanin, están muy preocupados con un asunto... camine, vamos a la quinta...

GIOVANIN: Andiamo, dunque...

MISENO: (*Saliendo por la izquierda con Giovanin*) Pucha que son zonzos...

ESCENA IX

Rosaura, Luisa, María y Marco Aurelio.

MARÍA: ¡Pero es antojo el de traerse este gringo! Miseno debe estar loco...

ROSAURA: ¡Estoy hirviendo de rabia!

M. AURELIO: Y el otro caprichozo que ze haze el interezante... En fin, zigamos, tía.

ROSAURA: Entonces hacemos poner la noticia en el diario, ¿no? Ya van a ver. (*Llamando*) ¡Antonio!... ¡Antonioooo!

ANTONIO: ¿Qué quiere?

ROSAURA: Andate al lado, a la imprenta de La Aurora y decile al señor Ismael Marul que venga, que lo necesito.

ANTONIO: Güeno. (*Mutis*).

LUISA: ¡Quién sabe lo que va a decir la gente!

MARÍA: Se van a morir de envidia. Que pongan eso que saben poner, de la distinguida y bella señorita Luisa Bravo con el inteligente y amable caballero Raúl Giménez.

ROSAURA: ¡Claro!

M. AURELIO: Me parece algo prematuro el anuncio. ¿Y una zilueta?

ROSAURA: ¿Te parece?

M. AURELIO: Ziempre ez máz bonito...

ROSAURA: Una silueta, entonces.

ESCENA X

Dichos, Ismael Marul.

ANTONIO: Ahí' sta. (*Mutis*)

ROSAURA: Adelante, Marul, pase adelante.

MARUL: ¡Oh! Mi distinguida misia Rosaura, ¿cómo está, cómo le va?

ROSAURA: Bien, Marul, pase, pase.

MARUL: Mi distinguida señora María, mi grande amigo el doctor Marco Aurelio, la bella señorita Luisa, ¿cómo están, cómo les va a todos?

MARÍA: ¡Qué Marul este!

M. AURELIO: Zigue y zeguirá siendo el periodista máz amable.

MARUL: Favor que Vd. me hace mi querido doctor. ¿Y cómo está mi querido señor don Juan Ramón?

ROSAURA: Mejorado, gracias.

MARUL: ¿Y qué andaba queriendo mi distinguida misia Rosaura?

ROSAURA: Ve a Marul: la niña está por casarse.

MARUL: ¿Sí? (*Acercándose a Luisa*) Mi bella señorita Luisa, un millón de placeres y mis votos muy sinceros por su felicidad. Que sea con un hombre digno de Vd. ¿sabe...? Si pues, no como el otro joven...

LUISA: Muchas gracias, Marul.

ROSAURA: Pero atienda, Marul. Venga para acá.

MARUL: Voy mi distinguida misia Rosaura. Soy todo suyo.

ROSAURA: Necesitamos que haga una silueta de la pareja.

MARUL: ¡Cómo no, mi distinguida misia Rosaura! Ya sabe que periodística y personalmente estoy para servir a Vds.

ROSAURA: Sí, ya sabemos.

MARUL: Por lo tanto, mi distinguida misia Rosaura, mi querido don Juan Ramón, el señor doctor, la señora María y la niña Laura, no tienen más que mandarme...

MARÍA: ¡Cómo habla este hombre!

MARUL: Diga, pues, mi distinguida misia Rosaura.

M. AURELIO: ¿No sería mejor que hiziera yo la silueta y se la diera a Marul para la publicación?

LUISA: No, que la haga Marul. Él le va a poner esas cosas que él sabe de “estrellas de nuestro cielo”, “carita primorosa” “flor galana del jardín cordobés” ...

MARUL: A Vd. le pondremos, mi bella señorita Luisa, flor del jardín de las Hespérides...

M. AURELIO: Ni se le ocurra, Marul, poner zemejante dizlate. , .

MARUL: ¿Y por qué?

ROSAURA: Bueno, oiga, Marul, que le voy a dar algunos datos.

MARUL: (*Sacando una libreta y un lápiz*) ¡Cómo no, mi distinguida misia Rosaura!

ROSAURA: Bueno. Arriba, póngale “flirt”. ¿No les parece mejor que silueta?

M. AURELIO: ¡Ezo ez!

LUISA: Como se usa, es claro.

ROSAURA: Bueno. Ella, graciosa niña y todo lo que Vds. saben poner de la sociedad cordobesa...

MARUL: (*Anotando*)... Cordobesa...

ROSAURA: Su nombre... ¿cómo es su nombre?

MARÍA: Luisa, pues.

ROSAURA: No, trisílabo... o como es eso...

M. AURELIO: ¡Ah!... bizílabo... Lui-za.

MARÍA: Igual en las mujeres al del santo patrono de la juventud en los hombres...

M. AURELIO: Ezo ez; y rey de Franzia.

MARUL: ¿Cómo, doctor? San Luis fue rey de París...

M. AURELIO: Me ratifico: y de Franzia.

ROSAURA: Su apellido ya sabe Vd.: Bravo. Diga algo bueno del apellido.

MARUL: (*Anotando*) Si pues, mi distinguida misia Rosaura.

ROSAURA: Otros datos... ¡ah! (*Aquí se describe en cada caso el físico de la actriz*) ...Muy distinguida y de andar poético. ¿No les parece?

M. AURELIO: Todo muy bien. Vamoz al joven, ahora.

ROSAURA: Anote, Marul.

MARUL: Sí mi distinguida misia Rosaura.

ROSAURA: Joven médico que se encuentra de paseo entre nosotros. Póngalo bien clarito para que todas lo conozcan y se mueran de envidia. Hijo de un diputado nacional...

M. AURELIO: Ezo ez muy importante...

ROSAURA: Su nombre es Raúl. A ver ¿quién se llama Raúl, Marco Aurelio?

MARÍA: El chiquito recién nacido de la Fabiana.

M. AURELIO: ¿Zabe que no me acuerdo? Raúl ez nombre egipcio... De lo que eztoy zeguro ez de que hay un archipiélago en la Melanezia que se llama Raúl...

ROSAURA: Bueno; ponga entonces nombre egipcio es un archipiélago a la milanesa...

M. AURELIO: ¡No, zeñora! En la Melanezia...

ROSAURA: Bueno; así como decís vos... sigamos. El apellido es Giménez...

ESCENA XI

Dichos, Raúl.

RAÚL: *(Jubilosamente)* ¡Acaba de ser proclamado Horacio!

TODOS: ¡Oh!

ROSAURA: ¿Cómo ha sido?

RAÚL: De los cuatro candidatos que deben proclamarse, es el único que ha reunido mayoría absoluta. Para los demás se repetirá la votación varias veces.

ROSAURA: ¡M'hijito!

MARUL: Pero a mí no me han presentado al caballero...

ROSAURA: Perdón, el doctor Raúl Giménez, el señor Ismael Marul.

MARUL: Mucho gusto de conocerlo, mi distinguido doctor. Tengo ya referencias muy honrosas de Vd.

RAÚL: Lo mismo digo.

MARUL: ¿Entonces el caballero Horacio es mi contrincante?

RAÚL: ¡Ah! ¿Vd. es candidato de los legales ?

MARUL: No, mi distinguido doctor. Independiente. Me bato solito. Yo tengo elementos que me responden ¿sabe?

M. AURELIO: Ez hombre de muchaz agallaz, ezte Marul.

MARUL: De muchas amistades, dirá. Yo soy servicial con todo el mundo, y todo el mundo me quiere...

RAÚL: Con que ya es diputado nuestro hombre.

ROSAURA: *(A Marul)* Ese es el novio, fíjese bien para que lo pinte...

M. AURELIO: Háblele del azunto, zeñora; dígame que zaldrá la silueta...

ROSAURA: No me animo, che. ¿Cómo le digo?

ESCENA XII

Dichos, Miseno, Giovanin. Ambos por izquierda.

RAÚL: Ya es candidato Horacio...

GIOVANIN: ¿Cume? ¿Lo anno proclamatto? Allora ¡viva la patria!

MISENO: Estaba descontento. ¡Hola periodista! *(A Marul)* Amigo de todos los gobernadores y eterno aspirante a diputado, ¿cómo te va?

MARUL: ¿Qué dice mi distinguido don Miseno? ¿Qué le parece mi encuentro en las urnas con el doctor Horacio Bravo?

MISENO: ¡Que te vamos a derrotar!

M. AURELIO: ¿Usted se ha hecho coztituzional, tío?

MISENO: ¡Claro! Ahora somos constitucionales todos... Nos hemos regenerado. La Rosaura, vos, yo, Giovanin, todos somos defensores de las libertades públicas...

MARUL: Eso es darse vuelta, mi querido Bravo.

MISENO: Si lo decís por mí, te advierto que siempre he vivido dando vueltas.
Marul se levanta y habla al oído de misia Rosaura.

ROSAURA: ¿Cómo? ¿Qué dice?

MARUL: Sí pues: la pondremos un poco velada; después del escándalo de Horacio el director no quiere que nos ocupemos de Vds. en Sociales...

ROSAURA: ¡Jesús! ¡Eso es ultrajarnos!

MARUL: Si yo solo pudiera, con mucho gusto...

ROSAURA: *(Enjugando una lágrima)* Todo se junta en la desgracia... ¡y pensar que somos la familia de los Bravo!...

MARUL: Resignación, mi querida misia Rosaura... *(A todos)* ¡Y el doctor Bravo va a hacer un papel lucido, por su brillante juventud y su conceptuoso talento!...

MISENO: Che, Ismael: dejate de macanas. Guardá esas pamplinas para tus electores.

M. AURELIO: ¡Ezte tío Mizeno ez terrible!

MISENO: *(A Marul)* ¿Y cómo no lo has invitado al Dr. Giménez a que visite los talleres de La Aurora. Sos un desatento.

MARUL: ¡Oh; nunca! Me proponía, precisamente, invitarlo a nuestro distinguido doctor Giménez...

M. AURELIO: Iré yo también, ¿vamos doctor?

RAÚL: Con mucho gusto...

MARUL: Entonces: adiós mi querida misia Rosaura; lo mismo, mi señora María; la felicito señorita Luisa; adiós mi gran amigo Bravo; que se mejore mi señor don Juan Ramón; hasta luego, ¿no?...

TODOS: Adiós.
Mutis Raúl, Marco Aurelio y Marul.

ESCENA XIII

Dichos menos Raúl, Marco Aurelio y Marul.

ROSAURA: ¡Ay, lo que me ha dicho Marul!

MISENO: ¿Qué?

ROSAURA: Mejor es que no les diga para no entristecerlos...
Se escuchan en el interior gritos entrecortados.

¿Qué es eso?... Parece Juan Ramón. Voy a ver... *(Mutis).*

MARÍA: Yo me encierro hasta que se vaya este gringo sucio... *(Mutis).*

ROSAURA: *(Desde adentro)* ¡Ay, vengan, vengan! *(Saliendo)* Le ha vuelto a dar a Juan Ramón el delirio tremendo!...
Todos corren hacia adentro, con excepción de Miseno y Giovanin.

MISENO: Mandá a traer el sedativo ese. *(Llamando)* ¡Antonio!

ANTONIO: ¿Qué quiere?

MISENO: Andá a la botica del lado y deciles que manden otro frasquito del calmante de ayer.

ANTONIO: Güeno. (*Mutis fondo*).

ROSAURA: (*Saliendo*) Lo llama a Horacio. ¡Quiere verlo! Andá a buscarlo.

MISENO: Si no va a querer venir...

GIOVANIN: ¿Cume? ¿Questa e caritá de un figlio? ¡Non signore! Yo anderó cercarlo...

MISENO: Camine, vamos juntos.
Mutis Miseno y Giovanin. Misia Rosaura vuelve al interior.

ESCENA XIV

Luisa, María, a poco Rosaura.

Durante algunos segundos la escena queda sola. Pasa Antonio, corriendo, con un frasquito. Luego llaman a la puerta.

MARÍA: (*Saliendo*) ¿Quién es?

MENSAJERO: Este telegrama.
María lo recibe.

MARÍA: ¿Para quién será? Sin anteojos yo no veo nada... (*Llamando*)
¡Luisa!... ¡Luisita!

LUISA: (*Entrando*) ¿Qué quiere, tía?

MARÍA: Aquí han traído este telegrama...

LUISA: (*Tomándolo*) Para Raúl... ¿De quién será? (*Dándolo vuelta entre sus manos*) Congreso... dice Congreso...

MARÍA: Yo creí que era de Buenos Aires... (*Mutis*).

LUISA: Pero, ¿y qué dirá ese telegrama...?

ROSAURA: (*Entrando*) Ya pasó el peligro. Ha quedado tranquilo con el calmante. ¿No dice María que han traído un telegrama?

LUISA: Sí, para Raúl.

ESCENA XV

Dichos, Giovanin, Miseno y Horacio, los tres por el fondo.

MISENO: ¡Al fin lo traigo!

ROSAURA: (*Abrazando a Horacio*) ¡M'hijito!

GIOVANIN: ¡Ecco! Questo e lo ch'io voleva...

HORACIO: Nena, dame un abrazo... ¿Dónde está, papá?

ROSAURA: En la cama. Te ha llamado muchísimo.

HORACIO: Vamos a verlo.

MISENO: Quedémonos, nosotros. Que se arreglen ellos.
Mutis Horacio.

ESCENA XVI

Miseno, Rosaura, Luisa, Giovanin.

MISENO: Bueno, ¡al cabo lo hemos reducido al hombre!

LUISA: Sí, pero ya aparecemos como que aceptamos todo...

GIOVANIN: Achetar, achetar, diche la niña. Ma se s'está firmado il requistro chevile...

ROSAURA: ¡Todo sea por la paz!
 MISENO: Y agradezcan que ha venido. Él no quería saber nada...
 ROSAURA: Voy a verlo, quién sabe la impresión que le habrá producido a Juan Ramón... (*Mutis*).

ESCENA XVII

Dichos, menos Rosaura, Marco Aurelio y Raúl. A poco Horacio.

M. AURELIO: (*Entrando con Raúl*) Ez una buena imprenta.
 MISENO: Ahí está Horacio.
 RAÚL: ¿Cómo?
 MISENO: Juan Ramón lo llamaba, y tuvimos que irlo a buscar.
 RAÚL: ¡Cuánto me alegro!
 HORACIO: (*Por la izquierda*) ¡Hola, Raúl!
 RAÚL: ¡Mi señor diputado, dame un abrazo! Celebro mucho verte por aquí y te felicito...
 HORACIO: Gracias, che... ¿Y cómo te va a vos, Marco Aurelio? Tan serio, ¿qué te pasa?
 M. AURELIO: Te felízito Horazio yo también. Vaz en camino de zer una perzonalidad...
 HORACIO: ¿Porque soy candidato? ¡Qué rico tipo! Lo que veo es que Vds. han cambiado radicalmente. ¿Han bajado, acaso, las lenguas del espíritu santo?
 LUISA: (*A Raúl*) Albricias, doctor, albricias...
 RAÚL: ¿Qué será?
 LUISA: ¿Qué me dará?

RAÚL: Lo que quiera...
 LUISA: Bueno, este telegrama...
 RAÚL: (*Tomándolo*) De mi padre... (*Lee*). ¡Caramba!
 LUISA: ¿Qué es?
 RAÚL: Que debo regresar esta noche misma a Buenos Aires.
 TODOS: ¡Oh!

RAÚL: Sí, dice el despacho: (*Leyendo*) “Murió bibliotecario Congreso. Mañana debes estar aquí gestionar tu nombramiento”.
 LUISA: ¡Ay, qué desgracia!
 MISENO: Qué suerte que murió el tipo, querrás decir...
 RAÚL: Me iré esta noche a las nueve. Es un puesto de setecientos pesos...
 MISENO: ¡Qué ganga para una mina! Oiga doctor ¿y Vd. es doctor para después encajar en un puesto? ¡Lo mismo que los doctores de acá!
 HORACIO: ¡Me has anonadado, Raúl! En fin, si tienes que irte...
 RAÚL: Vos te das cuenta, Horacio... Voy hasta el correo a poner un telegrama avisando que llego mañana. Ya vuelvo...
 HORACIO: Andá nomás. (*Mutis Raúl*).

ESCENA XVIII

Miseno, Horacio, Luisa, Marco Aurelio, Giovanin, Rosaura.

MISENO: Bueno Luisita: si te he visto no me acuerdo...

LUISA: ¡Ay, Jesús, y mañana debía salir la silueta!

M. AURELIO: ¡Qué dezcabro tan grande!

ROSAURA: Che Horacio. Te llama Juan Ramón. Que vayas con Giovanin, dice.

HORACIO: Vamos (*Mutis ambos*).

LUISA: ¡Ay, mamá, lo que pasa!

ROSAURA: ¿Qué, hija?

MISENO: Que el colchón no tiene lana...

LUISA: Que esta noche se va Raúl a Buenos Aires.

ROSAURA: (*Con asombro*). ¿Qué dice esta criatura? ¡No puede ser!

M. AURELIO: Tía. Andamoz en la mala.

ROSAURA: ¡Señor mío de los ejércitos! ¿Y cómo es eso?

MISENO: Que ha recibido un telegrama diciéndole que ha muerto el bibliotecario del Congreso... Que si quiere el puesto que lo trabaje. Y como !e convienen más los setecientos guardias nacionales que le presentarán armas cada fin de mes, que hacerle el amor a la nena, se va...

M. AURELIO: No zea torpe, tío.

MISENO: Yo digo las cosas claras.

M. AURELIO: Aquí hay que prozeder con cautela. Es nezezario que Luiza tenga una entrevista con el doctor Giménez.

MISENO: No estaría de más.

M. AURELIO: En conzecuenzia, cuando él venga noz vamo nozotroz.

ROSAURA: Muy bien. ¿Qué les parece que le hagamos algún regalito?

M. AURELIO: Ze le puede dar una caja de tabletaz.

MISENO: Che, eso puede resultar alusivo..

ROSAURA: No, eso le vamos a regalar, (*Llamando*) ¡Antonio! Dame cinco pesos, Miseno.

MISENO: ¿De dónde? Vos estás loca. ..

ROSAURA: Te quiero decir que los traigás de la cómoda.

MISENO: Eso es otra cosa. (*Va y vuelve*). Tomá.

ANTONIO: (*Entrando*) ¿Qué quiere?

ROSAURA: Andate a lo de Chammas y comprate una caja de tabletas de cinco pesos... ligerito.

ANTONIO: Güeno.

LUISA: ¿Y cómo van a hacer para dejarme sola cuando él vuelva?

ROSAURA: Esperate... Mirá, Miseno: andá ponete en la puerta y cuando lo divisés avisanos.

MISENO: ¿Sabés que sos rica tipa? yo no estoy acostumbrado a hacer esas cosas... Tené presente que si lo hago es por la familia. (Se aposta en la puerta de calle).

M. AURELIO: Yo me voy yendo ya (*Mutis.*).

MISENO: (*Precipitadamente*) ¡Ahí viene!

ROSAURA: Vamos, vamos. (*Mutis con Miseno*).

ESCENA XIX

Luisa, Raúl.

Luisa, sentada con aire de abandono suspira largamente. Pausa.

RAÚL: (*Por el fondo*) ¿En qué piensa, Luisita?

LUISA: ¡Ay! En la fragilidad de los ensueños...

RAÚL: Bonito tema para la divagación.

LUISA: Y para el desencanto... Siéntese.

RAÚL: *(Sentándose)* La noto triste, Luisita... ¿qué le pasa?

LUISA: Siempre a esta hora me embarga una tristeza tan grande... tan grande. Yo no debiera querer nunca, Raúl...

RAÚL: ¿Por qué, Luisita, por qué? Ábrame su corazón... sabe que soy su amigo... que tengo una profunda simpatía por Vd.

LUISA: ¿Simpatía, nomás?

RAÚL: Mejor dicho, cariño. Creí que fuera un atrevimiento decírselo...

LUISA: Me siento más aliviada... ¡Oh! ¡sí! ¡Yo también le tengo cariño, Raúl!

ANTONIO: *(De pronto por el fondo. Entregando una caja a Luisa)* Tome, niña. *(Vase).*

RAÚL: ¿Qué es eso, Luisita?

LUISA: Un recuerdo para Vd. Tome... tome... son tabletas y capias.

RAÚL: *(Con asombro, recibe)* Muchas gracias... ¿Es esto un testimonio del cariño de que me hablaba?... Seremos cerca y lejos muy buenos amigos.

LUISA: ¿Amigos nomás?

RAÚL: ¿Y qué otra cosa, pues? ¿Quiere Vd. algo más alto que la amistad sincera? Se la ofrezco.

LUISA: *(Después de un movimiento de extrañeza rompe a llorar).* Me ha engañado... ¡Me ha engañado!

RAÚL: *(Aproximándose)* Luisita, ¿qué la pasa? ¡Vd. es la que me engaña a mí!

ESCENA XX

Dichos, Farner.

JULIO: *(Por el fondo. Con asombro)* ¡Oh! ¿Qué es esto?

RAÚL: Señor Farner.

LUISA: *(Llorando).* Así son todos... Nos hacen creer... nos engañan y luego nos abandonan...

RAÚL: Señorita: esta es una situación ridícula. Se le debe una explicación a este caballero...

LUISA: Retírese... retírese...

JULIO: Pero, ¿qué es lo que ha pasado?

RAÚL: Sí, señorita, me retiro. Después de esta escena no puedo permanecer un momento más. Solicitaré una conferencia de su padre. Servidor de Vds.

Farner hace una ligera inclinación de cabeza. Mutis Raúl.

ESCENA XXI

Luisa, Farner, Rosaura.

JULIO: Luisita, ya se lo decía: estos porteños no son sino pájaros de presa...

LUISA: Me ha engañado... he sido una zonzona...

JULIO: ¿Se convence ahora de mi sinceridad? Yo siempre la he amado. Fíjese en mí... consuélase...

LUISA: *(Reaccionando)* Cierito... cierto... Julio... *(Intenta abrazarlo).* ¡¡¡Pero Vd. no es doctor!!! *(Vuelve a llorar).*

ROSAURA: *(Entrando por izquierda)* ¿Qué es esto? ¿Y el doctor Giménez?

LUISA: ¡Es un canalla! ¡Me ha engañado!

ROSAURA: ¡Ah! ¡Bandido! ¡Esto es una infamia! *(Llamando)* ¡Marco Aurelio, Horacio! ¡Miseno!...

Van llegando estos uno tras de otro.

ESCENA XXII

Rosaura, Luisa, Horacio, Miseno, Marco Aurelio, Farner.

MISENO: ¿Qué hay, qué pasa?

ROSAURA: Que el Giménez ese es un bandido... Se ha reído de nosotros.

TODOS: ¡Oh!...

HORACIO: ¿Qué dice, mamá?

ROSAURA: Que tu amigo es un trompeta, le hecho el amor a esta y la deja plantada. ¡Ah! Canalla... ¡No haber estado yo!

HORACIO: Vds. están locos. Raúl jamás le ha hecho el amor a la nena. ¡Si en mayo se casa con la hija del Ministro del Interior!...

MISENO: Ponele una vela a la Virgen del Milagro y yo cantaré el "De profundis".

TODOS: ¡Ay, qué enormidad!

Se escuchan murmullos y vivas.

MISENO: ¿Oyen eso? ¿Qué será?

ROSAURA: *(A Luisa)* Venga m'hijita. ¡Farsante!... ¡Pedro el Cruel!

Marco Aurelio y Farner hablan en voz baja.

HORACIO: Vds. han estado todos locos.

ROSAURA: Ahora estaremos locos de vergüenza... *(Lleva a Luisa por la izquierda)*

Farner la sigue con la mirada. Se escuchan más próximos los vivas y Miseno se acerca a la puerta de calle.

MISENO: *(Volviendo)* ¡Horacio! ¡Ahí viene la convención y toda la muchachada universitaria!

HORACIO: ¿Y qué hago ahora?

ESCENA XXIII

Rosaura, Miseno, Giovanin, Horacio.

Los vivas se oyen en la puerta de calle. La manifestación se ha detenido. Gran movimiento de asombro. Desde afuera gritan "Viva el Partido Constitucional", "Viva el doctor Horacio Bravo" y se aplaude largamente. Misia Rosaura emocionada viene por la izquierda. Se escucha la voz de Juan Ramón que grita desesperadamente: "¿Qué es eso?" "¿Qué es eso?"... Misia Rosaura retrocede.

ROSAURA: Voy, Juan Ramón.

MISENO: *(A Horacio)* Tenés que salir... vamos.

GIOVANIN: E... se sabe... questi sonno onoranze...

HORACIO: *(Con firmeza)*. Sí, señor. *(Se dirige a la puerta)*.

Al verlo aparecer la manifestación prorrumpie en aplausos y en vivas. "Que hable"... "Viva el candidato de la Juventud"... Miseno aproxima una silla, en la que se pone de pie Horacio.

MISENO: Hablá, pues.

GIOVANIN: Parla...

Marco Aurelio está azorado. Farner sigue con interés la escena. En la calle se ha hecho el silencio y dentro, se escucha la voz de misia Rosaura que suplicante dice: "¡No, Juan Ramón, no!".

HORACIO: Mis amigos: Habéis querido traerme vuestro saludo sincero y cordial, que es motivo para mí de hondas y saludables satisfacciones. Al aceptar la candidatura que me ofrecéis, vinculo mi nombre a una obra política y social de regeneración y de progreso. Prometo poner a su favor todas mis energías, todos mis entusiasmos, mi más firme y decidida voluntad. Cuento con el aliento poderoso de vuestros estímulos; cuento, sobre todo, con la simpatía de esta brillante juventud universitaria, llamada a culminar en grandes empresas intelectuales, morales y cívicas; juventud ante cuya acción entregada a la obra social a que he aludido, confío como en una concitación caballerisca resurgirá la Salamanca famosa que otrora fue este pueblo...

Marco Aurelio, indignado, alza los brazos al cielo. En ese momento aparece, como un espectro, don Juan Ramón, que es contenido a duras penas por misia Rosaura y Farner.

...al empuje de cuyo esfuerzo reavivará sus laureles en la ciencia, preocupándose de la verdad, del saber y de la luz, antes que de míseras querellas de aldea y de egoísmos infatuados; abandonando absurdos prejuicios; enarbolando el libro y el pensamiento por banderas; purificándose en el ideal y constituyendo para la República, como en viejos e inolvidables tiempos, su gran foco de cultura, de civilización y de aristocracia espiritual...

Estrepitosos aplausos y vivas. Don Juan Ramón, colérico, trémulo de indignación, cae víctima de un síncope.

ROSAURA: ¡Juan Ramón!... ¡Si es nuestro hijo!

TELÓN LENTO

Xenius

Raúl V. Martínez

PERSONAJES

LINA	LOCO POETA
MARGARITA	LOCO SABIO
DOÑA JUANA	LOCO DE LA RISA
LUCÍA	LOCO DIPUTADO
LOCA DE LA MUERTE	LOCO MUNDO
LOCA SUFRAGISTA	LOCO MÚSICO
UNA VIEJA	LOCO REY 1º
XENIUS	LOCO REY 2º
MONSEÑOR	CUERDO
ERNESTO	BOBO
LEÓN RIVERA (Gobernador)	DIRECTOR
MELITÓN CORDERO (Gobernador)	JARDINERO
PACÍFICO CABRAL (Ministro)	UJIER 1º
GENERAL	UJIER 2º
CAPITÁN	SOLDADOS, LOQUEROS,
LOCO JUEZ	LOCOS, CABALLEROS, DAMAS,
LOCO FILÓSOFO	GENTE DEL PUEBLO.

Época actual.

La acción se desarrolla en la imaginaria ciudad de Mundópolis

CUADRO

UN BOSQUE EN EL GRAN PARQUE DEL PALACIO DE GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MUNDÓPOLIS. LAURELES, PALMERAS, PLÁTANOS, ETC... GRAN VERJA DE HIERRO AL FORO. A LA DERECHA SE SUPONE QUE ESTÁ EL PALACIO. PRIMER TÉRMINO IZQUIERDA UNA MESA RÚSTICA Y TRES SILLONES DE PAJA TEJIDA. SOBRE LA MESA UN JUEGO COMPLETO DE TÉ Y UNA CAJA DE HABANOS. PRIMER TÉRMINO DERECHA UN BANCO DE PIEDRA Y OTRO IGUAL JUNTO A LA VERJA, EN EL CENTRO DEL FORO. TRAS DE AQUELLA UN TELÓN CON PERSPECTIVA ALTA DE LA CIUDAD. ES EL ATARDECER, CUANDO EL SOL INCENDIA DE SOSLAYO LA TIERRA. POCO A POCO SE VEN ILUMINARSE LAS VENTANAS DE LAS CASAS DE MUNDÓPOLIS. SE HA CORRIDO LA CORTINA. ESTOS QUE APARECEN SENTADOS JUNTO A LA MESA, SON EL GOBERNADOR DON MELITÓN CORDERO Y MONSEÑOR. AQUEL ES UN HOMBRE DE UNOS CINCUENTA AÑOS, BAJO DE ESTATURA, CALVO, OBESO. ESTE, AUNQUE LE AVENTAJA EN AÑOS, NO LE GANA EN OBESIDAD Y CALVICIE. EL MANTO Y BÁCULO DE MONSEÑOR SE VEN COLOCADOS SOBRE EL BANCO DE LA DERECHA.

Y la comedia principia de este modo:

GOBERNADOR: ¿No fumáis, Eminencia?
Son traídos de Habana.

MOSEÑOR: Oh, gracias, no os acepto;
me priva la sotana.
Yo prefiero mis mentas. *(Saca un pastillero y ofrece).*
Queréis Vos?

GOBERNADOR: No, yo fumo.
¿Os molesta?

MOSEÑOR: Al contrario;
mucho me agrada el humo...

GOBERNADOR: ¿Decíais?...

MOSEÑOR: No decía,
admiraba Excelencia,

vuestra mansión, el parque,
el palacio, la ausencia
de la ciudad ruidosa,
esta fronda tranquila...
¡silencio y paz en donde
se torna la pupila!...

GOBERNADOR: Es menester.

MOSEÑOR: Comprendo:
un gobierno prudente,
ha menester de paz.

GOBERNADOR: Y es ruidosa la gente...
La democracia es una
palabra sin sentido...
¿Quién gobierna entre el pueblo?
¿Quién medita entre el ruido?

MOSEÑOR: Imposible... imposible...

GOBERNADOR: Y hasta el pueblo, Eminencia,
comprende estas verdades...

MOSEÑOR: Es verdad, Excelencia;
pues para no turbarlos
con su trajín sonoro,
aísla sus gobiernos
entre palacios de oro...

GOBERNADOR: Hay quien cree es difícil
regir desde esta altura
los destinos del pueblo.

MOSEÑOR: Eso es una locura...

GOBERNADOR: Creen que hay que bajar
hasta tocar sus males.

MOSEÑOR: Sí, hay locos en el mundo,
que creen cosas tales;
pero es error. Mirad:
vos sabéis la potencia
de nuestra Madre Iglesia...

GOBERNADOR: Que es muy grande, Eminencia.

MOSEÑOR: Pues bien, de este gran mundo
católico romano,
una larga escalera
separa al Vaticano... *(Pausa)*.
Pero hablemos de algún
asunto más trivial...
¡A propósito!... Os tengo
que contar uno...

GOBERNADOR: ¿Cual?

MOSEÑOR: Anoche, al ir a casa,
cruzando a pie por una
calle, vi un bello cuadro,
a la luz de la luna... *(Se levanta para describirlo)*.
*(Ya para estas andanzas
mi figura es muy vieja)*.
Era una linda niña
que estaba tras su reja...
Entre tantos claveles
la chica parecía,
más que hija de Mundópolis,
hija de Andalucía...
Y un galán en la reja
que sus cuitas decía
a la niña, y la niña
que al oír, sonreía...

GOBERNADOR: ¡Vos siempre, Monseñor,
con vuestra poesía!...

MOSEÑOR: ¡A nuestra edad tan solo
la poesía es buena!... *(Con emoción)*.
¡Oh! sí... ¡Era tan linda,
tan linda aquella escena!...
El galán la decía
unos versos de amores...
Tembló mi alma al oírlos
como tiemblan las flores,
al sentir de una estrella
el lejano reflejo...
*(Esperad que recuerde...
¡Ah, estoy viejo, estoy viejo!...)*
Decía... ¡Ah!... Sí... Decía:
“Qué importa que la suerte
separe nuestras almas
si las une el amor,
el amor que es más fuerte
que la vida y la muerte...
y el dolor... y el dolor...”
Ya no recuerdo más.

GOBERNADOR: ¿No visteis, por fortuna,
quiénes eran?

MOSEÑOR: Oh, sí...
Me iluminó la luna... *(Se sienta)*.
A ver... a ver si vuestra
Excelencia, adivina...

GOBERNADOR: No sé... ¡Hay tantos amantes!

MOSEÑOR: Eran Ernesto y Lina... *(Con tono de triunfo)*.

GOBERNADOR: ¿Qué decís?

MOSEÑOR: ¿Os asombra?

GOBERNADOR: ¿La hija de León Rivera,
mi adversario político,
mi enemigo?

MOSEÑOR: Ella era.

GOBERNADOR: ¿Con Ernesto?

MOSEÑOR: Vuestro hijo.

GOBERNADOR: Caprichos de muchacho...

MOSEÑOR: ¡No tal, don Melitón,
que ya atuzo mostacho
y es muy bella la niña!...

GOBERNADOR: ¿Y su padre, colijo,
se opone a estos amores
por ser Ernesto mi hijo?

MOSEÑOR: Al menos el idilio
de anoche, lo refleja...
Si el padre no se opone,
¿por qué buscan la reja?
¡Ah! Y además la gente,
murmura que, no es Lina
hija de León Rivera...

GOBERNADOR: ¿Qué es entonces? ¿Sobrino?

MOSEÑOR: Nada de eso. (No sé
si son malos propósitos).
Dicen que la ha sacado
de una casa de expósitos...

*Interrumpe el diálogo, Margarita, la señora del complicado
Ministro don Pacífico, personaje en la vida política por obra*

*y gracia de su esposa, como tantos otros ineptos. Viste un
blanco traje de encaje, sombrero con flores y trae sombrilla
de tul. Aparece tras de la reja. Izquierda.*

MARGARITA: ¡Don Melitón!

GOBERNADOR: Señora... *(Se pone de pie dirigiéndose hacia la verja).*
Con permiso, Eminencia.

MOSEÑOR: Es vuestro.

GOBERNADOR: ¿Cómo estáis? *(A Margarita)*

MARGARITA: Siempre alegre, Excelencia.

MOSEÑOR: ¿Quién es? Ah, Margarita... *(Monologando).*

GOBERNADOR: ¿Paseando habéis venido?

MOSEÑOR: Su marido es un tonto... *(Monologando).*

MARGARITA: Buscando a mi marido.

MOSEÑOR: ¡Vaya! ¡Ni tan siquiera
me saluda! *(Monologando).*

GOBERNADOR: Lo siento.
Vuestro esposo, el ministro,
no está en este momento.

MARGARITA: Por poco me descubro, *(Continuando bajo).*
Melitón.

GOBERNADOR: ¡Margarita!

MARGARITA: Yo que vengo a buscarte,
Monseñor de visita.
¡Qué rabia!

GOBERNADOR: Es la verdad.

MOSEÑOR: ¡Bien urde la patraña! *(Monologando).*
¡Buscando a su marido!
Pero no, no me engaña;

si es público y notorio
 lo que hace esta señora.
 ¡Tan solo don Pacífico,
 su marido, lo ignora!
 Y cree el infeliz
 que a su ciencia grandiosa
 le debe el ministerio...
 ¡Y la ciencia es su esposa! *(Pausa)*.
 Pero... ¿Por qué no viene
 aún el General?
 No explico la tardanza...
 ¿Irán las cosas mal?
 Pero no. ¡Es imposible!
 Si hoy es ya la ocasión
 de triunfar. ¡Triunfaremos
 con la revolución!
 ¡Ah! ¡Ya verás tunante *(Por el Gobernador)*.
 como te vas al cuerno!
 ¡Sabrás que gobernar
 no es como “hacer gobierno”! *(Pausa)*.
 Anoche estuve en casa
 del gran don León Rivera...
 Es un hombre patriota.
 Piensa de otra manera.
 Aumentará los diezmos
 si triunfa en la asonada.
 ¿Cómo no estar con él,
 si este no me da nada?
 Con todo, intentaremos...
 Le inspiraré temor...
 ¡Al fin, mucho estudié
 para ser Monseñor!

GOBERNADOR: Vuelve entre unos minutos. *(A Margarita)*.
 Ya se irá la visita.
 MARGARITA: Volveré; más procura...
 GOBERNADOR: ¡Hoy estás muy bonita!
 MARGARITA: ¡Mentiroso!
 GOBERNADOR: No faltes.
 MARGARITA: Sí, volveré... Hasta pronto.
 MOSEÑOR: ¿Mas cuándo acabarán? *(Aparte)*.
 ¡Estoy haciendo el tonto!...
 MARGARITA: Disimula...
 GOBERNADOR: Pues bien: *(Alzando la voz)*.
 No ha venido hasta ahora,..
 MARGARITA: Disculpad, Excelencia.
 GOBERNADOR: Oh, de nada, señora.
 A vuestros pies.
 MARGARITA: Mil gracias. *(Mutis izquierda)*.
 GOBERNADOR: Esta inútil espera,
 perdonad, Monseñor.
 MOSEÑOR: De ninguna manera...
 GOBERNADOR: La esposa del Ministro
 estaba en el cercado...
 MOSEÑOR: ¿La esposa del Ministro?
 No me había fijado...
 GOBERNADOR: Sí, me estuvo contando,
 de un loco inoportuno
 qua hay en esta ciudad...
 MOSEÑOR: No sabía... ¿Hay alguno?

GOBERNADOR: Yo recién lo averiguo.

MOSEÑOR: ¿Quién es?

GOBERNADOR: Dicen que un hombre
que marcha vagabundo
por las calles...

MOSEÑOR: ¿Su nombre?

GOBERNADOR: No sé... Xenius le llaman
por mofa.

MOSEÑOR: ¿Y su manía
cuál es?

GOBERNADOR: Hablar por boca
de la misantropía...
y perseguir las niñas...
pues ama la hermosura...

MOSEÑOR: ¡Misántropo y amante!
¡Oh, qué rara locura!...
¿No le creéis temible?

GOBERNADOR: Ni temido tampoco...
Al fin nadie le cree
lo que dice... ¡Es un loco!

MOSEÑOR: Sin embargo...

GOBERNADOR: ¿Qué?

MOSEÑOR: A veces
contagia la locura...

GOBERNADOR: Oh, son vanos escrúpulos...

MOSEÑOR: ¿Y quién os asegura
que es loco?

GOBERNADOR: El pueblo entero.

MOSEÑOR: El pueblo no es bastante.
El pueblo siempre quiere
reír a su talante;
y así, en cualquier motivo,
su burda farsa aplica...

GOBERNADOR: ¿Y cuando no lo encuentra?

MOSEÑOR: Entonces, lo fabrica...
Mirad, si no, los hombres
en cuya historia suena
el cascabel grotesco
que la barbarie ajena
colocó para burla
sobre el rostro sereno...
Id contando, Excelencia:
Jesús de Nazareno...
y tras de él tantos reyes,
sabios, emperadores,
filósofos, poetas,
santos... gobernadores... (*Recalcando*).

GOBERNADOR: Es verdad... es verdad...
En tal caso, Eminencia,
si este hombre no es un loco...

MOSEÑOR: ¿Os turba su presencia?
La verdad es la misma
—o mucho me equivoco—
en la boca de un cuerdo
que en la boca de un loco...

GOBERNADOR: ¿Queréis decir?

MOSEÑOR: No quiero
decir nada, Excelencia...

Tal vez más que mi boca
hable vuestra conciencia...

GOBERNADOR: Perdonad... Olvidaba
que por rara manía
siempre la fina púrpura
gustó de la ironía...

MOSEÑOR: No tal, vuestra Excelencia.
equivoca la meta...
Sin práctica es difícil
mirar tras la careta;
y así nada me extraña
no erréis a cada paso...

GOBERNADOR: Si caigo, a la caída,
me arrastra vuestro brazo...

MOSEÑOR: El brazo nunca es firme
si el cuerpo desfallece...

GOBERNADOR: ¿Mía es la culpa?

MOSEÑOR: Es vuestra
la culpa, me parece...

GOBERNADOR: Explicaos...

MOSEÑOR: No siempre
fue torpe vuestro oído...
El cuerpo desfallece,
está exhausto el partido
católico... y es bueno
no olvidéis que él sostiene
vuestro poder...

GOBERNADOR: ¿Entonces,
buscáis?

MOSEÑOR: Lo que conviene...
No dejarle caer...
Prolongarle la vida...
Pensad que, si al fin cae,
caeréis con su caída...
Pero hacéis lo contrario...

GOBERNADOR: Es que ahora no puedo.

MOSEÑOR: Quien está en el poder.
si no puede, es de miedo...

GOBERNADOR: Miedo no, más las gentes
que todo oyen y ven...
pensarían muy mal...

MOSEÑOR: ¿Y cuándo piensan bien?

GOBERNADOR: No podría como antes...
¡No podría! ¡El decoro!...
A más, están exhaustas
las arcas del tesoro...
Tampoco nada puedo
distráer de mi renta.

MOSEÑOR: Lo siento por Vos mismo.

GOBERNADOR: Gracias.

MOSEÑOR: No viene a cuenta.
*Oportunamente llega el General, hombre tosco y robusto,
de unos cincuenta años. Derecha.*

GENERAL: Muy buenas noches, señores.

MOSEÑOR: Buenas noches, General.

GOBERNADOR: Muy buenas.

MOSEÑOR: ¿Qué tal, qué tal?

GENERAL: Bien, Monseñor.

MOSEÑOR: ¿Sin mayores novedades?

GENERAL: Sin ninguna.
Y Vos, mi Gobernador,
¿cómo estáis?

GOBERNADOR: Bien por fortuna.
Charlando con Monseñor...

GENERAL: Comprendo que no estéis mal
estando en su compañía.. .

GOBERNADOR: Y en la vuestra...

GENERAL: No, en la mía
no estaréis bien.

MOSEÑOR: General...

GOBERNADOR: ¿Qué decís?

GENERAL: Que vengo a hablaros
de un asunto algo molesto.

GOBERNADOR: Oh, ¡sentaos! Y por esto...

GENERAL: Temía desagradaros...

GOBERNADOR: ¿Y por qué? Me hacéis reír...

GENERAL: ¿Y si mi causa os encona?

GOBERNADOR: Nunca supe confundir
la causa con la persona.
*Monseñor, para desviar el diálogo, evitando una
indiscreción del General, dice:*

MOSEÑOR: Permitidme vuestra espada.

GENERAL: Gracias. *(Sin dársela).*

MOSEÑOR: Colocadla aquí. *(Por banco Iª derecha).*

GENERAL: ¿Junto a vuestro manto?

MOSEÑOR: Sí.

GENERAL: Estará bien colocada. *(Coloca espada).*

MOSEÑOR: Son las dos investiduras
de la fuerza y de la fe,
y en ellas tienen su pie
todas las magistraturas;
y así falta, en mi opinión,
completando el simbolismo,
vuestro bastón... *(A Gobernador).*

GOBERNADOR: Es lo mismo.

GENERAL: Es verdad, falta el bastón...

GOBERNADOR: ¡Vaya!... ¡Muy buena ocurrencia
la de las investiduras! ...

GENERAL: ¡Siempre igual, vuestra Eminencia!...

MOSEÑOR: Yo siempre con mis locuras...

GOBERNADOR: Decíais, mi General...

GENERAL: Que al ejército, en verdad,
solo con oro se halaga,
y en donde falta la “paga”
se pierde la autoridad.
Y así, aunque tras de mi diestra,
vuestro gobierno se escuda,
no puedo daros mi ayuda
si no me ofrecéis la vuestra.

GOBERNADOR: ¿Cómo así?

GENERAL: Preguntáis “cómo”

¿cuando no come la hueste?

GOBERNADOR: ¿Y decís?

GENERAL: Os digo que este es un general de plomo...

MOSEÑOR: ¡Ah!

GOBERNADOR: ¿Qué pedís?

GENERAL: En total ¡mi dinero o mi retiro!

GOBERNADOR: ¿Vuestro retiro? Os admiro. os admiro, ¡General!...

Interrumpe el diálogo la llegada de don Pacífico Cabral, el Ministro, hombre de unos cincuenta años, nervioso, consentido y tímido. Aquí viene con los brazos abiertos agitando un periódico y volándosele los faldones de la negra y desabrochada levita:

MINISTRO: ¡Caramba!... ¡Caramba!...

TODOS: ¿Quién?

GOBERNADOR: ¡Don Pacífico, el Ministro!

MINISTRO: ¡Ah, Excelencia!... ¡Ah, Eminencia! ¡Ah, General!... ¡Qué conflicto!

GOBERNADOR: ¿Qué sucede?

MINISTRO: ¡Nada!...

MONESÑOR y GENERAL: ¿Nada?

MINISTRO: ¡Nada y todo! ¡Un cataclismo!...

MOSEÑOR: ¿Algún incendio?

MINISTRO: Sí, de almas.

GENERAL: ¿Una tormenta?

MINISTRO: ¡De gritos!

GOBERNADOR: ¿Un derrumbe?

MINISTRO: ¡El de nosotros!... ¡Algo espantoso! ¡Inaudito!

GOBERNADOR: Hablad, pues.

MINISTRO: Dejad que calme mis nervios.

GOBERNADOR: Bebed. *(Le ofrece una taza de té).*

MINISTRO: ¡Dios mío! Venía a vuestro palacio caminando –yo camino...

GENERAL: Como todos.

MINISTRO: No; es receta de un viejo facultativo, porque sufro del estómago y nunca tengo apetito... *(Come un bizcocho).* Pues bien, hasta aquí venía caminando, como digo, con un calor insufrible... ¡Caramba!... Parece un mito: pero es cierto: hoy el termómetro subió hasta cuarenta y cinco...

GOBERNADOR: Proseguid...

MOSEÑOR: Dejad detalles...

GENERAL: ¿Qué sucede?

MINISTRO: ¡Algo inaudito! ¡Que por quitarme el calor tomando un refresco frío, busco un restaurant, penetro, y me siento muy tranquilo...

GENERAL: ¡Y nosotros impacientes
por saber qué ha sucedido!

MINISTRO: ¡Caramba!... ¡Dejad que cuente!...
¡No puedo ser mas conciso!...
¡En dónde iba? ¡Ah! Llamo al criado;
viene, saluda, le pido
un refresco... abro el periódico,
leo una línea de avisos
para buscar un mucamo
que hable francés, inglés, chino,
italiano, u otra lengua;
pues mi mujer me ha pedido
un mucamo que reúna
esta condición... ¡Caprichos!
Pues bien, yo leyendo estaba,
cuando en un grupo vecino
oí entre confusas voces
tratar de un tema político...
Al oírlas, poco a poco,
por manía, por instinto,
resté atención a los ojos,
para dársela al oído...
Y yo que soy tan astuto...

MOSEÑOR: ¡Por algo es usted ministro!...

MINISTRO: ... comprendí que conversaban
de un grave complot político
contra el gobierno...

GOBERNADOR: ¡Imposible!

MOSEÑOR: ¡Ilusión de sus sentidos!...

MINISTRO: ¡¿Cómo ilusión, si escuché

estas palabras... ¡“bandido”
“revolución”, “esta noche”?!

MOSEÑOR: ¿Nada más?

MINISTRO: Monseñor mío
¿Qué más? ¡Caramba!... ¡Caramba!...

GOBERNADOR: ¿Será posible?

MINISTRO: Os lo digo
y os lo juro.

GOBERNADOR: ¿Serán pocos?

MINISTRO: No lo sé; pero es preciso
sofocar el movimiento...

MOSEÑOR: ¡Sofocarle!...

GOBERNADOR: Y el motivo
de este alboroto, ¿cuál es?

MINISTRO: Cuál ha de ser, pues... ¡Caprichos!
Vos sabéis lo que es el pueblo...
¡Caramba!

MOSEÑOR: ¿Será el partido
opositor?

MINISTRO: ¡León Rivera!

GOBERNADOR: ¿Y qué hacer, señor Ministro?

MINISTRO: Vamos, vamos a palacio
a pensar sobre el conflicto.
Se levantan todos.

GOBERNADOR: Vamos.

MOSEÑOR: Vamos.

MINISTRO: ¡Ah, caramba!

¡No es posible estar tranquilo!

Mutis Ministro y Gobernador derecha.

MOSEÑOR: ¡Vos conmigo, General!

GENERAL: ¡Eminencia, y Vos conmigo!

Mutis derecha Monseñor y General.

Aparece por primera derecha. Tiene 16 años. Vestido corto y cabello suelto.

LUCÍA: Debe ocurrir un suceso grave. Papá preocupado ha pasado por mi lado sin verme, sin darme un beso...

Torna tras la reja por lateral izquierda, Margarita.

MARGARITA: Lucía.

LUCÍA: ¿Quién? Ah, señora Margarita... ¿Cómo está?

MARGARITA: Bien. ¿Y tú?

LUCÍA: Ya lo ve.

MARGARITA: ¡Ah!
¡Como siempre, encantadora!
¿No ha venido por aquí buscando al gobernador mi esposo, el ministro?

LUCÍA: Sí.

MARGARITA: Entonces será mejor, que me vaya. *(Aparte).*

LUCÍA: ¿Quiere entrar?

MARGARITA: No, me voy. ¡Vaya un marido! *(Aparte).*
Tú le dices que he venido.

No le quiero molestar.

LUCÍA: Se lo diré.

MARGARITA: Adiós Lucía.

Recuerdos al novio.

LUCÍA: ¿Ignora que no tengo todavía?

MARGARITA: Adiós, rica... *(Mutis derecha).*

LUCÍA: Adiós, señora.

No comprendo por qué no entra.

¡Qué genio tan caprichoso!...

Viene buscando al esposo

y se va cuando lo encuentra... *(Pausa).*

Cantan los gorriones del bosque.

¡Ah! ya cantan los gorriones

en el bosque de los pinos.

Tienen hambre los glotones

y me llaman con sus trinos. *(Tomando algunos bizcochos de la mesa).*

¡Ea!... ¡Ya voy!... Para todos

habrá... ¡Calmad la alegría!

Nunca tenéis esos modos

ni armáis tal algarabía!...

Entra doña Juana en pos de Lucía. Es su aya. Vieja, cegata, rezongona.

JUANA: ¡Niña! ¡Niña! ¿Dónde estás?

LUCÍA: Aquí, doña Juana, aquí... *(Mutis izquierda).*

JUANA: ¡Válgame Dios!... Ya creí que no te encontraba más.

(Recogiendo el servicio de té y persuadida de la presencia de Lucía, continúa)

No te apartes de mi lado:
mira que la noche llega,
y como soy medio ciega
no te veo. ¡Ten cuidado!...
Ya que te gusta venir
al bosque de los gorriones,
vendremos sin discusiones...
¡Pero me tendrás que oír!...
De lo contrario diré
a tu padre lo que pasa...
Ahora, vamos a casa...
¡Niña! ¡Niña!... ¿Ya se fue?

VOZ DE LUCÍA: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí! ...
(Soltando en tierra la bandeja con el servicio de té).

JUANA: ¡¿Qué sucede?! ¡Ay, Jesús mío!...

LUCÍA: ¡Un hombre!... ¡El loco está aquí!... *(Entrando por izquierda).*

Ambas huyen despavoridas por la derecha. Xenius ha aparecido en escena. Es un hombre de unos cuarenta años, pero representa algo más. Barba rala... mirada viva, estrábica, grandes ojeras, faz demacrada. Viste un viejo pantalón negro y una raída levita de igual color, cuya solapa abierta deja ver el pecho desnudo. Lleva los cabellos largos. Su voz es desigual: rápida o lenta según las circunstancias. Es de noche. La ciudad se ilumina.

XENIUS: ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Tiemblan y río!
Callan los gorriones.
¡Xenius! ¡El loco!... ¡Es el loco!...
Tú no eres el loco, no;
pero Xenius, poco a poco
aprende, ¡el loco soy yo! *(Pausa).*
Inútil y vano empeño
de este amargo corazón,

ir buscando con tesón
como la ilusión de un sueño
¡la dicha de una ilusión!...
De este árbol la flor nacida
llevó el viento vagabundo
dejando una abierta herida
que vierte sangre, en mi vida
y maldición sobre el mundo!...
¡Oh, bosque!... ¿Por qué me llamas
como todos? ¡Ah, tormento!...
¡Es el eco de su acento!...
“¡Loco!” “¡loco!” ¡entre las ramas
parece decir el viento!...
¡Ella también!... Oh, manía
de esta dura humanidad;
es loco sin mas porfía
el que dice la verdad
en ciudad de hipocresía...
Y yo que busqué la calma
de este bosque, por asilo,
bajo el laurel y la palma,
como cuadra al grave estilo
de la grandeza de mi alma...
¡Mas... ay! ¡Que a tales baluartes
también llega el cieno inmundo,
pese a mi afán y a mis artes!...
¿Cómo vivir sin el mundo,
si el mundo está en todas partes?

Aparecen por segunda derecha Monseñor y General.

MOSEÑOR: ¿Venceremos?

GENERAL: Sin dudar.

Me responden los soldados.
¿Y los vuestros?

MOSEÑOR: Ni pensar...
Los que no quieran luchar
van a ser excomulgados.

GENERAL: Creo es hora conveniente
de hablar al Gobernador
de nuestra actitud presente.

MOSEÑOR: Hablarle es impertinente...
¡Callar, callar es mejor!...
Es preciso aprovechar
hasta la hora postrera
su confianza... y simular...
Siempre es más fácil luchar
desde dentro, que de fuera...

GENERAL: Tenéis razón.
Xenius que ha seguido el diálogo sin ser visto, exclama:

XENIUS: O más bien
es razón la que buscáis
para traicionar...

GENERAL: ¿Qué?

MOSEÑOR: ¿Quién?

XENIUS: Lo que vuestros ojos ven...

MOSEÑOR: ¡¡Un hombre!?

XENIUS: ¿Y os espantáis?
¿Vuestra admiración es tanta?
Aunque es justo que os asombre
ver en la tierra mi planta;
¡pues olvidaba que espanta

más que las fieras, el hombre!...

GENERAL: ¿Quién eres? ¿Quién eres, di?

XENIUS: ¿Quién soy, preguntarme a mí?

GENERAL: ¿Quién eres, por Belcebú?!

XENIUS: ¡Vuestro cómplice no fui
para tratarnos de tú!...

MOSEÑOR: ¿Quien sois entonces?

XENIUS: ¡Por Dios!...
¡Qué rara pregunta hacéis!
¿Qué quién soy? ¡Pues lo que veis!
¡¡Soy hombre igual a Vos,
sin el disfraz que tenéis!!

MOSEÑOR: ¿Qué decís? ¡Disfraz!... ¡Disfraz!...
¡Es un loco por lo visto!... *(Al General)*.
¡De mataros soy capaz!... *(A Xenius. Empuñando el
báculo)*.

XENIUS: ¡Monseñor, estad en paz!... *(Serenamente)*
Mirad, que se os cae el Cristo...

GENERAL: Monseñor, serenidad...
¡Es loco!

MOSEÑOR: ¡Loco perdido!

GENERAL: Tratémosle con bondad.
Tal vez saquemos partido
de su locura...

MOSEÑOR: Es verdad.

GENERAL: Habladle Vos.

MOSEÑOR: Señor nuestro:
decid quién sois, por favor:

XENIUS: Principiáis por un error:
ante todo ni soy vuestro,
¡ni menos vuestro señor!...

GENERAL: Entonces...

XENIUS: Soy un mortal
como todos los de aquí.

MOSEÑOR: ¿Y vivís?

XENIUS: Porque nací.

MOSEÑOR: ¿Y hacéis bien?

XENIUS: Por hacer mal,

GENERAL: ¿Y estáis acá?

XENIUS: Porque sí.
¡Todos dicen que soy loco
y en mi locura me fundo,
creyendo no me equivoco,
cuando miro, escucho y toco
la otra locura del mundo!...
¡Sin dios, sin patria, sin ley,
yo marchó mejor que Vos,
que vais tras la humana grey;
pues yo mismo soy mi rey
y yo solo soy mi Dios!...
Soy la nota desigual,
soy la estrella vagabunda.
Libre, pura y ancestral
en esta armonía inmunda
del universo social...
¡Y a este océano he caído,
náufrago de la esperanza;
sin más voz que mi rugido,

con el dolor del herido
con la fe de la venganza!...
En estas mundanas noches
de farándulas secretas,
venciendo hipócritas tretas,
¡soy un derriba-fantoches,
soy un arranca-caretas!...
Soy el contraste del mundo,
porque a nadie reverencio:
¡él calla porque es inmundo,
y es mi grito vagabundo,
bofetada a su silencio!...

MOSEÑOR: ¡Ah, por fin!... Quien sois convengo.
Vuestro nombre es: ¿Xenius?

XENIUS: ¡Nada!

En este mundo, os prevengo,
la bestia domesticada
tiene nombre: ¡yo no tengo!...
Yo soy la bestia bravía,
yo no respondo a la endecha
de la humana hipocresía...
¿No veis que está todavía
mi espina dorsal derecha?

MOSEÑOR: Mas la turba callejera
os puso Xenius por nombre...

XENIUS: Es verdad.

GENERAL: ¿Y os exaspera?

XENIUS: Sí, pues no soy más que un “hombre”,
como quien dice, una “fiera”...

GENERAL: ¿Y lucháis?

XENIUS: Por convencer
a este humano lupanar...

MOSEÑOR: ¿De qué?

XENIUS: ¡De que hay que aprender
a abrir los ojos y ver,
a abrir la boca y gritar! *(Se sienta banco derecha).*
*Cruzan unos soldados dirigidos por un capitán, de derecha
a izquierda.*

GENERAL: ¿Dónde vais? *(A Capitán).*

CAPITÁN: Cumpliendo el lema:
“Si alguien salta la baranda,
aprieta el gatillo y quema”...

XENIUS: ¡Esta es la razón suprema *(Aparte).*
del gobierno que los manda!...

GENERAL: ¿Mandato de quién?

CAPITÁN: Mandato
del señor Gobernador...

GENERAL: No manda desde hace rato.

CAPITÁN: Está bien, mi superior...

GENERAL: Rodea con tus soldados.
del palacio la salida
exponiendo hasta tu vida
por los ideales sagrados.

CAPITÁN: Vuestra orden será cumplida:
¡el gobierno vencerá!

GENERAL: ¡Bárbaro, la revolución!...

CAPITÁN: ¡¿La revolución?!

GENERAL: Sí.

CAPITÁN: ¡Ah!

GENERAL: Es táctica...

XENIUS: Entiendo ya: *(Aparte)*
¡es táctica de traición!...

GENERAL: ¡Pareces un animal! *(A capitán).*
¡Vamos! ¿Qué esperas parado?

CAPITÁN: ¡A vuestra orden, General!

GENERAL: ¡Vamos, rápido, bagua!...
Mutis Capitán y soldados.

XENIUS: He aquí un domesticado... *(Aparte)*

GENERAL: Monseñor; ya falta poco
para la revolución
voy a casa de don León.
Os dejo aquí con el loco.

MOSEÑOR: No. Veré a don Melitón.
Se me ha ocurrido un intento
que ayudará a nuestro plan.

GENERAL: ¿Cuál?

MOSEÑOR: Turbarle el pensamiento,
conversando con afán,
mientras triunfa el movimiento.
Se oyen gritos.

GENERAL: ¿No escucháis?

MOSEÑOR: Sí. ¡Ya ha estallado
la ansiada revolución!
Mutis derecha ambos.
Xenius se retira del banco lateral derecha.

XENIUS: ¿Qué? ¿Grita el pueblo? ¡Ilusión!
 ¡Por fin el domesticado
 va aprendiendo la lección!
 ¿Es posible? Oh, yo también,
Los gritos arrecian.
 ¡yo también quiero gritar!...
 ¡Siento en mi pecho temblar
 la venganza!... ¿Contra quién?
 ¡No importa, si he de vengar!... (*Exaltándose*).
 ¡Oh, ciudad que hasta hoy desierta
 de ideal, dormías yerta;
 bajo el poder que maldigo;
 hoy que tu ideal despierta
 ¡deja que luche contigo!...
 ¡No importa que pienses mal,
 apreciando lo exterior,
 viendo luchar por igual
 propósito, un General,
 un loco y un Monseñor! . .
 ¡No importa que en esta acción,
 en la que luchan los tres,
 no distinga tu razón,
 quién lucha por convicción
 y quiénes por interés!...
Se oyen algunos tiros.
El Ministro cruza de derecha a izquierda corriendo.

MINISTRO: ¡Ay! ¡ay!... ¡Socorredme a mí!...
 ¡Estamos perdidos! ¡Sí! (*Se le cae la capa*).

XENIUS: ¡Ministro: perdéis la capa!

MINISTRO: ¡Favor!... ¡Traición!... (*Mutis izquierda*).

XENIUS: ¡He aquí
 la cobardía que escapa!...
 Tal es el mundo hoy en día:
 doquier la misma visión:
 ¡una extraña complexión
 de traición y cobardía,
 de cobardía y traición!...

GRITOS DEL PUEBLO:

¡Abajo el gobernador!
 ¡Viva el doctor León Rivera,
 el gran regenerador!...
 ¡Viva! ¡Que muera el traidor!...
 ¡Muera! ¡Que muera! ¡Que muera!...

XENIUS: ¿Qué escucho? ¡Yo desespero!...
 “Muera y Viva”... ¡Oh, confusión!...
 ¡Oh! ¡pueblo esclavo y artero,
 queréis matar un Cordero
 para dar vida a un León!...
Subiendo en el banco del foro y gritando al pueblo.
 Oh, pueblo que así gritáis
 contra el torpe gobernante
 que Vos mismo fabricáis:
 ¡¿Por qué, por qué levantáis
 otro tirano triunfante?!...
 Si la libertad os guía, (*Delirante*).
 ¡¿por qué tenéis la manía
 de trocar hombre por hombre;
 no veis que es cambiar de nombre
 pero no de tiranía?!... (*Xenius cae herido en la frente por
 una bala perdida*).
Resuena el tiroteo y el clamor.

¡Ah, “ursus homo”, “ursus homo”! *(Con fatiga)*.

¡Veo que habéis comprendido,
pues me respondéis con plomo!

Aparece Lina por la izquierda con unas vendas en las manos. Corriendo hacia el herido, se arrodilla para socorrerlo.

LINA: ¡Ah, otro herido, otro herido!...

Aparece Ernesto con un fusil aún humeante, en las manos, por derecha.

ERNESTO: ¿A quién herí? ¿Quién le vela?...

Lina, alzando el rostro y viendo a Ernesto.

LINA: ¿Tú aquí, Ernesto?

ERNESTO: ¿Qué haces, Lina? *(Arrodillándose junto a ella)*.

XENIUS: Es la mujer que consuela *(Incorporándose en brazos de Lina. Cuadro)*.

¡¡¡y tú el hombre que asesina!!!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO

UNA SALA DESPACHO EN EL PALACIO DE GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MUNDÓPOLIS. PUERTAS IZQUIERDA, DERECHA Y FORO. CORTINAS. CUADROS EN LA PARED CON LA SERIE DE GOBERNADORES. ENTRE ELLOS EL RETRATO DE DON MELITÓN.

PRIMER TÉRMINO IZQUIERDA UN ESCRITORIO. ALGUNAS SILLAS. ALFOMBRA. UNA LÁMPARA-ARAÑA ELÉCTRICA COLGADA EN EL CENTRO: LUZ PLENA. AL CORRERSE LA CORTINA APARECE DON LEÓN RIVERA, NUEVO GOBERNADOR, SENTADO EN SU ESCRITORIO. ES UN HOMBRE DE UNOS CINCUENTA AÑOS Y A QUIEN EL NUEVO CARGO LE HA HECHO ENGORDAR VARIOS CENTÍMETROS. SOBRE UNA ESCALERILLA DE MANO UN UJIER ESTÁ OCUPADO EN DESCOLGAR EL CUADRO DE DON MELITÓN Y COLOCAR EN EL MISMO SITIO EL DE DON LEÓN RIVERA. SUENA UN TIMBRE. OTRO UJIER ENTRA EN ESE INSTANTE POR EL FORO.

Y la comedia continúa de esta manera:

UJIER 1º: Ordene, Vuestra Excelencia.

LEÓN: Inclínate más. Corriente...

Se inclina Ujier.

¿Cuántos aguardan audiencia?

UJIER 1º: No sé; pero es mucha gente.

LEÓN: ¿Todos buscan por supuesto alguna colocación?

UJIER 1º: Y la regeneración debe consistir en esto...

LEÓN: ¡Nadie te pide opinión! *(Pausa)*.

¿Tú sabes de aquel herido que cayera en la asonada, luchando con voz airada por el triunfo del partido?

UJIER 1º: Sí... Xenius.

LEÓN: ¿Dicen que es loco?

UJIER 1º: Luchando por Vos fue cuerdo. Sí... cayó herido... Recuerdo...

LEÓN: ¿Y le habéis visto?

UJIER 1º: Hace poco.

LEÓN: ¿No espera también audiencia?

UJIER 1º: No, señor.

LEÓN: ¿Y en dónde está?

UJIER 1º: Como siempre errante va,
por las calles, Excelencia.

LEÓN: Está bien. Manda un Ujier
que le busque. Quiero verle
ahora mismo y ofrecerle
un premio a su proceder.
Medio mutis Ujier.

UJIER 1º: ¿Abrís audiencia?

LEÓN: Ya es hora.

UJIER 1º: Una señora os espera. (*Medio mutis*).
¿Pasa primero?

LEÓN: Cualquiera. (*Medio mutis Ujier*).
Aguarda... No... La señora. (*Mutis Ujier foro*).
*El Ujier 2º ha concluido de descolgar el cuadro con el retrato
de Don Melitón y colocar el de don León.*

UJIER 2º: Ya está el retrato, don León.

LEÓN: ¿No se caerá?

UJIER 2º: No lo dudo;
pues tiene más fuerte nudo
que este de don Melitón. (*Cogiendo el retrato de don
Melitón de manos del Ujier*).

LEÓN: A ver. ¡Qué torpe apostura!...
¡Toma este viejo tunante!
(*Devolviéndoselo*).
¡Yo estoy joven y elegante! (*Mirando su retrato*).

UJIER 2º: ¿Dónde echo esto?

LEÓN: ¿A la basura!... (*Mutis Ujier izquierda*).
(*Desde su escritorio, don León contempla su retrato unos instantes
con íntima satisfacción. Pausa. Luego monologando dice*):
Don León que me estás mirando:
eres arrogante y tierno;
no te soñé gobernando
y hoy estás en el gobierno...
Su dulce calor me inflama
y la grandeza me ofusca;
y en las audiencias, la dama,
mis buenos oficios, busca.
Por el foro, Margarita, sin su marido, naturalmente.

MARGARITA: Señor, permiso...

LEÓN: Adelante.

MARGARITA: Disculparéis mi visita.

LEÓN: Al contrario. El gobernante
se disculpa.

MARGARITA: Sois galante.

LEÓN: Cuando la dama es bonita.
Ella ríe. Don León festeja su salida con un "je je" de sátiro.

MARGARITA: Mil gracias.

LEÓN: Tomad asiento. (*Le acerca un sillón*).
Ved. Aquí estaréis mejor.

MARGARITA: No os incomodéis, señor...
¡Es un momento!... ¡Un momento!...

LEÓN: Os ruega el Gobernador.

MARGARITA: Entonces... (*Se sienta*).

LEÓN: Hablad, señora. *(Se sienta a su lado).*

MARGARITA: Venía a implorar y callo...

LEÓN: Una dama cuando implora.
manda, y yo soy desde ahora
vuestro cumplido vasallo...

MARGARITA: Cumplido sois en verdad.
y es bien que mi pecho os abra...

LEÓN: Os escucho... Hablad... hablad...
que estará mi voluntad
suspensa en vuestra palabra.

MARGARITA: Por lo hablador se trasunta
que este es un viejo veleta. *(Aparte).*

LEÓN: Es una hermosa coqueta... *(Aparte).*
*Se miran fijamente un segundo. Ella, soltando la risa con
gran perplejidad de don León:*

MARGARITA: Perdonadme una pregunta,
Si no peco de indiscreta...
¿Sois soltero?

LEÓN: No, algo más. *(Maquinalmente).*

MARGARITA: ¿Casado?

LEÓN: Algo menos: viudo. *(Maquinalmente).*

MARGARITA: ¡Sin compañera!... No dudo *(Fingiéndole pena).*
que al decirlo sois veraz,
pues tengo un testigo mudo.
Por componer al marido
más que el espejo se afana
su esposa... ¿Me habéis oído?

LEÓN: ¿Qué decís?

MARGARITA: Que os ha vendido
la pequeñez de una cana...
Y no dudara un momento
que una mujer cuidadosa
os diera más pulimento...
¡Señor: os falta y lo siento
el espejo de una esposa!...

LEÓN: *(Aparte).* ¡Demonios!... ¿Me habré olvidado.
de pintarme hoy el bigote?
¡Oh, me tiene sin cuidado!... *(A Margarita).*
¡Naturalmente! ¡En mi estado!

MARGARITA: ¡Y es grande como un garrote!...
¡Esta cana es un agravio!
Permitidme... ¡Yo no puedo!... *(Levantándose para
arrancársela).*

LEÓN: ¡Oh, gracias!...

MARGARITA: No tengáis miedo
porque roce vuestro labio
con la yema de mi dedo...

LEÓN: Si os empeñáis de esta suerte
sobre toda cana os dejo
dictéis sentencia de muerte...
¡Ah, pero no tiréis fuerte,
que soy blando de pellejo!...

MARGARITA: Callad: que el cabello cano
se esconde en bigote espeso...
*Va a cogerle el bigote y Don León le da un beso en los
dedos. Ella, retirando la mano, y dando un paso atrás con
estudiada actitud trágica:*
¡Por lo traidor sois villano!...

Señor: ¡¡me habéis dado un beso!!

LEÓN: Sí; ¡un ósculo en vuestra mano!...
Solo un ósculo, señora,
que no ha de causar agravios,
pues la mano encantadora,
posándose bienhechora.
me lo arrancó de los labios...

MARGARITA: No prosigáis...

LEÓN: ¡Os adoro!...

MARGARITA: Voy a llamar...

LEÓN: ¡Bienamada!...
*Apretando el botón de un timbre que habrá sobre el
escritorio de don León.*

MARGARITA: ¿Es este timbre sonoro?

LEÓN: ¿Qué habéis hecho?

LEÓN: Nada... nada...
más que saldar mi decoro...

LEÓN: ¡Me perderéis!

MARGARITA: Por supuesto.

LEÓN: ¡Perdonad si en esta audiencia
no supe ocupar mi puesto! ...
Entra Ujier por el foro.

UJIER 1º: ¿Llamaba vuestra Excelencia?
*Momento de silencio. Situación. Margarita con naturalidad,
dice:*

MARGARITA: Sí, para mandaros esto: *(A Ujier).*
“Que salga de la prisión
don Pacífico Cabral,

preso en la revolución”.
Es mi esposo, y está mal *(A don León).*
que sufra mi corazón...

LEO.: Con que Vos sois la señora
del ex ministro?

MARGARITA: ¿Y lo ignora
su Excelencia, todavía?

LEÓN: Cúmplase esta orden ahora *(A Ujier)*
mismo. *(Mutis Ujier).*

MARGARITA: Os agradecería,
de no ser la penitencia
de vuestro desmán galante...

LEÓN: Sois más que hermosa, intrigante,

MARGARITA: Mirad que a una reincidencia
no hay perdón que la levante...

LEÓN: Mirad que a un enamorado
no hay pena que lo convierta...

MARGARITA: Mirad que una puerta abierta
es un oído... ¡Cuidado! *(Por la del foro que dejó
entornada Ujier).*

LEÓN: Correré la purpurina
cortina... *(Haciéndolo)*

MARGARITA: ¡No!

LEÓN: Soy discreto.
Y guardan siempre un secreto
los pliegues de una cortina...

MARGARITA: ¿Me encerráis?

LEÓN: Como se encierra
en la jaula al ruiseñor,

para que cante mejor
que libre sobre la tierra.
¡Sois hermosa!...

MARGARITA: Sois villano:
¡Me robáis como un ladrón!...

LEÓN: Me hurtasteis el corazón,
así es que estamos a mano...

MARGARITA: ¡Oh, mi marido!... ¡Su fama!...

LEÓN: Cuando en la vida se inflama
otro amor más generoso,
entonces queda el esposo
siendo adorno de la dama...

MARGARITA: Bien decís; mas este adorno
hoy ya perdió su valía,
y más que para ufanía,
sírvenme para el bochorno...
Ministro fue, y antes era
esposa de un mandatario...

LEÓN: Y ahora...

MARGARITA: Soy al contrario
la esposa de un don cualquiera...
Y obrando con gentileza.
si os amo, gobernador,
ya que le restáis amor.
sumadle, al menos, grandeza.

LEÓN: ¡Si os amo!... Por fin tu boca
dijo la frase anhelada...

MARGARITA: ¡León! ¡León!...(Con cómico arranque).

LEÓN: Oh, bienamada.

¡dame un beso!... ¡una bicoca!...

MARGARITA: Aún, no. Mi beso ha de ser
adorno para el amante;
mas mi esposo, gobernante,
otro adorno ha de tener...

LEÓN: Emperatriz de mi imperio:
¡me halagas cuando te halago!...
¿Qué quieres para regalo
de tu esposo?

MARGARITA: El Ministerio.

LEÓN: Lo tendrás. Ven... dame ayuda. (*Se sienta al escritorio*).
Díctame.

MARGARITA: Venció el amor. (*Aparte*).
“El señor gobernador... (*Dictándole*).

de Mundópolis saluda...
al distinguido doctor...
y al ex-ministro genial...
don Pacífico Cabral...
y tiene el muy alto honor
de ofrecerle la cartera...
del ministerio, vacante...
y a este fin el gobernante...
en su despacho le espera...
Con esta barbaridad (*Aparte*)
de adjetivos de grandeza,
pierde el hombre la cabeza,
pues son su debilidad.

León firma la epístola y la coloca en un sobre.

(*Ella dicta*):

“A su Excelencia, el doctor

don Pacífico Cabral...
Avenida General...
Marcos de Fuentes Mayor...
número tres veintitrés...”

LEÓN: Ya está. *(Toca el timbre. Aparece el Ujier a quien le entrega la carta).*

Ven. Envía ahora
esta carta.

UJIER 1º: *(Aparte).* Esta señora
parece, pero no lo es... *(Mutis Ujier).*

LEÓN: Los besos son ruisseñores
y es dulce nido de besos
tu boca donde están presos
en un silencio de amores...

MARGARITA: ¿Y qué quieres?

LEÓN: Lo pedido...
Eso mismo...

MARGARITA: ¿La bicoca?

LEÓN: Deja que saque mi boca
un ruisseñor de ese nido...
Un momento de embeleso
para dejar escondidas,
nuestras almas, nuestras vidas
en el círculo de un beso...

MARGARITA: Sea... Y tras de la cortina
para que sirva de adiós... *(Va tras la cortina de la puerta del foro, donde se oculta dejando asomar la cara).*
A la una... y a las dos...

LEÓN: Y a las tres... *(A punto de besarla).*

En este instante aparece Lina por derecha.

MARGARITA: *(Huyendo)* ¡Ay!...

LINA: ¡Padre!

LEÓN: *(Azorado)* ¡Lina!...

Situación.

¿Si habrá visto? Enmudece. Se avergüenza. *(Aparte).*

¿Tú por aquí? *(A Lina).*

LINA: Si, vengo al encontrarte
recibiendo el escarnio tras la afrenta.

LEÓN: ¿Qué dices?

LINA: ¡Nada! ¡Lo que ven mis ojos,
lo que escucha mi oído, siempre, siempre,
como los golpes de un martillo rudo
sobre el honor de la paterna casa!...

LEÓN: ¡Nada te importa! ¡Y guarda en tus palabras
mayor respeto con tu padre! ¿Entiendes?

LINA: ¡¡Principia tú también por respetarme,
pues aquí, padre, ya vivir no puedo!! *(Solloza).*

LEÓN: ¡No puedo! ¡Dices bien! ¡No puedo! ¡Es claro!
¡¿Y cómo has de poder cuando un bandido
te roba el corazón con sus perfidias?!

LINA: Bandido, no; ¡que Ernesto bien me quiere! *(Altiya).*
Víctima fue su padre en la asonada,
y enemigo será de este gobierno,
como buen hijo que defiende al padre;
pero bandido, no, ¡¡que nunca, nunca,
hirió en la espalda, ni robó en caminos!!

LEÓN: No hirió en la espalda, pero hirió en la frente
a un partidario mío, a un vagabundo,

¡que tú conoces bien, pues le curaste,
cuando cayó luchando en la asonada!...

LINA: Yo no conozco al hombre vagabundo,
ni fue bandido el que le hirió en la frente...
¡Él tan solo su causa defendía!
Si a aquel curé por caridad cristiana.
en su fiero valor a Ernesto admiro!

LEÓN: ¡Por pasión, por pasión!

LINA: ¡¡No, por justicia!!

LEÓN: Te pones arrogante en su defensa,
mas inútil será todo denuedo,
¡porque no he de ceder, porque eres mía!

LINA: Tuya sí, porque el alma bien encierra
con el amor filial el de la esposa.

LEÓN: ¡Amor filial! ¡Amor filia! (*Sarcástico*).

LINA: ¡¡Oh, calla!! (*Desesperada*).
¡que tus dos ojos con el mismo fuego
que tuvieron besando aquella dama,
pérfidos, al mirarme, reverberan!...
¡Ya los comprendo! ¡Ya comprendo ahora
el ruido de tus pasos persiguiendo
mis fugitivos pasos en la sombra!...
¡Oh! ¡Qué horrible dolor ver confundida
mi alma en el fango ruin de todas ellas!...
Pero, no; ¡no será!

LEÓN: ¡Sí, tú lo has dicho! (*Cogiéndola por un brazo*)
Será... ¡Yo soy tu padre! ¡Tú, eres mía!
¡Ven. Ven aquí!...

LINA: ¡¡Señor!! (*Rechazándolo*).

LEÓN: ¡En vano tiembles
como una viborilla entre mis brazos!

LINA: ¡Padre! ¡Padre! ¡Mas, no! No eres mi padre
¡No puede ser!... ¡Un padre no es un monstruo!

*Interrumpe la escena la llegada de Monseñor, por izquierda.
Viene con su eterna sonrisa y con su entornados ojos que
todo miran y nada ven. Lina ha caído sobre el sillón que
ocupara Margarita. Solloza. León cambia de fisonomía y
actitud:*

MOSEÑOR: Con permiso, Excelencia...

LEÓN: Monseñor.

MOSEÑOR: Penetro por la puerta de confianza.

LEÓN: Hacéis bien.

MOSEÑOR: No está el tiempo de bonanza.
¿Lina, qué tienes? ¿Qué hay gobernador?

LEÓN: Lo de siempre...

MOSEÑOR: ¿Cosillas del amor...?
Bah... ¿Y por eso este llanto, estas congojas?
Es tímida... ¡Sí, sí! ¡Como las hojas!
¡Vamos chiquilla! ¡A ver...! ¡Valor! ¡Valor!
Bien sienta a las mejillas este llanto
como a las frescas rosas el rocío...
Yo ya lo dije en un madrigal mío:
Las lágrimas son perlas del encanto...
Vamos, no llores más... Si esto no es nada...
Dime tu pena...

LEÓN: ¡La de siempre! ¡Aquella
vana ilusión de verse desposada
con quien no puede ser esposo de ella!

LINA: ¡Sí... la de siempre, Monseñor!

LEÓN: ¡Y en vano
gemirás, porque yo ceder no puedo!

LINA: ¡Rogadle vos! (*A Monseñor*).

LEÓN: ¡No puedo! ¡Es un villano!

MOSEÑOR: Todo se arreglará. No tengas miedo...

LINA: ¡Sin él mi vida quedaría trunca! ..
¡Oh, rogádselo Vos! ¡Os lo suplico! (*A Monseñor*).
¡Ernesto es bueno! ¡Es bueno!

MOSEÑOR: Sí, es buen chico.

LINA: Yo le amo. ¿Acaso Vos no amasteis nunca?

MOSEÑOR: Como amar, sí que amé. ¡Fue en la temprana
edad en que las cosas son más bellas!
Los pájaros... las flores... las estrellas...
¡Es fugaz! Es fugaz la vida humana!
Como amar, sí que amé...Y esta sotana
fue el fin de aquel amor triste y risueño...
Como amar, sí que amé... ¡Lágrima vana! (*Enjugándose
una lágrima*).
¡¿Para qué recordar si fue un ensueño?!

LINA: ¡Oh, recordad! Que así tal vez os mueva
a compasión aquel amor ya viejo...

MOSEÑOR: Calma, que voy a darte mi consejo:
¿No viste al viento cual las hojas lleva?
En este caso cual tu padre digo
que debes olvidar esos amores...

LEÓN: Un enemigo es siempre un enemigo...

MOSEÑOR: Que nunca unir podrán lazos de flores.

LEÓN: Un matrimonio así no me conviene.

LINA: Esa no es la razón...

LEÓN: ¡Calla, te pido!

MOSEÑOR: Calma, hija mía... y da todo al olvido,
porque tras de un amor otro amor viene...
En el invierno frío, cuando nieva
¿no viste al viento cual las hojas lleva?
Pues procura olvidar... y de este modo
¿no ves mi niña que se arregla todo?

LINA: ¡¿Oh, Vos... también?!

MOSEÑOR: Es un sano consejo...

LINA: Os falta corazón... (*Mutis derecha Lina*).

LEÓN: ¿Qué dices, Lina?

MOSEÑOR: Oh, dejadla, que el roce de una espina
no puede lastimar un árbol viejo.

LEÓN: Muy bien, muy bien. Monseñor.
Vuestro consejo es cumplido.

MOSEÑOR: Yo cumplo lo convenido
y aconsejo lo mejor.
Si cedéis en este amor,
adónde iría el partido.

LEÓN: Dirían que me he vendido
al partido opositor.
Variemos tema. Un añejo
no nos sentaría mal.

MOSEÑOR: ¿Tenéis añejo?

LEÓN: Especial,
y a vuestro gusto lo dejo.

*Toca el timbre. Ujier 2º sale por izquierda y sirve vino. Entra
General por foro.*

GENERAL: ¿Hay audiencia?. Buen provecho.

LEÓN: Adelante. En hora buena.

GENERAL: Soy un ratón de alacena.

MOSEÑOR: Y os trajo el olor, sospecho.

LEÓN: Sentaos. Pues, Monseñor dice tener en palacio un añejo de topacio que el beberlo da calor...

MOSEÑOR: ¿Vos lo habéis gustado?

GENERAL: Sí.

LEÓN: Pues bebed esta porción (*Ofrece*). y me daréis la opinión, si no es mejor el de aquí.

MOSEÑOR: Dicen que santo presente siempre causa devoción...

GENERAL: ¡Sabéis que de corazón (*A Monseñor*). soy devoto del ausente! (*Se bebe la copa de un trago*). No tenéis por qué dudar.

LEÓN: Ni podéis opinar nada (*A Monseñor*). pues sois parte interesada.

GENERAL: A ver. Dejadme gustar. ¡Es bueno, es bueno! Y se explica que pueda haber discusión; pero no cabe opinión en una copa tan chica... ¡Y es exquisito el olor!

LEÓN: Yo bebo lo indispensable...

MOSEÑOR: ¡¡Por qué no habrá hecho el Señor (*Levantando en alto su copa vacía*)

todo vino perdurable!!

Ujier 1º entra por el foro trayendo una bandeja con tarjeta que entrega a don León.

LEÓN: ¿En dónde está? (*Después de leer*).

UJIER 1º: Espera allí. (*Señala foro*).

LEÓN: ¡Don Pacífico Cabral! (*Leyendo en voz alta*). Que pase. (*A Ujier. Mutis*).

GENERAL: ¡Habéis dicho mal!

MOSEÑOR: ¡Cabral! ¿Cabral está aquí?

LEÓN: Sí, señores. Aquí viene a ocupar el Ministerio...

MOSEÑOR: ¿Pero Vos habláis en serio?

LEÓN: ¿No me estáis viendo? ¿Qué tiene? Es un hombre de gran fama.

MOSEÑOR: Sí, ¡de una fama espantosa!

GENERAL: ¡Este ha hablado con la esposa! (*Aparte*).

MOSEÑOR: ¡Ya lo engatuzó la dama! (*Aparte*).

LEÓN: ¿No veis que yo necesito para ministro, un fantoche, que me firme a media noche, sin ver lo que mando escrito?

MOSEÑOR: Pero un gobierno bien hecho mejores ministros gasta...

LEÓN: Oh, con vosotros me basta que sois mi brazo derecho...

GENERAL: Es natural. Yo también
opino como Excelencia...
¡Qué diablos! En apariencia
ese ministro está bien...

*Interrumpe el diálogo la vertiginosa entrada de don Pacífico,
que llena la sala de genuflexiones y exclamaciones. Foro.*

MINISTRO: ¡Ah, Eminencia! ¡Ah, Excelencia!
¡Ah, General!

MONSEÑOR., GENERAL y LEÓN:

¡Don Pacífico!

LEÓN: ¿Cómo está Vd?

MINISTRO: ¡Cómo quiere
que esté, sino contentísimo
con esta revolución
que tanto malo ha barrido!
¡Caramba! ¡Caramba! ¡Oh, régimen
de oprobio! Yo, un hombre digno;
de mi nombre y de mi fama,
de mi honor, de mi apellido,
que tiene como blasones,
en campo de azur partido
dos cuernos entrelazados
bajo una rama de olivos...
¡Yo, yo un hombre de mi temple!
Me engañaron esos pillos;
porque ellos sabían bien,
que sin mi tacto político,
gobernador y gobierno,
y ministerio y partido,
hubieran sido deshechos
por Vd., hace ya siglos...

Ellos me necesitaban
y por eso fui Ministro.
No es alabanza, señor;
es el evangelio mismo...
¡Caramba! Yo ya estoy viejo;
pero, ¡en fin! ante un pedido
como el de Vd., yo me dije
“Vamos... acepta, Pacífico”.
Y mi mujer, ¡pobrecita!
cuando le leí el pedido
que Vd. me hacía en su carta
rompió a llorar como un niño...
“Ah, Pacífico, no aceptes.
¡No aceptes cargos políticos!
No sabes lo que yo sufro
pues me roban tu cariño
las horas de gabinete...
y además es un peligro
ser un hombre de gobierno!”,
me decía; y compungido,
a punto de obedecerla
estaba, cuando en lo íntimo
de la conciencia de mi alma,
sentí una voz que me dijo:
“Acepta, acepta, porque antes
que a tu hogar y que a ti mismo
te debes a la ciudad,
a la patria y los amigos”.
¿No le parece, Eminencia?

MOSEÑOR: Muy bien dicho, muy bien dicho...

MINISTRO: Sí, yo ya estaba cansado

con el régimen antiguo;
 por eso cuando estalló
 la revolución, yo he sido,
 el primero que “¡A las armas!”
 grité con potente grito...
 y me lancé con coraje
 entre el pueblo confundido,
 ¡para entregar por la causa
 la vida, si era preciso!
 Pero en esto, de la turba,
 dijo una voz: “¡El Ministro!”
 y lanzose sobre mí
 el popular torbellino,
 y agredíeme, y defendíeme,
 y díjeles con altivo
 gesto: “¡Correligionarios:
 yo estoy en vuestro partido!”
 Pero la turba arrastrome
 y dio en la prisión conmigo.
 Y en aquella soledad
 del calabozo sombrío
 yo me decía, pensando,
 “¡Así es el mundo, Pacífico!”

GENERAL: Pero Vd. se equivocaba:
 ¡en una cárcel recluso
 no podía malograrse
 un “gran talento político”!

MOSEÑOR: Es lo que yo me decía:
 ¡ni que Vd. me hubiera oído! (*A General*)

LEÓN: ¡Pero, en fin! Todo pasó
 y hoy es Ud. mi Ministro.

MINISTRO: ¡Por compromiso, don León!
 ¡Tan solo por compromiso!
 En el trance del gobierno
 hay que ayudar al amigo.
 ¡Caramba!

LEÓN: Lo celebremos
 tomando un trago de vino.

GENERAL: ¡Salud, señores!

LEO y MONSEÑOR: Salud.

MINISTRO: Un momento más: yo brindo,
 porque el barco del gobierno
 feliz llegue a su destino.
 ¡Je! ¡Je!

GENERAL: ¡Está bien lo del barco!

LEÓN: ¡Irreprochable!

MOSEÑOR: ¡Magnífico!
Gritos al foro.

VOZ UJIER: ¡Voy a anunciaros primero!

VOZ XENIUS: ¡Yo no espero más!

LEÓN: ¿Quién grita?
Aparecen Ujier 1º y Xenius por foro, luchando.

UJIER 1º: ¡No podéis pasar!

XENIUS: ¡No espero! (*Dando un empujón a Ujier*).
 ¡Él es quien me necesita!

LEÓN: ¡Vamos! ¿Qué son esas voces?
 ¿En qué gobierno decente
 se manda a llamar la gente
 para luego echarla a coces?

Xenius aparece en esta escena con el mismo aspecto que en el primer acto. La frente vendada y el sombrero estrujado en una mano.

MOSEÑOR: ¡Xenius!...

GENERAL: ¡El loco!

MINISTRO: ¿Él aquí?

LEÓN: ¿Por qué no esperáis audiencia? *(A Xenius)*.

XENIUS: ¡Porque es más cuerdo, Excelencia,
que vos me esperéis a mí!
Porque, al menos, he pensado
que todo gobernador
debe ser un servidor,
y no un siervo el gobernado...
¡Porque si me hacéis llamar,
bastante hice con venir,
para quererme exigir
el trabajo de esperar!
Allá, en la sala anterior,
muchos esperan audiencia,
pues hay que tener paciencia
para lograr un favor;
mas yo que favor no pido
ni para rogaros vengo,
esa paciencia no tengo
¡¡y aquí estoy porque he venido!!

GENERAL: Pues una enorme imprudencia
habéis hecho con venir.
Acabáis de interrumpir
una acalorada audiencia
en la cual se discutía
un problema de gobierno...

Y os marcháis, o ¡voto a un cuerno!
que os echa la espada mía...

XENIUS: ¡Al contemplar este emblema *(Señalando las copas)*
y al oíros, adivino
que habéis buscado en el vino
la solución del problema!

LEÓN: Mas humildad esperaba
de un buen partidario mío,
y no gastarais tal brío
de saber por qué os llamaba;
mas disculpo esta salida
porque limpia en mi opinión,
el mal de vuestra razón,
la sangre de vuestra herida...
Y pues fuisteis luchador
y fuisteis, luchando, herido,
en mi triunfante partido
ocupáis puesto de honor.
Para esto os llamé a la audiencia:
para premiar tal acción
dejando a vuestra elección
un puesto de preferencia;
y además, si sois cabal,
os ofrezco invitación
para Ja gran recepción
que en mi palacio oficial
tendrá lugar, festejando
nuestra victoria cercana,
en la noche de mañana.

Xenius lanza una estrepitosa carcajada.

¿Pero qué? ¿Os estáis mofando?

XENIUS: Ni reía, ni lloraba;
pero al escucharos, río...
“¡De un buen partidario mío
mas humildad esperaba!”
¿Yo, ser vuestro partidario?
¿Llevo por Vos esta herida?
¡Señor! ¡Cuentan que en la vida
todo se entiende al contrario!

LEÓN: ¿Entonces?...

XENIUS: No habéis oído
¡¡Por Vos jamás he luchado;
pues hombre domesticado
no soy, ni seré, ni he sido!!

LEÓN: ¿Del partido sin poder
seréis, ya que no sois nuestro?

XENIUS: No por dejar de ser vuestro
de otro partido he de ser.
Yo tan solo estoy conmigo;
marcho a solas con mi idea,
y tengo en esta pelea
al mundo, por enemigo...
Allá, en la revolución,
por un engaño creí
que el pueblo creyendo en mí
buscaba su salvación...
Mas, ¡ay! todo fue ilusión:
¡que el pueblo, esclavo y artero,
quiso matar un Cordero
para dar vida a un León!
¡Y si por librar su suerte
rompió una cadena a coces,

fue para pedir a voces
una cadena más fuerte!
Yo le soñé en una aurora (*Exaltado*).
de gloriosa rebeldía,
gritando: “¡La tierra es mía!
¡Yo, el piloto de su proa!”

LEÓN: Callad! ¡Hablais con pasión!...
¡Hoy con mi gobierno viene
lo que al pueblo le conviene,
que es la regeneración!

XENIUS: Lo que viene es la impostura;
que el mundo lo mismo gira,
y el pueblo ciego no mira
que lo destruido, perdura...
¿Loco soy o sois traidores?
¿Me engaño o estáis engañados?
¿Cuáles son regenerados?
¿Quiénes regeneradores?
¿No es del gobierno anterior
este ministro Cabral?
¿Y este mismo General?
¿Y este mismo Monseñor?
Entonces, Gobernador,
pensad que si de esta suerte
un gobierno se convierte
¿quién es regenerador?

MINISTRO: ¡Basta ya! ¡Salid de aquí
antes que os eche a empellones!

MOSEÑOR: ¡Dejadle, que ve visiones! (*A Ministro*).

XENIUS: ¿Vos, amedrentarme a mí? (*A Ministro*).

¿No fuisteis Vos a quien vi
huyendo como un cobarde,
y hoy queréis hacer alarde
de valor estando aquí?
¿Os olvidasteis, tal vez,
que el hombre cuando se escapa,
en donde pierde la capa,
pierde también la altivez?

MINISTRO: General. ¿No decís nada?
¿No veis cómo nos afrenta?
¡Sacad a pedirle cuenta
de sus palabras, la espada!...

MOSEÑOR: ¡Calma, calma, don Pacífico!

MINISTRO: ¿Calma tras de lo que escucho?

GENERAL: A mí me divierte mucho...
¡Ah, es un loco magnífico!...

XENIUS: ¡Ah, señor! Y en cuanto al puesto (*A León*).
que me acabáis de ofrecer
¡sabed que mi ideal no es ser
zángano del presupuesto!
Y en cuanto a la invitación...

LEÓN: Desde ya está retirada...

XENIUS: La invitación está dada
y vendré a la recepción...
*Sale Lina por derecha. Xenius al verla se extasía. Pausa.
Situación.*
¡Ángel de caridad! ¡Es ella! ¡Es ella!

LINA: ¿Qué sucede, señor? ¿El hombre herido?

XENIUS: ¡Paso!... Dejadme ver, dejadme, os pido (*Corriendo a ella*).
ver la revelación en una huella!...

LEÓN: ¡Detenedle, por Dios!....
Todos se interponen entre Xenius y Lina.

LINA: ¡Ay!... (*Mutis rápido derecha*).

MINISTRO: ¡¡Fuera, fuera!!
¡Le ha venido un ataque de locura!...

XENIUS: ¡Oh, dejádmela ver!...
*Entra precipitadamente por el foro toda la gente que
esperaba audiencia.*

VARIOS: ¿Qué pasa?

TODOS: ¡El loco! ¡El loco!

UNA VIEJA: ¡Jesús! ¡Un poseído del demonio!...

TODOS: ¡A la cárcel con él!... ¡Al manicomio!...

XENIUS: ¡Soy loco! ¡Es loco! ¡Es un loco! (*Cayendo postrado en un
sillón*).
Tú no eres el loco, no:
¡pero Xenius, poco a poco
aprende, el loco soy yo! ...

TODOS: ¡Al manicomio!

XENIUS: Excelencia: (*Arrodillándose desde el sillón*).
¡Dejádmela ver!...

LEÓN: ¡Jamás!...
¡Sacadle de mi presencia,
guardias!...

XENIUS: ¡Quince años de ausencia,
sin verla!...

LEÓN: ¡Llevalde!...
Poniéndose Xenius de pie y con gesto arrogante.

XENIUS: ¡Atrás!...

Los guardias se detienen.

LEÓN: ¡Llevalde guardias!...

TODOS: ¡Sí, sí!...
¡Al manicomio con él!...

XENIUS: ¡Pueblo ingrato!... ¡Pueblo infiel!... *(Mientras le arrastran hacia el foro).*

Sois fuerza bruta y así
podréis sacarme de aquí,
robándome una esperanza:
mas sobre vuestra confianza,
¡¡juro por la vida mía...
que habréis de sentir un día
la fuerza de mi venganza!!...

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

REPRESENTA LA ESCENA, A TELÓN CORTO, UN PEDAZO LATERAL DE LA FACHADA DEL PALACIO DE GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MUNDÓPOLIS. BALCÓN FLORIDO, BAJO Y CON REJA. TRAS DE ÉL, LINA. FRENTE AL MISMO, ERNESTO. ES DE NOCHE. LUNA... Y LA COMEDIA SIGUE:

ERNESTO: Con el alma de hinojos,
moderno trovador, aunque sin lira,

vengo a mirar tus ojos...
La noche está serena...
Blanca la luna gira,
como el bajel de un ensoñado viaje;
y la brisa al pasar, canta y suspira,
sus arrullos de amor en el ramaje...
Oculto entre la fronda,
he burlado a la ronda
que, en la sombra se aleja;
y aquí me tienes con el alma atada
por los rayos de luz de tu mirada
a los floridos hierros de tu reja...

LINA: Oyendo tus palabras,
mi mundo de dolor desaparece
y todo es ilusión en torno mío...
El alma se estremece
en un hondo y fugaz escalofrío,
cual si quisiera remontar el vuelo,
con sus alas de tul tocando el cielo...
¡Mí suerte, mi orfandad, Ernesto, toda
esta vida de angustias y de penas,
que me hiere y enloda,
con tus palabras llenas
de amor y ensueño, olvido!
¡Yo necesito tus palabras buenas
para curar mi corazón herido!...

ERNESTO: ¡Lina! ¡Lina! ¿Qué tienes esta noche?
¿Tu padre acaso?

LINA: ¡No, mi padre nunca!...

ERNESTO: ¿Se opone aún?

LINA: ¡Oh, sí! ¡Todos se oponen!
 ¡Monseñor, sus amigos, todos, todos
 contra nosotros! ¡Y aún hay más, Ernesto!

ERNESTO: ¿Qué dices?

LINA: ¡Aún hay más! Lo sé. ¡Lo siento!
 ¡No es un delirio! Es la verdad, y ahora
 ya comprendo la causa... Este palacio
 es un cubil de sierpes,
 una cueva de lobos...
 Vagan por los rincones las intrigas
 y atisban en las sombras los deseos...

ERNESTO: ¡Lina! ¡Lina! ¿Y tu padre?

LINA: No me digas,
 no me recuerdes ese santo nombre...
 ¡Pesa sobre mí ser un gran misterio,
 y un gran fantasma!...

ERNESTO: ¿Un hombre?

LINA: Que se llama mi padre...

ERNESTO: ¿Y qué pretende?

LINA: Lo que tú.

ERNESTO: Es imposible...
 En su mirada
 el deseo se enciende
 y estoy frente a su afán, desamparada...
 ¡Oh! ¡si al menos pudiera
 bajo tu dulce abrigo,
 siendo tu compañera
 estar así, contigo!...
 Mi dicha está en la reja
 donde las horas paso, recordando

estos instantes en que mi alma deja
 de sufrir. Desde aquí vivo soñando
 en nuestra triste suerte,
 tanto más triste si la vista advierte
 do quiera que se torne, peregrinas,
 volando dos alegres golondrinas,
 perfumando dos flores enlazadas,
 brillando dos estrellas vespertinas,
 o cantando dos fuentes encantadas...

ERNESTO: Dos fuentes, dos estrellas,
 dos negras golondrinas o dos flores...

LINA: ¿Cuándo las mismas huellas
 seguiremos los dos...?

ERNESTO: ¿Preguntas cuándo?

Cuando tú quieras, Lina...
 Estrella, fuente, flor o golondrina,
 amando, siempre amando,
 formaremos un nido
 de cariño y olvido,
 de ilusión y de ensueño,
 donde mi corazón al tuyo unido
 tenga el sereno halago
 de sentir un amor, grande y risueño,
 con luz de sol y con quietud de lago...
 Ruiseñor de armonías, cuyas alas
 están rotas de dar contra las rejas,
 buscando libertad por la que exhalas,
 tus súplicas, tus trinos y tus quejas...
 Dejarás tu palacio y a mi lado
 huirás de esta ciudad de hipocresía
 para seguir la senda

de aquella princesita de leyenda
que en brazos del amor se fugó un día...

LINA: ¿Cómo huir?

ERNESTO: ¡En la noche de mañana,
con el palacio en fiesta,
entre el desorden de la charla vana,
y el paso de la danza y el ruido de la orquesta!

LINA: Imposible...

ERNESTO: Aunque no soy convidado
asistiré.

LINA: Mi padre te echaría.

ERNESTO: Seré muy bien tratado:
y no preguntes más, amada mía.
Mañana nuestra dicha será cierta...
Y acabará en comedia nuestro drama:
pues cumpliendo mi trama,
entraré por la puerta,
moderna forma de raptar la dama...
¿Me esperarás mañana?

LINA: A tiempo que te espero...

ERNESTO: ¿Y habrás de amarme mucho?

LINA: ¿Más de lo que te quiero?

ERNESTO: Y será nuestro amor
el amor verdadero,
purificado en llanto...
El amor que se eleva
sobre la ruin intriga
de la mundana gleba...
Tras de la tempestad en el espacio,

es más bella la calma,
y tras el sufrimiento
tiene el amor más claro sentimiento,
que el llanto limpia el alma
como lava la lluvia el firmamento...

LINA: En tus palabras vive la armonía...

ERNESTO: Y en tus labios la miel
que siendo abeja
sin cesar libaría
entre todas las flores de tu reja...
Y en tus labios el agua cristalina
que siendo caminante
bebería en su fuente purpurina
para aplacar mi sed a cada instante...
Y en tus labios el fuego
donde los labios míos
posándose con actitud de ruego
dejaran de ser fríos...
Y presas en tal círculo pequeño,
mi alma a la tuya en éxtasis unidas,
transportándose en un mágico sueño
a otro tiempo, otro mundo y otra vida.

LINA: ¿No bastará para sentirte ufano,
si tal decir mi boca te provoca,
que delegue en mi mano
el beso que me brindas en la boca?

ERNESTO: Los besos en la mano primorosa,
son medio-besos, nada más, hermosa;
pues una mano que al besar se presta,
besos recibe, pero no contesta...

y así aunque la llamada sea ardiente
 es por lo muda, fría la respuesta;
 y este es el principal inconveniente
 de los cálidos besos deshojados
 en la mano o en la frente...
 En el beso de dos enamorados
 hay una mutua comunión, por eso
 debe ser en los labios este beso...
 En las manos el beso si es galante,
 y siendo maternal, sobre la frente,
 mas el sublime beso del amante
 por único y por hondo, eternamente
 en un sitio tan solo se coloca,
 y ese sitio es: ¡la boca!...

LINA: Tal vez tengas razón; mas este beso
 será a la despedida,
 pues tú lo has dicho, que quien besa, olvida
 este tiempo, este mundo y esta vida...
 Y una vez olvidando
 nos hallará la aurora
 el primer beso aún multiplicando...

ERNESTO: Si tal dices, ahora,
 mi afán de prolongar la despedida
 con el afán del beso se aminora;
 y no sé qué es más cruel de esta manera;
 pues besando, perdí tu compañía.. .
 y por besar, fatígame la espera...
 Mas ya viene la ronda, amada mía,
 y es preciso destruir este embeleso...
 Prepárate a la fuga que a la fiesta
 asistiré.

LINA: Sí... Adiós...

ERNESTO: Antes el beso...

LINA: ¿Dónde?

ERNESTO: En los labios...

LINA: ¿Cómo?

ERNESTO: Con respuesta.

Se besan.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

LA ESCENA REPRESENTA EL ÁNGULO DE UN PATIO INTERIOR DEL MANICOMIO DE MUNDÓPOLIS. AL FORO E IZQUIERDA GALERÍAS SOSTENIDAS POR VARIAS COLUMNAS. PUERTAS PRACTICABLES Y NUMERADAS. A LA DERECHA, LOS ÁRBOLES DEL PARQUE. ES DE NOCHE. SOBRE LAS COLUMNAS HAY LAMPARILLAS ELÉCTRICAS ENCENDIDAS. EN CADA UNA DE AQUELLAS APARECE UN GUARDIÁN DEL MANICOMIO, ATADO Y AMORDAZADO; MENOS EN LA ÚLTIMA COLUMNA. EN LA PRIMERA IZQUIERDA, EL DIRECTOR. XENIUS ESTÁ EN EL CENTRO DE LA ESCENA RODEADO POR UNA TURBA DE LOCOS QUE VOCIFERAN DISPERSOS POR EL PATIO Y A LO LARGO DE LAS GALERÍAS. PRIMER TÉRMINO DERECHA UN BOBO, SENTADO SOBRE UN BANQUILLO. Y SIGUE LA COMEDIA DE ESTE MODO:

XENIUS: ¡Silencio, locos!

LOCOS: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

XENIUS: ¡Silencio!

LOCOS: ¡Chit... chit... chit... chit... chit... chit...! (*Entre sí*)

XENIUS: Voy a contar la historia de mi vida,
cuando era cuerdo entre los cuerdos locos...
Yo tenía una esposa
y de esa esposa una hija...

LOCOS: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

XENIUS: ¡Silencio!

LOCOS: ¡Chit... chit... chit... chit... chit... chit...!

XENIUS: Y aquella esposa, un día
prostituyó mi hogar...

L. JUEZ: ¡Maldita sea!

LOCOS: ¡Maldita sea la mujer! ¡Maldita!

XENIUS: ... y queriendo robarme la fortuna,
no satisfecha con robarme la honra,
me llevó a la justicia declarando
que era loco; y entonces
complicados los jueces en la intriga
fui a parar como ahora al manicomio.

LOCOS: ¡Abajo la Justicia con los jueces!

L. JUEZ: Decid los malos jueces
y la mala justicia,
que yo soy juez y nadie me ha tachado
de ser injusto; pues considerando
el pro y el contra de las causas, fallo
en la intrincada litis
de acuerdo a mi conciencia y no a las leyes,
que siempre fueron redes que aprisionan
al inocente y libran al culpable;
y por tanto, resuelvo:
¡retiréis las palabras pronunciadas!

XENIUS: No os enfadéis, ¡oh, juez!, que estos señores
hablan de la justicia de las leyes.

L. JUEZ: Siendo así los absuelvo.

XENIUS: Y la mujer aquella, mala esposa,
fue también mala madre;
se fugó para siempre,
y nuestro fruto de un amor ya muerto,
arrojó en una inclusa,
¡cual se arroja una carga que fatiga!...

LOCOS: ¡Maldita sea la mujer!

L. SUFRAG: Quién diga: *(Amenazando con una aguja)*.

“Maldita sea la mujer”, ¡lo pincho!...

¡Vosotros sois los que la hacéis maldita,
pues le negáis la libertad, y esclava,
hacéis de ella una bestia
sin escuchar su voz en el sufragio!
¡Oh!, ¡el día en que gobiernen las mujeres
este mundo será regenerado!

Y llegará ese día. ¡Yo os lo juro!

¡Y el que no piense como yo, lo pincho!...

XENIUS: ¡Calma, señora! ¡Calma!

Esconded esa aguja en vuestro seno,
que nuestra maldición a las mujeres
no osó jamás herir vuestra hermosura...*(Pausa)*.
Como os iba diciendo,
pasaron años hasta que una noche
logré la libertad, y fugitivo
penetré por las calles de Mundópolis,
donde viví lanzando contra el mundo
el constante flagelo de mi prédica...

L. MUNDO: ¿Cómo? ¿Luchasteis contra mí, demente?

XENIUS: ¿Qué decís? No comprendo.

L. MUNDO: ¿Por ventura
no sabéis que yo soy el mundo?...

XENIUS: ¿El mundo?

L. MUNDO: El mundo, sí... ¿No veis? En mi cabeza
están todos los astros...
Cada cabello mío es una estrella...
¿No os ciega su fulgor? No veis la luna
brillar en mi ojo izquierdo,
mientras en el derecho resplandece
un sol de fuego y oro?
¿No veis que tengo yo poder bastante
para, tornar en noche el medio día?
Todo depende de que cierre un ojo... *(Cerrando el
derecho)*.
Mirad... Ahora es de noche.
¿No os fijasteis acaso que mis dedos
son errantes cometas?
¿No sabéis el lugar en donde escondo
esta redonda tierra que habitamos?
¡Sí; soy el mundo! ¡Soy el universo!...
Y Vos, ¿luchasteis contra mí?
¿Vos, átomo de mi propia materia?

XENIUS: Hace tiempo que admiro
vuestras constelaciones luminosas,
contra las cuales no he luchado nunca:
¡solo quise decir que mi flagelo
cayó sobre la espalda de los hombres!...

L. MUNDO: En tal caso os aplaudo;

pues es la humanidad una gran plaga
que destruye la mágica armonía
de todo mi universo;
y vergüenza tendría
si en este instante me tornara en hombre.
¡Y en castigo del mismo,
voy a ocultar el sol durante un año!... *(Se cierra el ojo
derecho con los dedos, pegando el párpado con saliva, y
luego, prosigue caminando, con íntima satisfacción)*.

XENIUS: De la casa de expósitos sacada
mi hija fue; y vagando,
la busqué por las calles de Mundópolis...
¡Quince años llevo ya que no la veo!...
¡Pero no! ¡Ya la vi! ¡Sí! ¡Es ella! ¡Es ella!...
¡Y me la han arrancado de los brazos!...
Cuando la vi, una aurora
llenó de luz mi pecho,
la sangre toda palpité en mis venas
y estuvo a punto de estallar mi boca
en un himno de amor y de alabanza...
¡Pero los hombres me creyeron loco!...
¡Sí! ¡Loco estuve entonces de alegría!...
Y envidiosos de verme en tal locura
me arrastraron de nuevo al manicomio...

L. RECTOR: Permitidme un momento, que habéis dicho
un gran error, y es bien rectificarlo:
este no es cual pensáis un manicomio,
sino una casa de sabiduría
de la cual soy rector y enseño ciencia
a estos que veis, mis jóvenes alumnos...

L. POETA: Mentira, No creáis tamaña fábula...

que este es un viejo chocho, y no comprende
que esta mansión es un divino Olimpo
en donde fui encerrado por los dioses,
para escribir mi séptimo poema
sobre la excelsa creación del mundo;
solo que a mi entender, fue un error grave
el de Apolo, al haber dictaminado
que en este santo Olimpo,
se corte a los poetas la melena,
donde vive la fuerza inspiradora...

L. MÚSICO: ¿Y qué he de decir yo, músico insigne,
más grande que Chopin y que Beethoven
si también me han podado la melena?...

L. POETA: ¡Sacrilégos! ...

L. MÚSICO: ¡Cobardes! ...

L. POETA: Es que Apolo envidió mi poesía,
aquella que principia de esta suerte:
“¡Oh, Filomena, Oh, dulce Filomena!... (*Declamando*).
Tu amor será mi muerte”...

L. MÚSICO: ¿Y qué decís de aquella sinfonía
de mi ópera “Eleodoro”...
donde él, dice... “¡te adoro! ¡te adoro!”? (*Cantando*).

XENIUS: No sigáis más... Me basta con lo oído
para apreciar –¡oh, músico! ¡oh, poeta!–
¡vuestrs genios gloriosos!...
Mas es preciso que luchéis conmigo,
pues yo sabré premiar vuestros afanes..
Os llevaré a un Olimpo de más gloria
donde no podarán vuestros cabellos...
Y vos –¡oh, grande sabio!– (*Al loco rector*).

¡en la Universidad de mayor fama
y más antigüedad, tendrás un cetro!...

*El Loco rey 1º y 2º, discutiendo en segundo término,
interrumpen el diálogo, pasando a primero.*

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 2º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 2º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 2º: ¡Yo soy el rey!

XENIUS: ¿Qué sucede?

L. REY 1º: Pues nada; que porfia
este siervo villano...

L. REY 2º: Es un loco y le ha dado la manía
por sostener un reino en cada mano...

XENIUS: ¡Calma!

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 2º: ¡Yo soy el rey!

XENIUS: ¡Silencio!

L. REY 1º: ¡Tú no tienes la corona! (*Mostrando triunfalmente
una corona de papel*).

L. REY 2º: ¡El manto rojo mi realeza, abona!... (*Mostrando una carpeta
roja con que se ha envuelto*).

L. REY 1º: ¡Respet a tu señor!

L. REY 2º: ¡Guarda mi ley!...

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 2º: ¡Yo soy el rey!

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!

XENIUS: ¡Silencio reyes! ¡Que ambos en la tierra tenéis realeza en una misma altura, y no es bien que os trabéis en una guerra ya que toda grandeza al fin se encierra en el hueco de estrecha sepultura!... Estrechad vuestros lazos, y ayudadme a formar con vuestros brazos mi gran reino futuro y sin encono, que será dividido en dos pedazos en donde cada cual tendrá su trono...

L. REY 1º: Acepto.

L. REY 2º: Acepto.

L. REY 1º: Pero es más seguro que en el reino futuro haya un Emperador; pues dos rivales en dos reinos iguales nunca pueden vivir en armonía...

L. REY 2º: ¡Que haya un emperador, mejor sería!

XENIUS: Pues bien... ¿Quién es Emperador? (*Voz alta. Pausa. Silencio.*)
 ¿Ninguno?
 ¿Tú quieres ser? (*Al bobo.*)

BOBO: ¡Ja! ¡Ja!

XENIUS: ¡Vamos! Responde...

BOBO: ¡Je! ¡Je!

L. REY 1º: Es un bobo!...

L. REY 2º: ¡Es tuno!

XENIUS: Y por ser un cretino corresponde nombrarle emperador en este instante,

que por falta de genio y de razones
 ¡le sobran condiciones
 para ser gobernante!... (*Deteniendo al Loco filósofo que pasea meditando.*)

Y tú que tan altivo te paseas:
 ¿qué quieres, qué pretendes, qué deseas?

L. FILÓSOFO: ¡Soy teólogo! ¡Dejadme con mí mismo!
 En orden a la atingencia y contingencia de las causas, fundo mi silogismo...
 Porque la contingencia y atingencia son, por decir así, la misma esencia de todos mis sistemas superiores; pues como dijo el gran Bacón un día “¡filosofar es razonar!”. Señores:
 ¡Yo raciocino mi filosofía!... (*Continúa su paseo.*)

XENIUS: ¿Y tú qué quieres ser? (*A Loco diputado.*)

L. DIPUTADO: ¿Yo? Lo que he sido, lo que soy y seré; pues fui elegido diputado a este viejo parlamento en donde mi palabra, expresa el sentimiento del pueblo; que en mí tiene ¡el único orador que le conviene!...
 ¡Sí, señor Presidente!... (*Exaltándose.*)

L. FILÓSOFO: ¡En orden a la atingencia y contingencia!

L. DIPUTADO: ¡No interrumpa, no sea impertinente!

¡Yo tengo la palabra!...

L. POETA: ¡Oh, Filomena! ¡Oh, dulce Filomena!...

L. DIPUTADO: ¡Yo tengo la palabra!...

- L. MÚSICO: ¡Sí! ¡Te adoro! ¡te adoro! ... *(Cantando)*.
- L. DIPUTADO: ¡Yo tengo la palabra!...
- L. RECTOR: ¡Mis alumnos! ¡Mis jóvenes alumnos!...
- L. DIPUTADO: Yo tengo la palabra ...
¡Haced guardar el orden, Presidente,
en este Capitolio de la patria!
- L. SUFRAG.: ¡Oh; el día en que gobiernen las mujeres!
¡Y el que no diga como yo, lo pincho!...
- L. MUNDO: ¡Humanidad: no escucho vuestra súplica
y un año pasaréis sin que el sol salga!...
- L. JUEZ: ¡Nada importa que el sol desaparezca
pues basta el resplandor de mi justicia!...
- L. DIPUTADO: ¡Tocad la campanilla!...
- L. POETA: ¡Oh, Filomena! Oh, dulce Filomena!...
- L. MÚSICO: ¡Sí! ¡Te adoro! ¡te adoro!...*(Cantando)*.
- L. DIPUTADO: Mis colegas me quitan la palabra,
porque comprenden que el discurso mío
excluyendo propósitos rastreros,
¡vibrará lleno de verdad invicta!...
Sí, señor Presidente:
¡un salvaje complot parlamentario,
pretende ahogar mi voz con unos rugidos!...
¡Mas todo será inútil!...
- En este momento, por derecha entra la Loca de la muerte,
procurando arrebatarse una guadaña de manos del Jardinero,
que se resiste. Aquella ha envuelto su cuerpo con una
sábana blanca y trae la cabellera desgredada. Este es un
viejo de unos 60 años.*
- L. MUERTE: ¡Soy la muerte! ¡Entregadme mi guadaña!
- JARDINERO: ¡Dejadme en paz! ¡No quiero!...

- ¿Qué pasa aquí, Señor?
- XENIUS: El jardinero
del manicomio que aún no es prisionero.
- JARDINERO: ¡¡Virgen de la Montaña!...
Los locos sublevados
y los guardias atados!...
- L. MUERTE: ¡La guadaña!... *(Se la arrebatata)*.
- JARDINERO: ¡Socorro!...
- LOCOS: ¡Al viejo! ¡Al viejo!
- UN LOCO: ¡Atadle a la columna!...
- OTRO: Arrancadle el pellejo!...
- Los locos arrastran al Jardinero a la columna vacía y allí le
atan y amordazan. El Loco de la risa entra en este momento
por izquierda. Viste un traje cortado a tiras. Es jorobado.
Trae un tarro y palo a guisa de tambor.*
- L. RISA: ¡A mí! ¡A mí, mortales!...
¡Ya vengo del Parnaso! ...
A ver, tristezas, males.
dolores, dadme paso!...
¿No oís mis sonajeros?
¿No oís mis carcajadas?
¡Despertad, majaderos! *(Golpeando en el tarro)*.
¡Vienen mis mascaradas!...
¡Vuestras caras escuetas
cubridlas de cartón
y arrancad las caretas
de vuestro corazón!
- L. MUERTE: *(Saliéndole al paso con la guadaña en alto)*
¿Quién grita de tal suerte?
¡Silencio!

L. RISA: ¡Voy de prisa!

L. MUERTE: ¡Silencio! ¡Soy la muerte!

L. RISA: ¡Y yo, el dios de la risa!

L. MUERTE: ¡No grites!

L. RISA: ¿Qué te importa?
¡Cada uno a su faena!
¡Si tu guadaña corta,
mi cascabel resuena!... (*Golpea el tarro*).

L. MUERTE: ¡Ah! Silencio, procaz;
no hagas de mi orden, mengua;
¡mira que soy capaz
de arrancarte la lengua!...

L. RISA: Y yo soy capaz, como
sigas con tus porfías,
de mojar con mi pomo
tus órbitas vacías,
de astillarte los huesos
a golpes de sonaja
¡y hasta bailar sobre esos
pliegues de tu mortaja!

L. MUERTE: ¡Ah, no podrás fantoche!

L. RISA: ¡Sí, podré, vieja bobal!...
¡Tu cráneo ha de ser broche
que adorne mi joroba!
¡La mundana alegría
me ayudará a vencerte!

L. MUERTE: La humanidad es mía;
mi mueca la divierte
más que tus cascabeles;
me he aliado con la guerra

¡y es ahora la tierra
pasto de mis corceles! ...

L. RISA: ¡Mientes!... ¡Es mía! ¡Es mía!
¡En el mundo mortal
renace la alegría
porque se olvida el mal!
¡Verás cómo contesta
al escuchar mi son!...
¡Ujú! ¡Ujú! ¡Haya fiesta!...
¡Principie la función!
¡Que caiga la careta
de nuestro corazón!
¡Venga el Pierrot poeta
cantando su canción!
¡Colombina coqueta!
¡Payasos de cartón!
¡Ujú! ¡Ujú! ¡Haya farsa!...
¡Que resuene el clarín!
¡Que pase la comparsa!
¡Tarárá! ¡Tarárín!

L. MUERTE: ¡Eh! ¡No grites en vano
que nadie te contesta!...
¡Todo el género humano
se divierte en mi fiesta!

L. RISA: ¡Ujú! ¡Ujú!

L. MUERTE: Está muda
la humanidad, amigo;
has perdido su ayuda:
tú mismo eres testigo.

L. RISA: ¡Voto a mí!

L. MUERTE: No hagas voto.

L. RISA: Duerme en sueño profundo...

L. MUERTE: ¡Ya tu cetro está roto!
¡Sal pronto de este mundo!

L. RISA: ¡Ujú! ¡No hay quien me vengal!
¡Dónde está mi comparsa?

L. MUERTE: ¿Quieres que te convenza?
¡Ven conmigo a mi farsa!

Le toma de una mano y le arrastra, haciendo ambos mutis por derecha. Los locos que no hablan siguen a aquellos. Los demás, que ya han concluido de atar al Jardinero, continúan paseándose, cada cual con su manía. Xenius que durante el anterior diálogo paseó meditabundo por galería lateral, avanza a primer término, siendo interrumpido por un Cuerdo.

CUERDO: ¡Señor!...

XENIUS: ¿Qué quieres?

CUERDO: Con Vos
deseo hablar un instante.

XENIUS: Hablad.

CUERDO: A solas los dos;
porque es asunto importante.

XENIUS: ¡¿Hablar a solas conmigo?!
¡Vaya una extraña locura! (*Aparte*)
¿Y para qué?

CUERDO: Por ventura,
¿no tengo cara de amigo?

XENIUS: Hablaremos. (*Xenius se dirige hacia los locos*).

CUERDO: ¿Dónde vais?

XENIUS: Voy a hacer que estos señores
salgan de aquí. ¿No deseáis
esto?

CUERDO: Sí; de mil amores.

XENIUS: Señor poeta: Ya es hora
que entréis en vuestro aposento,
y a vuestra dulce señora
dediquéis un pensamiento...
Aunque os falta la melena,
sois un poeta a la moda...

L. POETA: ¡Voy a componer una oda
a mi dulce Filomena! (*Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: Señor músico: este día
no habiendo escrito ninguna
melodiosa sinfonía,
perdido habéis la fortuna;
y es bueno recuperar
para el mundo lo perdido...
y así os ruego, mas que os pido,
que entréis a sinfonizar...

L. MÚSICO: Tenéis razón... Sin tardanza:
en un do mayor sonoro
escribiré una romanza...
“Yo, te adoro” “yo te adoro”... (*Cantando. Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: Señores reyes: me aterra
veros cruzados de brazos,
cuando haciéndose pedazos
están los mundos en guerra;
veros más bien desearía
buscando la solución
de esta mundial confusión
en esa alcoba sombría...

L. REY 1º: ¿Entraremos, Majestad?

L. REY 2º: Majestad, yo considero que es mejor...

XENIUS: Entrad... Entrad...

L. REY 1º: ¡Yo primero!... (*Mutis por una puerta izquierda*).

L. REY 2º: ¡Yo primero!... (*Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: Y Vos, teólogo profundo, cómo podéis razonar ¿si estáis oyendo gritar a los becerros del mundo...? Si queréis pensar en calma penetrad por esa puerta y en esta alcoba desierta podréis auscultar el alma...

L. FILÓSOFO: Veo que pensando así, pensáis con filosofía, pues reconocéis en mí lo que el mundo me porfía; porque su ruda inocencia no distingue, en mi opinión, ¡la precisa diferencia que distinguió entre atingencia y contingencia, Bacón! (*Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: ¿Y Vos, diputado, gloria de este viejo parlamento, dónde tenéis la memoria, dónde vuestro pensamiento, dónde la briosa oratoria? Pasad, pasad al recinto, que ya la sesión empieza...

L. DIPUTADO: Es verdad. ¡Llega hasta aquí, de los aplausos, el ruido!... Me llaman...

XENIUS: Entrad...

L. DIPUTADO: Sí... Sí... ¡Es gente de mi partido!... ¡Ya voy!... ¿Qué queréis de mí? (*Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: Me asombra vuestra presencia, Señor Juez...

L. JUEZ: ¿Por qué?

XENIUS: En audiencia aguarda un reo culpable vuestra sentencia inefable... ¡Id a pensar la sentencia!...

L. JUEZ: ¿En dónde?

XENIUS: En aquella estancia, en una paz, siempre oscura, vuestra sabia investidura encontrará sin distancia la justicia que procura!...

L. JUEZ: Si en la sombra muchas veces el criminal trama el crimen, en la sombra le redimen en su pecado, los jueces... ¡No entraré, porque yo fallo en la luz!

XENIUS: ¡Más se columbra que vuestra justicia alumbral!...

L. JUEZ: ¡En tal caso, acepto y callo!... (*Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: ¡Pasad, rector!

L. RECTOR: ¿Yo, que pase?

XENIUS: ¿No veis que con impaciencia los alumnos en la clase quieren beber vuestra ciencia? (*Mutis por una puerta izquierda*).

L. RECTOR: ¡Cierto!... ¡Me había olvidado!... (*Mutis por una puerta izquierda*).

¡Con permiso!

XENIUS: Por fortuna (*A la Loca sufragista*).
¿nunca habéis imaginado que el reino de las mujeres hoy mismo llegar pudiera?

L. SUFRAG.: ¡Te pincho, si no me quieres!...

XENIUS: Con deleite te quisiera, mas anoche distraído, de esa alcoba en un rincón he dejado el corazón; así adorada, te pido, que le busques, pues ahora sin corazón, aunque quiero, no puedo amarte, señora, ¡yo que por amarte, muero!

L. SUFRAG.: Voy por él. (*Mutis por una puerta izquierda*).

XENIUS: Ya solo resta el bobo.

BOBO: ¡Je!... ¡Je!... ¡Je!

XENIUS: ¡Entra, digo!

BOBO: ¡Je!... ¡Je!... ¡Je!...

CUERDO: Dejadle, amigo, que este bobo no molesta.

XENIUS: ¿Y los loqueros?

CUERDO: Vencidos por los locos, aunque sanos, teniendo atadas las manos nada importan sus oídos.

XENIUS: Entonces...

CUERDO: Solos estamos... Mi palabra no os asombre.

XENIUS: ¿Principiamos?

CUERDO: Principiamos (*Pausa*).
¡Xenius!

XENIUS: ¿Me sabéis el nombre?

CUERDO: ¡Xenius! Si no me equivoco, que soy loco pensaréis y es justo que principiéis pensando que no soy loco.

XENIUS: Eso es hablar cual demente,

CUERDO: No creáis que mi locura en creerme con cordura consiste...

XENIUS: Precisamente... Esa es locura vulgar que todos los cuerdos tienen.

CUERDO: ¿Luego?

XENIUS: ¡A este mundo no vienen
mas que locos!... ¡Sin dudar!
Lo que sucede a fe mía
es que entre todos los hombres
los locos que se dan nombres
de cuerdos, son mayoría,
y en la lucha, desiguales,
a estos vencen y aprisionan
y entre ellos se posesionan
cetros y tiaras triunfales...
¿Vos de seguro sois loco
pues estáis en tal lugar?

CUERDO: Del mundo vine a ocupar
este sitio, hace muy poco.
Tal vez vuestro aprecio pierdo;
pero os quiero persuadir
que soy cuerdo...

XENIUS: Es decir:
loco que se cree cuerdo...

CUERDO: Pues bien, en ello convengo. *(Pausa).*
Decía, que en esta casa
una temporada escasa
vine a pasar; por que tengo
el afán de hacer un drama
donde locos tomen parte,
siendo verdadero el arte
y divertida la trama;
y así, queriendo pintar
tipos de extraña locura,
aquí mismo, tal pintura
quise venir a estudiar;

por esto, cuerdo, fingí
ser loco, y de esta manera
hace una semana entera
que estoy encerrado aquí.

XENIUS: Luego entonces, ¿sois autor
dramático?

CUERDO: Se murmura.

XENIUS: Pues serlo, es una locura,
entre todas, la mayor.

CUERDO: Es verdad, pero quien nace
loco, siguiendo su suerte,
locuras hasta la muerte
ha de hacer.

XENIUS: Y nada place
tanto al alma que esto sueña
como seguir su manía...
y más el alma se empeña
cuanto más se la porfía.
Yo, por la inmensa extensión
de la tierra, hora tras hora,
vine anunciando la aurora
de la humana redención;
el triunfo del corazón
en la vida soberana;
ya destruida la mundana
serpiente que al hombre ahoga
con sus disfraces de toga,
de uniforme o de sotana...
Yo, exaltando con encomio
la locura en cada loco,
he llegado a ser en poco

tiempo, rey del manicomio.
 Tan solo me bastó un día
 para vencer de este modo,
 dándole vino al beodo;
 al poeta, poesía;
 al sabio, sabiduría;
 al rey, reino imaginario;
 y no decir lo contrario,
 ni luchar con su manía...
 Así, en la fiera venganza
 que contra el mundo medito,
 sin comprender mi esperanza
 me responden con su grito.
 Solo este bobo es neutral
 y mis fuerzas no secunda,
 que en la vida siempre abunda
 una legión sin ideal,
 de toda lucha distante,
 que no quiere, que no grita,
 que no impreca, que no siente,
 ¡y que vive solamente
 su estupidez infinita!
 Con locos logré vencer
 y apresar estos guardianes
 y siguiendo mis afanes
 esta noche he de obtener
 lo que deseo, asistiendo,
 con tal escolta triunfal
 a la reunión oficial.
 ¿Queréis venir?

CUERDO: No comprendo.

XENIUS: Yo tampoco comprendía,

y en mi locura decía:
 “Tú no eres el loco, no”.
 Pero el mundo repetía:
 “¡Xenius el loco! ¡Es el loco!”
 ¡Y he aprendido poco a poco,
 que también soy loco yo!...
 Y en mi locura he soñado
 un mundo sin dios ni leyes,
 sin crímenes y sin reyes,
 sin codicia y sin razón:
 donde viva en paz segura
 ¡cada cual con la locura
 de su propio corazón!...

CUERDO: Hermosa idea, en verdad.

XENIUS: Sueño de una noche, acaso;
 caricatura de un paso,
 que ha de dar la humanidad...
 ¡Esta noche, en la ciudad,
 los locos darán la idea,
 chispa fugaz de una tea
 de futura claridad! (*Variando tono*).
 Con que os dejo y os convido
 a seguir tras de mis huellas...

CUERDO: ¡Nunca, ni aún en las estrellas (*Aparte*)
 habrá un mundo parecido!...

Se aproxima y observa al Bobo. Xenius grita desde el centro de la escena.

XENIUS: ¡Hermanos, presto venid!...
 ¡Mundópolis nos espera!...
 ¡Vamos allá!... ¡Vamos fuera!...
 ¡A vencer en justa lid!...

¡Al poder de nuestras manos
no hay poder que se resista!...
¡Vamos a la gran conquista
de Mundópolis hermanos!...

*A los gritos de Xenius, de las diversas puertas y del jardín,
acuden todos los locos presurosos. Y al mismo tiempo
haciendo gestos; hacen mutis por derecha gritando:*

L. POETA: ¡Oh, Filomena!... ¡Oh, dulce Filomena!...

L. MUNDO: ¡Yo te adoro!... ¡Yo te adoro!...

L. RECTOR: ¡A dónde vais, mis jóvenes alumnos?

L. DIPUTADO: ¡Sí, señor presidente:
vamos al Capitolio de Mundópolis!...

L. JUEZ: ¡Aguardad mi sentencia, criminales!...

L. REY 1º: ¡Yo soy el rey!...

L. REY 2º: ¡Yo soy el rey!...

L. FILÓSOFO: ¡En orden a la atingencia y contingencia!

L. MUNDO: ¡Y en castigo del hombre
voy a ocultar el sol, durante un año!...

Queda último Xenius.

XENIUS: ¡Principia mi venganza! ¡Ay de Mundópolis! (*Mutis
derecha*).

*El Director, que durante la pasada escena ha conseguido quitarse
la mordaza, dice al Cuerdo que ha quedado en escena:*

DIRECTOR: Señor: de vos depende que estos locos
no hagan en la ciudad con sus locuras
un escándalo. ¡Os ruego
quitéis mis ligaduras!... (*Pausa*).

*El Cuerdo al oír esto principia desatando al Director. Mas
este agrega:*

¡Iremos todos a impedir el drama!...

Esta última palabra hace exclamar al Cuerdo:

CUERDO: Dijisteis “drama” ¡Oh, no! Quedad atado,
que entre tanto los locos me habrán dado
la única solución que hay en mi trama!... (*Mutis rápido
por derecha*).

*Pausa. El Bobo se levanta del banquillo y se encamina a una
de las puertas haciendo sus muecas de idiota. Lentamente.
Luego moviendo un dedo, Dice:*

BOBO: ¡Yo no! ¡Yo no! ¡Je! ¡je! ¡je! ¡je! ¡je! ¡je!...

TELÓN LENTO

ACTO CUARTO

CUADRO

*LA ESCENA REPRESENTA UNA PARTE DEL SALÓN DE RECEPCIONES
DEL PALACIO DE GOBIERNO DE MUNDÓPOLIS. GRAN ESCALERA
PRACTICABLE AL FORO. A LA DERECHA SE SUPONE QUE
CONTINÚA EL SALÓN: COLUMNAS. A LA IZQUIERDA, PRIMER
TÉRMINO, AMPLIO VENTANAL Y SEGUNDO TÉRMINO COLUMNAS.
LUZ PLENA. ES DURANTE LA FIESTA. POR LA ESCALERA
DESCIENDEN DE VEZ EN CUANDO ALGUNAS PAREJAS
ELEGANTEMENTE ATAVIADAS, MIENTRAS OTRAS CRUZAN DE
IZQUIERDA A DERECHA POR SEGUNDO TÉRMINO. SE ESCUCHA
UNA MÚSICA QUE FINALIZA POCO A POCO MIENTRAS SE ALZA EL
TELÓN. PRIMERA IZQUIERDA SENTADOS DON LEÓN Y GENERAL Y*

DE PIE ERNESTO, DISFRAZADO DE DIPLOMÁTICO, MINISTRO Y VARIOS CABALLEROS. PRIMERA DERECHA MONSEÑOR RODEADO POR ALGUNAS JÓVENES. Y LA COMEDIA PROSIGUE ASÍ:

ERNESTO: Maravillosa es la fiesta.
 GEN.: Digna de tal gobernante.
 MIN. ¡Qué emoción “emocionante”
 tiene el ritmo de la orquesta!
 UNA JOVEN: Otros versos, Monseñor.
 VARIAS: ¡Otros versos!
 MOSEÑOR: Dadme el pie
 y otros versos os diré...
 VARIAS: ¿Serán de amor?
 MOSEÑOR: Sí, de amor...
 UNA JOVEN: En un jardín...
 MOSEÑOR: ... sobre rosas, *(Recitando)*
 estaba en cierta ocasión
 un ya viejo moscardón
 entre varias mariposas...
 El moscardón que sabía
 zumbiar en tonos diversos
 les zumbaba algunos versos
 con su voz cascada y fría,
 a las bellas mariposas
 que rendían sus amores
 al perfume de las flores;
 mas no, al autor de las glosas...
 Y el moscardón se decía
 mientras seguía zumbando:
 ¿por qué yo que estoy amando
 no tengo amor ni alegría?

No veían las hermosas,
 en el moscardón ya viejo,
 que dentro de su pellejo
 también florecían rosas...
 Y así, seguían buscando
 cada cual la flor que amaba
 y el moscardón se quedaba
 zumbando, siempre zumbando! ...

MARGARITA: Es muy bonito! *(Con entusiasmo)*.
 MOSEÑOR: ¡Sí!... ¡Sí!...
 MINISTRO: Poética es la ocurrencia *(Acercándose al grupo)*
 y os felicito, Eminencia,
 pues la escuché desde aquí.
 ¡Ah! ¡los versos! Cuando chico
 yo hacía versos también...
 ¡y los hacía muy bien!...
 MOSEÑOR: ¡Me lo explico! ¡Me lo explico!
 MINISTRO: ¡Porque yo nací poeta!
 Y hoy solo escribo la rúbrica...
 ¡Es claro! ¡La vida pública!...
 ¡El gobierno!... ¡La etiqueta!
 ¡Qué versos! ¡Hay que leer!
 ¡No es inmodestia!... ¡no!... ¡no!
 Los versos que hacía yo
 preguntadle a mi mujer.
 Aún los guarda a mi entender
 en su álbum, uno por uno...
 UNA JOVEN: ¿Y no recordáis ninguno?
 MINISTRO: Creo que sí... Voy a ver...
 ¡Caramba con la memoria!...

¡Ah! ¡ya recuerdo! Fue escrito
una tarde. Es muy bonito,
¡y además... tiene su historia!
“Las princesas primorosas (*Declamando con ridículo
énfasis*).
se parecen mucho a tí:
buscan astros, cortan rosas,
dicen versos, son así”...

UNA JOVEN: ¡Algo idéntico, señor,
escribió Rubén Darío!...

MINISTRO: ¡Caramba! ¡Pero si es mío!

UNA JOVEN: ¿No es de Rubén, Monseñor?

MOSEÑOR: Yo creo también que sí...
¡Caramba!... ¡Creo que no!...

VARIAS: ¡Es de Rubén!

MINISTRO: ¡Pero yo
jurara que lo escribí! ...
¡Qué memoria! ¡Si es fatal!...
La orquesta toca un vals.

ERNESTO: Permiso, gobernador. (*Retirándose del grupo y yendo hacia
las jóvenes*).

LEÓN: Es vuestro.

*Los caballeros que estaban con don León forman parejas
con las jóvenes haciendo mutis derecha.*

ERNESTO: Hacedme el honor (*A una dama*).
de acompañarme a este vals.

Mutis ambos derecha. Monseñor viéndose solo, dice :

MOSEÑOR: Mis cabellos son adversos (*Aparte*)
al oficio de galán

y las jóvenes se van
ya cansadas de mis versos...

Haciendo mutis derecha el Ministro, dice:

MINISTRO: ¡Caramba!... Voy al salón
¡pues me interesa la danza!

Monseñor, aproximándose al Gobernador y General, dice:

MOSEÑOR: Siendo amigo de confianza
puedo entrar en la reunión.

LEÓN: Pues con versos, se murmura,
que a las niñas dais consejo...

MOSEÑOR: ¡Versos en boca de un viejo
son flores de sepultura!...
Como en los sepulcros fríos
las flores son sin color
¡en un pecho sin amor
los versos nacen sombríos!...

LEÓN: ¡Vaya! ¡Vaya!...

MOSEÑOR: General,
¿no bailáis?

GENERAL: ¿No bailáis Vos?

MOSEÑOR: Tengo sotana...

GENERAL: Y yo tos.

LEÓN: El baile nos sienta mal.

MOSEÑOR: ¿Qué hacemos en este caso
tres viejos?

GENERAL: Algo hay que hacer.

LEÓN: Bebamos champagne...

MOSEÑOR: ¡Beber!...

GENERAL: Yo beberé por si acaso
hay discusión sobre el vino...

LEÓN: Vamos allá.

MOSEÑOR: Vamos, pues.
Yo prefiero un buen Jerez.

LEÓN: Yo el Champagne.

GENERAL: Yo nada opino.
Empiezan mutis izquierda.
Todo vino me es igual.
Teniendo el vino sabor...
Pasad mi Gobernador.

LEÓN: Vos primero, General.

GENERAL: Vos primero, Monseñor.
Mutis. La música termina. Lina aparece por derecha.

LINA: Aún no ha venido Ernesto. Estoy nerviosa.
Angustia cruel mi corazón afana...
Tal vez no pudo entrar. Brisa piadosa (*Aproximándose al ventanal*)
que llegas perfumada a la ventana,
refresca los ardores de mi frente...
Entrando Ernesto por derecha.

ERNESTO: ¡Estrella reluciente!... (*Aparte*).
¡Mariposita local!...
Con permiso... (*A Lina*).

LINA: ¿Quién? (*Volviéndose*).

ERNESTO: Un impertinente
embajador de una embajada extraña.

LINA: ¿De dónde viene?

ERNESTO: Del país lejano
del Dolor.

LINA: ¿Y qué busca?

ERNESTO: Busca en vano
la paz para su rey que le acompaña...

LINA: ¿Cuál es el rey?

ERNESTO: Mi corazón, señora.
¿No le daréis audiencia a su embajada?
(*Descaracterizándose*).
¡Lina!...

LINA: ¡Ernesto!... ¡Mi bien!...

ERNESTO: ¿Lloras, amada?

LINA: El alma a veces de alegría, llora!...
No creí que vinieras.

ERNESTO: Y he venido.

LINA: Esto parece un sueño.

ERNESTO: Estás despierta.

LINA: ¿Cómo llegaste aquí?

ERNESTO: Pues por la puerta.
en mi papel de embajador fingido.

LINA: Estás original.

ERNESTO: Esto no tiene
nada de original, Lina querida,
que cada cual en esta falsa vida
lleva puesto el disfraz que le conviene. (*Pausa*)
¿Y tú dispuesta estás?

LINA: Estoy dispuesta.

ERNESTO: ¿Vendrás conmigo?

LINA: Sí.

ERNESTO: Pero es temprano:
cuando caiga la copa de la mano,
cuando corra el champagne, cuando la fiesta
tenga giro de orgía, cuando todos
—caballeros y damas, guardias, criados—
en un ardiente frenesí arrastrados,
delirantes, dormidos o beodos,
enseñen su miseria entre las galas;
entonces, Lina mía,
con el amor por guía,
de nuestras almas se abrirán las alas
¡y volaremos a un país de ensueño
donde serás mi dueña!...

LINA: ¡Y tú mi dueño!...

ERNESTO: Y allí tus ojos mirando
Continúa la música pianísimo.

con una mirada intensa,
el alma en la voz suspensa,
te repetiré soñando:
aunque negros son tus ojos,
tienen tan claros destellos
que mi alma puesta de hinojos
se está contemplando en ellos...
Tan claros que, tu alma asoma
reflejada en la pupila
¡como una blanca paloma
sobre una fuente tranquila!...
Y así, mi alma sin abrojos,

con tu alma funde sus huellas,
cual la luz de dos estrellas,
en la noche de tus ojos!...

La música termina.

LINA: ¿Es muy bonita la endecha!...

ERNESTO: Cuál tú.

LINA: Gracias.

ERNESTO: Vamos.

LINA: Sí,
pues nuestra presencia aquí
puede despertar sospecha.

ERNESTO: Ha terminado la danza (*Caracterizándose*)
en la sala.

LINA: Embajador: (*Con fingida gravedad*).
dadme el brazo.

ERNESTO: ¡Es un honor...
y además una esperanza!
Mutis derecha ambos. Aparece por izquierda don León, algo ebrio.

LEÓN: ¡Este señor diplomático
me está poniendo intranquilo!...
El país que representa
no recuerdo a punto fijo...
¿La China, el Japón, Turquía,
Rusia, Guatemala, Egipto?...
¿Quién conserva la memoria
con este champagne maldito...?
¡Pero... calla! Viene aquí
la esposa de don Pacífico! ...
Entra Margarita por derecha.

MARGARITA: ¡León! ¡Buscándote venía!...

LEÓN: Y donde me hallas te encuentro...
¡Mira qué casualidad!...

MARGARITA: Parece que estás contento...

LEÓN: ¿Quién al mirarte no siente cascabeles en el pecho...?

MARGARITA: Y elocuente...

LEÓN: La elocuencia
es la flor del sentimiento,
y mi alma brinda esta flor
a quien le brindó un deseo...

MARGARITA: Es verdad, ¡mas tu elocuencia
no es una flor, es un huerto!...

LEÓN: ¡En tal caso no lo dejes
agostarse: dale riego!...

MARGARITA: ¿Cuándo?

LEÓN: Ahora mismo.

MARGARITA: ¿Cómo?

LEÓN: Con una lluvia de besos...

MARGARITA: ¿Y si viene mi marido?
Aparece por derecha último término, don Pacífico.

LEÓN: Tu marido es un zopenco...
y no vendrá...

MARGARITA: Sin embargo...

LEÓN: ¡Vamos! ¡Atrévete!...

MARGARITA: Bueno,
uno no más...

LEÓN: No es bastante...

MARGARITA: ¿Cuántos entonces?

LEÓN: Un ciento... *(Se besan).*
El Ministro, que desde su aparición en escena ha seguido con estupefacción y gestos trágicos el diálogo anterior, dice:

MINISTRO: ¡No quiero ver! ¡Es horrible!... *(Aparte).*

LEÓN: Adiós hermosa.

MARGARITA: Hasta luego...
El Ministro tose, fingiendo una reciente entrada.

MINISTRO: ¡Perdonad que os interrumpa...
Excelencia!... *(Con cómica altivez).*

MARGARITA: ¡Dios del cielo! *(Aparte).*

LEÓN: ¿Si habrá visto? *(Aparte).* ¿Qué deseáis? *(A Ministro)*

MINISTRO: Gobernador! *(A Leo).* ¡No... no puedo! *(Aparte).*

LEÓN: ¿Qué deseáis? *(A Ministro)* ¡Aquí me mata!... *(Aparte).*

MINISTRO: ¡Gobernador!... ¡Os prevengo!...
que Monseñor os aguarda...

LEÓN: ¡Por fin respiro! *(Aparte).* Agradezco
vuestra atención.

MINISTRO: No hay de qué. *(Secamente).*

LEÓN: ¿No venís Vos?

MINISTRO: Yo, me quedo.
Mutis León, izquierda.
Si no fuera necesario
al bien público del pueblo,
señora, ni un día más
ocupara el Ministerio.

MARGARITA: ¿Por qué razón, mi Pacífico?

MINISTRO: ¡Señora!

MARGARITA: ¿Por qué?

MINISTRO: ¡Silencio!
 Tú eres joven inocente;
 yo perspicaz, sin ser viejo,
 no he visto nada, no, no;
 no he visto, pero sospecho
 que don León siente por ti
 cierta simpatía...

MARGARITA: ¡Celos!
 ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Si eso faltaba!
 ¡Don León! ¡A su edad!...

MINISTRO: Eso
 de la edad, no viene a cuenta
 que a veces tienen los viejos
 más juventud que nosotros,
 los jóvenes...

MARGARITA: ¡Está bueno!
 ¡Ja! ¡ja ¡ja! ¡ja!

MINISTRO: No te burles...

MARGARITA: ¡No me burlo!... ¡Me estoy riendo!

MINISTRO: ¡Caramba! ¡Soy tu marido!...
 ¿Lo comprendes?

MARGARITA: Lo comprendo.
 ¿Y eso qué tiene que ver?

MINISTRO: ¡Que me debes más respeto!...

MARGARITA: Pero cuando mi marido
 se pone en tonto y no hay medio
 de convencerle...

MINISTRO: ¿Te ríes?

MARGARITA: ¡Es claro! ...

MINISTRO: ¡Y yo me enfurezco!
 ¿Dime, por qué eres así?

MARGARITA: ¿Cómo así?

MINISTRO: ¡De tanto vuelo!...
 ¡Siendo mía!... siendo esposa
 de un Ministro!

MARGARITA: ¡Pues por eso!

MINISTRO: ¿Qué quieres decir?

MARGARITA: No, nada.
 ¡Si tienes mucho talento!
 ¡Si eres lumbré, si eres gloria,
 si eres prodigio, eres genio!
 ¡Quién lo duda! ¡Si por algo
 ocupas un ministerio! (*Recalcando*).

MINISTRO: ¡Margarita! ¡Margarita!

MARGARITA: ¡No grites que no estoy lejos! (*Pausa*).

MINISTRO: ¡Caramba! ¿Te has enfadado? (*Variando el tono*).
 ¡No has comprendido mi intento!
 ¡No es que yo haya visto nada!
 Te digo lo que sospecho...
 Tal vez exagere un tanto
 por el amor que te tengo...

MARGARITA: (*Fingiendo llanto, se sienta y dice:*)
 Pacífico, tú eres malo.
 Tú me has dicho que yo vuelo.

MINISTRO: ¡Y lo sostengo! ¡Tú vuelas,
 ángel mío, hasta los cielos! ...
 ¡No llores!... ¡Vamos!... ¡No llores!...

MARGARITA: ¡Tú eres malo!

MINISTRO: Te prometo
comprarte una linda joya.
en pago del mal que te he hecho...
Vamos, no llores, no llores!...

MARGARITA: ¡Tú eres bueno! ¡Tú eres bueno! (*Transición*).
Mira, cómprame un collar
para que adorne mi cuello...

MINISTRO: ¡Lo que quieras!... ¿Me perdonas?

MARGARITA: Sí... y juntos ahora entremos
al salón de baile.

MINISTRO: ¡Juntos!
Como dos novios... ¿No es eso?
Mutis ambos primera derecha.

LINA: ¿Cuándo llegará la hora (*Entrando por 2ª derecha*).
de la fuga? ¿El tiempo pasa
aumentando los temores
y las angustias del alma!...
¡Para evitar las sospechas,
Ernesto, buscó otra dama,
y yo he huido del salón...
donde el giro de la danza
y la música, y el ruido
de las confusas palabras
marean mi pensamiento,
que siempre gustó la calma
de ver desfilar la noche,
a través de una ventana,
¡con el profundo silencio
de sus estrellas de plata!...
*Entra León por izquierda completamente ebrio, con una
botella y copa de champagne.*

LEÓN: ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Tiene gracia
el cuento de Monseñor!...
¡Se le ha subido el licor!

LINA: ¡Mi padre!

LEÓN: ¡Lina! ¿Tú, aquí?
¡Estás triste!... ¿Qué te pasa?

LINA: Salí un momento del baile
porque me sentí mareada.

LEÓN: ¿Enferma?

LINA: No; pasajera
descompostura.

LEÓN: ¿Sí? ¡Vaya!
¡Dios quiera que esta no sea
descompostura del alma!
¿Quieres champagne? (*Ofreciendo*).

LINA: No.

LEÓN: El champagne,
con su alegre espuma blanca,
quita los males...

LINA: Tal vez;
¡pero no quiero!

LEÓN: ¡Mal haya!
Mira, es bueno... Acepta, acepta...
prueba un trago... bebe... ¡aplaca
esa sed!...

LINA: No.

LEÓN: Pues entonces
concluiré con lo que falta. (*Bebe*).

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Con el vino
la política no falla!...
Bebamos en el gobierno;
¡bebamos que el pueblo paga!
Que el gobierno debe ser
un barco sin rumbo ni ancla:
pero un barco que navegue
sobre vino, no sobre agua...
Vino corra en los despachos,
vino por las regias salas,
que si le quitáis el líquido,
el barco pronto se encalla,
¡y su armazón de madera
ya de reseca, se raja! *(Pausa)*.
¡Ja! ¡ja! ¡ja! Estás hermosa *(Acercándose a Lina)*
como nunca; pero es lástima
que sin atender mis ruegos
te burles de mis palabras,
¡Dame un beso!

LINA: ¡Padre!

LEÓN: ¿Qué?
¿Tengo monos en la cara?
¿Te asusto? ¡Si tú supieras
lo que yo te quiero!

LINA: ¡Basta! *(Rechazándole)*.

LEÓN: Vamos, si ya lo comprendo...
Sabes que te amo y alcanzas
a distinguir, Lina mía,
entre este amor que te abraza
y ese otro amor paternal,
frío, severo...

LINA: ¡Sin mancha!

LEÓN: Pues bien, yo no soy tu padre.
Ahora: dime que me amas.

LINA: ¡No es mi padre! ¡No es mi madre! *(Aparte)*.
¡Yo bien me lo sospechaba!

LEÓN: No soy tu padre...

LINA: De sangre,
mas sí lo fuiste de crianza,
jamás debiste quererme
con este amor.

LEÓN: ¡Vamos! ¡Calla!... *(Procura tomarla de un brazo)*.
¡Y dame un beso!

LINA: ¡Señor!

LEÓN: ¡Un beso!

LINA: ¡Dejadme!

LEÓN: ¡Amada!

¡¡Un beso con champagne... Ea!!

¡Ja! ¡ja! ¡ja!... *(Luchando)*.

LINA: ¡Socorro! ¡Ernesto!

LEÓN: ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Entra Ernesto por derecha. Se arroja sobre don León. Breve lucha. Este cae por tierra. Mutis izquierda.

ERNESTO: ¡Lina!... ¡Canalla!...

Aparece General por izquierda.

GENERAL: ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Tiene gracia
el cuento... ¡Corred! ¡Favor! *(Al ver el cuadro. Corre a
socorrer al Gobernador)*.

Entran los locos capitaneados por Xenius. Dos locos toman al General y le arrastran.

- LINA: ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Los locos!
- GENERAL: ¡Soltadme! ¡Soldados! *(Mientras le arrastran. Mutis derecha).*
- LOCOS: ¡Oooo!
- XENIUS: ¡Hija! ¡Hija mía! *(Corriendo hacia Lina).*
- LINA: ¡Socorro!
- XENIUS: ¡No grites!... Tu padre soy.
Te reconozco en la huella
De esta herida...
- LOCOS: ¡Oooco!...
Confusión, en segundo término, de damas, caballeros, guardias, sirvientes y locos.
- XENIUS: Te reconozco en los ojos, *(Procurando abrazarla).*
te reconozco en la voz.
¡Eres mi hija!
Acudiendo en socorro de Lina, contra Xenius.
- ERNESTO: ¡Fuera! ¡Fuera!
Huyamos Lina.
Obedeciendo al primer impulso. Va a salir con Ernesto. Luego se detiene.
- LINA: ¡No! ¡No!
- XENIUS: ¡Eres mi hija!
- LINA: ¡Él es mi padre!...
Me lo dice el corazón...
En él siento la verdad
de mi secreto interior.
- XENIUS: ¿Me reconoces ahora?

No me rehusas tu amor?
¡Ven a mi brazos!... ¡Así! *(Se abrazan).*
¡Junto a mi pecho!

- ERNESTO: ¡Señor!
- XENIUS: ¡Los hombres me arrebataron
tu cariño... Pero, no,
que el cariño no se olvida,
que la sangre habla en los dos,
y este Xenius, este loco,
perseguido del dolor
que siempre maldijo al mundo
y a los hombres, por fin hoy
siente surgir en su pecho
un canto de bendición!
Aparece por 2ª derecha un grupo de locos llevando izado al Ministro, hasta la ventana, por donde le arrojan.
- MINISTRO: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí! *(Mientras le llevan).*
¡Dejadme locos! ¡Ay!
- LOCOS: ¡Oooo! *(Mirando por la ventana. Mutis).*
- ERNESTO: ¡Señor!
- XENIUS: ¿Qué?
- ERNESTO: Yo soy Ernesto *(Descaracterizándose).*
y os quiero pedir perdón.
- XENIUS: ¿Por qué?
- ERNESTO: Por aquella herida...
- XENIUS: Si esta de mí corazón
está cerrada, ¿qué importan
heridas que el plomo abrió?
Yo os perdono.

ERNESTO: Gracias.

LINA: Padre...

Y ahora que nace el sol
en nuestras almas, no niegues
lo que anhelamos los dos.
Ernesto es mi novio. Siempre
me quiso. El gobernador
con propósito villano
separarnos procuró.
¿Y ahora que mi alma ríe
habréis de angustiarnos Vos?

XENIUS: Sea, hija mía... ¡Y ahora
volad con vuestra ilusión!

Mutis por el foro Ernesto y Lina.

Me la arrancan de los brazos
por cariño o por traición.

Xenius: ¡la dicha no tiene
para tus ojos, fulgor!

Xenius: ¡vuelve a tu locura!

Haz callar tu corazón,
sigue luchando, luchando
contra el mundo que te dio
fama de loco, ¡que a veces
el mundo tiene razón!

*Entra Margarita por derecha. Al ver al Gobernador en el
suelo, cruza la escena diciendo:*

MARGARITA: ¡Xenius! ¡Gobernador! ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ah!

¡No, borracho de gloria y de placer!

*Pasa de izquierda a derecha, haciendo mutis Monseñor,
tambaleándose ebrio y levantando una copa de
champagne.*

MONSEÑOR: ¡Excelencia! ¡Ministro! ¡General!

¡Oíd mi último cuento! ¡Oíd! ¡Oíd! (*Mutis derecha*)
Resuena la gritería. Xenius asomándose por la ventana, dice:

XENIUS: ¿Pero qué escucho? ¿Es el pueblo?
¿Está luchando con su alma?
¿Con mis locos? ¿Con mi idea?
¿Contra su bien y mis ansias?
¡Oh, pueblo! Pueblo de idiotas,
de ciegos o de canallas:
no luchéis contra mis locos
y escuchad estas palabras:
¡Allá, está la prostituida
sociedad aristocrática
llorando sobre el cadáver
del gobierno que nos manda!...
Allá, ha pasado la Iglesia
con su púrpura sagrada,
de tanto comer, obesa,
de tanto beber, borracha...
Allá, han caído de bruces
los zánganos de la espada...
¡Y el pueblo sufre sed y hambre!...
¡El pueblo que es quien trabaja!...
¿Hasta cuándo un peso inútil
llevareis en las espaldas?...
¡Volved los ojos!... ¡Mi nueva
Mundópolis os aguarda!...
¡Pueblo, volved a la vida,
que ha terminado la farsa!...

*Escenografía. El salón aparece incendiándose. Fuego de
bambalinas. Humo.*

Esta apoteosis final queda librada al talento del director artístico. En escena solamente Xenius.

VOCES DENTRO:

¡Incendio! ¡Incendio!

XENIUS:

¡Los locos

han incendiado las almas!...

¡Pero! ¿Qué escucho!? ¿Qué bocas

sueltan esas carcajadas?

Aparecen tras las columnas, fantasmagóricamente, las cinco siluetas de don León, Monseñor, Ministro, Margarita y General.

Ah, ¿sois vosotros? ¡Vosotros!... *(Vólviéndose a ellos delirante).*

¡Los de siempre! ¡Los fantasmas!...

¿Vos, el gobierno que quita al pueblo su libertad? *(Por Leo).*

¿Vos, la eterna indignidad que en las alturas se agita? *(Por Min).*

¿Vos, la intriga que cohabita en el suntuoso salón? *(Por Margarita).*

¿Vos, en la paz un baldón y un criminal en la guerra? *(Por General).*

¿Vos, azote de la tierra y del cielo, maldición... *(Por Monseñor).*

Del pueblo, sin compasión, con fiereza que desgarrar, habéis clavado la garra en mitad del corazón...

Yo de vosotros me río...

Río de vuestra cordura

y de vuestra dignidad...

Yo, Xenius, os desafío... *(Amenazante).*

Es mi fuerza, la locura...

¡¡¡Mundópolis, mi ciudad!!!...

El Incendio, cubriendo la escena, envuelve la figura majestuosa de Xenius.

TELÓN RÁPIDO

> índice

> prólogo	pág. 7
> Los mirasoles	pág. 31
JULIO SÁNCHEZ GARDEL	
> Más allá de la ley	pág. 105
CAMILO MUNIAGURRIA	
> El día sábado	pág. 175
F. DEFILIPPIS NOVOA	
> Salamanca	pág. 205
JULIO CARRI PÉREZ	
> Xenius	pág. 285
RAÚL V. MARTÍNEZ	

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto y Santiago Gobernori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampredo
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampredo
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak, José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón, M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki
- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes
de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro
manual de iluminación
Prólogo de la autora
de Eli Sirlin
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos)
de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1
Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanían
- hacia un teatro esencial
Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente
Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas
de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino
de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima
de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo
de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Gobernori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico
de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña

- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato
de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos:
Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor
de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija
de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave
de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne
de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos.
hacia una didáctica del teatro con adultos I
de Luis Sampedro
- una de culpas
de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando
de Juan Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio
de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
Guía práctica de ejercicios -parte 1-
de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual
de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino
de Cecilia Hopkins
- teatro/10
obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erika Halvorsen y Andrés Rapoport.
- la risa de las piedras
de José Luis Valenzuela
Prólogo: Guillermo Heras
- concurso nacional de obras de teatro para el bicentenario
incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero y Cristian Palacios.
- concurso nacional de ensayos teatrales Alfredo de la Guardia -2010-
textos de: María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo y Alicia Aisemberg
- piedras de agua
cuaderno de una actriz del Odin Teatret
de Julia Varley
- el teatro para niños y sus paradojas
reflexiones desde la platea de Ruth Mehl
Prólogo: Susana Freire
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VI
Obras del siglo XX - 1ª década- I (1902-1908))
Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- rebeldes exquisitos
conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas
de José Tcherkaski
- ponete el antifaz
(escritos, dichos y entrevistas)
de Alberto Ure
Compilación: Cristina Banegas
- antología de teatro latinoamericano - 1950-2007
de Lola Proaño y Gustavo Geirola (3 tomos)
- dramaturgos argentinos en el exterior
Incluye obras de J. D. Botto, C. Brie, C. Castrillo, S. Cook, R. García, I. Krugli, L. Thénon, A. Vargas y B. Visnevetsky.
Compilación: Ana Seoane
- el universo mítico de los argentinos en escena
de Perla Zayas de Lima (2 tomos)
- air liquid
de Soledad González
Coedición con Argentores
- un amor de Chajarí
de Alfredo Ramos
Coedición con Argentores
- un tal Pablo
de Marcelo Marán
Coedición con Argentores
- casanimal
de María Rosa Pfeiffer
Coedición con Argentores
- las obreras
de María Elena Sardi
Coedición con Argentores
- molino rojo
de Alejandro Finzi
Coedición con Argentores
- teatro/11
obras ganadoras del 11º Concurso Nacional de obras de teatro infantil
Incluye obras de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú y Gricelda Rinaldi
- títeres para niños y adultos
de Luis Alberto Sánchez Vera
- historia del teatro en el Río de la Plata
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Lafforgue
- memorias de un titiritero latinoamericano
de Eduardo Di Mauro
- teatro de vecinos -de la comunidad para la comunidad-
de Edith Scher
Prólogo: Ricardo Talento
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VII
Obras del siglo XX -1ra. década II- (1902-1910)
Selección y prólogo: Beatriz Seibel

- cuerpos con sombra -acerca del entrenamiento corporal del actor- de Gabriela Pérez Cubas
- gracias corazones amigos -la deslumbrante vida de Juan Carlos Chiappe- de Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe
- la revista porteña teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930) de Gonzalo de María Prólogo: Enrique Pinti
- concurso nacional de ensayos teatrales Alfredo de la Guardia -2011- textos de: Irene Villagra, Eduardo Del Estal y Manuel Maccarini
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VIII Obras del siglo XX -1ra. década III- (1902-1910) Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- Apuntes sobre la historia del teatro occidental - Tomos I y II de Roberto Perinelli
- Los muros y las puertas en el teatro de Víctor García de Juan Carlos Malcún
- Historia del Teatro Nacional Cervantes - 1921-2010 de Beatriz Seibel
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IX (1911-1920) Obras del siglo XX: 2ª década – Selección y Prólogo Beatriz Seibel
- el que quiere perpetuarse de Jorge Ricci Coedición con Argentores
- freak show de Martín Giner Coedición con Argentores
- trinidad de Susana Pujol Coedición con Argentores
- esa extraña forma de pasión de Susana Torres Molina Coedición con Argentores
- los talentos de Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob Coedición con Argentores
- nada del amor me produce envidia de Santiago Loza Coedición con Argentores
- confluencias: dramaturgias serranas prólogo de Gabriela Borioli
- el universo teatral de Fernando Lorenzo Compilación de Graciela González Díaz de Araujo y Beatriz Salas.
- Jorge Lavelli de los años sesenta a los años de la colina Un recorrido en libertad de Alain Satgé Traducción: Raquel Weksler
- Saulo Benavente Escritos sobre escenografía Compilación: Cora Roca

antología de obras de teatro argentino

se terminó de imprimir en

Buenos Aires.

